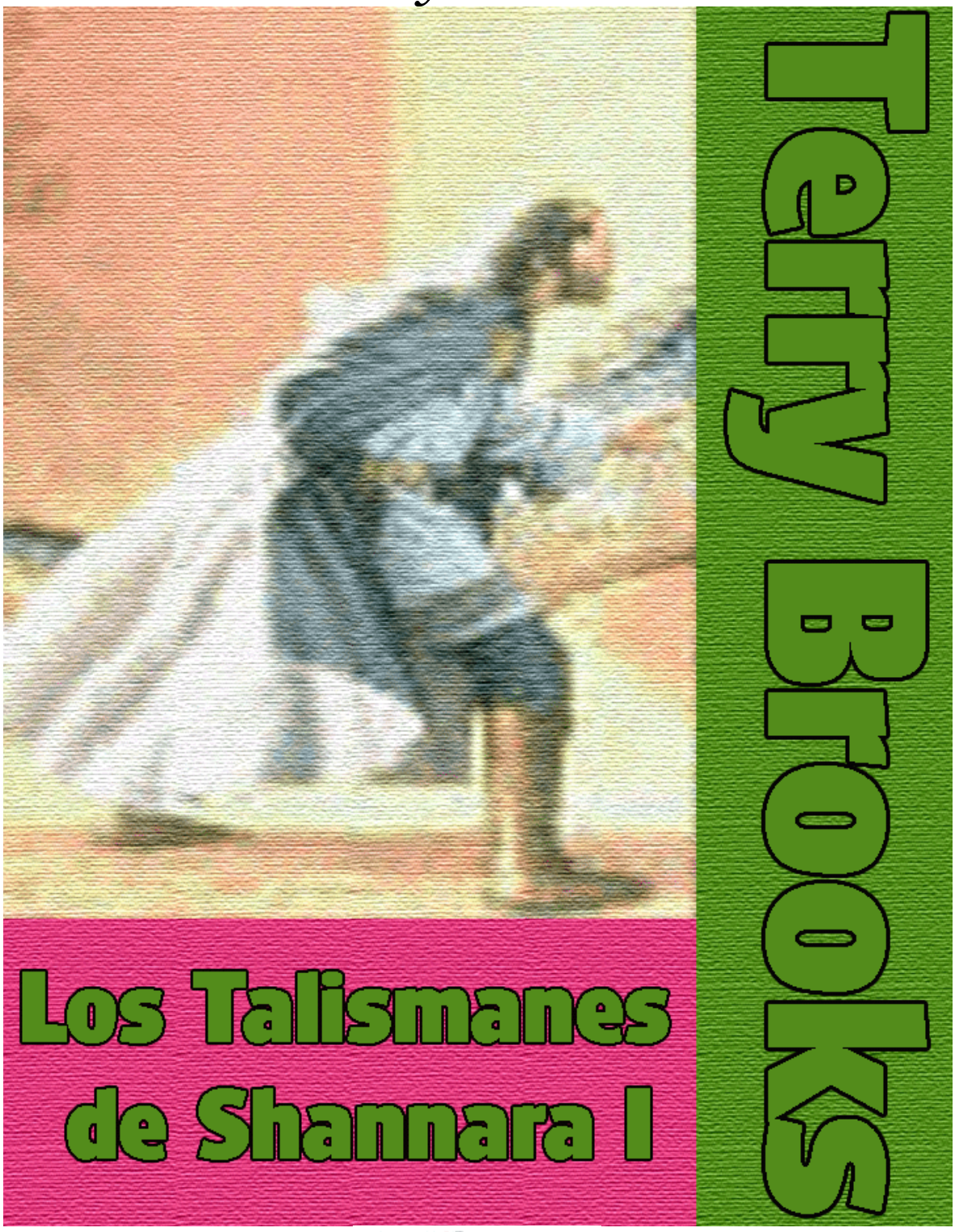
Los Talismanes de Shannara I

Terry Brooks



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para todos mis amigos de Del Rey Book,
ahora y siempre.
¡Cómo hemos disfrutado!

1

La oscuridad se apoderaba de las Cuatro Tierras con un paulatino languidecer de la luz, un alargamiento gradual de las sombrooks, terry - los herederos de shannara 04 - los talismanes de shannara bras. El calor sofocante de final de verano empezaba a remitir a medida que la esfera de fuego del sol se escondía por el oeste y el aire caliente y viciado se enfriaba. El silencio que acompañaba el final del día enmudeció la tierra, y las hojas y la hierba temblaban de expectación ante la llegada de la noche.

En la desembocadura del río Mermidón, donde éste vertía sus aguas en el Lago del Arco Iris, la Atalaya Meridional se alzaba negra, impenetrable, muda. El viento acarició las aguas del lago y del río, pero no se acercó al obelisco, como si estuviera ansioso por llegar a algún lugar más atractivo. El aire brillaba tenue alrededor de la oscura torre y la piedra irradiaba calor en oleadas, formando imágenes espectrales que salían disparadas por los aires. En la orilla, un cazador solitario levantó la vista inquieto y siguió andando a paso ligero.

En el interior de la torre, los Espectros emprendían sus tareas en un silencio fantasmal, encapuchados, sin rostro, llenos de determinación.

Rimmer Dall estaba de pie junto a una ventana contemplando el campo cada vez más oscuro, observando cómo el color desaparecía de la tierra a medida que la noche asomaba sigilosa por el este con intención de instalarse en ella.

La noche, nuestra madre, nuestro consuelo.

Permaneció de pie con las manos cogidas a la espalda, rígido dentro de sus ropas oscuras, la capucha retirada de su cara huesuda y cubierta de barba pelirroja. Su aspecto era el de un hombre duro, desprovisto de sentimientos, y de haberle importado, le habría complacido. Pero hacía mucho que su aspecto había dejado de importar al primer investigador, hacía mucho que no se molestaba siquiera en hacerse preguntas. Su exterior carecía de importancia; podía ser lo que se le antojara. Lo importante era lo que ardía en su interior, lo que le daba vida.

Le brillaban los ojos mientras miraba más allá de lo que tenía ante él, lo que sería algún día.

Lo que le habían prometido.

Cambió ligeramente de postura, a solas con sus pensamientos en el silencio de la torre. Para él los demás no existían, eran Espectros sin sustancia. De las profundas entrañas de la torre le llegaban los ruidos producidos por el incesante trabajo de la magia, el profundo zumbido de su respiración, el rugido de su corazón. Aguzó el oído sin darse cuenta, una costumbre que sosegaba su mente atormentada. El poder les pertenecía, ellos lo habían extraído del éter y convertido en sustancia, moldeado y dado forma, dado un propósito. Era la facultad que caracterizaba a los Espectros y sólo les pertenecía a ellos.

A pesar de los druidas y sus secuaces.

Esbozó una débil sonrisa, pero su boca se negó a alojarla y desapareció en la tensa línea que formaban sus labios. Su mano izquierda y enguantada se retorció entre los dedos desnudos de la derecha. Poder por poder, fuerza por fuerza. En su pecho brillaba la insignia de la cabeza del lobo plateada.

Zumm, zumm, llegaba desde abajo el sonido producido por el incesante trabajo de la magia.

Rimmer Dall se volvió hacia la habitación en penumbra, una estancia en la que hasta hacía poco había mantenido prisionero a Coltar Ohmsford. El joven del valle ya no estaba allí, se había ido creyendo que huía, pero en realidad lo habían soltado y hecho prisionero

en otro sentido. Había salido en busca de su hermano Par.

El que tenía la magia auténtica.

La magia que iba a ser suya.

El primer investigador se retiró de la ventana y se sentó ante la mesa de madera desnuda, haciendo crujir la silla alta y frágil bajo el peso de su gran cuerpo. Entrelazó las manos sobre la mesa delante de él y apoyó en ellas su cara de facciones bien marcadas.

Todos los Ohmsford, todos los vástagos de Shannara habían regresado a las Cuatro Tierras tras concluir sus respectivas búsquedas. Walker Boh había vuelto de Eldwist, a pesar de Pe Eltar, y una vez recuperada la piedra élfica negra y comprendida su magia, había logrado restituir Paranor al mundo de los hombres, convirtiéndose él mismo en el primero de los nuevos druidas. Y Wren Elessedil había regresado de Morrowindl con Arborlon y los elfos tras descubrir la magia de las piedras élficas, y también su verdadera identidad y su herencia. Dos de los tres encargos de Allanon habían sido cumplidos. Dos de los tres pasos habían sido dados.

Par iba a ser el último, por supuesto, se dijo Rimmer Dall. Debía encontrar la Espada de Shannara. La Espada que iba a revelarle la verdad.

Juegos disputados por ancianos y fantasmas, musitó Rimmer Dall. Encargos y persecuciones, y búsquedas de la verdad. Pero él conocía la verdad mejor que ellos, y la verdad era que nada de todo eso importaba, porque al final la magia lo era todo, y la magia pertenecía a los Espectros. Le irritaba que, a pesar de sus esfuerzos para impedirlo, hubieran vuelto los elfos y Paranor. Todos los que había enviado para detener a los vástagos de Shannara habían fracasado. El fracaso les había costado la muerte, pero eso no había logrado aplacar su ira. Tal vez debería haberse encolerizado... o hasta preocupado. Pero Rimmer Dall confiaba en su poder, estaba seguro de su control sobre los acontecimientos y el tiempo, convencido de que el futuro seguía estando en sus manos. Si Teel y Pe Eltar le habían fallado, otros no lo harían.

Zumm, zumm, susurraba la magia.

Así pues...

Rimmer Dall frunció el entrecejo. Todo lo que necesitaba era un poco de tiempo. Dejaría que los acontecimientos que ya había puesto en marcha siguieran su curso, y entonces sería demasiado tarde para los planes del druida fallecido. Deja al margen al Tío Oscuro y a la chica. No permitas que estén al corriente. No dejes que hagan frente común.

No permitas que encuentren a los jóvenes del valle.

Lo que necesitaban era algo en que entretenerse, algo que los mantuviera ocupados. O mejor aún, algo que terminara con ellos. Ejércitos, por supuesto, para aplastar tanto a los elfos como a los nacidos libres. Soldados de la Federación y Espectros escaladores, y a todos cuantos pudiera reunir para sacar a esos necios de su vida. Pero quería algo más, algo especial para los hijos de Shannara con todos sus trucos de magia y hechizos de druida.

Reflexionó sobre el asunto durante largo tiempo, mientras la luz grisácea del crepúsculo abría paso a la noche. La luna se elevaba por el este, una guadaña sobre un fondo negro, y las estrellas brillaban como cabezas de alfileres plateadas. Su resplandor penetró la oscuridad en que estaba sentado el primer investigador transformando su rostro en una calavera.

Sí, se dijo a sí mismo haciendo un gesto de asentimiento.

El Tío Oscuro estaba obsesionado con la herencia del druida. Le enviaría algo para burlarse de esa debilidad, algo que lo confundiera y lo frustrara. Le enviaría a los cuatro jinetes.

Y la chica. Wren Elessedil había perdido a su protector y asesor. Le daría a alguien que llenara ese vacío. Le daría a uno de sus elegidos, alguien que la tranquilizara y la consolara, que calmara sus temores para, a continuación, traicionarla y arrebatarle todo.

Los demás no eran una amenaza seria, ni siquiera el líder de los nacidos libres o el joven de las tierras altas. No podían hacer nada sin los herederos Ohmsford. Si conseguía encerrar al Tío Oscuro en su alcázar y poner fin al breve reinado de la reina elfa, los planes cuidadosamente trazados por el fantasma del druida se derrumbarían. Allanon volvería a hundirse en las aguas del Cuerno del Infierno junto con el resto de sus parientes fantasmas, sería devuelto al pasado, adonde pertenecía.

Sí, los demás no contaban.

Pero, de todas formas, se enfrentaría a ellos.

Y aunque fracasaran todos sus esfuerzos, aunque no pudiera hacer nada más que perseguirlos como un perro a su presa, se conformaría con eso si conseguía apoderarse del alma de Par Ohmsford. Le bastaba con eso para poner fin a todas las esperanzas de sus enemigos. Sólo eso. Había poca distancia hasta el precipicio y el joven del valle ya había echado a andar hacia él. Su hermano sería la cabra atada a un poste que lo atraería como a un lobo de caza. Coltar Ohmsford estaba a esas alturas bajo el hechizo del sudario-espejo, era esclavo de la magia que había creado la capa. La había robado para disfrazarse, sin imaginar que así lo había previsto Rimmer Dall, sin sospechar ni por un momento que era una trampa mortal que lo sometería a los sombríos propósitos del primer investigador. Coltar Ohmsford perseguiría a su hermano y provocaría un enfrentamiento. Y lo haría porque la capa no le permitiría hacer otra cosa, alojando en su interior una locura de la que sólo podría librarse con la muerte de su hermano. Par se vería obligado a luchar. Y como carecía de la magia de la Espada de Shannara, como sus armas convencionales no bastarían para detener a la especie de Espectro en que se había convertido su hermano y estaría aterrado de que se tratara de otro truco, recurriría a la magia del cantar.

Tal vez mataría a su propio hermano, pero esta vez lo haría de verdad, para a continuación darse cuenta –cuando fuera demasiado tarde para cambiar las cosas– de lo que había hecho.

O tal vez no. Tal vez dejaría escapar a su hermano, y eso lo llevaría a su fin.

El primer investigador hizo un gesto de indiferencia. En ambos casos el resultado sería el mismo. En ambos casos el joven del valle estaba acabado. El uso de la magia y la serie de sorpresas que sin duda se derivarían de su utilización lo trastornarían. Le harían perder el control de la magia y permitirían que se convirtiera en instrumento de Rimmer Dall. Éste estaba seguro de ello. Podía hacerlo porque, a diferencia de los vástagos de Shannara y de su mentor, él comprendía la magia élfica, la magia que le pertenecía por linaje y por derecho. Comprendía lo que era y cómo funcionaba. Sabía lo que Par ignoraba: qué ocurría con el cantar, por qué actuaba como lo hacía, cómo había escapado a cualquier control para convertirse en algo rebelde que hacía lo que se le antojaba.

Par estaba cerca. Muy cerca.

El peligro de lidiar con la bestia está en que te conviertas en una.

Él era casi uno de ellos.

No tardaría en serlo.

Por supuesto existía la posibilidad de que el joven del valle descubriera antes de tiempo la verdad acerca de la Espada de Shannara. ¿El arma que llevaba, la que Rimmer Dall le había entregado tan fácilmente, era el talismán que buscaba o una imitación? Par Ohmsford seguía sin saberlo. Contaba con que no lo averiguara. Y aunque lo hiciera, ¿de qué le serviría? Las espadas tenían doble filo y podían cortar en ambos sentidos. La verdad sería para Par más perjudicial que útil...

Rimmer Dall se levantó y se acercó de nuevo a la ventana, una sombra en la oscuridad de la noche, encorvada y envuelta para protegerse de la luz. Los druidas no lo comprendían; nunca lo habían hecho. Allanon era un anacronismo antes incluso de que se hubiera convertido en lo que Bremen había querido hacer de él. Druidas... Utilizaban la

magia como necios jugando con fuego: asombrados ante sus posibilidades, pero aterrorizados de los peligros que implicaba. No era de extrañar que se hubieran quemado tan a menudo. Pero eso no les había impedido aceptar ese don misterioso. Juzgaban demasiado deprisa a quienes intentaban ejercer el poder –a los Espectros sobre todo– para calificarlos como enemigos y destruirlos.

Como se habían destruido a sí mismos.

Sin embargo, había proporción y sentido en la visión que los Espectros tenían de la vida; para ellos la magia no era un juguete, sino la esencia de quiénes y qué eran, y la defendían, protegían y adoraban. Nada de medias tintas que negaban la accesibilidad de la vida, ni de advertencias interesadas para asegurarse de que nadie más la utilizaba. Ni admoniciones ni toques de atención. Ni juegos. Los Espectros no eran más que lo que la magia hacía de ellos, y, una vez aceptado eso, la magia podía convertirlos en cualquier cosa.

Las copas de los árboles de los bosques y acantilados de las montañas de Runne eran montículos oscuros sobre la superficie lisa y plateada del Lago del Arco Iris. Rimmer Dall contempló el mundo y vio lo que los druidas jamás habían sido capaces de ver.

Que pertenecía a quienes eran lo bastante fuertes para tomarlo, sostenerlo y darle forma. Que estaba hecho para ser utilizado.

Sus ojos, del color de la sangre, ardían.

Era irónico que los Ohmsford hubieran servido tanto tiempo a los druidas realizando sus cometidos, llevando a cabo sus búsquedas, siguiendo visiones de verdades que nunca habían sido. Las historias eran leyenda. Shea y Flick, Wil, Brin y Jair, y ahora Par. Todo había sido inútil. Pero esto pondría punto final. Porque Par serviría a los Espectros, y al hacerlo, pondría fin al vínculo entre los druidas y los Ohmsford.

–Par. Par. Par.

Rimmer Dall susurró su nombre en la noche. Una letanía que inundó su mente de visiones de un poder que nadie podría arrebatarle.

Permaneció largo tiempo junto a la ventana soñando con el futuro.

Luego se retiró bruscamente y bajó a las profundidades de la torre en busca de comida.

2

La bodega situada bajo el molino estaba sumida en sombras, y los débiles rayos que se filtraban por las tablas del suelo no tardaron en desvanecerse en la débil luz crepuscular. Sacado de su escondite seguro, perseguido a través de las catacumbas vacías y finalmente inmovilizado ante la trampilla atascada por la que había pensado escapar, Par Ohmsford se agazapaba como un animal acorralado, esgrimiendo ante sí la Espada de Shannara de forma protectora, cuando el intruso que le había perseguido hasta allí se detuvo en seco y levantó la mano para quitarse la capucha que le tapaba la cara.

–Muchacho, soy yo –susurró una voz familiar.

La capucha cayó dejando al descubierto una cabeza morena, pero seguía estando demasiado oscuro...

La figura dio un paso hacia delante sin mucha confianza, bajando la mano que sostenía el cuchillo largo.

–¿Par?

De pronto los rasgos del intruso quedaron iluminados por un haz de brumosa luz gris y Par expulsó ruidosamente el aire de los pulmones.

–¡Padishar! –exclamó aliviado–. ¿Eres tú?

El largo cuchillo desapareció bajo la capa, y se oyó una risa débil e inesperada.

–En carne y hueso. ¡Maldición, pensé que nunca te encontraría! He recorrido Tyrsis de punta a punta, hasta el último escondrijo, y allá donde iba, me esperaban la Federación y los Espectros investigadores. –Se acercó al pie de la escalera, esbozando una amplia sonrisa, con los brazos extendidos–. Ven aquí, muchacho. Déjame verte.

Par apartó la Espada de Shannara y bajó las escaleras con una mezcla de cansancio y gratitud.

–Creía que eras... Me asusté...

Entonces Padishar lo estrechó entre sus brazos, dándole palmaditas en la espalda y levantándolo del suelo como si fuera un fardo de tela.

–¡Par Ohmsford! –exclamó, dejando al joven del valle en el suelo y sujetándolo por los hombros para examinarlo. Esbozó una sonrisa radiante y despreocupada, y se echó a reír de nuevo–. ¡Tienes un aspecto lamentable!

–Tú tampoco tienes muy buen aspecto que digamos –respondió Par, haciendo una mueca. El hombre corpulento tenía en la cara y el cuello cicatrices de heridas de guerra que no estaban allí cuando se habían separado. Par hizo un gesto negativo, abrumado–. Suponía que habías conseguido huir del Pozo, pero me alegra verte aquí para corroborarlo.

–¡Ah, han ocurrido muchas cosas desde entonces, joven del valle! –El pelo lacio de Padishar estaba enredado, y tenía profundas ojeras por falta de sueño. Miró a su alrededor–. ¿Estás solo? No lo esperaba. ¿Dónde está tu hermano? ¿Y Damson?

–Coltar... –empezó a responder Par mientras su sonrisa se desvanecía, pero no pudo terminar–. Padishar, no puedo... –Apretó la empuñadura de la Espada de Shannara, como si al hacerlo se aferrara a la cuerda salvavidas que de pronto necesitaba–. Damson ha salido esta mañana y aún no ha vuelto.

–¿Salido? ¿Adónde, muchacho? –inquirió Padishar, entornando los ojos.

–En busca de un camino para salir de la ciudad. O a falta de uno, otro escondite. La Federación está en todas partes. Pero no te digo nada nuevo. Tú mismo los has visto. ¿Cuánto tiempo llevas buscándonos, Padishar? ¿Cómo has encontrado este lugar?

–Un golpe de suerte –respondió Padishar, dejando caer sus grandes manos–. Fui a todos los escondites que me vinieron a la cabeza, los más recientes, los que Damson nos

preparó el año pasado. Éste es viejo, hace cinco años que lo preparó y no se ha utilizado en los últimos tres. Me acordé de él después de haberos buscado en todos lo demás. –De pronto se sobresaltó–. ¡Muchacho! –exclamó, reparando de repente en la espada que Par tenía en las manos–. ¿Es ésta? ¿Es la Espada de Shannara? Entonces, ¿la has encontrado? ¿Cómo la sacaste del Pozo? ¿Dónde...?

De la oscuridad a sus espaldas les llegó el ruido de botas que bajaban por la escalera de madera, seguido del sonido metálico de armas y un murmullo de voces. Padishar se volvió. Los ruidos eran inconfundibles. Unos hombres armados bajaban por las escaleras traseras hasta la habitación que Par acababa de abandonar, y cruzaban la misma puerta por la que había entrado Padishar. A continuación entraron sin dudar en los túneles del otro lado, guiados por antorchas que humeaban y chisporroteaban en la oscuridad.

Padishar se volvió de nuevo, agarró a Par del brazo y tiró de él hacia la trampilla.

–La Federación. Deben de haberme seguido. O tenían vigilado el molino.

–Padishar, la puerta... –Par dio un traspié tratando de soltarse.

–Paciencia, muchacho –lo interrumpió, empujándolo hasta la parte superior de las escaleras–. Estaremos fuera antes de que nos alcancen.

Se abalanzó sobre la trampilla y retrocedió tambaleante, con una expresión de incredulidad reflejada en su tosco rostro.

–Intentaba decírtelo –susurró Par soltándose y mirando atrás en dirección a sus perseguidores. La Espada de Shannara se levantó amenazadora–. ¿Hay otra salida?

La respuesta de Padishar fue arrojarse repetidas veces contra la trampilla, empleando todas sus fuerzas y su gran corpulencia para derribarla. La puerta se negó a moverse, y aunque se rajaron y astillaron algunas de sus tablas con las embestidas, no cedió.

–¡Maldición! –exclamó el jefe de los proscritos.

Los soldados de la Federación abandonaron el pasadizo y entraron en la habitación. Al frente iba un investigador envuelto en una capa negra. Vieron a Padishar y a Par paralizados en la escalera de la trampilla y se abalanzaron sobre ellos. Con un sable en una mano y el cuchillo largo en la otra, Padishar bajó las escaleras para hacerles frente. Los primeros fueron derribados al instante. El resto se detuvo y adoptó una actitud precavida, haciendo amagos y arremetiendo con cautela, tratando de alcanzarle por el costado. Par se quedó detrás de él, lanzando estocadas para cubrirlo por los lados. Poco a poco los dos subieron de nuevo las escaleras, obligando a sus agresores a atacarlos de frente.

La lucha estaba perdida. Eran veinte como mínimo. Un buen ataque y todo terminaría.

Par se golpeó la cabeza con la trampilla. Se volvió lo justo para darle un último empujón, pero seguía atascada. Sintió que en su interior se abría un foso de desesperación. Estaban atrapados.

Sabía que iba a tener que recurrir a la magia del cantar.

Abajo, Padishar arremetía contra sus asaltantes obligándolos a retroceder una docena de escalones.

Par conjuró la magia y sintió cómo el cantar acudía a sus labios dejándole un gusto amargo. No había sido lo mismo desde que había huido del Pozo. Nada había sido lo mismo. Los soldados de la Federación se unieron en un contraataque que obligó a Padishar a subir las escaleras. Los rasgos acusados del proscrito brillaban de sudor.

De pronto se movió algo arriba y la trampilla se abrió. Par llamó a gritos a Padishar, y olvidándolo todo se precipitaron escaleras arriba, cruzaron la trampilla y se encontraron en el molino.

Allí estaba Damson Rhee, el cabello pelirrojo ondeando detrás de su figura envuelta en una capa mientras corría hacia un boquete abierto en las paredes de madera del molino, pidiendo a gritos que la siguieran. Damson se volvió veloz como un gato para hacer frente

a los soldados, y de su mano vacía brotó un fuego que les arrojó llamaradas a la cara. Pasó entre ellos girando sobre sí misma y esparciendo a diestro y siniestro la magia para despejar el camino. Par y Padishar se apresuraron a seguirla gritando como locos. Los soldados trataron en vano de reagruparse. Ninguno alcanzó a Par. Luchando como un poseso, Padishar los mató allí mismo.

De pronto se encontraron en la calle, respirando el húmedo aire de la noche con la cara bañada en sudor, la respiración siseante como el vapor. Había caído la noche en forma de una bruma crepuscular de arena y polvo que flotaba espesa en los estrechos pasillos amurallados. La gente corría dando gritos, mientras los soldados de la Federación aparecían por todas partes profiriendo maldiciones, apartando a empujones a todos los que se interponían en su camino.

Sin decir una palabra, Damson condujo a Padishar y a Par por una callejuela y les hizo cruzar un túnel ennegrecido que apestaba a escombros y excrementos. La persecución fue inmediata, pero engorrosa. Damson los llevó por una calleja hasta la puerta lateral de una taberna. Entraron en el interior escasamente iluminado, pasaron por delante de hombres encorvados sobre mesas y desplomados en sillas, alrededor de barriles y a lo largo de un mostrador, y salieron por la puerta delantera.

A ambos lados se extendía un porche destartalado, hecho de listones de madera y con el techo bajo y combado. La calle estaba desierta.

–¿Por qué has tardado tanto, Damson? –susurró Par mientras corrían–. Esa trampilla...

–Fue culpa mía, joven del valle –respondió la muchacha, enfadada–. La bloqueé con máquinas para ocultarla. Pensé que así estarías más seguro. Me equivoqué. Pero yo no he traído a los soldados. Deben de haberlo descubierto ellos solos o han seguido a Padishar. –El hombre corpulento empezó a hablar, pero ella lo interrumpió–. Rápido. Aquí están.

De entre las sombras, las formas oscuras de los soldados de la Federación salieron en tropel a la calle. Damson dio media vuelta, cruzó hasta la hilera de edificios que se levantaban al otro lado y los condujo por una calleja muy estrecha por la que a duras penas pasaban, perseguidos por aullidos encolerizados.

–¡Tenemos que volver a la vía Tyrsiana! –jadeó la muchacha.

Irrumpieron en un mercado, resbalando con los restos de comida, chocando con los cubos de basura. Un par de puertas altas les impidió continuar y Damson trató inútilmente de retirar la barra que las atrancaba. Al final, Padishar hizo pedazos una de ellas de una enérgica patada.

Al verlos salir, los soldados se precipitaron a su encuentro con las espadas desenvainadas. Padishar arremetió contra ellos y los arrojó por los aires. Dos cayeron desplomados, y el resto se desperdigó.

Un repentino movimiento a la izquierda de Par le hizo volver la cabeza. De la noche surgió un investigador; la cabeza del lobo brillaba en su capa oscura. Par arrojó sobre él la magia del cantar en forma de serpiente monstruosa, y el investigador retrocedió tambaleándose y profiriendo alaridos.

Corrieron calle abajo, atajando en diagonal hasta una segunda y una tercera calles. La resistencia de Par estaba siendo puesta a prueba, su respiración era tan jadeante que amenazaba con ahogarlo y tenía la garganta seca por el polvo y el miedo. Todavía estaba débil de la lucha en el Pozo y no se había recuperado del todo de las secuelas del uso de la magia. Se llevó al pecho la Espada de Shannara en un gesto protector, sintiéndola cada vez más pesada.

Doblaron una esquina y se detuvieron a la entrada de un establo, oyendo cómo aumentaba el tumulto a su alrededor.

–¡No pueden haberme seguido! –dijo Padishar de pronto, escupiendo sangre a través

de sus labios cuarteados.

–No me lo explico, Padishar –respondió Damson, haciendo un gesto negativo–. Han descubierto todos los escondites seguros; los he encontrado en cada uno de ellos, esperándome. Incluso éste.

–Debí imaginarlo –dijo el jefe de los proscritos. Sus ojos brillaron de pronto al comprender–. Fue ese Espectro, el que mató a Hirehone, el que se hizo pasar por un enano. –Par levantó la cabeza–. ¡Logró averiguar nuestros escondites seguros y los reveló, como hizo con el Saliente!

–¡Un momento! ¿Qué enano? –preguntó Par confundido.

Pero Damson había empezado a andar de nuevo, obligando a los otros dos a seguirla, bajando por un camino y cruzando una plaza en la que desembocaban media docena de callejas. Siguieron avanzando pesadamente en medio del calor y la oscuridad en dirección a la vía Tyrsiana, la calle principal de la ciudad. Par no cesaba de hacerse preguntas mientras seguía andando tambaleante pero con determinación. ¿Los había delatado un enano? Steff o Teel... ¿U otro? Trató de escupir para combatir la sequedad de la garganta. ¿Qué había pasado en el Saliente? ¿Y dónde estaba Morgan Leah?, se preguntó de pronto.

De repente apareció ante ellos una hilera de soldados, que les cortó el paso. Damson se apresuró a empujar a Padishar y a Par hacia las sombras del edificio.

–He encontrado al Topo –susurró apresuradamente a sus oídos, mirando a izquierda y derecha mientras se alzaban nuevos gritos–. Nos espera en el taller de cuero de la vía Tyrsiana para sacarnos de la ciudad por los túneles.

–¡Ha escapado! –exclamó Par.

–Te dije que tenía recursos. –Damson tosió y esbozó una sonrisa–. Pero tenemos que llegar hasta donde está si queremos que nos ayude... Hemos de cruzar la vía Tyrsiana y recorrer la corta distancia que nos separa de esos soldados. Si nos separamos, no os paréis. Seguid adelante.

Antes de que alguno de los dos pudiera protestar, ya había salido disparada hasta una calleja bordeada de almacenes cerrados. Padishar logró formular una breve y furiosa objeción, y salió tras ella, seguido de Par. Fueron de la calleja a la calle del otro lado y giraron en la vía Tyrsiana. Ante ellos aparecieron soldados, apenas un puñado, escudriñando la noche. Padishar se abalanzó sobre ellos furioso, blandiendo el sable en el que se reflejaba una siniestra luz plateada. Damson hizo girar a Par a la izquierda, pasando por delante de sus contrincantes. Aparecieron más soldados y, de pronto, había soldados por todas partes; salían de la oscuridad en grupos reducidos y daban vueltas, frenéticos. La luna había desaparecido detrás de un montón de nubes y las farolas de la calle estaban apagadas. Estaba tan oscuro que era imposible distinguir al amigo del enemigo. Damson y Par se abrieron paso por entre el tumulto, retorciendo manos que trataban de aferrarlos, apartando a empujones cuerpos que les cortaban el paso. Oyeron el grito de guerra de Padishar, seguido de un furioso choque de espadas.

Más adelante, la noche estalló en un resplandor naranja brillante cuando algo explotó en el centro de la vía.

–¡Topo! –gritó Damson.

Se precipitaron hacia la luz, una columna de fuego que brillaba en la oscuridad. Junto a ellos pasaban, cuerpos en todas direcciones y Par fue zarandeado con tal fuerza que perdió a Damson. Retrocedió para buscarla, pero cayó en una maraña de brazos y piernas al chocar contra un soldado que huía. El joven del valle intentó levantarse, llamando a gritos a Damson. La Espada de Shannara reflejó el fuego naranja cuando la blandió primero en un sentido y luego en otro, gritando.

De pronto, Padishar apareció de la nada y lo ayudó a levantarse, lo cargó sobre sus hombros y se dirigió a la seguridad de los edificios oscuros. Las espadas les cortaban el

paso, pero él era rápido y fuerte, y esa noche nadie estuvo a su altura. El jefe de los nacidos libres pasó corriendo entre los últimos soldados de la Federación y llegó al pasadizo que se extendía a lo largo de los edificios del otro lado de la vía. Lo recorrió a toda velocidad, pasando por encima de cubos y barriles, apartando a patadas bancos, pasando a todo correr entre los soportes de los aleros y los escombros de la jornada de trabajo.

Los talleres de cuero estaban más adelante, silenciosos y aparentemente vacíos. Padishar corrió con todas sus fuerzas hasta el primero y traspuso el umbral como si no hubiera puerta, arrancándola de las bisagras de un empujón.

Una vez en el interior, tiró de Par y se volvió furioso.

No había rastro de Damson.

–¡Damson! –gritó.

Los soldados de la Federación se acercaban a los talleres de cuero procedentes de todas partes.

–¡Topo! –gritó desesperado Padishar, con la cara roja y negra de sangre y polvo.

De las sombras del fondo de la fábrica salió una cara peluda.

–Por aquí –respondió el Topo con voz serena–. Rápido, por favor.

Par vaciló, buscando todavía a Damson con la mirada, pero Padishar le agarró de la capa y lo llevó a rastras.

–No hay tiempo, muchacho.

El Topo levantó la cara con expresión interrogante y con los ojos brillantes cuando se acercaron a él.

–¿Y la encantadora Damson...? –preguntó, pero Padishar lo interrumpió con un gesto negativo.

El Topo parpadeó, luego les dio la espalda sin decir palabra. Los llevó por una puerta que conducía a unos almacenes, y luego por una escalera hasta un sótano. En una pared que parecía precintada por todas las junturas encontró un panel que cedió sólo con tocarlo, y sin mirar una sola vez atrás les hizo cruzarlo.

Se encontraron en el rellano de una escalera que bajaba a las alcantarillas de la ciudad. El Topo volvía a estar en casa. Bajó despacio a las húmedas y frías catacumbas, la luz apenas lo bastante intensa para permitir que Padishar y Par lo siguieran. Al pie de las escaleras pasó una antorcha con la punta negra de hollín al jefe de los proscritos, que se arrodilló sin decir nada para encenderla.

–¡Deberíamos volver a buscarla! –dijo Par furioso.

La cara marcada de Padishar emergió de las sombras como si estuviera tallada en piedra.

–Calla, joven del valle, no sea que olvide quién eres –respondió el jefe de los proscritos, dirigiendo a Par una mirada terrorífica.

Hizo una pequeña llama con un pedernal, encendió la punta de la antorcha untada de brea y los tres se internaron en los túneles de las alcantarillas. El Topo iba al frente, escabulléndose sin cesar en la oscuridad humeante, avanzando con pasos estudiados, conduciéndolos por debajo de la ciudad, lejos de sus muros. Habían dejado de oírse los gritos de sus perseguidores, y Par supuso que aun en el caso de que los soldados de la Federación hubieran encontrado la entrada secreta, no habrían tardado en perderse en los túneles. De pronto cayó en la cuenta de que seguía esgrimiendo la Espada de Shannara y, tras un instante de deliberación, la deslizó con cuidado en su vaina.

Los minutos pasaban, y con cada paso que daban Par perdía la esperanza de volver a ver a Damson. Estaba ansioso por ayudarla, pero la expresión de Padishar le había convencido de que al menos por el momento debía contenerse. Seguramente estaba tan preocupado por ella como él.

Cruzaron un puente de piedra que salvaba una perezosa corriente y se adentraron en

un túnel con el techo tan bajo que se vieron obligados a recorrerlo casi a gatas. Al final de éste, el techo volvió a elevarse y avanzaron por una confluencia de túneles hasta llegar a una puerta. El Topo tocó algo que descorrió un pesado pestillo y la puerta se abrió invitándolos a entrar.

En el interior encontraron una colección de muebles antiguos y viejos trastos que si no eran los mismos que el Topo había corrido el riesgo de perder hacía una semana al huir de los soldados de la Federación, eran sin duda unas perfectas réplicas. Había animales disecados colocados ordenadamente en una pulcra hilera sobre un viejo sofá de cuero, y los ojos de botón los miraron sin comprender cuando entraron.

–Chalt el Valiente, la dulce Everlind, Westra y la pequeña Lida –susurró el Topo, acercándose a ellos. Murmuró otros nombres en un tono demasiado bajo para que pudieran oírlos–. Hola, hijos míos. ¿Estáis bien? –Los besó uno por uno, volviendo a colocarlos con cuidado–. No, no, las criaturas negras no os encontrarán aquí, os lo prometo.

Padishar pasó la antorcha a Par, se acercó a una palangana y empezó a arrojarse agua fría a la cara cubierta de una costra de sudor. Cuando terminó, se quedó allí de pie. Apoyó las manos en la mesa en que estaba la palangana y bajó la cabeza cansado.

–Topo, tenemos que averiguar qué le ha ocurrido a Damson.

–¿A la encantadora Damson? –inquirió el Topo, volviéndose.

–Estaba a mi lado –intentó explicar Par–, pero los soldados se pusieron entre ambos...

–Lo sé –lo interrumpió Padishar, levantando la vista–. No fue culpa tuya. Ni de nadie. Tal vez ha logrado escapar, pero había tantos... –Exhaló con fuerza–. Topo, tenemos que averiguar si la han capturado.

–Los túneles pasan por debajo de las prisiones de la Federación y algunos llegan hasta sus mismas paredes –respondió el Topo, parpadeando despacio, y sus ojos de lince brillaron–. Puedo echar un vistazo y escuchar.

–En la torre de entrada al Pozo también, Topo –dijo Padishar, mirándolo fijamente.

Se produjo un largo silencio. A Par se le heló la sangre. Damson no podía estar allí.

–Quiero ir con él –dijo el joven del valle en voz baja.

–Ni hablar –respondió Padishar haciendo un enérgico gesto negativo–. El Topo se moverá más deprisa y con más sigilo si va solo. –Sus ojos reflejaban desesperación cuando se encontraron con los de Par–. Deseo tanto como tú ir con él, muchacho. Ella es...

–Me lo dijo –lo interrumpió Par, tras un breve instante de vacilación, haciendo un gesto de asentimiento.

Se miraron en silencio.

El Topo cruzó como un felino la habitación, entrecerrando los ojos para protegerlos de la luz de la antorcha que Par mantenía en alto.

–Esperad aquí hasta que vuelva –les ordenó, mientras desaparecía de su vista.

3

Un largo y arduo viaje había llevado a Par Ohmsford de su encuentro, hacía ahora mucho tiempo, con el fantasma de Allanon en el Cuerno del Infierno al lugar y momento presentes, y de pie en la guarida subterránea del Topo, contemplando las ruinas y desechos de la vida de otras personas, no pudo evitar preguntarse hasta qué punto reflejaban la suya.

Damson.

Cerró con fuerza los ojos para contener las lágrimas que amenazaban con saltar. No se veía capaz de afrontar el dolor que para él constituiría su pérdida. Apenas estaba empezando a comprender cuánto significaba para él.

–Par. –Padishar pronunció su nombre con suavidad–. Ven a lavarte, muchacho. Estás agotado.

Par hizo un gesto de asentimiento. Estaba agotado física, emocional y espiritualmente. Derrumbado en todos los sentidos. Se le habían agotado las fuerzas, y su última esperanza había quedado hecha trizas como el papel bajo un cuchillo.

Encontró velas repartidas por la estancia y las encendió con la antorcha antes de apagarla. Luego se acercó a la palangana y empezó a lavarse despacio, de forma ritual, frotándose la mugre y el sudor como si al hacerlo borrara todo lo malo que le había ocurrido durante la búsqueda de la Espada de Shannara.

Todavía llevaba la Espada colgada a la espalda. Se detuvo en mitad del baño para quitársela y la apoyó contra un viejo tocador con un cristal roto. Se quedó mirándola fijamente como miraría a un enemigo. La Espada de Shannara... ¿o no lo era? Todavía no lo sabía. La misión que le había encomendado Allanon era encontrar la Espada, y aunque en otro tiempo creyó haberlo conseguido, ahora empezaba a considerar la posibilidad de haber fracasado. Había olvidado dicha misión el tiempo que siguió a la muerte de Coltar y durante su lucha por conservar la vida en las catacumbas de Tyrsis. Se preguntó cuántos de los encargos de Allanon habían sido olvidados o ignorados. Se preguntó si Walker o Wren habrían cambiado de parecer.

Terminó de lavarse, se secó y, al volverse, encontró a Padishar sentado ante una mesa de tres patas, cuyo miembro ausente había sido sustituido por un cajón. El líder de los nacidos libres comía pan con queso, y lo acompañaba con cerveza. Señaló a Par el lugar que le había preparado y el plato de comida que le esperaba, y el joven del valle se acercó sin decir palabra, se sentó y empezó a comer.

Tenía más hambre de lo que había creído y terminó la comida en unos minutos. A su alrededor las velas chisporroteaban y parpadeaban en la media luz como luciérnagas en una noche sin luna. El silencio sólo era interrumpido por el lejano ruido de agua goteando.

–¿Cuánto hace que conoces al Topo? –preguntó a Padishar, incómodo ante la sensación de vacío que el silencio producía en su interior.

Padishar frunció el entrecejo. Tenía rasguños y cortes tan profundos en la cara, que ésta parecía un puzzle con las piezas mal encajadas.

–Cerca de un año. Damson me llevó un día al parque después de anochecer para presentármelo. No sé cómo lo conoció ella. –Echó un vistazo a los animales disecados–. Un bicho raro, pero con ella bastante seguro.

Par hizo un gesto de asentimiento.

–Háblame de la Espada, muchacho –lo apremió Padishar, echándose hacia atrás en su silla, haciéndola crujir y agitando la jarra de cerveza delante de él–. ¿Es la auténtica?

–Buena pregunta, Padishar –respondió Par, sin poder evitar esbozar una sonrisa–. Ojalá lo supiera.

A continuación le contó al jefe de los nacidos libres lo que le había ocurrido desde que habían luchado juntos para escapar del Pozo: cómo Damson había encontrado a los hermanos Ohmsford en el Parque del Pueblo, cómo se habían reunido con el Topo, cómo habían decidido volver a entrar en el Pozo por última vez para hacerse con la Espada, cómo había encontrado en la cripta a Rimmer Dall y éste le había entregado el supuesto talismán antiguo sin necesidad de lucha, cómo había perdido a Coltar, y por último, cómo Damson y él habían estado huyendo desde entonces y escondiéndose por toda la ciudad de Tyrsis.

Lo que no le contó a Padishar era que Rimmer Dall había afirmado que, al igual que el jefe de los investigadores, Par también era un Espectro. Porque si eso era cierto...

–La llevo conmigo, Padishar –terminó, descartando la posibilidad, señalando la polvorienta hoja apoyada contra el tocador–, porque sigo creyendo que tarde o temprano descubriré si es o no la auténtica.

–Aquí hay gato encerrado –dijo Padishar, frunciendo el entrecejo–. Rimmer Dall no es amigo de nadie. O la Espada es una imitación o tiene buenos motivos para pensar que no eres capaz de utilizarla.

Si soy un Espectro...

–Lo sé –respondió Par, tragando saliva para contener su miedo–. Y hasta el momento no he podido. Sigo probándola, intentando conjurar su magia, pero no ocurre nada. –Hizo una pausa–. Sólo una vez, estando en el Pozo, después de que Coltar... al recoger la Espada de donde se me había caído, me quemó la mano como una brasa. Sólo un instante. –Volvió a revivir ese momento–. El hechizo del cantar seguía agitándose en mi interior mientras sostenía esa Espada de fuego. Entonces la magia se desvaneció y la Espada de Shannara volvió a enfriarse.

–Entonces está claro, muchacho –dijo el jefe de los proscritos, haciendo un gesto de asentimiento–. Hay algo en el cantar que te impide utilizar la Espada de Shannara. Tiene sentido, ¿no? ¿Por qué no podría tratarse de un conflicto entre magias? Eso explicaría por qué Rimmer Dall te entregó la espada sin la menor oposición.

–Pero ¿cómo iba a saber él que tenía ese efecto? –respondió Par haciendo un gesto negativo. Y se dijo que lo más probable era que el primer investigador supiera que la Espada no funcionaba en manos de los Espectros–. ¿Y qué hay de Allanon? ¿No crees que él también lo habría sabido? ¿Por qué iba a enviarme en busca de la Espada si no soy capaz de utilizarla?

Padishar no tenía respuestas para ninguna de esas preguntas, por supuesto, así que por un instante se limitaron a mirarse.

–Siento lo de tu hermano –dijo por fin el hombre corpulento.

Par bajó los ojos un instante, luego volvió a mirarlo.

–Fue Damson quien me impidió... –Se quedó sin aliento–. Quien me ayudó a superar el dolor cuando creía que no iba a poder soportarlo. –Esbozó una débil y triste sonrisa–. La quiero, Padishar. Tenemos que recuperarla.

Padishar asintió.

–Si es que se ha perdido, muchacho –respondió Padishar–. No sabemos nada. –Pero su voz dejaba traslucir dudas, y adoptó una expresión preocupada y distante.

–Perder a Coltar es todo cuanto soy capaz de soportar. –Par no se permitió bajar la mirada.

–Lo sé. La recuperaremos sana y salva, te lo prometo.

Padishar alargó la mano hacia la jarra de cerveza, se sirvió una cantidad generosa en su copa, luego se lo pensó mejor y sirvió un poco en la de Par. Bebió un largo sorbo y dejó con cuidado la jarra en la mesa. Par comprendió que había dicho todo lo que quería sobre el asunto.

–Háblame de Morgan –pidió en voz baja.

–¡Ah, el joven de las tierras altas! –Padishar se animó al instante–. Me salvó la vida en el Pozo después de que tú y tu hermano escaparais. Y me la volvió a salvar, junto con la de todos los demás, en el Saliente. Un asunto feo.

Y procedió a relatar lo que había ocurrido: cómo la Espada de Leah había sido hecha trizas al huir del Pozo y de sus Espectros, cómo la Federación los había seguido hasta el Saliente y lo había sitiado, cómo habían llegado los Escaladores, cómo Morgan había adivinado que Teel era un Espectro, cómo el joven de las tierras altas, Steff y él habían seguido a Teel hasta lo más profundo de las cuevas que había detrás del Saliente donde Morgan se había enfrentado a Teel solo y había descubierto lo suficiente de la magia de su espada rota para destruirla, cómo los nacidos libres habían huido de la trampa de la Federación, y cómo Morgan los había abandonado entonces para volver al lado de Culhaven y de los enanos, para cumplir la promesa que había hecho al moribundo Steff.

–Le prometí que te buscaría –concluyó Padishar–. Pero antes me vi obligado a yacer inmóvil en la Cuenca de los Aros de Fuego mientras se curaba mi brazo roto. Seis semanas. Todavía está tierno, pero no lo demuestro. Se suponía que debía reunirme con Axhind y los trolls de las rocas en el desfiladero de Jannison hace dos semanas, pero les envié recado de que serían ocho. –Suspiró–. Tanto tiempo perdido y tan poco que perder. Es un paso adelante y dos hacia atrás. En fin, al final pude recuperarme lo suficiente para cumplir mi parte del trato y encontrarte. –Rió con sorna–. No ha sido fácil. Allí donde buscaba, me esperaba la Federación.

–Entonces, ¿crees que fue Teel? –preguntó Par.

–Tuvo que ser ella –respondió Padishar–. Mató a Hirehone después de robarle su identidad y sus secretos. Hirehone era de fiar, conocía los lugares seguros. El Espectro de Teel debió de obtener esa información de él, extrayéndola de su cerebro. –Escupió–. ¡Esas criaturas negras! ¡Y Rimmer Dall fingió ser tu amigo! ¡Menuda mentira!

O peor, la verdad, pensó Par, pero no lo dijo. Par temía que su afinidad con el primer investigador, no importaba cuál fuera su naturaleza, le permitiera a éste averiguar secretos que de otro modo se mantendrían ocultos; incluso los que no le confiaban inmediatamente, los guardados por sus amigos y compañeros.

Era una idea descabellada. Demasiado descabellada para ser creíble. Pero ¿acaso no lo era la mayoría de las cosas que había averiguado las pasadas semanas?

Más valía creer que todo se debía a Teel, se dijo.

–De todos modos –decía Padishar–, hay guardias vigilando la Cuenca desde que nos instalamos en ella, porque Hirehone también conocía ese lugar, y eso significa que los Espectros también pueden conocerlo. Pero hasta la fecha ha habido tranquilidad. Dentro de una semana celebraremos una reunión con los trolls y si están de acuerdo en unirse a nosotros, contaremos con un ejército digno de tener en cuenta, será el comienzo de una verdadera Resistencia, el núcleo de un fuego que causará estragos en la Federación y nos liberará por fin.

–¿Todavía es en el desfiladero de Jannison? –preguntó Par, con la cabeza en otras cosas.

–Partiremos tan pronto como vuelva contigo. Y con Damson –se apresuró a añadir–. Una semana bastará para hacerlo todo. –Pero no parecía muy seguro.

–Pero ¿Morgan no ha vuelto aún? –insistió Par.

Padishar meneó despacio la cabeza.

–No te preocupes por tu amigo, muchacho –respondió Padishar, haciendo un gesto negativo–. Es resistente como el cuero y veloz como el rayo, además de resuelto. Esté donde esté y haga lo haga, estará bien. No tardaremos en verlo.

Curiosamente, Par se mostró dispuesto a darle la razón. Si había alguien capaz de hallar la manera de salir de un apuro, ése era Morgan Leah. Recordó la mirada astuta de su

amigo, su pronta sonrisa, el acento de picardía en su voz, y se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Otro herido en el transcurso de su viaje, perdido en alguna parte del camino, arrojado como si se tratara de equipaje de más. Claro que la analogía no era correcta: sus amigos y su hermano habían dado sus vidas para protegerlo. Todos, en un momento u otro. ¿Y qué les había dado él a cambio? ¿Qué había hecho para justificar semejante sacrificio?

¿Qué bien había hecho?

Reparó de nuevo en la Espada de Shannara y recorrió con la mirada el contorno de la mano que sostenía en alto la antorcha encendida. La verdad. La Espada de Shannara era el talismán de la verdad. Y la verdad que más le urgía descubrir en esos momentos era simplemente si esa espada por la cual había renunciado a tanto era la auténtica.

¿Cómo podía averiguarlo?

–Es hora de descansar un poco, Par Ohmsford –le aconsejó Padishar, estirándose y dando un bostezo mientras se levantaba–. Vamos a necesitar todas nuestras fuerzas.

Se acercó al sofá en el que estaban acomodados los animales disecados, los amontonó y los dejó sobre una silla cercana. Volvió al sofá y se instaló cómodamente en los gastados almohadones de cuero, con las botas colgando en un extremo y la cabeza apoyada en la parte interior del codo. Pocos minutos después estaba roncando.

Par se levantó por fin y fue a la silla donde Padishar había dejado los animales disecados. Los cogió con cuidado –Chalt, Lida, Westra, Everlind y los demás– y los llevó junto a la Espada de Shannara, apoyada contra el tocador. Los colocó uno por uno alrededor de la espada y los dejó haciendo guardia, como si pudieran ahuyentar a los demonios de sus sueños.

Cuando terminó, se dirigió al fondo de la guarida del Topo, encontró varios cojines desechados y unas viejas mantas, se hizo un camastro en un rincón dominado por una colección de viejos cuadros y se tendió en él.

Todavía escuchaba el incesante gotear del agua cuando se quedó dormido.

Cuando se despertó, estaba solo. El sofá donde Padishar había dormido estaba vacío y las habitaciones del Topo se hallaban silenciosas. Todas las velas, excepto una, estaban apagadas. Par parpadeó ante ese punto de luz, luego buscó en la oscuridad preguntándose adónde había ido Padishar. Se levantó y se estiró, y acercándose a la vela, la utilizó para encender las demás y observó cómo la oscuridad disminuía convirtiéndose en sombras desperdigadas.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido; había perdido la noción del tiempo dentro de esas catacumbas. Volvía a sentir hambre, de modo que se preparó una comida con pan, queso, fruta y cerveza, y se sentó a comer a la mesa de tres patas. Mientras comía, miró hacia el otro lado de la habitación, a la Espada de Shannara, apoyada en la esquina, rodeada de los hijos de Topo.

Habladme, se dijo. ¿Por qué no habláis?

Terminó de comer, metiéndose la comida en la boca sin saborearla, bebiendo la cerveza sin interés, con los ojos y la mente fijos en la Espada. Se levantó de la mesa, se acercó a la Espada, la levantó de donde estaba y la llevó a su silla. La sostuvo un rato sobre las rodillas, mirándola con fijeza. Por último la desenvainó y, sosteniéndola ante sí, la blandió a uno y otro lado dejando que la luz de la vela se reflejara en su pulida superficie.

Le brillaban los ojos de frustración.

Qué eres, ¿un talismán o una trampa?

Si era lo primero, entre ambos había algo que no funcionaba. Él era el descendiente de Shea Ohmsford y su sangre élfica era tan buena como la de su célebre antepasado; debería de haber sido capaz de invocar sin problemas el poder de la Espada. Si era la auténtica, por supuesto. De lo contrario... Hizo un gesto negativo. No, esta vez sí era la

Espada de Shannara. Lo era. Tenía el presentimiento. Todo lo que sabía sobre la Espada, todo lo que había averiguado sobre ella, todas las canciones que había cantado sobre ella a lo largo de los años, le decían que era ella. Rimmer Dall no le habría dado una imitación; el primer investigador estaba demasiado impaciente de guiar a Par en el asunto de la magia para correr el riesgo de alejarlo con una mentira que acabaría descubriendo. Si algo era Rimmer Dall, era astuto... demasiado para utilizar un truco tan simple.

Par dejó el pensamiento suspendido, no tan seguro como deseoso de que fuera cierto. Sin embargo, parecía cierto, su razonamiento parecía válido, su percepción de las cosas, equilibrada. Rimmer Dall quería que él aceptara que era un Espectro. Y un Espectro no podía utilizar la magia élfica de la Espada porque...

¿Por qué?

¿Porque tal vez la verdad lo destruiría, y su propia magia no lo permitiría?

Pero cuando la Espada de Shannara le había quemado en el Pozo después de haber destruido a Coltar y a los Espectros que lo acompañaban, ¿no había sido la magia de la Espada la que había reaccionado contra la suya y no al revés? ¿Cuál se oponía a cuál?

Apretó la mandíbula al tiempo que aferraba con fuerza la empuñadura labrada de la Espada. Sintió en la palma de la mano, sosteniendo en alto la antorcha, las líneas profundas y claras. ¿Qué problema había entre ellos? ¿Por qué no lograba dar con la respuesta?

Volvió a envainar la Espada y se sentó inmóvil a la luz de la vela, pensando. Allanon le había encomendado la misión de encontrar la Espada de Shannara. A él, y no a Wren o a Walker, y ellos también tenían la sangre élfica de los Shannara, ¿no? Allanon le había enviado a él. En su mente resonaban preguntas que le eran familiares: ¿no habría sabido el druida si tal encargo carecía de sentido? Aun siendo un Espectro, ¿no habría detectado que la magia de Par estaba en peligro, que el mismo Par era el enemigo?

A menos que Rimmer Dall tuviera razón y los enemigos no fueran los Espectros..., sino los druidas. O tal vez ambos, los Espectros y los druidas, eran enemigos de alguna clase que se disputaban el control de la magia, que luchaban por llenar el vacío que había creado la muerte de Allanon, el vacío dejado por la desaparición de la última y auténtica magia.

¿Era posible?

Par frunció el entrecejo mientras deslizaba los dedos por la empuñadura de la Espada y por la vaina.

¿Por qué era tan difícil averiguar la verdad?

Se sorprendió preguntándose qué había sido de todos los demás que habían emprendido el viaje al Cuerno del Infierno. Steff y Teel estaban muertos, y Morgan había desaparecido. ¿Dónde estaba Cogline? ¿Qué había sido de él después de la reunión con Allanon y el reparto de encargos? Par se sorprendió deseando de pronto poder hablar con el anciano sobre la Espada. Sin duda Cogline encontraría sentido a todo esto. ¿Y qué había sido de Wren y del gigante Rover? ¿Y de Walker Boh? ¿Habían cambiado de idea y seguido adelante para llevar a cabo sus cometidos tal como había hecho él?

Como creía haber hecho.

Bajó los ojos, que miraban al vacío, de nuevo hacia la Espada. Había algo más. Ahora que –tal vez– estaba en poder de la Espada, ¿qué se suponía que debía hacer con ella? Aun concediendo a Allanon el beneficio de la duda sobre quién era bueno y quién malo, y si estaba obrando bien o mal, ¿cuál se suponía que era el propósito de la Espada de Shannara?

¿Qué verdad debía revelar?

Estaba harto de tantas preguntas sin respuestas, de tantos secretos que no le eran revelados, de tantas mentiras y retorcidas verdades a medias que lo rodeaban como animales carroñeros a la espera de darse un festín. Si pudiera romper un solo eslabón de

esa cadena de incertidumbre y confusión que lo sujetaba, si pudiera cortar una sola atadura...

Se abrió la puerta en el otro extremo de la habitación, y Padishar apareció en el umbral.

–Estás aquí –dijo con voz alegre–. Descansado, espero.

Par hizo un gesto de asentimiento, con la Espada todavía haciendo equilibrios en sus rodillas. Padishar bajó la vista hacia ella mientras cruzaba la habitación. Par la soltó.

–¿Qué hora es? –preguntó.

–Mediodía. El Topo no ha vuelto. Salí porque pensé que podría averiguar algo de Damson por mi cuenta. Hacer algunas preguntas. Fisgonear en algún agujero. –Hizo un gesto de impotencia–. Una pérdida de tiempo. Si la Federación la tiene, lo mantienen en secreto. –Se dejó caer en el sofá con aspecto exhausto y desanimado–. Si no ha vuelto al anochecer, volveré a salir.

–No sin mí –dijo Par, inclinándose hacia él.

–Supongo que no –respondió Padishar, mirándolo y lanzando un gruñido–. En fin, joven del valle, tal vez podamos al menos evitar otro viaje al Pozo...

Se interrumpió, consciente de pronto de lo que eso implicaba, y desvió la vista incómodo. Par levantó la Espada de Shannara de sus rodillas y la dejó en el suelo a su lado.

–Ella me dijo que tú eras su padre, Padishar.

–El amor parece prestarse a decir tonterías –respondió el hombre corpulento, mirándolo un instante en silencio y esbozando una sonrisa. Se levantó y se acercó a la mesa–. Creo que voy a comer algo.

»Jamás vuelvas a repetir lo que acabas de decir. A nadie. Jamás –añadió con un tono duro como una roca, volviéndose bruscamente.

Esperó a que Par hiciera un gesto de asentimiento, y luego se concentró en preparar algo de comer. Comió de los restos del joven del valle, añadiendo un poco de carne de vaca deshidratada que encontró en un armario lleno de provisiones. Par lo observó en silencio, preguntándose cuánto tiempo padre e hija habían guardado ese secreto, pensando en lo difícil que debía de haber sido para ambos. Los rasgos cincelados de Padishar quedaron en sombra mientras comía, pero sus ojos brillaban como fragmentos de fuego blanco.

Cuando terminó, miró a Par una vez más a los ojos.

–Me prometió... me juró que nunca se lo diría a nadie.

–Me lo dijo porque los dos necesitábamos tener alguna prueba para confiar el uno en el otro –respondió Par, clavando los ojos en sus manos entrelazadas–. Intercambiamos secretos para ganarnos esa confianza. Fue justo antes de que bajáramos al Pozo por última vez.

–Si averiguan quién es... –dijo el hombre corpulento, dando un suspiro.

–No –lo interrumpió Par–. La tendremos con nosotros antes de que eso suceda. –Mantuvo la mirada penetrante de su interlocutor–. Ya lo verás, Padishar.

Padishar Cesta asintió.

–La recuperaremos, Par Ohmsford –afirmó Padishar Cesta, haciendo un gesto de asentimiento–. Claro que sí.

No fue hasta varias horas más tarde cuando el Topo apareció sin hacer ruido por la entrada, emergiendo de la oscuridad como una de sus sombras, parpadeando ante la luz de la vela. Tenía el pelo erizado bajo sus ropas gastadas, dándole el aspecto de un matorral espinoso. Se acercó sin decir palabra a las velas para apagarlas, dejando la mayor parte de sus aposentos sumidos una vez más en la oscuridad en la que se sentía a gusto. Se precipitó hacia sus hijos, amontonados en el suelo, los arrulló en voz baja un instante, luego los

recogió con ternura y volvió a llevarlos al sofá.

Seguía colocándolos cuando a Padishar se le agotó la paciencia.

–¿Qué has averiguado? –preguntó Padishar acaloradamente, sin poder esperar a que acabara de colocar sus muñecos–. ¡Dinos si crees que hay tiempo que perder!

–La tienen prisionera –respondió el Topo sin volverse.

Par se quedó lívido. Miró rápidamente a Padishar y vio que éste permanecía de pie con los puños cerrados.

–¿Dónde? –preguntó Padishar.

–En los cuarteles de la vieja legión, al final de la muralla interior –respondió el Topo tras acomodar a Chalt en un cojín, dándose la vuelta–. La encantadora Damson está encerrada en la torre de vigilancia del sur, totalmente sola. –Arrastró los pies–. Me costó mucho encontrarla.

Padishar dio un paso hacia él y se arrodilló para que sus ojos estuvieran al mismo nivel. Los cortes de su cara estaban rojos como el fuego.

–¿La han...? –Trató de encontrar las palabras–. ¿Está bien?

–No pude llegar hasta ella –respondió el Topo, haciendo un gesto negativo.

–¿No la viste? –preguntó Par, adelantándose.

–No. –El Topó parpadeó–. Pero está allí. Escalé los muros de la torre y estaba justo al otro lado. La oí respirar a través de las piedras. Dormía.

El joven del valle y el líder de los nacidos libres intercambiaron una rápida mirada.

–¿La tienen muy vigilada? –insistió Padishar.

–Hay soldados ante la puerta, al pie de las escaleras que conducen arriba y también en la verja que lleva hasta allí –respondió el Topo, llevándose las manos a los ojos y frotándolos suavemente con los nudillos–. Patrullan los pasillos y pasadizos, y son muchos. –Parpadeó–. También hay Espectros.

–Lo saben –susurró Padishar con aspereza, echándose hacia atrás.

–No –dijo Par–. Aún no. –Esperó que los ojos de Padishar se encontraran con los suyos–. Si así fuera, no le permitirían dormir. No están seguros. Esperarán a Rimmer Dall... como hicieron antes.

Padishar lo miró un instante en silencio, con un atisbo de esperanza.

–Puede que tengas razón. Tenemos que sacarla de allí antes de que eso ocurra.

–Tú y yo –dijo Par en voz baja–. Iremos los dos.

El líder de los nacidos libres hizo un gesto de asentimiento y entre ambos se produjo una empatía mucho más profunda de la que podría haber expresado ninguna palabra. Padishar se levantó y ambos se volvieron hacia la oscuridad de los destartalados aposentos del Topo, con la firme decisión de afrontar lo que con toda probabilidad los esperaba más adelante. Par dejó a un lado sus preguntas sin respuesta y su confusión acerca de la Espada de Shannara, y enterró sus dudas respecto al uso de su propia magia. Lo que le preocupaba en esos momentos era dónde estaba Damson, y haría lo que fuese necesario para rescatarla. Lo demás no importaba.

–Tendremos que acercarnos mucho a ella –dijo Padishar en voz baja, bajando la vista hasta el Topo–. Todo lo que podamos sin ser vistos.

–Conozco un camino –respondió el Topo, haciendo un solemne gesto de asentimiento.

–Tendrás que venir con nosotros –dijo el hombre corpulento, alargando una mano y apoyándola en su hombro.

–La encantadora Damson es mi mejor amiga –respondió el Topo.

Padishar hizo un gesto de asentimiento y retiró la mano.

–Vamos –dijo el jefe de los proscritos, volviéndose hacia Par.

4

El hombre del elevado castillo era Walker Boh, y recorría sus parapetos y almenas, sus torres y alcázares, y todos los pasillos y pasarelas que señalaban sus límites como el fantasma que había sido y el proscrito que creía ser. Paranor, el Alcázar de los Druidas, había sido recuperado, devuelto al mundo de los hombres y vuelto a la vida por Walker y la magia de la piedra élfica negra. Paranor se erigía, como lo había hecho trescientos años atrás, en el oscuro bosque merodeado por lobos y lleno de espinas protectoras del tamaño de una punta de lanza. Sobresalía de la tierra construido sobre un risco que dominaba todo el valle desde el desfiladero de Kennon hasta el de Jannison, de una cresta a otra de los Dientes del Dragón, con sus agujas, muros y puertas. Tan sólido como la piedra con que había sido construido hacía más de mil años, era el alcázar de las leyendas e historias populares que volvía a estar entero una vez más.

Pero, ¡maldición!, cuánto había costado, pensó Walker Boh desesperado.

–En la base de la torre me esperaba la esencia de la magia que el druida había dejado vigilando –dijo Walker a Cogline aquella primera noche, la misma que había salido de la torre encantada por la presencia de Allanon–. Llevaba todos estos años esperando, su espíritu o parte de él escondido en la bruma serpenteante que había destruido a los Espectros Corrosivos y a sus aliados, y expulsado a Paranor de la tierra de los hombres para esperar la hora en que sería llamado de nuevo. Y el fantasma de Allanon también había esperado, al parecer, en las aguas del Cuerno del Infierno, sabiendo que algún día sería imposible prescindir del Alcázar y de sus druidas, que la magia y la ciencia que éstos esgrimían debían ser protegidas para impedir que la historia tomara otro curso que el que él había profetizado.

Cogline lo escuchaba en silencio. Seguía sobrecogido por los acontecimientos, por aquello en lo que Walker Boh se había convertido. Tenía miedo. Porque Walker seguía siendo Walker, pero también era algo más. Allanon estaba allí, se había convertido en parte de él al transformarse de hombre en druida, durante el rito de iniciación que había tenido lugar en el oscuro sótano del Alcázar. Cogline se había expuesto en forma de espíritu el tiempo suficiente para hacer salir a Walker de la locura que amenazaba con engullirlo antes de que éste llegara a aceptar el cambio que tenía lugar dentro de él. En esos segundos escasos Cogline había percibido los comienzos de la transformación de Walker... y había huido horrorizado.

–De la piedra élfica negra se elevó una niebla que me envolvió –susurró Walker, repitiendo las palabras como una letanía conocida, como si el pronunciarlas las hiciera más comprensibles. Su sombrío rostro se escondía dentro de la capucha de su capa, una máscara todavía cambiante–. Llevaba dentro a Allanon. A todos los druidas... su historia, su cultura y magia, sus conocimientos, sus secretos, todo lo que eran. Los hizo girar a través de mí como hilos en un telar, y me sentí invadido e incapaz de detenerlos. –La cara dentro de la capucha se volvió ligeramente hacia el anciano–. Los hizo entrar en mí, Cogline. Y han hecho de mí su hogar, decididos a hacerme partícipe de sus conocimientos y su poder para que los utilice como lo hacen ellos. Ése era el plan de Allanon desde el principio: que un descendiente de Brin perpetuara el linaje del druida, fuera elegido cuando se presentara la necesidad, y sirviera y obedeciera.

Unos dedos de hierro aferraron de pronto el hombro de Cogline, arrancándole una mueca de dolor.

–¡Que obedezca, anciano! ¡Eso es lo que quieren de mí, pero no lo van a conseguir! –Las palabras de Walker Boh dejaban traslucir una gran amargura–. ¡Siento que trabajan

dentro de mí como criaturas vivas! Siento su presencia cuando me hablan en susurros intentando acaparar mi atención. Pero yo soy más fuerte que ellos, y todo gracias al mismo proceso que han utilizado para cambiarme. He sobrevivido a la dura experiencia a la que me han sometido, y me convertiré en lo que yo quiera, tanto si viven dentro de mi cuerpo y de mi mente, como si son sombras o recuerdos del pasado, sean lo que sean. ¡Si tengo que ser esta... criatura que han hecho de mí, al menos le daré mi voz y mis sentimientos!

Empezaron a caminar, Cogline frío como la muerte, escuchando al atormentado Walker Boh en llamas como los fuegos que habían empezado a arder de nuevo en los hornos de debajo de los muros de piedra de Paranor, su cólera convertida en la fuerza que lo sostenía contra lo que estaba ocurriendo.

Porque el cambio continuaba incluso mientras recorrían los pasillos del castillo, el anciano y el futuro druida, seguidos de cerca por la silenciosa presencia de Rumor, el gato del páramo con las cejas tan negras como las de sus amos. El cambio se arremolinaba en el interior de Walker como el humo en el viento, agitado por las manos de los druidas desaparecidos, sus espíritus vivos dentro de aquel que iba a permitir que la magia cobrara de nuevo vida. Llegaba en forma de conocimientos revelados poco a poco o en bruscas oleadas, conocimientos obtenidos y conservados a lo largo de los años, todo aquello que los druidas habían descubierto y dado forma dentro de su orden, todo lo que los había sostenido en los tiempos del Señor de los Hechiceros y de los Portadores de la Calavera, a través de los demonios de la Prohibición, a través del *Ildatch* y de los Espectros Corrosivos, a través de todas las pruebas perversas y oscuras concebidas para desafiar al género humano. La magia se revelaba poco a poco, atisbando desde la masa de manos, ojos y palabras susurradas que pasaban por la mente de Walker Boh sin concederle un segundo de sosiego.

Llevaba tres días sin dormir. Lo intentó, exhausto hasta el extremo de la desesperación, pero cada vez que hacía un esfuerzo por dejarse ir y abandonarse al consuelo del descanso que tan desesperadamente necesitaba, un nuevo aspecto del cambio cobraba vida y le obligaba a incorporarse como una marioneta, haciéndole consciente de su necesidad, su presencia, su determinación a ser oído. Y cada vez luchaba contra él, no para impedirle que fuera, porque ya no tenía sentido hacerlo, sino para asegurarse de que no era aceptado sin ser cuestionado, de que los conocimientos eran examinados y discutidos a fondo, que reconocía su cara y estaba, por tanto, prevenido de no utilizarlo a ciegas. Él no era obra de los druidas, se decía a sí mismo una y otra vez. Los druidas no le habían dado la vida y no iban a dictar su destino. Lo haría él. Él decidiría la clase de vida que iba a llevar, el poder de la magia, y al hacerlo no reconocería más responsabilidad que ante sí mismo.

Cogline y Rumor permanecieron a su lado, tan exhaustos como él, pero asustados por él y decididos a no permitir que se enfrentara solo a lo que estaba sucediendo. Cogline era la voz que Walker necesitaba oír de vez en cuando en respuesta a la suya, una advertencia y un consuelo que aliviara sus lamentos. Y Rumor representaba la oscura y peluda certeza de que algunas cosas no cambiaban, una presencia tan firme y segura como la llegada del día después de la noche, la promesa de que habría un despertar aun después de las peores pesadillas. Juntos iban a sostenerlo por medios que él era incapaz de describir y que ellos tampoco comprendían. Bastaba con que tuvieran la impresión de que el vínculo estaba allí.

Transcurrieron tres días antes de que el cambio siguiera su curso y la transformación concluyera. De repente, las manos dejaron de moldear, los ojos desaparecieron y los susurros cesaron. De pronto, en el interior de Walker Boh todo se paralizó. Consiguió por fin conciliar el sueño, y cuando se despertó supo que mientras se operaban en él cambios que apenas empezaba a comprender, en lo más profundo de su ser seguía siendo la misma persona que siempre había sido. Había conservado el corazón del hombre que desconfiaba

de los druidas y de su magia, y aunque los druidas habitaban ahora dentro de él y tenían voz y voto en la forma en que conducía su vida, eran regidos, sin embargo, por las creencias que habían precedido su llegada y que sobrevivirían a su estancia. Walker se levantó en la soledad de sus aposentos, en la oscuridad de la estancia sin ventanas, en paz consigo mismo por primera vez desde que le alcanzaba la memoria, concluido el horrible y largo viaje que había emprendido para llevar a cabo la misión que le había sido encomendada, terminada por fin la dura experiencia de la transformación operada en él. Mucho se había anulado y otro tanto perdido, pero lo que importaba por encima de todo era que había sobrevivido.

Salió entonces al encuentro de Cogline y lo encontró sentado cerca con el gato del páramo a sus pies; unas arrugas de preocupación surcaban su rostro envejecido y la incertidumbre se reflejaba en sus ojos. Se acercó al anciano y lo levantó como si fuera un niño, dotado, gracias a la transformación de una fuerza increíble, que le había sido transferida por las manos, los ojos y las voces hasta ser como diez hombres. Rodeó con su brazo sano el frágil y viejo cuerpo de su mentor y lo sostuvo con delicadeza.

–Vuelvo a estar bien –le dijo en voz baja–. Ha terminado y estoy a salvo.

El anciano lo estrechó a su vez, y lloró sobre su hombro.

Hablaron entonces como lo habían hecho en el pasado, dos hombres que habían experimentado más sorpresas de las que les correspondían en la vida, unidos por el vínculo de la magia del druida y por el destino que los había llevado a ese momento y ese lugar. Hablaron del cambio operado en Walker, de los sentimientos que este cambio había generado, de los conocimientos que le había proporcionado y de las necesidades que podía satisfacer. Volvían a ser hombres enteros, de carne y hueso, y Paranor había regresado. Era el comienzo de una nueva era en el mundo de las Cuatro Tierras, y se hallaban en la primera fase que determinaría cómo iba a evolucionar dicha era. Walker Boh no estaba seguro ni siquiera ahora de cómo iba a ejercer la magia del druida, o si debía ejercerla. Debía considerar la amenaza de los Espectros, pero la naturaleza y amplitud de esa amenaza seguían siendo un misterio. Había sido hecho partícipe de la ciencia del druida, pero ignoraba qué se esperaba que debía hacer con ella, especialmente en lo que se refería a los Espectros.

–Mi transformación me ha revelado verdades que antes no estaban en mí –dijo Walker–. Una es que será preciso recurrir a la magia del druida si hay que poner fin a la amenaza de los Espectros. Pero ¿de quién son estas verdades?, ¿mías o de Allanon? ¿Puedo confiar en ellas? ¿Son auténticas o falsas?

–Creo que debes descubrirlo por ti mismo, y creo que Allanon así lo quiere –repuso el anciano, haciendo un gesto negativo–. ¿Acaso los Ohmsford no han tenido que averiguar siempre por sí solos la verdad de las cosas? En una ocasión dijiste que era un juego. Pero ¿no es mucho más que eso? ¿No es la naturaleza de la vida? La experiencia nos viene de lo que hacemos, no de lo que nos dicen. Experimenta y descubre. Busca y encuentra. No son las maquinaciones de los druidas las que nos obligan a hacerlo, sino nuestra necesidad de saber. Es, en última instancia, nuestra forma de aprender. Creo que así es como debes aprender tú, Walker.

Decidieron que lo primero que debían hacer era averiguar qué había sido de los demás vástagos de Shannara: Par, Coltar y Wren. ¿Habían realizado los encargos que se les había encomendado? ¿Dónde estaban y qué secretos habían descubierto en las semanas transcurridas desde su reunión en el Cuerno del Infierno?

–Par habrá encontrado la Espada de Shannara o estará buscándola –dijo Walker. Se hallaban sentados en el estudio del druida con las *Historias de los druidas* abiertas ante ellos, esta vez consultándolas en busca de detalles que Walker recordaba de sus anteriores

lecturas y que ahora interpretaba de distinta manera con los conocimientos que había adquirido con su transformación.

–Par se sintió motivado a emprender la búsqueda. Era todo voluntad férrea y determinación. Independientemente de lo que los demás hubieran decidido hacer, él no se habría rendido.

–Creo que Wren tampoco –observó el anciano, pensativo. Había en ella la misma determinación, aunque no era tan evidente. –Miró a Walker a los ojos con osadía–. El fantasma de Allanon percibió lo que os motivaría a cada uno, y creo que lo tenías mal para escapar.

Walker se recostó en la silla que lo protegía, su rostro flaco oculto bajo el cabello oscuro y lacio y la barba, los ojos tan penetrantes que parecía que nada podía esconderse de su mirada.

–Desde la época de Shea Ohmsford los druidas se han convertido en nuestros amos, ¿verdad? –inquirió frío y distante–. Descubrieron que podían tenernos sujetos con grilletes y desde entonces nos han tenido prisioneros. Somos esclavos de sus necesidades... y paladines de las Razas.

Cogline sintió que el aire de la habitación se agitaba, una respuesta palpable al torrente de magia que se elevó de la voz de Walker. Lo había sentido más de una vez desde que Walker había salido del Alcázar, una medida del poder que le había sido concedido. Más druida que hombre, era una manifestación de las artes y ciencias oscuras que una vez, mucho tiempo atrás, el anciano había estudiado y rechazado en favor de las formas de las ciencias del viejo mundo. Una oportunidad perdida, pensó. Pero se impuso la cordura. Se preguntó si Walker encontraría la paz en su propia evolución.

–Sólo somos hombres –dijo con cautela el anciano.

–Sólo somos necios –replicó Walker, esbozando una sonrisa.

Hablaron hasta altas horas de la noche, pero Walker seguía sin saber cómo actuar. Debía encontrar al resto de la familia, sí... pero ¿por dónde empezar y cómo acometerlo? Una elección obvia era utilizar su recién descubierta magia, pero ¿no le delataría ante los Espectros? ¿Sabrían sus enemigos que ya había ocurrido... que se había convertido en druida y que Paranor había regresado? ¿Hasta qué punto era poderosa la magia de los Espectros? ¿Qué alcance tenía? Se seguía repitiendo que no debía apresurarse en probarla. Todavía estaba averiguando cosas sobre sí mismo, seguía descubriendo. No debía precipitarse.

La conversación continuó y, mientras lo hacía, Walker empezó a caer en la cuenta de que algo había cambiado entre Cogline y él. Al principio creyó que la resistencia que ofrecía el anciano a tomar la iniciativa era simple indecisión, aun cuando no era propio de él. Pero no tardó en darse cuenta de que había algo más. Mientras hablaban como era su costumbre, había entre ellos una distancia que nunca había existido, ni siquiera cuando se había enfadado y recelado del anciano. La relación entre ambos había cambiado. Walker ya no era el alumno y Cogline el maestro. La transformación le había dado a Walker unos conocimientos y un poder muy superiores a los de Cogline. Walker ya no era el Tío Oscuro escondido en la Cuenca Tenebrosa. Los días de vivir separados de las Razas y de renunciar a su derecho de nacimiento habían quedado atrás para siempre. Walker Boh estaba comprometido con el personaje en que se había convertido: un druida, el único y tal vez el más poderoso individuo con vida. Lo que él hiciera, afectaría la vida de todos, y Walker lo sabía. Al saberlo, aceptaba que él debía tomar las decisiones y que nunca más podría volver a compartir cómo ponerlas en práctica, porque nadie, ni siquiera Cogline, debía soportar el peso de tan gran responsabilidad.

Cuando por fin se separaron para acostarse, exhaustos de nuevo, Walker se sintió dividido por sentimientos contradictorios. Estaba tan por encima del hombre que había

sido que en muchos sentidos apenas era reconocible. Advirtió que el anciano lo miraba mientras se alejaba por el pasillo hacia sus aposentos, y no pudo librarse de la sensación de que se estaban distanciando en más de un sentido.

Cogline. El druida que nunca fue, haciendo compañía al aspirante a druida... ¿Cómo debía de sentirse?

Walker no lo sabía. Pero aceptó de mala gana que de aquella noche en adelante las cosas nunca volverían a ser lo mismo entre los dos.

Por fin consiguió conciliar el sueño, un sueño agitado y lleno de caras y voces que no reconocía. Casi amanecía cuando se despertó, invadido por una urgencia que le susurraba insidiosa, sacándolo de su sueño como se rescata a un náufrago, arrojándolo a la superficie y haciéndole el boca a boca. Por un instante se quedó paralizado ante la brusquedad de su despertar, helado de incertidumbre mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho y los ojos y los oídos luchaban por dar sentido a la oscuridad que lo rodeaba. Por fin logró moverse, sacó las piernas de la cama y se tranquilizó al sentir la piedra sólida bajo sus pies. Se levantó, consciente de que todavía llevaba la ropa oscura con que se había dormido, y que no había tenido fuerzas de quitarse.

Al otro lado de la puerta hubo un movimiento, un débil ruido de pasos, un roce de la madera vieja.

Rumor.

Fue hasta la puerta y la abrió. El gran gato estaba fuera, mirándolo fijamente. Se alejó trazando un círculo ansioso y regresó de nuevo con su gran cabeza levantada y los ojos brillantes.

Quiere que lo siga, pensó Walker. Algo no funcionaba.

Se envolvió en un pesado manto y salió de sus aposentos para adentrarse en el silencio sepulcral del castillo. Los muros de piedra amortiguaban el ruido de sus pasos al recorrer presurosos los viejos pasillos. Rumor iba delante, brillante y oscuro en la penumbra, avanzando con sigilo entre las sombras.

Sin aminorar el paso dejaron atrás la habitación en la que Cogline dormía. Allí no estaba el problema. La noche se disipaba a su alrededor a medida que avanzaban, y el amanecer asomaba por el este en forma de luz plateada que se filtraba apagada e invernal por las ventanas del castillo. Walker apenas lo notó, con los ojos clavados en los movimientos del gato del páramo al deslizarse a través de las sombras superpuestas. Aguzó el oído para hacerse una vaga idea de lo que le esperaba. Pero el silencio persistía.

Del salón principal pasaron a las puertas de la almena y salieron al aire libre. La luz del amanecer era fría, desprovista de emoción, y la niebla se extendía por encima de todo el valle escalando el muro de los Dientes del Dragón al este y prolongándose hasta los llanos de Streleheim al oeste en un manto que cubría todo lo que había en medio. Paranor yacía envuelto en los pliegues superiores, con sus altas torres alzándose como islas en un mar brumoso. La niebla se arremolinaba, agitada por los vientos que bajaban de las montañas, y a la tenue luz del temprano amanecer cobraban vida formas y figuras extrañas.

Rumor bajó sigiloso la pasarela olisqueando el aire, moviendo la cola con inquietud. Walker lo siguió. Rodearon el parapeto sur hacia el oeste sin aminorar el paso, y sin ver ni oír nada. Dejaron atrás las escaleras descubiertas y las entradas a las torres frecuentadas por los fantasmas.

Rumor se detuvo de pronto en la almena del oeste. El pelo del cuello se le erizó y arrugó su oscuro morro, profiriendo un gruñido. Walker se detuvo a su lado y se apresuró a apoyar una mano tranquilizadora en el pelo áspero de su lomo. Rumor miraba fijamente a la oscuridad. Estaban justo encima de la puerta oeste del castillo.

Walker escudriñó con atención la niebla. También él lo percibía.

Había algo allí fuera.

Los segundos pasaban, pero nada ocurría. Walker empezó a impacientarse. Tal vez debiera salir a echar un vistazo.

Entonces, de repente, la niebla retrocedió como arrancada con repugnancia y ante ellos aparecieron los jinetes. Eran cuatro, descarnados y espectrales a la tenue luz. Avanzaban despacio, resueltos, tan grises como la penumbra que había ocultado su llegada. Cuatro jinetes sobre sus monturas, pero ninguno era humano, y los animales que montaban eran abominables parodias, todo escamas, garras y dientes. Cuatro jinetes, cada uno completamente diferente del otro, cada uno sobre una montura que era reflejo de sí mismo.

Walker Boh supo enseguida que eran Espectros, y también fue consciente de que habían venido por él.

El primero era alto y enjuto, y cadavérico. Se le marcaban los huesos bajo la piel tirante, y tenía el cuerpo esquelético echado hacia delante como un gato en actitud de caza. Su cara era una calavera en la que la mandíbula colgaba floja y los ojos miraban sin ver, muy abiertos y demasiado en blanco para estar viendo algo. No iba vestido, y su cuerpo desnudo no era ni de hombre ni de mujer, sino algo indefinido entre ambos. Su aliento formaba ante él un vaho semejante a una bruma verde y envilecida.

El segundo carecía por completo de identidad. Tenía forma humana, pero estaba desprovisto de piel y de huesos. En su lugar había un encolerizado nubarrón que zumbaba y gemía dentro de su forma. El nubarrón tenía el aspecto de moscas y mosquitos atrapados tras un cristal, tan apiñados que impedían pasar la luz. Los ruidos sórdidos que brotaban de ese jinete parecían advertir que dentro de su forma espectral se escondía una maldad insuperable.

El tercero era más fácil de reconocer. Armado de la cabeza a los pies, estaba cubierto de púas, filos cortantes y armas. Llevaba mazas y cuchillos, espadas y hachas de guerra, y también una enorme pica que colgaba de calaveras y huesos de dedos entrelazados formando una cadena. Un casco le tapaba la cara, pero los ojos que miraban por los orificios de la visera eran rojos como el fuego.

El último jinete llevaba un manto con capucha y era invisible como la noche. No se veía ninguna cara dentro de la capucha encubridora. Ni había a la vista ningunas manos que sujetaran las riendas de su montura nervuda. Cabalgaba echado hacia delante como un anciano encorvado y nudoso, una criatura tullida por la edad y el paso de los años. Pero no transmitía vulnerabilidad ni nada que sugiriera que era lo que aparentaba. El jinete cabalgaba con seguridad, y si iba encorvado no era por la edad o el paso del tiempo, sino por el peso de las muertes que había arrebatado.

A la espalda llevaba una guadaña.

Walker Boh se quedó helado al reconocerlo. En la *Historia de los druidas* procedente del antiguo mundo de los hombres, aparecían mencionadas estas cuatro criaturas. Sabía quiénes eran, cómo habían sido creadas. Esta vez los Espectros se habían disfrazado, adoptando la identidad de esas oscuras criaturas de la antigüedad.

Sintió una opresión en el pecho. Cuatro jinetes. Los cuatro jinetes de las leyendas, los asesinos de los hombres mortales sacados de una época tan lejana que había sido olvidada. Pero él había leído las historias, se repitió, y sabía qué eran.

Hambre, Peste, Guerra y Muerte.

Walker apartó la mano de Rumor y éste empezó a emitir profundos gruñidos. Los Espectros creados para ser algo que nunca fue, que era una simple manifestación de lo abstracto, de formas asesinas, venían para destruirle, pensó Walker con una mezcla de terror y temor reverencial.

Se preguntó de nuevo quiénes y qué eran los Espectros, el origen de su poder que les

permitía ser lo que se les antojara. Su transformación no le había dado las respuestas a estas preguntas. Ignoraba el origen de los Espectros como lo había ignorado al comienzo de las cosas. Sí, eran oscuros tal como había advertido el fantasma de Allanon; sí, eran unos seres malvados que utilizaban la magia como arma para destruir. Pero ¿quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Cómo podían ser destruidos?

¿Dónde podía hallar las respuestas a estas preguntas?

Observó el avance de los cuatro jinetes, sentados sobre sus monturas que se retorcían y daban sacudidas recordando vagamente a los caballos, pero hechos para ser mucho más. El aliento se condensaba como un vaho venenoso en el aire de la mañana, y las garras arañaban y trituraban la roca. Las cabezas se levantaban y los morros se abrían enseñando dientes semejantes a garfios. Los jinetes avanzaban sin descanso.

Al llegar a las puertas se detuvieron. No hicieron ademán de cruzarlas ni mostraron interés en seguir avanzando. Se colocaron en fila frente a la puerta y esperaron. Walker esperó con ellos. Transcurrieron diez minutos y la luz fue cobrando poco a poco intensidad, disipando la oscuridad a medida que se aproximaba el amanecer.

Por fin el sol asomó por encima de las montañas orientales, una luz trémula sobre los picos oscuros, y abajo en las puertas Hambre avanzó de improviso. Cuando estuvo junto a la verja, levantó su mano esquelética y llamó con los nudillos. El ruido fue sordo, resonante y apenas audible, como la sacudida que la vida da al abandonar por última vez el cuerpo. Walker no pudo evitar encogerse horrorizado.

Entonces Hambre retrocedió, y uno por uno, los cuatro jinetes giraron a la derecha y se pusieron en fila india para rodear los muros del castillo. Y así lo hicieron, pasando por debajo de Walker, uno tras otro, mientras éste observaba cómo retrocedían y desaparecían de nuevo, manteniéndose a distancia de modo que siempre hubiera uno en cada muro, en cada punto cardinal.

Walker comprendió que se trataba de un asedio. La llamada a la puerta era un desafío, y si iba a abrirla, lo mantendrían atrapado dentro. Rimmer Dall y los Espectros habían descubierto que Paranor había regresado y que Walker había aceptado la capa de Allanon. Y había enviado a los jinetes en respuesta.

Walker cruzó los brazos dentro de su capa. *Veremos quién atrapa a quién,* pensó sombrío.

Permaneció largo rato observando a las apariciones, y luego fue a despertar a Cogline.

5

Las alcantarillas que se extendían bajo Tyrsis estaban húmedas y frías en la negrura del crepúsculo que se filtraba como tinta derramada por las cunetas y rejillas. La luz del día había desaparecido por el oeste, y la noche se cernía en las sombras cada vez más largas de los edificios y los muros como un fantasma que ha recobrado la vida. Los pasos y las voces se alejaban hacia sus casas, y el cansancio del final del día era como un suspiro que hacía eco en el cálido viento de verano que se instalaba en bolsas de calor sofocante e inmóvil en las calles y caminos apartados de la ciudad, un manto mal ventilado tendido sobre las catacumbas de debajo.

Padishar Cesta, Par Ohmsford y el Topo se abrían paso a tientas, despacio y sin detenerse, a través de esas catacumbas, como las sombras que surgían con la llegada de la noche, tan silenciosas como el polvo levantado por las botas en las calles de encima. Respiraban por la boca debido a los olores opresivos y rancios de los serpenteantes pasadizos de la alcantarilla, mientras los residuos de la ciudad formaban una lenta corriente a sus pies. Tan pronto subían escaleras de hierro y escalones de piedra, como avanzaban a gatas por estrechos túneles, avanzando del corazón de la ciudad a sus murallas y el acantilado, la torre de vigilancia donde Damson estaba prisionera, y el enfrentamiento les esperaba.

–No volveremos sin ella –había afirmado Padishar–. Haremos lo que sea por liberarla. Y una vez la tengamos con nosotros, no volveremos a abandonarla.

»Topo –prosiguió el jefe de los proscritos, arrodillándose ante el extraño sujeto–, tú nos conducirás allí y, si es posible, nos sacarás de allí. Pero no lucharás, ¿entendido? Mantente al margen, porque una vez hayamos liberado a Damson –y no hubo ninguna insinuación de que no fueran a hacerlo, según advirtió Par–, sólo tú sabrás cómo sacarla sin peligro de allí. ¿De acuerdo?

El Topo respondió a Padishar con un solemne gesto de asentimiento.

–Par, tu papel es todavía más difícil –prosiguió el líder de los nacidos libres, volviéndose a continuación hacia el joven del valle–. Si nos topamos con los Espectros, debes utilizar tu magia para ahuyentarlos. El joven de las tierras altas logró hacerlo con su espada cuando quedamos atrapados en el Pozo. Esta vez dependerá de ti. Yo no dispongo de medios para defenderme contra esos monstruos. Por lo tanto, muchacho, si nos encontramos con ellos, no titubees ni un instante.

Par ya había previsto utilizar el cantar en esa misión, y enseguida dio su palabra a Padishar. Lo que no le prometió –ni comentó– fue que ya no estaba seguro de poder controlar la magia. Ésta ya había demostrado que no era de fiar, que podía arrebatar ella sola una vida ejerciendo un poder que podía muy bien volverse contra él. Pero los temores que implicaba el reconocimiento de este peligro palidecían frente a sus sentimientos hacia Damson Rhee. Sepultados por la lucha que habían librado para huir de la ciudad y de sus perseguidores, y por el hecho de haberla creído a salvo con él, sus sentimientos habían aflorado al instante a la superficie al recibir la noticia de su captura, y ardían en su interior como un fuego que se extiende sin obstáculos. La amaba. Tal vez la había amado desde el principio, pero sobre todo desde que recibiera su apoyo tras la muerte de Coltar. Era parte de él como podía serlo algo separado de él, y la idea de perderla le parecía insoportable. Daría lo que fuera por volverla a ver ilesa. Lo daría todo. Si eso significaba exponerse a la furia de una magia que podía cambiarlo irrevocablemente, que hasta podía destruirlo, que así fuera. Si Rimmer Dall tenía razón sobre quién y qué era, entonces no podía hacer nada por salvarse. No iba a asustarse de los riesgos que entrañaba la magia cuando la seguridad

de Damson estaba en juego. Haría lo que debía hacer.

Así pues, partieron, ambos convencidos de que valía la pena perderlo todo por Damson, conscientes de que podían perderlo todo. De pronto, las alcantarillas se dividieron ante ellos en estrechos y serpenteantes túneles, al tiempo que la oscuridad se hacía más intensa. Muy pronto se verían obligados a encender la antorcha si querían ver algo, y eso sería muy peligroso cuando se acercaran a las murallas de la ciudad. Porque allí las criaturas oscuras estarían probablemente vigilando bajo tierra y desde arriba, y verían la luz de la antorcha desde muy lejos.

Continuaron a toda velocidad, eligiendo el Topo con sus ojos de lince y sus sentidos infalibles el camino sin equivocarse, decidiendo qué senderos eran seguros y evitando aquellos en los que podía haber obstáculos. A medida que avanzaban, oían encima de ellos los ruidos de la ciudad que llegaban a retazos, fragmentos de unas vidas tan desconectadas de la suya como lo estaban los vivos de los muertos. Par dejó que su mente vagara. Por alguna razón sus pensamientos parecían sepultados bajo el risco sobre el que había sido construida Tyrsis, apariciones invisibles a los ojos de las personas que habían sido en otro tiempo. Tras reflexionar un instante, el joven del valle llegó a la conclusión de que, en efecto, tenía más de fantasma que de humano, que en su huida de los Espectros y demás peligros que se habían cruzado en su camino, se había transformado de una manera que acababa de comprender, y como consecuencia se había visto despojado de sustancia y convertido en un ser etéreo. Ahora se movía en una existencia de fantasma, cada vez más aislado de amigos y familiares, atrapado en una maraña de magias que lo estaban desintegrando. Sabía que debía haber una forma de salvarse, pero por alguna razón no parecía capaz de descubrirla.

Llegaron a una amplia confluencia de tuberías y aminoraron el paso tras la indicación de cautela del Topo. Apretujados en un hueco del que arrancaba una escalera de piedra, cambiaron impresiones por última vez.

–La escalera conduce a una bodega que hay dentro del muro interior –dijo el Topo. Tenía la nariz húmeda y brillante–. De allí debemos subir a un pasillo, seguirlo hasta una entrada que lleva de nuevo afuera, cruzar otra puerta y recorrer otro pasillo hasta un pasadizo oculto que nos conducirá, a través de la torre de vigilancia, hasta donde se encuentra Damson.

Miró a Padishar y a Par alternativamente.

–¿Hay guardias de la Federación? –inquirió Padishar.

–En todas partes –respondió el Topo, parpadeando.

–¿Y Espectros?

–En algún lugar de la torre.

–En algún lugar. Muy agudo –dijo Padishar, dedicando a Par una sonrisa irónica. Echó hacia delante sus grandes hombros–. Está bien. Recordad lo que he dicho. Recordad lo que debéis y no debéis hacer. –Miró a Par–. Si yo caigo, sigue adelante... si puedes. Si no, dirígete a la Cuenca de los Aros de Fuego y busca ayuda. Prométeme que lo harás.

Par respondió con un gesto de asentimiento, pensando mientras lo hacía que la promesa era falsa, que nunca regresaría mientras Damson no estuviera a salvo, pasara lo que pasara.

Padishar se llevó la mano al hombro para colocarse bien las tiras que sujetaban el sable a la espalda, luego comprobó los largos cuchillos y la espada corta que llevaba sujetos al cinturón. La empuñadura de otro cuchillo largo asomaba por una bota. Todos estaban cuidadosamente envueltos en tela para evitar que el metal tintineara o reflejara la luz. Par llevaba sólo la Espada de Shannara y el Topo no iba desarmado.

–Muy bien, adentro –ordenó Padishar, levantando de nuevo la vista.

Subieron en fila india las escaleras, encorvados bajo la piedra, abriéndose paso hacia

la tenue luz que brillaba en lo alto. Ante ellos apareció una reja cuyas barras de hierro proyectaban un entramado de sombras sobre los escalones y sus cuerpos. Por encima de ella había silencio, un vacío total, hueco.

Al llegar a la reja, el Topo se detuvo para escuchar, ladeando la cabeza como un animal de caza –o en peligro–, luego alargó la mano y con una fuerza asombrosa la levantó casi sin hacer ruido. Sostuvo la reja con la cabeza mientras sus dos acompañantes se apresuraban a subir, él los siguió y la colocó con cuidado en su sitio.

Se hallaban en una bodega que era una más de la serie de habitaciones intercomunicadas que se sucedían a ambos lados. En todas partes había provisiones amontonadas, cajas de armas, herramientas, telas y objetos variados, todo cuidadosamente etiquetado y apilado contra las gruesas paredes de piedra sobre camastros de madera. En la habitación contigua había barriles, y apenas visibles en la penumbra los esqueletos oxidados de unas camas viejas formaban un laberinto de huesos de metal. En lo alto de las paredes, justo debajo del techo de la bodega y por encima del nivel de la calle, una hilera de estrechas ventanas con barras dejaban entrar finos rayos de la luz cada vez más débil del crepúsculo.

El Topo los condujo por el laberinto de habitaciones del sótano, por entre las pilas de provisiones y la confusión de cajas hasta otro tramo de escaleras que conducían a una pesada puerta de madera. Las subieron con cautela, y Par sintió que se le erizaba el vello de la nuca al pensar en la posibilidad de que unos ojos invisibles observaran sus movimientos. Miró a izquierda y derecha, por encima de su cabeza y a su alrededor, pero no vio nada.

En la puerta volvieron a detenerse mientras el Topo utilizaba una herramienta de metal para hacer saltar la cerradura. En unos segundos la habían cruzado y avanzaban rápidamente por el pasillo que había al otro lado. Se hallaban dentro de la pared interior de la ciudadela, la segunda línea de defensa de la ciudad y donde estaban situados los cuarteles en los que se alojaba la mayor parte de las tropas de la Federación. El pasillo era estrecho y recto, y estaba lleno de puertas y ventanas por las que podía verlos cualquiera. Pero nadie se asomó en el tiempo que tardaron en llegar a la entrada que el Topo buscaba, y ya habían cruzado otra puerta antes casi de que Par tuviera tiempo de respirar.

Ahora se hallaban en un nicho oscuro que daba al patio abierto entre las murallas exterior e interior de la ciudad. Los soldados de la Federación, pálidas sombras en la creciente oscuridad, hacían guardia frente a las puertas y sobre las murallas. Parpadeaban luces en las ventanas de los dormitorios y en los garitos de vigilancia, así como en las almenas y las puertas. Se oían pies calzados con botas golpeando el suelo en medio del silencio, y voces que se levantaban sobre débiles murmullos. En alguna parte una piedra afilaba metal. Par sintió que se le encogía el estómago. De todas partes llegaban ruidos de actividad.

Se pegaron a las sombras del nicho durante largo rato, escuchando y observando, esperando antes de intentar continuar. Par oía la respiración de Padishar, en cuclillas a su lado y apoyado contra la pared. Su propia respiración marcaba los rápidos latidos de su corazón. El hechizo del cantar se agitaba en lo más profundo de su pecho, allí donde tienen su origen las emociones, y se esforzó por controlarlo. Se sorprendió pensando de nuevo en lo que podría ocurrir si trataba de conjurar la magia. Estaba allí e iba a utilizarla, de eso estaba seguro. Pero si le obedecería o no, era otra cuestión, y de pronto se le ocurrió que si lo derrotaba convirtiéndolo en la criatura que Rimmer Dall le había advertido que era, ¿qué impediría que se volviera contra sus amigos?

Damson, decidió. Damson y lo que ella significaba para él mantendrían la magia bajo control.

De pronto el Topo empezó a andar de nuevo, alejándose de la oscura entrada a lo largo de la piedra áspera de la gran muralla. Padishar lo siguió, y Par se sorprendió

corriendo para alcanzarlos antes casi de que se diera cuenta de que los estaba siguiendo. Avanzaron despacio en la oscuridad, encogiéndose cuando la luz de las antorchas iluminaban en débiles conos su camino, tratando de fundirse con la piedra, de creerse invisibles. Los soldados de la Federación continuaban moviéndose ruidosamente a su alrededor, desagradablemente cerca, y a cada momento Par creía que habían sido descubiertos.

Pero unos segundos más tarde estaban ante otra puerta, que estaba abierta, y cruzaron a la luz del otro lado.

Un sorprendido soldado de la Federación apareció ante ellos, sosteniendo con naturalidad una pica entre las manos como si se dispusiera a montar guardia. Abrió la boca y durante un breve instante se quedó paralizado. Su indecisión le costó la vida. Padishar se abalanzó sobre él, le cubrió la boca con una mano y la hoja de un largo cuchillo destelló en la otra para a continuación desaparecer. Par vio los ojos del soldado muy abiertos por la sorpresa. Vio el dolor y luego el vacío. El soldado se desplomó en los brazos de Padishar como un muñeco de trapo. Soltó la pica y las manos rápidas del Topo se apresuraron a atraparla antes de que cayera al suelo. En un pasillo de piedra y madera vieja iluminado por el fuego que parpadeaba en los extremos untados de brea de las antorchas colgadas de las paredes de argamasa, los intrusos permanecieron sin aliento e inmóviles con el soldado exánime a sus pies, escuchando atentos el silencio.

Entonces Padishar cogió en brazos el cadáver, lo llevó de nuevo a las sombras del nicho y lo hizo rodar hasta que dejó de verse. Par observaba lo que ocurría como si se encontrara a una gran distancia, ajeno por alguna razón al suceso, tan frío como la piedra que lo rodeaba. Trató de no mirar. Todavía oía los ruidos que había hecho el soldado al morir. Todavía veía la expresión de sus ojos.

Recorrieron rápidamente el pasadizo, atentos a cualquier otro soldado que pudiera aparecer, a cualquier ruido que rompiera el silencio. Pero no se encontraron con ninguno más, y casi antes de que Par se diera cuenta habían cruzado una pequeña puerta forrada de hierro que apenas se veía desde el interior del nicho en sombras donde se hallaban.

La puerta se cerró tras ellos, y se encontraron en una oscuridad tan absoluta como una noche sin luna. Par percibió el olor a madera y a polvo, y sintió la aspereza de las tablas bajo sus pies. Se detuvieron mientras el Topo buscaba algo. A continuación, éste frotó un pedernal –una, dos veces– y la débil llama de una vela emitió una luz trémula. Se hallaban en una especie de alacena de apenas medio metro cuadrado y repleta de víveres sueltos y escombros. El Topo los apartó con cuidado haciendo un sitio en el fondo del cubículo, y a continuación se abalanzó contra la pared. Una parte que no se veía a simple vista retrocedió en forma de una pequeña puerta, abriéndose hacia dentro.

Se apresuraron a cruzarla. Entre las paredes de piedra y los puntales de madera había un reducido espacio de techo tan bajo que Padishar se vio obligado a ponerse en cuclillas para no golpearse la cabeza. Levantó una de sus manazas para protegerse, y Par vio la sangre en su mano y de pronto sintió la proximidad de su propia muerte, como si los ojos del soldado muerto la hubieran vaticinado.

El Topo pasó por su lado y empezó a conducirlos a través de los muros, esquivando los salientes de piedra, los clavos de hierro y las astillas puntiagudas. Las telarañas les rozaban la cara y los pequeños roedores correteaban chillando en la oscuridad que se extendía ante ellos. La llama de la vela brillaba débil en la oscuridad.

Empezaron a subir, descubriendo travesaños claveteados en los puntales y escalones excavados en la roca, una combinación de escaleras y rampas que ascendían serpenteantes entre los muros. Estaban en la torre y se abrían paso hacia la parte superior, la prisión de Damson. De vez en cuando oían voces amortiguadas. Cada vez hacía más calor y corría menos el aire, y Par empezó a sudar. El pasadizo se iba estrechando y Padishar tenía

dificultades para recorrerlo.

De pronto, el Topo se detuvo en seco. El jefe de los proscritos y el joven del valle se quedaron también inmóviles, agazapados en la casi oscuridad, escuchando. Sólo había silencio, pero Par percibió algo: la sensación de algo vivo que se movía al otro lado de las paredes. En su interior, el hechizo del cantar se agitó como un gato hambriento y su fuego ronroneó inquieto. Par cerró los ojos y se concentró para enmudecer el sonido.

Lo que percibía al otro lado de la pared era la presencia de uno de los Espectros.

Sintió que se quedaba sin aliento cuando en su mente se formó la imagen de la criatura negra, una visión que resucitó su magia. La criatura se acercaba por un pasillo del interior de la torre, envuelta en su manto con capucha, tanteando el aire con dedos como tentáculos en busca de su presa. ¿Había advertido también su presencia? ¿Sabía que estaban allí? La magia siseó como una serpiente en el interior de Par Ohmsford, elevándose en espiral, tensándose, aunando fuerzas. Par la acalló y no permitió que saliera. ¡Era demasiado pronto! ¡Demasiado pronto!

El aire le susurraba al oído como si tuviera vida. Apretó los ojos y esperó.

De pronto, los Espectros habían desaparecido, desvaneciéndose como un fugaz pensamiento oscuro, perverso y lleno de odio. El hechizo del cantar se enfrió, calmándose una vez más. Par sintió que parte de la tensión lo abandonaba, y que los músculos del pecho y del estómago se relajaban. Advirtió que Padishar lo miraba, y vio la intranquilidad reflejada en su rostro. Padishar le cogió del hombro interrogante, y Par sintió sus dedos de acero y les robó parte de su fuerza. Logró hacer un breve y tranquilizador gesto de asentimiento.

Siguieron subiendo, avanzando en la oscuridad. Todo estaba silencioso, los murmullos y las botas de los soldados de la Federación habían dejado de oírse del todo. La noche era un manto de silencio en el que cada criatura viva parecía haberse entregado al sueño. Algo engañoso, pensó Par mientras caminaba con esfuerzo. Y peligroso.

Poco después se detuvieron de nuevo, esta vez ante una extensión de pared de piedra y argamasa enmarcada por pesadas vigas que soportaban un extremo del techo. El Topo pasó la vela a Padishar y empezó a explorar la piedra con las manos. Algo hizo clic bajo su cuidadoso roce, y una sección de la pared cedió y dejó entrar un haz de luz tenue y brumosa.

–La encontrarás bajando un tramo de escalera y cruzando la segunda puerta –dijo el Topo con voz queda, volviéndose hacia Padishar. Vaciló–. Puedo mostrarte el camino.

–No –respondió Padishar–. Espera aquí. Espera a que volvamos.

–La segunda puerta –repitió el Topo mirándolo un instante y asintiendo de mala gana.

Empujó con ambas manos la pared y ésta se separó del todo. Padishar y Par Ohmsford la cruzaron con cautela.

Permanecieron de pie en el rellano de una escalera donde los escalones subían y bajaban. Ante ellos había una puerta cerrada y asegurada con una barra de metal oxidado. Había antorchas colocadas en soportes de hierro clavados en la piedra, y su luz recortaba el contorno de los escalones gastados, mientras el humo acre se elevaba en la penumbra de la torre.

Todo estaba en silencio.

Detrás de ellos, la puerta oculta se cerró de nuevo.

Par miró a Padishar. El hombre corpulento miraba a su alrededor con cautela. En sus ojos volvía a reflejarse la inquietud. Hizo un gesto negativo ante algo invisible.

Empezaron a bajar con la espalda pegada contra la pared, atentos a cualquier ruido amenazador. Las escaleras giraban en espiral y los conos de luz de las antorchas apenas si se juntaban en las curvas. De vez en cuando, a través de las grietas en la piedra, se veía un

trozo de cielo nocturno, alto e inalcanzable desde donde se hallaban. Par tenía el estómago revuelto. Creyó oír algo en los escalones de arriba, un débil ruido de pasos, un frufrú de ropa. Parpadeó y se secó el sudor de la cara. Sólo había silencio.

Llegaron al siguiente rellano. Había una sola puerta, sin vigilar y abierta, y la cruzaron sin problemas. A Par le pareció una mala señal. Si era allí donde tenían encerrada a Damson, debería haber guardias. Volvió a mirar a Padishar, pero el hombre corpulento miraba al frente, hacia un pasillo escasamente iluminado que se extendía hasta la prometida segunda puerta. Lo recorrieron deprisa, y mientras lo hacían Par sintió de pronto que el hechizo del cantar cobraba de nuevo vida en su interior. Jadeó ante la brusquedad de su llegada, casi doblándose en dos por el calor que generaba, como la puerta de un horno al abrirse.

Algo no iba bien.

Agarró del brazo a Padishar. El hombre corpulento se volvió sobresaltado. Par dio un brinco al sentir un movimiento a sus espaldas, una presencia oscura. ¡Los Espectros! Estaban...

Y la puerta que había detrás de ellos se abrió con un crujido. Tres Espectros envueltos en capas negras salieron por ella, unas figuras encorvadas y deformes dentro de su encubridor atuendo, con las armas brillando a la luz de las antorchas. Padishar desenvainó el sable y Par llevó la mano hacia la Espada de Shannara, pero la retiró de golpe como si fueran brasas. ¡Si la tocaba se quemaría, lo sabía!

–¡Padishar! –exclamó.

El hombre corpulento se volvió hacia la puerta que tenía a sus espaldas, pero ésta también se abrió de par en par y aparecieron otros dos monstruos con capa negra. Ahora los dos extremos del pasillo estaban bloqueados, y Par Ohmsford y Padishar Cesta, atrapados.

–¡Topo! –maldijo Padishar, convencido de que los había traicionado.

Pero Par no lo escuchó. Los investigadores corrieron tras ellos, y el hechizo del cantar retumbó en el grito de advertencia que soltó, llenando de cólera la torre. Lo envolvió como un ciclón, empujándolo contra un atónito Padishar. Luego se desintegró en llamaradas de fuego candente que lanzó hacia los Espectros. Las figuras negras levantaron los brazos, pero la magia del cantar los recorrió y quedaron reducidos a cenizas. Par gritó, incapaz de contenerse, y el hechizo del cantar cruzó los muros como se desborda una presa, abriendo grietas en la argamasa y en la piedra. Padishar se apartó, luego cogió a Par desesperado y lo empujó con todas sus fuerzas a través de la segunda puerta, cerrándola de golpe detrás de ellos.

Par cayó de rodillas sintiendo cómo el hechizo del cantar se apagaba una vez más.

–¡No... puedo respirar! –jadeó.

–¡Par! ¡Espectros, muchacho! ¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa? –le preguntó Padishar, levantándolo del suelo.

Par, desesperado, hizo un gesto negativo. La magia seguía evolucionando en su interior. De nuevo sustancial, no imaginaria. La magia de Brin, no la de Jair. Un fuego que no podía controlar, ardiendo sin llama, esperando...

–¡Busca a Damson! –exclamó, cogiendo a Padishar por los brazos, mientras recuperaba el aliento, sintiendo en su interior un enfriamiento que calmó su locura–. ¡Puede que esté allí, Padishar! ¡Sácala!

Llegaban gritos de todas partes, los gritos de los soldados de la Federación corriendo por las murallas y entrando en la torre de vigilancia. El hombre corpulento cogió a Par de la túnica y tiró de él mientras corría por un pasillo bordeado de pesadas puertas de madera, todas cerradas con candado y atrancadas.

–¡Damson! –gritó Padishar, frenético.

Detrás de ellos, al otro lado de la puerta por la que habían huido, Par creyó oír el susurro de las ropas de los Espectros.

–¡Vienen! –exclamó, sintiendo una vez más el calor del cantar.

–¡Damson! –gritó Padishar Cesta.

De detrás de una de las puertas les llegó una respuesta apagada. Soltando a Par, el jefe de los proscritos siguió corriendo, llamando a gritos a su hija. La respuesta se oyó de nuevo, él se detuvo dando un patinazo, y levantó y bajó el sable derribando una de las puertas. Se oyeron gritos en una escalera situada en el otro extremo del pasillo. Padishar aporreó la puerta con golpes discordantes, luego bajó el brazo y derribó de un empujón lo que quedaba. La puerta se abrió hacia dentro y Padishar desapareció en el interior.

Par corrió hasta el umbral y se detuvo. Padishar volvía a estar de pie, ensangrentado y aturdido, y Damson Rhee lo abrazaba, con el pelo pelirrojo polvoriento y enmarañado, y la cara pálida y manchada. Sus ojos eran puro fuego cuando se encontraron con los del joven del valle.

–Par –susurró, y corrió a abrazarlo.

En el pasillo, a sus espaldas, se oía el ruido de hombres armados. Par se volvió para enfrentarse a ellos, pero Padishar Cesta se adelantó y en un instante estuvo en el pasillo. Siguió el espeluznante sonido de las armas al chocar.

–¡Par! –exclamó el hombre corpulento–. ¡Llévatela de aquí, deprisa!

Sin pensárselo, Par agarró a Damson del brazo y la obligó a cruzar la puerta. Padishar se encaró a un grupo de soldados de la Federación, pero en la escalera del otro extremo aparecieron más. El jefe de los proscritos hizo retroceder a los que iban delante y se volvió furioso.

–¡Maldita sea, chico... corre! ¡Recuerda nuestro pacto!

De pronto, los soldados volvieron a abalanzarse sobre él, y Padishar se encontró luchando por salvar la vida. Dos cayeron, luego otro, pero había más para reemplazarlos. Demasiados, pensó Par. Demasiados para hacerles frente. Sintió que se le encogía el pecho. Debía ayudar a su amigo, pero eso significaba recurrir al cantar, al fuego que no podía controlar. Significaba ver a esos hombres hechos pedazos. Significaba exponerse a que Padishar también fuera hecho pedazos.

Y había dado su palabra al hombre corpulento.

–Padishar –oyó a Damson susurrar a su oído, y vio que echaba a correr hacia el hombre corpulento.

La agarró al instante y la hizo retroceder, alejándola de la lucha. Había tomado una decisión.

–¡Par!–gritó ella furiosa, pero él respondió con un gesto negativo.

Llegaron a la puerta cerrada. ¿Habría Espectros al otro lado? Par no los oía; no oía nada aparte de la lucha que se libraba detrás de él.

–¡No podemos abandonarlo! –exclamó Damson.

–Tenemos que hacerlo –repuso el joven del valle, tirando de ella.

Ante él estaba la puerta de madera, abrumadora y silenciosa, ocultando lo que había detrás. Se preparó y conjuró el hechizo del cantar, porque esta vez no tenía otra opción. La magia acudió impaciente.

¡Por favor, suplicó, *déjame mantener el control sólo por esta vez!*

Abrió de par en par la puerta, dispuesto a arrojar la magia candente y letal hacia el pasillo del otro lado. El silencio salió a recibirlo. La luz de la luna se filtraba por las grietas de las paredes derrumbadas y el suelo estaba cubierto de escombros. El pasillo estaba vacío.

Lanzó una última mirada a Padishar Cesta, que estaba en pleno combate, un solitario muro de contención contra el aluvión de soldados de la Federación que trataban de abrirse

paso hacia ellos. Padishar no tenía nada que hacer, lo sabía. Había sido una trampa desde el principio. Y la trampa estaba a punto de cerrarse.

Pero aún estaba a tiempo de salvar a Damson.

Costara lo que costase, tal como habían acordado.

Manteniendo a Damson sujeta por el brazo, se precipitó hacia el pasillo vacío, dejando atrás a Padishar Cesta.

6

Cruzaron la puerta de la escalera y salieron al rellano en breves segundos. Del pasillo que quedó a sus espaldas, donde Padishar contenía a los soldados de la Federación, les llegaban ruidos confusos y voces furiosas.

Par se volvió y cerró de una patada la puerta de la torre.

¿Por dónde ahora?

Abajo se oían el golpeteo de las botas y los gritos de los hombres al subir por las escaleras. No podían bajar.

–¡Déjame! –gritó Damson furiosa, soltándose. Sus ojos verdes brillaban llenos de lágrimas de rabia–. ¡Le has abandonado!

Par apenas la escuchaba. Tenían que subir y volver por donde habían venido hasta donde los esperaba el Topo. A menos que Padishar tuviera razón y el Topo les hubiera traicionado. Era posible. Podían haberlo capturado días atrás, cuando la Federación los había descubierto en su guarida. Pero no, si lo hubieran capturado, no les habría ayudado a escapar del molino; habría dejado que la Federación los prendiera y listo. Pero ¿y si lo habían capturado la última vez que había salido en busca de Damson... y lo habían trastocado convirtiéndolo en un Espectro?

–¡Tenemos que volver, Par! ¡Nos necesita! ¡Es mi padre! –gritaba Damson, tirando de él. Le enseñó los dientes–. ¡Él volvió a buscarte!

Par se volvió hacia la joven, le sujetó los brazos con fuerza y a continuación la atrajo hacia sí hasta sentir el calor de su aliento en la cara.

–Sólo lo diré una vez. Le he dado mi palabra de que pasara lo que pasase, te sacaría de aquí sana y salva. Se ha entregado por ti, Damson, y no va a ser en vano. ¡Ahora corre!

Le obligó a darse la vuelta y la empujó escaleras arriba. Subieron a toda velocidad, escuchando los ruidos de sus perseguidores cada vez más cerca. El rostro de Par reflejaba una inquebrantable resolución. Si el Topo los había traicionado, no importaba hacia dónde corrieran, estaban acabados. Si no, su única esperanza era encontrarlo.

Llegaron al siguiente rellano y Par trató en vano de encontrar la puerta oculta. No lograba recordar dónde estaba; no había prestado demasiada atención al cruzarla y ahora todo le parecía igual.

–¡Topo! –gritó desesperado.

–¡Por aquí! ¡Por aquí, encantadora Damson! –gritó el Topo, asomando su peluda cara por el boquete que acababa de abrirse en la pared a su izquierda.

Cruzaron corriendo el boquete y el Topo lo cerró detrás de ellos.

–¿Y Padishar? –preguntó preocupado, y el tono de su voz y la expresión que apareció en sus húmedos ojos convencieron a Par, por motivos que nunca sería capaz de explicar, de que no los había traicionado.

–Lo han capturado –respondió el joven del valle, obligándose a mirar a la cara a Damson. La muchacha desvió los ojos al instante.

–Pues salgamos de aquí –apremió el Topo, sosteniendo la vela en alto mientras se escurría delante de ellos para mostrarles el camino–. Deprisa.

Volvieron a los muros de la torre recorriendo el serpenteante camino en la oscuridad, escuchando los gritos de los soldados que se filtraban por la piedra en una apagada cacofonía. Llegaron hasta la alacena y se apresuraron a pasar al pasillo del otro lado. Afuera, los soldados pasaban por delante de las ventanas de los cuarteles en dirección a la torre de vigilancia y a las puertas. Las antorchas parpadeaban y llameaban como si se concentraran en combatir la oscuridad, y el ruido de cerrojos corriéndose y de barras

colocándose en su sitio era ensordecedor.

Apretujado contra la pared en un rincón oscuro, el Topo mantuvo a los jóvenes inmóviles en su sitio, y luego les indicó por señas que lo siguieran. Agachados, echaron a correr por el pasillo hasta la puerta por la que habían entrado y salieron al patio de afuera.

Se había hecho de noche, y la luna y las estrellas estaban escondidas tras las nubes que flotaban bajas y oscuras sobre el acantilado. El fuego proyectaba su luz humeante con escaso efecto a través de la oscuridad. Por todas partes había figuras arremetiendo, pero era imposible ver sus caras.

–¡Por aquí! –dijo el Topo con voz ronca.

Torcieron a la izquierda y siguieron el muro a todo correr, porque los demás también corrían. Se deslizaron en la oscuridad, tres cuerpos más en el tumulto, tres más para los cuales nadie tenía tiempo o interés.

Ya estaban casi en la puerta que se abría a los túneles subterráneos de la ciudad cuando se vieron desafiados. Un grito los hizo apiñarse y una figura oscura salió a grandes zancadas de la oscuridad. Por un instante Par creyó ver a Padishar, que había huido milagrosamente, pero luego vio los distintivos de un capitán de la Federación con uniforme oscuro. Al verlo acercarse, los tres se quedaron paralizados, sin saber muy bien qué hacer. El capitán llegó hasta ellos y su rostro barbudo quedó iluminado por la luz.

Entonces Damson dio un paso limpio y relajado adelante, sonriéndole. En la cara del hombre apareció una expresión confundida. Ella le concedió un instante más, y luego le propinó tres bofetadas con el dorso de la mano, tan rápidas que Par apenas las vio. A continuación se acercó a él, le rodeó el hombro con el brazo y lo arrojó al suelo. Él resolló e intentó gritar, pero un último golpe en la garganta lo silenció para siempre.

Damson se levantó y pasó bruscamente por el lado de Par hacia la puerta por donde el Topo ya estaba desapareciendo. Par recordó en ese instante la facilidad con que ella le había vencido aquella noche en el Parque del Pueblo, cuando él la culpaba de la trampa tendida por la Federación y en la que se habían visto atrapados él y los demás. Y comprendió que podía haberlo hecho otra vez en la torre de vigilancia. Podía haberlo obligado a retroceder si hubiera querido. ¿Por qué no lo había hecho?

Estaban de nuevo dentro del muro interior y bajaron a todo correr hasta las bodegas por las que habían venido. Los ruidos de afuera cada vez eran más débiles, amortiguados por las capas de piedra. Llegaron a la trampilla y la cruzaron, y bajaron los escalones hasta el túnel de abajo. Desde allí se movieron con rapidez en la oscuridad, alejándose de las murallas de la ciudad y volviendo hasta su centro. No tardaron en estar en lo más profundo de las alcantarillas, donde todo estaba silencioso.

–Hagamos un... descanso –propuso Par por fin, sin aliento por la carrera. Necesitaba pensar para decidir lo que debía hacer a continuación.

–Por aquí –dijo el Topo, conduciéndolos a una plataforma que servía de base a una escalera que subía hasta la calle en una confluencia de túneles y tuberías. A través de una reja situada encima de sus cabezas brillaba una luz. Las calles estaban silenciosas y sin vida.

»Iré a asegurarme de que no nos han seguido.

Desapareció en la oscuridad dejándoles la vela. El joven del valle y la chica observaron cómo se alejaba, y luego se sentaron juntos, con la espalda contra la pared y la vela delante. Par estaba exhausto. Clavó los ojos en la oscuridad más allá de la llama de la vela, sintiendo cómo el cansancio se extendía por su cuerpo. Oía a Damson respirar y sentía el calor de su cuerpo.

–Sabes lo que le harán –dijo ella por fin. Él no respondió, y siguió mirando al frente–. Le convertirán en uno de ellos. Lo utilizarán.

Si logran cogerlo con vida, pensó Par. Y tal vez ni por ésas. Rimmer Dall era

imprevisible.

–¿Por qué no me obligaste a volver a buscarlo? –preguntó Par.

–Nunca te haría eso a ti –respondió la muchacha tras guardar un largo silencio.

Él permaneció callado un instante, dejando que el significado de las palabras se asentara.

–Lo siento por Padishar –dijo por fin–. Yo tampoco quería dejarle.

–Lo sé –respondió la muchacha en voz baja.

Lo dijo con tanta serenidad que él la miró para asegurarse de que había oído bien sus palabras. Intercambiaron una mirada.

–Lo sé –repitió ella. Su voz dejaba traslucir dolor–. No ha sido culpa tuya. Padishar te obligó a darle tu palabra de que me salvarías antes a mí. Me habría hecho prometer lo mismo si yo hubiera estado en tu lugar. –Volvió a apartar su mirada–. Pero me enfadé cuando vi... –Hizo un gesto de impotencia.

–¿Estás bien?

La muchacha respondió con un gesto de asentimiento y cerrando los ojos.

–¿Saben quién eres?

–No. ¿Cómo iban a hacerlo? –respondió ella volviendo a mirarlo.

–Por el Topo –dijo el joven del valle, respirando profundamente–. Nos han tendido una trampa, Damson. Nos estaban esperando. Tenían motivos para creer que vendríamos a rescatarte. ¿Y qué mejor motivo que saber que tú eres la hija de Padishar Cesta? Padishar cree que el Topo nos ha traicionado.

–¡El Topo nos ha salvado la vida, Par! –respondió Damson, con los ojos llenos de cólera–. Ha salvado la tuya. Lo mío sólo fue mala suerte. La Federación me reconoció en la calle y sabían que te había ayudado a escapar del molino. –Vaciló–. Eso también fue una trampa, ¿no? Sabían... –Volvió a hacer una pausa, sin saber adónde iba a ir a parar.

–Puede haber sido el Topo –insistió Par–. Pudieron cogerlo cuando fue a buscarte. O antes.

–¿Y por qué iba a ayudarnos luego? Si él no nos hubiera sacado de la torre, la Federación nos tendría prisioneros.

–Lo sé. También lo he pensado. –Hizo un gesto de impotencia–. Pero nos encuentran en todas partes, Damson. ¿Cómo pueden hacerlo? Los Espectros parecen tener oídos en todas las paredes. Es insidioso. A veces tengo la impresión de que no podemos confiar en nadie.

–No podemos, Par –respondió la muchacha, esbozando una amarga sonrisa–. Ya no podemos. ¿No te has dado cuenta? Sólo estamos tú y yo. ¿Y acaso podemos confiar el uno en el otro?

El joven del valle la miró sorprendido. La tristeza le había inundado los ojos, y ella extendió los brazos y lo rodeó, atrayéndolo hacia sí.

–Lo siento –dijo, y él se dio cuenta de que lloraba.

–Creí que te había perdido para siempre –susurró él con la cabeza hundida en su pelo. Notó que ella hacía un leve gesto de asentimiento–. Estoy tan cansado de todo esto. Sólo quiero que se acabe.

Permanecieron abrazados en silencio, y Par se concentró en el tacto de su piel, cerró los ojos y dejó que el cansancio lo abandonara. De pronto deseó estar de nuevo en el valle, volver de nuevo a su casa y su familia, a su antigua vida, y que Coltar estuviera vivo y nada de todo eso hubiera ocurrido. Deseó empezar de nuevo. Entonces no estaría tan impaciente por partir en busca de Allanon, ni se apresuraría en emprender la búsqueda de la Espada de Shannara, y no caería en la trampa de creer que su magia era un don.

Pensó entonces hasta qué punto el cantar había formado parte de él en otro tiempo y cuán ajeno le parecía ahora. Había vuelto a escapar de su control cuando lo había invocado

en la torre. A pesar de su mentalización, de sus esfuerzos. ¿Podía decir siquiera que lo había invocado o más bien había acudido de motu propio al advertir la presencia de los Espectros? En cualquier caso, no le cabía la menor duda de que había hecho lo que había querido, arrojándose como un cuchillo para hacerlos pedazos. Par se estremeció al recordarlo. Él nunca habría deseado hacer algo así. La magia había destruido a las criaturas negras sin pensárselo dos veces, sin escrúpulos. Frunció el entrecejo. No, no había sido la magia, sino él. Él los había destruido. Tal vez no había querido, pero lo había hecho. A Par no le gustaba lo que eso implicaba. Los Espectros eran lo que eran, y tal vez era cierto que ellos tampoco vacilarían en matarlo. Pero eso no cambiaba quién y qué era él. Todavía veía los ojos del soldado que Padishar había matado. Veía cómo se apagaba en ellos la vida en un instante. Le habían entrado ganas de llorar. Odiaba el hecho de que era necesario y que él formaba parte de ello. Comprender las razones para hacerlo, no lo presentaba más aceptable. Sin embargo, ¿qué clase de hipócrita era, que tan pronto desesperaba por una vida como ponía fin a media docena?

No quería saber la respuesta a esa pregunta. Pensaba que no sería capaz de soportarla. Lo que sí admitía era que el cantar había sufrido un cambio en su interior y, al hacerlo, también le había cambiado a él. Le había hecho pensar con mayor detenimiento en la afirmación de Rimmer Dall de que él también era un Espectro. Después de todo, ¿qué diferencia había entre ellos?

–¿Damson?

La voz titubeante del Topo salió de la oscuridad, separando a la joven del lado de Par. Era curioso que el Topo sólo se dirigiera a ella, pensó.

La menuda criatura apareció bajo la luz, parpadeando y entornando los ojos.

–No nos siguen. Los túneles están vacíos.

–¿Qué hacemos ahora, elfo? –le preguntó Damson volviéndose hacia él y echándole el pelo hacia atrás–. ¿Adónde vamos?

–Te quiero, Damson Rhee –respondió Par, esbozando una sonrisa y cogiéndole la mano entre las suyas. Lo dijo en voz tan baja que las palabras se perdieron en el frufrú de su ropa. Se levantó–. Debemos salir de esta ciudad e intentar buscar ayuda. De Morgan, de los nacidos libres o de quien sea. No podemos continuar solos. –Bajó la vista hacia la forma encorvada del Topo–. ¿Puedes ayudarnos a salir, Topo?

–Debajo de la ciudad hay unos túneles que os llevarán a los llanos de más allá –respondió el Topo, tras dirigir a Damson una mirada interrogativa–. Os los mostraré.

Par se volvió de nuevo hacia Damson. Por un instante ella no habló. Sus ojos verdes se llenaron de pensamientos no expresados.

–De acuerdo, Par, iré –dijo por fin–. Sé que no podemos quedarnos. Se nos está acabando el tiempo y la suerte aquí, en Tyrsis. –Se acercó a él–. Pero ahora tienes que darme tu palabra, como se la diste a Padishar. Prométeme que volveremos a buscarlo... que no le dejaremos morir.

Ella no ha considerado la posibilidad de que puede estar ya muerto. Lo cree más fuerte que eso. Y yo también, supongo.

–Lo prometo –susurró el joven del valle.

–Yo también te quiero, Par Ohmsford –dijo Damson, inclinándose hacia él y besándole en la boca con pasión–. Te querré hasta el final.

Estuvieron todo el resto de la noche caminando por el laberinto de túneles que se extendían por debajo de Tyrsis, antiguos pasadizos que tiempo atrás habían servido de refugio a los defensores de la ciudad y que ahora les servían para huir. Los túneles se entrecruzaban una y otra vez, a veces lo bastante anchos y altos para que circularan carros por ellos, otras apenas lo suficientemente amplios para que pasaran el Topo y los dos

jóvenes. En unas partes, la roca estaba seca y polvorienta y olía a tierra vieja y sin usar, mientras que en otras estaba húmeda y fría, y hedía a aguas residuales. Las ratas chillaban al oírlos llegar y se escabullían por las paredes. Los insectos volaban por encima de la piedra como hojas secas revoloteando. El ruido de sus botas y de su respiración resonaba con fuerza en los túneles, y parecía imposible que pasaran desapercibidos. Pero el Topo se abría paso con cautela, a menudo alejándolos de la ruta más directa, eligiendo el camino basándose en cosas que sólo él percibía y conocía. No hablaba; iba delante de ellos a través de su silencioso mundo infernal como el Espectro hechizado en que se había convertido. De vez en cuando se paraba a mirarlos, o a examinar algo que encontraba en el suelo del túnel, o a considerar la oscuridad que los cercaba, distante y absorto en sus reflexiones. Par y Damson se detenían con él y esperaban observándolo, preguntándose en qué pensaba. Nunca hablaban. Par deseaba hacerlo, pero al ver que Damson creía prudente guardar silencio, se convenció de que debía seguir su ejemplo.

Por fin llegaron a un lugar donde la oscuridad era interrumpida por un brumoso resplandor plateado. Se abalanzaron hacia él cruzando una cortina de viejas telarañas y polvo, y subiendo con dificultad por una rampa de roca que se estrechaba conforme avanzaban hasta que tuvieron que doblarse en dos. Más adelante les cortaron el paso unos matorrales tan espesos que el Topo se vio obligado a utilizar un cuchillo largo que había logrado esconder en su cuerpo peludo para abrirse paso. Apartando a empujones las ramas cortadas, los tres avanzaron a gatas a través de la última parte del follaje encubridor y salieron a la luz.

Se levantaron y miraron a su alrededor. Las montañas que protegían el risco sobre el que se erigía la ciudad de Tyrsis se alzaban detrás de ellos, un muro negro e irregular contra la luz del amanecer al oeste, la sombra de sus picos extendiéndose como una oscura mancha hacia el norte y el oeste a través de los llanos hasta desaparecer entre los árboles de los bosques del otro lado. El aire era caliente y olía a hierba seca a causa del sol estival. Los pájaros cantaban desde su escondite en los árboles, y las libélulas volaban sobre pequeños charcos de agua llenos de hierbajos, formados por las corrientes que brotaban de las rocas a sus espaldas.

–Estamos fuera –dijo Par en voz baja, mirando a Damson y esbozando una sonrisa, que ella le devolvió.

Se volvió hacia Topo, que parpadeaba indeciso bajo la luz desconocida.

–Gracias, Topo –dijo, y dejándose llevar por un impulso, le tendió su mano–. Gracias por todo.

–De nada –respondió el Topo arrugando la cara y parpadeando más deprisa. Después levantó una mano vacilante, rozó la de Par y la retiró.

–Ahora tenemos que separarnos –dijo Damson acercándose al Topo, arrodillándose ante él y abrazándolo–. Ve a un lugar seguro, Topo. Bien lejos de las criaturas negras. Permanece escondido hasta que volvamos.

–Siempre, encantadora Damson. Siempre por ti –respondió el Topo levantando los brazos y acariciando con sus manos arrugadas los delgados hombros de la joven.

Entonces ella deshizo el abrazo y el Topo le acarició la cara con delicadeza. Par creyó ver lágrimas en los ojos brillantes de la menuda criatura. Luego el Topo se volvió y desapareció de nuevo en la oscuridad.

Lo siguieron con la mirada un instante, y después intercambiaron una inquisitiva mirada.

–¿Por dónde? –preguntó Par.

–Es cierto –dijo Damson, esbozando una amplia sonrisa–. No sabes dónde está la Cuenca de los Aros de Fuego, ¿verdad? A veces se me olvida, pareces formar parte de todo esto.

–Cuesta recordar los tiempos en que no tenías que cuidar de mí, ¿eh? –respondió el joven del valle, correspondiendo a su sonrisa.

–Yo no me quejo. ¿Y tú? –inquirió la muchacha, dirigiéndole una inquisitiva mirada.

Par se acercó a la joven y la abrazó un instante. No dijo nada; se limitó a rodearla con los brazos, con la mejilla apoyada en su pelo castaño rojizo y los ojos cerrados. Pensó en todo lo que habían pasado juntos, en cuántas veces sus vidas habían estado en peligro y en cuán peligrosos habían sido sus viajes. ¡Habían recorrido tan poca distancia para llegar tan lejos!, pensó. ¡Habían descubierto tantas cosas en tan poco tiempo!

–¿Sabes? –inquirió Par, todavía abrazándola, mientras le acariciaba la espalda trazando pequeños círculos–. A veces me da la impresión de que siempre estoy asustado. Estoy asustado desde que Coltar y yo dejamos por primera vez Varfleet, hace ya muchas semanas. Todo lo que ocurre, parece que se cobra su precio. Nunca sé lo que voy a perder a continuación, y no soporto esa sensación. Pero lo que más me asusta, Damson Rhee, es la posibilidad de perderte a ti. –Estrechó el abrazo–. ¿Qué dices tú? –le preguntó.

La respuesta de Damson fue abrazarlo a su vez.

Después caminaron en el transcurso de las primeras horas de la mañana sin apenas decirse gran cosa, dejando atrás la ciudad de Tyrsis en dirección norte a través de los llanos, hasta los umbrales cubiertos de bosque de los Dientes del Dragón. Cada vez hacía más calor, los cristales del rocío de la noche dejaron de brillar con la salida del sol y la humedad se secó, convirtiéndose en las primeras motas de polvo. Durante largo rato no vieron a nadie, luego sólo a vendedores y a familias que salían de sus granjas para ir al mercado de la ciudad. Par se sorprendió pensando de nuevo en su tierra, en sus padres y en Coltar, pero daba la impresión de que todo había ocurrido hacía mucho tiempo. Podía desear que las cosas no hubieran cambiado y que todo lo ocurrido desde su encuentro con Cogline no hubiera sucedido, pero sabía que era lo mismo que desear que el día se convirtiera en noche y el Sol en la Luna. Miró a Damson que caminaba a su lado, las suaves y firmes líneas de su rostro, los movimientos de su cuerpo, y dejó que lo que podría haber sido se alejara rápidamente.

A mediodía cruzaron el río Mermidón para internarse en los bosques del otro lado e hicieron un alto para comer. Buscaron agua fresca, bayas, raíces y hierbas, y salieron del paso. Dentro del bosque hacía frío y estaba silencioso, mientras el calor del día calentaba la tierra de alrededor cubriéndola de un manto mal ventilado y bochornoso. Después de comer decidieron dormir un rato, cansados de sus esfuerzos de la noche anterior y deseando sacar el máximo partido de su refugio. Estaban a sólo unas horas del desfiladero de Kennon, según dijo Damson, y de ahí cruzarían los Dientes del Dragón hasta el valle donde en otro tiempo se había erigido Paranor. De allí se dirigirían al norte y este hasta el desfiladero de Jannison y la Cuenca de los Aros de Fuego. Dos días más y alcanzarían a los nacidos libres, prometió ella.

Pero durmieron más tiempo de lo que habían previsto, arrullados por el fresco y el relajante ruido del viento soplando entre los árboles, y era casi de noche cuando se despertaron. Se levantaron y partieron enseguida, impacientes por recuperar el máximo tiempo posible. Si había salido la Luna podrían cruzar el desfiladero de noche. De lo contrario, tendrían que esperar a la mañana siguiente. En cualquier caso, se propusieron llegar al desfiladero de Kennon antes de que se hiciera de noche.

Avanzaron deprisa y sin detenerse por entre los pesados grupos de arbustos y hierbas altas de aquellos bosques transitables y espaciosos, sintiéndose descansados y en forma después de dormir. El Sol avanzaba hacia el oeste, escondiéndose detrás de los árboles hasta convertirse en una brillante llama de oro y carmesí a través de la pantalla de hojas y ramas. La Luna apareció en el cielo azul y despejado, y los pájaros diurnos empezaron a enmudecer ante la llegada de la noche. Par se sintió tranquilo por primera vez en muchos

días, en paz consigo mismo. Le tranquilizaba estar fuera de Tyrsis, lejos de sus alcantarillas y bodegas, libre del confinamiento de sus muros, a salvo de las criaturas que lo habían acosado. Miraba a Damson y sonreía al hacerlo. Pensó en Padishar e intentó ahuyentar la tristeza. Sus pensamientos corrían entre los árboles y por la alfombra de flores del suelo como pequeñas criaturas jugando. Dejó que vagaran por donde quisieran, contento de darles rienda suelta.

Ni una sola vez se le ocurrió pensar que podía ser prudente borrar sus huellas.

El crepúsculo ardía como un fuego a través de los llanos que se extendían a los pies de Tyrsis a medida que el día avanzaba hacia la noche y empezaba a remitir el calor. Las sombras se alargaban y aumentaban adoptando formas extrañas y sugerentes, cobrando vida en la oscuridad. Se proyectaban desde hondonadas y barrancos, bosques y árboles solitarios, ensanchándose aquí y allá como si flexionaran sus miembros al despertarse, preparadas para salir de caza.

Una de esas sombras se desplazaba con un propósito insidioso a lo largo de las extensiones desiertas que se prolongaban hacia el río Mermidón, al norte, una pálida oscuridad oculta en la larga hierba por la que discurría el río. Se hizo más osada a medida que se acercaba la noche, elevándose de vez en cuando a oler el aire antes de descender de nuevo hasta la tierra para mantener fresco en la memoria el olor que seguía. Comía lo que encontraba por el camino, raíces y bayas, insectos y animalillos, todo lo que se topaba y que era incapaz de escapar. Porque su atención estaba concentrada en su mayor parte en las huellas que seguía, en el olor de lo que seguía con tanta diligencia, lo que era el origen de su locura.

Al llegar al río Mermidón se levantó sobre sus cuartos traseros, una forma encorvada y nudosa envuelta en una brillante capa negra que por alguna razón escupía el polvo y la mugre que cubría al que la llevaba. Unas manos peladas y tan llenas de arañazos sangrantes que aferraban con fuerza la capa para que no se le cayera mientras vadeaba ese río por un bajío. La capa nunca se separaba ni un instante de él. La capa lo sostenía, él lo sabía. La capa era lo que lo protegía.

Sin embargo, al mismo tiempo parecía el origen de su locura. Una parte de la mente de la criatura le susurraba que así era. Se lo susurraba una y otra vez, previniéndola.

Pero la mayor parte de lo que le pasaba a la criatura por la cabeza le aseguraba que la capa era buena y necesaria para su supervivencia, y que la causa de su locura era precisamente aquel al que perseguía. Él. (¿Mi hermano?) No se acordaba del nombre. Sólo la cara. La locura zumbaba dentro de su cabeza, en sus oídos, y brotaba de su boca como una nube de mosquitos, picándole, mordiéndole y consumiéndole la razón hasta el extremo de no poder pensar en otra cosa.

Unas horas antes, en la sombra de media tarde, expuesto a la odiada luz porque la locura le hacía salir cada vez más a menudo de su madriguera, había percibido por fin el olor de su presa. (¿Cómo se llamaba?) Merodeando por la base del acantilado noche tras noche durante más de una semana, su desesperación había ido en aumento, su necesidad de encontrarlo, de localizarlo para alcanzar la liberación, para poner fin a la locura.

Pero ¿cómo? ¿Cómo podía ponerle fin?

Lo ignoraba. De una u otra manera, ocurriría. Cuando encontrara la causa. Cuando... le hiciera daño como él le estaba haciendo daño...

El pensamiento planeó ante sus ojos, borroso. Pero había cierto placer en este pensamiento, en su gusto y en su tacto.

Le brillaban los dientes y los ojos a la luz cada vez más deslumbrante de la Luna.

Al otro lado del río la criatura localizó fácilmente las huellas y empezó de nuevo a seguirlas. Eran recientes. Y tan claras como el hedor de algo muerto y que se deja

descomponer al Sol. Y no estaba lejos. Unas horas más, tal vez menos...

Un escalofrío recorrió a la criatura. De anticipación. De urgencia. Las semillas de la locura daban flor.

Coltar Ohmsford hincó la nariz en el suelo como el animal en el que se había convertido y desapareció entre los árboles.

7

El crepúsculo cedía paso a la noche cuando Par y Damson llegaron al pie de los Dientes del Dragón y al sendero que ascendía serpenteante por los acantilados hasta el desfiladero de Kennon. La luz de la Luna brillaba al norte, y el cielo estaba despejado y lleno de estrellas. El calor del día había desaparecido y soplaba una suave y fresca brisa procedente de las montañas.

En los árboles del bosque que tenían a sus espaldas, una lechuza ululó débilmente y luego calló.

Como había suficiente luz para recorrer el sendero y estaban muy descansados, el joven del valle y la muchacha continuaron su camino. Era una noche ideal para caminar, aun en la montaña, y no tardaron en superar las laderas inferiores hasta el desfiladero. Mientras avanzaban cayó la noche y el silencio se hizo más profundo; el bosque y sus habitantes descendieron a sus espaldas a un pozo de oscuridad, mientras las rocas los cercaban convirtiéndose en siluetas que se recortaban dentadas y descarnadas contra el cielo. Trituraban con las botas las piedrecitas sueltas y la respiración se les volvió entrecortada, pero aparte de esos ruidos cercanos, el mundo permanecía silencioso y desprovisto de emociones.

Pasaba el tiempo y la medianoche se aproximaba. Ya habían recorrido el desfiladero y llegado a su punto más alto, el lugar donde el sendero empezaría a descender de nuevo hasta el valle que se extendía a sus pies. La luz que tenían ante sí parecía más brillante que la que habían dejado atrás, un fenómeno que ni el joven del valle ni la muchacha se explicaban, por lo que más de una vez intercambiaron inquisitivas miradas. Hasta que no llegaron a lo alto del desfiladero, rodeados de los picos de las montañas, con el sendero convertido en un corredor largo y ancho abierto en la roca, no se dieron cuenta de que lo que veían no era la luz de la Luna o las estrellas, sino el resplandor de los fuegos de vigilancia que ardían más adelante.

Esta vez la mirada que intercambiaron fue de preocupación. ¿Por qué ardían allí fuegos de vigilancia? ¿Quién los había encendido?

Caminaron con mayor cautela, pegándose a la pared oscura del desfiladero, parándose a menudo a escuchar, intentando averiguar lo que les esperaba. Así y todo, estuvieron a punto de no ver a los guardias apostados en una cuesta a un centenar de pasos, desde donde podían ver bien a todo el que tratara de cruzar. Los guardias eran soldados y llevaban uniformes de la Federación. Par y Damson se perdieron al instante entre las sombras, fuera de su vista.

–¿Qué hacen aquí? –preguntó la joven a Par.

El joven del valle hizo un gesto de ignorancia. No se le ocurría ningún motivo para que estuvieran allí. Los nacidos libres no estaban cerca del desfiladero de Kennon. La Cuenca de los Aros de Fuego quedaba bastante más al este. Al otro lado sólo estaba el valle, y nunca había habido nada en el valle, no había habido nada desde...

Su mente se paralizó y sus ojos se abrieron como platos.

Desde que Paranor había desaparecido.

Respiró profundamente y contuvo el aliento, recordando la misión que Allanon había encomendado a Walker Boh. ¿Era posible que Walker hubiera...?

Dejó el pensamiento suspendido en el aire. No se permitió terminarlo. Sabía que estaba sacando conclusiones precipitadas, que la presencia de los soldados en el desfiladero podía deberse a innumerables razones.

Sin embargo, algo en su interior le decía que tenía razón. Que los soldados estaban

allí porque Paranor había sido restituido.

Se agachó rápidamente junto a Damson. Ella se sorprendió al ver la excitación reflejada en sus ojos.

–Damson –dijo en voz baja–. Tenemos que pasar por delante de estos guardias, o al menos... –Su mente funcionaba a toda velocidad–. O al menos tenemos que llegar hasta las rocas para ver qué hay al otro lado, en el valle. ¿Podemos hacerlo? ¿Hay otro camino?

Hablaba tan deprisa que se le mezclaban las palabras. Walker Boh, estaba pensando. El Tío Oscuro. Casi lo había olvidado... había dejado de contar con él desde que se habían separado en el Cuerno del Infierno. Pero Walker era imprevisible. Y Allanon había creído en él, al menos lo bastante para encomendarle la misión de restituir Paranor.

¡Maldición! El corazón le latía tan deprisa que parecía que brincaba en su pecho. ¿Y si...?

–Sígueme –dijo Damson, tocándole su brazo y haciendo que se sobresaltara.

Volvieron sobre sus pasos por el desfiladero hasta llegar a una abertura en las rocas de la que arrancaba un sendero estrecho. Despacio, empezaron a subir por él. El sendero serpenteaba, a veces doblándose sobre sí mismo, a veces tan empinado que tenían que avanzar a cuatro patas y darse impulso agarrándose a las rocas y matorrales. Los minutos pasaban y seguían su ascensión, sudando copiosamente ahora, respirando por la boca, sintiendo que empezaban a dolerles los músculos. Par no preguntó adónde iban. Esas montañas habían sido durante años el bastión de los nacidos libres. Nadie las conocía mejor que ellos. Damson sabía muy bien lo que se hacía.

Por fin el sendero se allanó de nuevo, y más adelante torció hacia el resplandor de los fuegos de vigilancia. Estaban en los picos, muy por encima del desfiladero. El viento soplaba frío y con fuerza allí, y los ruidos eran amortiguados. Siguieron avanzando a gatas mientras las rocas a cada lado daban paso a un estrecho risco. El viento los azotaba con violencia, y la luz de los fuegos se extendía sobre la pantalla del cielo azul como un brumoso atardecer otoñal.

El sendero terminaba en un acantilado de centenares de metros. Abajo, a mitad de camino, estaba la entrada norte del desfiladero de Kennon. Era allí donde ardían con ímpetu los fuegos de vigilancia, docenas de ellos, al cobijo de las rocas. A su alrededor dormían formas envueltas en mantas. Y había caballos atados en hilera, formando un piquete. En cada cruce patrullaban centinelas. La Federación había bloqueado el paso.

Temiendo lo que iba a encontrar –o no encontrar–, Par miró por encima del campamento de la Federación hacia el valle que se extendía al otro lado. Por un instante no vio nada; su vista estaba debilitada tras mirar fijamente los fuegos, y la negrura que contemplaban sus ojos era una amplia cortina que cubría todo el horizonte. Esperó a que sus ojos se adaptaran, clavándolos en la oscuridad. Poco a poco el valle empezó a tomar forma. A la luz más tenue de la Luna y las estrellas, la silueta de las montañas y los bosques se recortaba en la línea del horizonte: los lagos y los ríos emitían apagados destellos plateados, y el intenso y borroso tono grisáceo de los prados por la noche y las colinas cubiertas de hierba formaban un mosaico contra el negro.

–¡Par! –exclamó de pronto Damson, cogiéndolo del brazo. Se apoyó contra él emocionada, levantando rápidamente un brazo para señalar algo.

Y allí estaba Paranor.

Ella lo había visto primero, a lo lejos en el valle, bañado en la luz de la Luna y alzándose en el centro de una gran elevación. Par se quedó sin aliento y se echó hacia delante, asomándose todo lo que pudo por el borde del precipicio para asegurarse de que no era un engaño, ni un error...

No. No se equivocaba. Era, en efecto, el Alcázar de los Druidas, que había regresado del tiempo y de la historia, de sueños de lo que podría haber sido el mundo de los hombres.

Par todavía no acababa de dar crédito a sus ojos. Nadie con vida había visto Paranor. El mismo Par sólo había cantado canciones sobre él, imaginándoselo a partir de las historias que había oído, de las historias de generaciones de Ohmsford que llevaban mucho muertos. Había desaparecido todos esos años, tantos que para la mayoría sólo era una leyenda, y de pronto estaba allí, había regresado a las Cuatro Tierras, tan real como la vida, muros y almenas, torres y parapetos, elevándose de la tierra como el fénix entre la oscura franja de bosque que lo rodeaba de manera protectora.

Paranor. Walker Boh había logrado recuperarlo.

Par esbozó una amplia sonrisa mientras tendía los brazos a Damson y la abrazaba hasta que temió partirla en dos. Ella lo abrazó a su vez con todas sus fuerzas, riéndose por lo bajo. Luego se separaron, miraron por última vez la oscura silueta del castillo y retrocedieron a lo largo del risco hasta el abrigo de las rocas.

–¿Lo has visto? –preguntó Par cuando volvieron a estar a salvo. La abrazó una vez más–. ¡Walker lo ha conseguido! ¡Ha recuperado Paranor! ¡Damson, está ocurriendo! ¡Los encargos que Allanon nos dio están cumpliéndose! ¡Si yo tengo realmente la Espada de Shannara, y si Wren ha encontrado a los elfos...! –Se contuvo–. Me pregunto qué habrá sido de Wren. ¡Ojalá supiera algo más, maldita sea! ¿Y dónde está Walker? ¿Crees que está allí abajo, en el castillo? ¿Por eso la Federación ha bloqueado el paso... para mantenerlo encerrado allí dentro? –Hizo un gesto excitado–. ¿Y qué hay de los druidas? ¿Qué dices tú, Damson? ¿Los ha encontrado?

–Me temo que tardaremos un poco en averiguarlo –respondió la muchacha, esbozando una sonrisa–. Seguimos atrapados en el lado del desfiladero que no queremos. –Su sonrisa desapareció y se separó de él con suavidad–. No hay forma de rodear a esos soldados, Par. A menos que quieras utilizar tu magia para disfrazarnos. ¿Qué crees? ¿Quieres hacerlo? ¿Podrás?

Par sintió frío en la boca del estómago. Otra vez el cantar. No había forma de librarse de él. Sentía cómo su magia se agitaba en su interior anticipando la posibilidad de ser utilizada de nuevo, de ser liberada de nuevo...

Damson vio el cambio que se producía en la cara de Par y se apresuró a tirar de él para levantarlo.

–No usarás la magia. No si no es necesario, y no lo es. Podemos ir por otro camino... hacia el este, por debajo de las montañas, y luego hacia el norte, cruzando el río Rabb. Es un poco más largo, pero igual de seguro.

El joven del valle hizo un gesto de asentimiento, sintiendo un inmenso alivio. El instinto de Damson no se equivocaba. Le asustaba utilizar la magia. Ya no confiaba en ella.

–Está bien –accedió, esbozando una sonrisa forzada–. Eso haremos.

–Vamos entonces. –Damson tiró de él–. Volveremos por donde hemos venido. Podemos dormir algunas horas y luego volver a empezar. –Sonreía radiante–. ¿Te das cuenta, Par? ¡Es Paranor!

Volvieron sobre sus pasos por el estrecho sendero, descolgándose por las rocas hasta el desfiladero principal, y entonces se dirigieron al sur. Avanzaban a buen paso, emocionados por el descubrimiento que acababan de hacer, impacientes por comunicar la noticia a los demás. Pero pasada la primera oleada de euforia, Par se sorprendió cambiando de parecer. Tal vez estaban celebrando antes de hora la reconquista de Paranor. El fantasma de Allanon nunca había explicado qué iban a conseguir llevando a cabo sus encargos. Habían recuperado Paranor, pero ¿qué cambiaba eso? ¿Habían vuelto con él los druidas? Si así era, ¿les ayudarían a luchar contra los Espectros?

¿O serían el auténtico enemigo de las Razas, tal como Rimmer Dall había sugerido?

A medida que seguían el serpenteante camino hacia la franja oscura de bosque que se extendía más abajo, Par estaba más sombrío. Walker había recelado de los motivos de

Allanon. Había sido el primero en prevenirlos contra los druidas. ¿Qué le había hecho cambiar de parecer? ¿Por qué había accedido a reconquistar Paranor? A Par le habría gustado hablar con él, sólo un momento. Deseó poder hablar con casi cualquier miembro del pequeño grupo que había ido con él al Cuerno del Infierno. Estaba cansado de sentirse solo y abandonado en ese asunto. Estaba harto de preguntas sin respuestas.

Llegaron al pie de los Dientes del Dragón dos horas más tarde y volvieron a guarecerse bajo los árboles. Detrás de ellos, hacía mucho que las rocas habían ocultado el resplandor de los fuegos de vigilancia de la Federación, y la emoción de descubrir Paranor se había trocado en dudas persistentes. Par guardaba para sí sus pensamientos, pero la mirada que Damson le dirigía de vez en cuando le indicaba que no se dejaba engañar por su silencio. Par tenía la sensación de que estaban tan unidos y se conocían tan bien que no necesitaban las palabras para comunicarse. Damson podía leer sus pensamientos. Sabía lo que estaba pensando, lo leía en sus ojos.

Cuando se internaron en el bosque, ella se puso a la cabeza, torció hacia el este siguiendo la base de las montañas y lo guió a través de la maleza más espesa hasta donde los árboles empezaban a dispersarse y había claros surcados de pequeños arroyos y cubiertos de hierba en los que acampar. La noche estaba llena de pequeños y delicados ruidos, que transmitían una sensación de bienestar que ningún depredador osaba perturbar. El viento había cesado y el aliento se helaba al andar. La Luna había desaparecido tras el horizonte, dejándolos con la luz de las estrellas para mostrarles el camino.

No habían caminado mucho, algo más de un kilómetro, cuando Damson se detuvo en un claro cubierto de hierba junto a una pequeña fuente para descansar. Unas horas, dijo la muchacha; se pondrían de nuevo en camino antes del amanecer. Se envolvieron en las mantas que les había proporcionado el Topo de uno de sus escondites subterráneos y se tendieron uno junto al otro en la oscuridad, mirando los árboles. Par colocó la Espada de Shannara en el interior del codo, el largo de ésta descansando contra su cuerpo, preguntándose para qué servía su talismán y cómo podría averiguarlo.

En lo más recóndito de su mente seguía cuestionándose si era realmente lo que creía que era.

–Creo que es bueno –dijo Damson antes de que se quedara dormido–. No creo que debas preocuparte.

Él no estaba seguro de qué hablaba, y aunque se sintió tentado de preguntarle, se abstuvo.

Cuando Par se despertó, seguía siendo de noche; el amanecer era un débil brillo plateado hacia el este, apenas visible a través de las copas de los árboles. Fue el silencio lo que le despertó, la repentina ausencia de todo sonido: los pájaros y los insectos habían enmudecido, los animales se habían paralizado, todo el mundo inmediato se había quedado vacío y muerto. Pero fue el silencio lo que había interrumpido su sueño, y de pronto le asaltó la idea de que ningún sueño podía ser más espeluznante.

El claro estaba cubierto de sombras, profundos charcos que la humedad formaba al posarse. La oscuridad flotaba como humo en el aire, y entre los árboles había un indicio de niebla. Par sujetaba la Espada de Shannara con las dos manos, la hoja recta ante él como para protegerse de su miedo. Echó un vistazo a su alrededor y no vio nada, luego volvió a mirar y se levantó con cautela. Damson ya estaba despierta y se levantaba con ojos somnolientos, conteniendo un bostezo.

Un silencio sepulcral, pensó Par inquieto, mirando de un lado a otro.

¿Qué ocurría? ¿Por qué había tanto silencio?

Entonces algo se agitó entre las sombras del claro, un cambio en la oscuridad apenas perceptible, la clase de movimiento que llega cuando las nubes cruzan la cara de la Luna.

Pero no había nubes ni Luna, nada salvo el cielo nocturno y las estrellas brillando cada vez más tenues.

–¿Par? –susurró Damson, de pie a su lado.

Él no apartó los ojos del movimiento. Éste empezó a tomar forma, una insidiosa fusión que iba definiendo lo que momentos antes no había sido nada más que noche.

Apareció una figura, atrofiada y encorvada, toda negra y sin cara bajo un manto con capucha que la ocultaba.

Par la miró fijamente. Había algo en ese intruso que le resultaba familiar, algo en su forma de moverse, de sostenerse o de respirar, a lo que casi podía poner nombre. Pero ¿era posible?

La figura se acercó, no andando como un hombre o un animal, sino arrastrándose como algo que no era y era las dos cosas al mismo tiempo. Salió encorvado de la profunda oscuridad y se acercó a ellos, oyendo de pronto el ruido de su respiración. Cof, cof, una tos bronca, un siseo. Envuelto en su capa negra se mantuvo oculto por el suave manto de la noche hasta que de pronto levantó la cabeza y la luz se reflejó débilmente en sus brillantes ojos rojos.

Par notó que Damson le agarraba con fuerza.

Era un Espectro.

Al reconocer al enemigo, el joven del valle aceptó con cansancio e impotencia lo que se avecinaba. Después de todo, iba a tener que luchar de nuevo. No se acababa nunca, pensó desanimado. Allá adonde iba, lo encontraban. Cada vez que creía que había utilizado la magia por última vez, se veía obligado a recurrir a ella una vez más. Y otra.

El Espectro avanzó llevando a cuestas la tela negra y arrastrando los miembros. La criatura parecía a duras penas capaz de moverse, y se aferraba a la capa como si no pudiera soportar soltarla. La capa también era extraña: de un negro brillante y limpia como una tela nueva a pesar del aspecto harapiento y sucio de la criatura que la llevaba. Par sintió cómo el hechizo del cantar empezaba a despertar de forma espontánea en su interior, elevándose por su cuenta, llenándole el corazón de un fuego insaciable. Lo dejó salir sabiendo que era inútil tratar de contenerlo, dándose cuenta de que no tenía otra elección. Ni siquiera intentó buscar un modo de huir del claro. Después de todo, correr era inútil. El Espectro los seguiría. No cesaría hasta que lo detuvieran.

Hasta que él lo matara.

Hizo una mueca y pensó: *¡Otra vez no!,* al recordar la cara de ese soldado en la atalaya, al ver todas las caras de todos los muertos de todas las luchas...

La criatura se detuvo. Sacudió la cabeza dentro de la capa con violencia, como acosada por demonios que sólo él podía ver. Hizo un ruido; podía haber estado llorando.

Luego levantó la cabeza hacia la luz, y Par Ohmsford sintió que el mundo se hundía a sus pies.

Estaba viendo a Coltar.

Devastada, deforme, magullada y sucia, pero la cara que tenía ante él seguía siendo la de Coltar.

Por un instante creyó que se había vuelto loco. Oyó a Damson soltar un grito de incredulidad, advirtió que retrocedía sin querer un paso, y vio a su hermano abrir los labios en un torcido esfuerzo por hablar.

–¿Par? –lo oyó preguntar.

Soltó un débil grito de desesperación, pero lo interrumpió enseguida y con un esfuerzo supremo se calmó. No, ya lo habían intentado una vez y sin ningún éxito. No era Coltar. Era un Espectro que se hacía pasar por su hermano, un truco para engañarlo...

¿Por qué?

Buscó a tientas una respuesta. Para volverlo loco, por supuesto. Para hacerle...

obligarle a...

Apretó la mandíbula. ¡Coltar estaba muerto! Lo había visto morir destruido por el fuego del cantar: Coltar, que se había convertido en uno de ellos, en un Espectro igual que ése...

En lo más recóndito de la mente oyó una advertencia que no cobró forma discernible, unas palabras que carecían de significado más allá de su propósito. *¡Cuidado, joven del valle! ¡Permanece atento!*

En sus manos seguía la Espada de Shannara. Sin pensar, todavía absorto en el horror que tenía ante sus ojos, mantuvo en alto la Espada y su vaina delante de él como si fuera un escudo.

Al instante, el Espectro se abalanzó sobre él, salvando en un abrir y cerrar de ojos la distancia que los separaba, moviéndose mucho más deprisa de lo que habría correspondido a un cuerpo contrahecho. Saltó sobre él profiriendo un grito angustiado, y la cara de Coltar se levantó, grande y amenazadora, hasta pegarse a la suya, y pudo oler el hedor que desprendía. Unas manos nudosas se cerraron alrededor de la empuñadura de la Espada de Shannara tratando de arrebatársela. El joven del valle y el Espectro cayeron al suelo en una maraña de brazos y piernas. Par oyó a Damson gritar, y se apartó de ella rodando por el suelo, luchando por recuperar la Espada. Desplazó las manos de la funda al pomo e intentó hacer palanca, doblar la Espada hasta liberarla. Él y su adversario luchaban cara a cara. Podía internarse en las profundidades de los ojos de su hermano.

¡No! ¡No, no es posible!

Se internaron tambaleantes entre los árboles, en la hierba que los azotaba y les cortaba las manos y las caras. La vaina de la Espada cayó al suelo, y entre ellos sólo había el metal afiladísimo de su hoja oscilando de un lado a otro como un péndulo letal mientras luchaban. Par quedó atrapado en los pliegues de la extraña y brillante capa, y advirtió que era repulsiva al tacto, como si tocara algo vivo. Retorciéndose frenético, la arrojó lejos de él. Dio una patada, y el Espectro gruñó cuando la rodilla de Par lo alcanzó, pero no soltó la Espada, que aferraba con todas sus fuerzas. Par estaba furioso. El Espectro no parecía tener otro propósito que tener agarrada la Espada. Tenía los ojos clavados en la hoja y la cara fláccida y vacía. Par intentó sujetar lo que quedaba de la empuñadura y apretó las manos de su adversario, sintiendo la piel áspera, sudorosa. Entrelazaron los dedos al tiempo que cada uno trataba de retirar los del otro, empujándose y retorciéndose...

Par estaba sin aliento. Sentía en los dedos un hormigueo que se extendió a las manos y brazos. Dio un salto hacia atrás, sobresaltado... y sintió que el Espectro saltaba con él. Le invadió una oleada de calor, un extraño calor palpitante que se concentró en las palmas de sus manos.

Bajó la vista de golpe.

La hoja de la Espada de Shannara había empezado a despedir un tenue resplandor azul.

Par abrió mucho los ojos. ¿Qué ocurría? ¡Maldición! ¿Era eso la magia? ¿La magia de la Espada de...?

El talismán destelló con fuerza, y la luz azul se convirtió en un fuego blanco que brilló tan radiante como el sol del mediodía. En su aterrorizante resplandor, Par vio cómo cambiaba la cara del Espectro e iba desapareciendo la flaccidez a medida que sus facciones se tensaban en una mueca de horror. Par tiró frenético de la Espada, pero el Espectro seguía aferrado a ella.

Desde lo que le pareció mucha distancia, oyó a Damson pronunciar una vez su nombre.

A continuación, la luz de la Espada lo recorrió, y el fuego blanco ardió como sangre por los miembros de su cuerpo, frío pero insistente según se adueñaba de él. Lo rodeó y a

continuación le hizo salir de sí mismo y entrar en la Espada, y por fin en el cuerpo del Espectro. Luchó para resistir el secuestro, pero no tuvo fuerzas. Entró en la figura de la capa negra, sintiendo cómo ésta recibía con un estremecimiento la intrusión. Trató de chillar, pero no pudo. Intentó soltarse, pero fue en vano. Acabó dentro del Espectro bufando de cólera y desesperado al mismo tiempo. El Espectro lo rodeaba por todas partes, estaba delante de él, con los ojos y la boca abiertos de incredulidad, los rasgos deformados cobrando la forma de algo...

De alguien...

¡Coltar! ¡Oh, era Coltar!

Tal vez había susurrado las palabras. O las había gritado a voz en cuello. No lo sabía. Allí, en el oscuro centro del alma de su adversario, las mentiras cayeron ante el poder de la Espada de Shannara y se convirtieron en verdades. No estaba luchando contra un Espectro, ni con un demonio con la cara de su hermano, sino con su verdadero hermano, Coltar, que había regresado del mundo de los muertos, y que era tan real como el talismán que ambos aferraban. Par vio cómo se estremecía al reconocerse a su vez, al reconocer en qué se había convertido. Vio las lágrimas de su hermano, oyó el grito de desesperación y lo vio sacudirse violentamente como si hubiera ingerido un veneno. La mente de Coltar se cerró, demasiado destrozada por la revelación para poder presenciar algo más. Pero Par veía el resto, veía todo lo que su hermano no podía. Vio la verdad que encerraba la capa que envolvía a Coltar, una prenda llamada sudario-espejo y confeccionada por los Espectros, y que su hermano había robado para huir de su prisión en la Atalaya Meridional. Vio a Rimmer Dall sonreír, alzándose por encima de ellos desde el torbellino de imágenes. Y lo más terrible de todo, vio la locura que consumía a su hermano, que lo movía a perseguir a Par, a ir en pos de lo que percibía que era la causa de su dolor, decidido a acabar con ambos...

De pronto, Coltar se retorció de forma incontrolable y se liberó, y sus manos soltaron la Espada de Shannara. Las imágenes cesaron al instante y el fuego blanco se apagó. Par retrocedió tambaleante, y se golpeó con asombrosa fuerza la cabeza contra el tronco de un árbol. A través de una bruma oscura y que se arremolinaba vio a su hermano, consumido por los Espectros y todavía envuelto en la odiosa capa, levantarse como un Espectro del mundo inferior. Por un instante permaneció allí en cuclillas, sujetándose con las manos la cabeza encapuchada como si quisiera aplastar las imágenes todavía encerradas dentro de ella, gritando para protegerse de su locura. Un instante después había desaparecido, había huido hacia los árboles gritando, hasta que los gritos sólo fueron un eco en la mente de su hermano horrorizado.

De pronto, Damson estaba a su lado, ayudándolo a levantarse, sosteniéndolo hasta estar segura de que podía mantenerse en pie. Tenía una expresión inquieta y asustada, y él advirtió cómo se movía para protegerlo. La débil luz matinal cayó en forma de motas en sus rostros mientras se abrazaban. Permanecieron juntos mirando fijamente la oscuridad del bosque, como si quisieran echar un último vistazo a la criatura que había huido de ellos.

–Era Coltar –dijo Par, pronunciando las palabras como si le resultaran odiosas–. ¡Damson, era Coltar!

Ella lo miró con incredulidad, sin atreverse a responder.

–¡Y ésta! –Levantó la Espada de Shannara, todavía en sus manos magulladas–. ¡Ésta es la Espada!

–Lo sé –respondió ella, más segura de esta segunda afirmación–. Lo he visto.

–No sé qué ha ocurrido –prosiguió Par, haciendo un gesto de resignación, intentando comprender–. Algo ha despertado la magia. No sé qué, pero algo. Estaba allí, dentro de la

Espada. –Se volvió hacia Damson–. Yo no podía conjurarla solo, pero en cuanto hemos sostenido la Espada los dos al forcejear... –La estrechó con fuerza en sus brazos–. Lo he visto, Damson... tan claro como te veo a ti. Era Coltar.

–Par, Coltar está muerto –respondió Damson, sin mover ni un solo músculo.

–No –repuso el joven del valle–. No está muerto. Eso es lo que me hicieron pensar, pero no fue a Coltar a quien maté en el Pozo. Era otra persona o criatura. Ése... –hizo un gesto hacia los árboles– era Coltar. La Espada me lo ha revelado, Damson. Me ha revelado la verdad. Coltar fue encerrado en la Atalaya Meridional y huyó de ella. Pero la capa que lleva lo ha cambiado. Hay una especie de magia malévola en ella, algo que te consume si la llevas puesta. ¡Era Coltar, pero se está convirtiendo en Espectro!

–Par, yo también le he visto la cara. Y se parecía un poco a Coltar, pero no lo suficiente.

–No lo has visto bien –la interrumpió él–. Yo sí porque estaba sosteniendo la Espada, ¡y la Espada de Shannara revela la verdad! ¿Recuerdas las leyendas? –Estaba tan emocionado que gritaba–. ¡Damson, ésta es la Espada de Shannara! ¡Y ése era Coltar!

–De acuerdo. –Ella le dio la razón, para intentar calmarlo–. Era Coltar. Pero ¿por qué te perseguía? ¿Por qué te ha atacado? ¿Qué se proponía?

–No lo sé –respondió el joven del valle, haciendo un gesto de contrariedad–. No he tenido tiempo de averiguarlo. Y Coltar tampoco sabe lo que está ocurriendo. He visto por un instante lo que pensaba... como si estuviera dentro de su mente. De pronto ha comprendido lo que le ha ocurrido a él, pero no sabía qué hacer. Por eso ha salido huyendo, Damson. Horrorizado al ver en lo que se había convertido.

–¿Sabía quién eras tú? –le preguntó la joven, mirándolo fijamente.

–No lo sé.

–¿O cómo ayudarse a sí mismo? ¿No se le ha ocurrido quitarse la capa?

–No lo creo –dijo Par, respirando profundamente–. Ni siquiera estoy seguro de que pueda hacerlo. –Adoptó una expresión desolada–. Parecía tan perdido, Damson.

Ella lo rodeó con sus brazos, y él la abrazó como si fuera una roca sin la cual podía ser arrastrado por el mar de sus dudas. A su alrededor la oscuridad se desvanecía a medida que salía el Sol por el oeste iluminando el cielo. Los pájaros se iban despertando con alegres llamadas y una ligera capa de rocío brillaba en la hierba.

–Tengo que ir tras él –dijo Par todavía abrazándola, sintiendo cómo se ponía rígida–. Tengo que intentar ayudarlo. –Hizo un gesto de desesperación–. Sé que eso significa romper mi promesa de volver a buscar a Padishar. Pero Coltar es mi hermano.

Ella se echó hacia atrás para verle la cara. Lo miró a los ojos y mantuvo su mirada.

–Ya has tomado una decisión, ¿no? –Parecía muy asustada–. Seguramente es una trampa, lo sabes.

–Lo sé –respondió Par, esbozando una amarga sonrisa.

–Y yo no puedo ir contigo –repuso la joven.

–También lo sé. Tienes que seguir hasta la Cuenca de los Aros de Fuego y buscar ayuda para tu padre. Lo comprendo.

–No quiero dejarte –se quejó Damson, con los ojos nublados por las lágrimas.

–Yo tampoco.

–¿Estás completamente seguro de que era Coltar?

–Tan seguro como lo estoy de que te quiero, Damson.

Ella volvió a rodearlo con sus brazos. No habló, se limitó a ocultar la cara en su hombro. Él notó que lloraba, y sintió que se desgarraba por dentro. La euforia que le había producido la visión de Paranor se había desvanecido y el mismo descubrimiento había quedado relegado al olvido. La sensación de paz que había experimentado fugazmente al huir de Tyrsis había quedado sepultada en el pasado.

–Volveré a buscarte –dijo en voz baja, apartándose de la joven–. Estés donde estés, te encontraré.

Ella se mordió el labio haciendo un gesto de asentimiento. Luego introdujo la mano por delante de su túnica y sacó un medallón metálico, plano y delgado, con un agujero por el que pasaba un cordel de cuero que llevaba atado a la nuca. Miró el medallón un instante y luego a él.

–Es un *skree* –dijo–. Es una especie de magia de la calle. Me lo dieron hace mucho tiempo. –Había fuego en su mirada–. Sólo puede utilizarse una vez.

A continuación sostuvo el medallón entre ambas manos y lo partió en dos con tanta facilidad como si se tratara de un frágil palillo, y le entregó la mitad suelta.

–Cuélgalo del cuello y llévalo siempre contigo. Las mitades se buscarán. Si el metal brilla, es que estamos cerca. Cuanto más brille, más cerca estaremos. –Apretó la mitad rota del medallón que sostenía en la mano–. Así es como te volveré a encontrar, Par. Y no cejaré hasta encontrarte.

El joven del valle cerró los dedos alrededor del medallón. Sentía como si un pozo se hubiera abierto a sus pies y estuviera a punto de engullirlo.

–Lo siento, Damson –susurró–. No quiero hacer esto. Mantendría mi palabra si pudiera. Pero Coltar está vivo, y no puedo...

–No –lo interrumpió la joven, poniendo un dedo en los labios para obligarlo a callar–. No digas nada más. Lo comprendo. Te quiero.

Par la besó y la estrechó entre sus brazos, memorizando el tacto de su piel al abrazarla hasta estar seguro de que el recuerdo había quedado grabado en su memoria. Luego la soltó, recuperó la vaina de la Espada, recogió su manta, la enrolló y se la colgó al hombro.

–Volveré a tu lado –repitió–. Te lo prometo.

Ella se limitó a hacer un gesto de asentimiento, pero no desvió la mirada, por lo que tuvo que ser él quien diera media vuelta, internándose rápidamente entre los árboles.

8

Era casi media tarde del día siguiente a la separación de Par y Damson cuando Morgan Leah divisó por fin la ciudad fronteriza de Varfleet. El verano avanzaba hacia el otoño, y los días eran largos y transcurrían despacio y en medio de un calor que llegaba con el Sol y que persistía hasta bien entrada la noche. El joven de las tierras altas se hallaba en un promontorio al norte de la ciudad, y contempló la confusión de edificios y calles llenas de curvas pensando que ya nada volvería a ser lo mismo para él.

Hacía más de dos semanas que se había separado de Walker Boh, el Tío Oscuro que había salido en busca de Paranor y utilizado la piedra élfica negra para abrir las puertas del tiempo y la distancia que mantenían cerrado el Alcázar de los Druidas, mientras él salía en busca de Padishar Cesta y de los hermanos Ohmsford.

Dos semanas. Morgan dio un suspiro. Debería de haber llegado a Varfleet en dos días, incluso a pie. Pero últimamente nada le salía como esperaba.

Lo que le había ocurrido era irónico, teniendo en cuenta por todo lo que había pasado las semanas inmediatamente anteriores. Al dejar a Walker había bordeado los Dientes del Dragón hacia el sur por la margen occidental del río Rabb. Llegó a la bifurcación inferior del río homónimo al atardecer del segundo día y acampó cerca, con la intención de cruzarlo al amanecer y concluir el viaje al día siguiente. En los llanos polvorientos hacía un calor sofocante, y por todas partes había focos de la enfermedad que se había extendido por las Cuatro Tierras, zonas de epidemia donde todo estaba infectado. Creía que las había evitado, que se había mantenido lejos de ellas. Pero cuando al amanecer de aquel tercer día se despertó, estaba febril y tan mareado que apenas podía andar. Bebió agua y se acostó de nuevo, esperando que la enfermedad remitiera. Pero a eso del mediodía apenas era capaz de incorporarse. Se obligó a levantarse, reconociendo entonces lo enfermo que estaba y consciente de que era necesario buscar ayuda inmediatamente. Tenía tantos retortijones en el estómago que no podía permanecer erguido, y le ardía la garganta. No se sentía con fuerzas para cruzar el río, así que empezó a andar corriente arriba en dirección a los llanos. Declinaba cuando llegó a una granja situada en un bosquecillo de olmos. Se acercó tambaleándose a la puerta, casi incapaz de moverse e incluso de hablar, y se desplomó en cuanto se abrió.

Durmió siete días, perdiendo y recuperando la conciencia el tiempo suficiente para comer y beber las pequeñas cantidades de comida y agua que le ofrecían los moradores de la granja. No veía caras, y las voces que oía eran confusas. Deliraba a ratos, retorciéndose y gritando, reviviendo los horrores de Eldwist y Uhl Belk, viendo una y otra vez la cara afligida de Despertar agonizando, sintiendo de nuevo la angustiosa impotencia que había experimentado de pie a su lado. A veces veía a Par y a Coltar Ohmsford que lo llamaban a gran distancia, y siempre descubría que, por mucho que lo intentara, no podía llegar hasta ellos. En sus sueños también había criaturas negras, sombras sin rostro que se abalanzaban inesperadamente sobre él por la espalda, presencias sin nombres, cuya identidad era, sin embargo, inconfundible. Huía de ellas, se escondía, trataba desesperado de combatirlas... pero siempre permanecían fuera de su alcance, amenazando de formas que él no podía identificar, sino sólo imaginar.

La fiebre remitió al final de la primera semana. Cuando por fin fue capaz de abrir los ojos y enfocar a la joven pareja que lo había cuidado; vio en sus caras un alivio palpable y se dio cuenta de lo cerca que había estado de no volver a despertar. Su enfermedad lo había dejado sin fuerzas y los días que siguieron tuvieron que darle de comer. Conseguía permanecer despierto breves ratos y hablar un poco cuando lo hacía. La joven esposa de

pelo rubio pajizo y ojos azul claro lo cuidaba mientras su marido trabajaba en el campo, y le decía con una sonrisa preocupada que sus sueños debían de haber sido terribles. Le daba sopa y pan con agua, y una pequeña ración de cerveza. Él lo aceptaba agradecido y le daba las gracias repetidas veces por cuidarlo. A veces el marido aparecía, se quedaba al lado de ella y lo miraba, con su cara recia y colorada por el sol, de ojos amables y amplia sonrisa. Mencionó una vez que la Espada de Morgan estaba guardada, que no se había perdido. Al parecer, había formado también parte de las pesadillas.

Al final de las dos semanas Morgan comía con ellos en el comedor y se sentía más fuerte y a punto de volver a la vida normal. Sin embargo, los recuerdos tardaron en abandonarlo; el dolor y las náuseas, la sensación de impotencia, el miedo a que la enfermedad fuera la puerta a la oscuridad que llegaría al final de su vida. Los recuerdos perduraron, porque Morgan había estado demasiadas veces al borde de la muerte en las últimas semanas para arrinconarlos tranquilamente. Había quedado tan marcado por lo que había sufrido y soportado que parecían heridas de guerra, y hasta el granjero y su mujer veían en sus ojos y en su rostro lo que habían hecho con él. Nunca le pidieron ninguna explicación, pero podían verlo.

Él se ofreció a pagarles por sus cuidados, pero ellos rehusaron. Cuando diecisiete días después se despidió de los granjeros, metió la mitad del dinero que le quedaba en el bolsillo del delantal gastado de la esposa cuando ésta no miraba. Ellos observaron su partida como unos padres hasta que desapareció.

Y así fue como no sólo llegó con considerable retraso a Varfleet en busca de Padishar y Coltar, sino que lo hizo nuevamente consciente de su condición mortal. Morgan Leah había bajado de Eldwist y las montañas de Charnal todavía recuperándose de la muerte de Despertar, aturdido por la pérdida que suponía su muerte, admirado de la fortaleza que ella había demostrado para cumplir el deseo de su padre de que entregara su vida a fin de que la tierra fuera restaurada. Un elemental que se había vuelto más humano de lo que había previsto su padre, Despertar había seguido siendo para Morgan un enigma que nunca sería capaz de resolver. Junto con este descubrimiento estaba el incuestionable orgullo y la fuerza que había experimentado al ayudar a derrotar a Uhl Belk y recuperar de nuevo la magia de la Espada de Leah. Cuando la espada recuperó su integridad, también él la recuperó de alguna manera. Despertar le había dado eso. Con la pérdida de Despertar se había encontrado a sí mismo. Las contradicciones entre lo que había perdido y ganado le habían atormentado al dirigirse hacia el sur con Walker y Horner Dees, creándole un conflicto que nunca podría resolver por completo, y no fue hasta que la enfermedad se apoderó de él cuando su cólera se vio obligada a calmarse para dar paso a la necesidad más básica de hallar la forma de conservar la vida.

Al contemplar ahora la ciudad tras regresar de varios mundos espeluznantes, de las vidas que había gastado en esos mundos, tan lejanas que podrían haberlas vivido otros, Morgan cayó en la cuenta de que se hallaba al comienzo de otra nueva vida. Y se sorprendió preguntándose si los que le habían conocido en la vida anterior reconocerían algún día quién era ahora.

Entró en Varfleet como un viajero más que llegaba de las Tierras Septentrionales, un joven de las Tierras Meridionales que había salido desgastado pero aguerrido de dificultades que sólo a él incumbían, y fue totalmente ignorado por las gentes de la ciudad, que después de todo tenía sus propios problemas en los que preocuparse. Cruzó los barrios más pobres donde vivían familias en refugios provisionales y los niños mendigaban en las calles, consciente de nuevo de lo poco que el llamado Protectorado de la Federación había hecho para ayudar a nadie en Callahorn. Cruzó la ciudad propiamente dicha, donde los olores de comida cocinándose y aguas residuales se mezclaban de forma desagradable, los vendedores pregonaban sus mercancías con voces estridentes desde carros y escaparates, y

los comerciantes satisfacían las necesidades de quienes podían permitirse pagar el precio. Los soldados de la Federación patrullaban las calles, una presencia amenazadora allí adonde iban, y parecían tan incómodos como la gente a la que tenían que vigilar. Si se les despojara de las armas y uniformes, costaría saber quién era quién, pensó sombrío el joven de las tierras altas.

Encontró una tienda de ropa y gastó la mayor parte del dinero que le quedaba en comprarse calzones, una túnica, una capa bien confeccionada y unas botas nuevas. Sus ropas estaban deshilachadas, manchadas y tan gastadas que era imposible arreglarlas, y lo dejó todo en la parte trasera de la tienda al salir, llevándose sólo las armas. Preguntó cómo podía llegar a Whistledown, no muy seguro ni siquiera ahora de qué era, y un tendero le dijo que era una taberna que encontraría en el centro de la ciudad, en Wyvern Split.

Abriéndose paso por entre la multitud en el calor del mediodía, Morgan recordó de nuevo las instrucciones que Padishar Cesta le había dado semanas atrás. Tenía que ir a Whistledown y enseñar el anillo del halcón a una mujer llamada Matty Roh. Ella sabría dónde encontrar a Padishar. Morgan tocó el anillo que tenía en el bolsillo, bien escondido hasta el momento en que lo necesitara. Pensó en cuántas veces había dudado de que llegara ese momento. Sintió en la mano la tosca silueta del emblema del halcón al darle vueltas evocando al jefe de los proscritos. Se preguntó si Padishar Cesta se había visto obligado a volver del mundo de los muertos tantas veces como él las pasadas semanas. La posibilidad arrancó de sus labios una sonrisa amarga.

Encontró la Wyvern Split y la recorrió hasta la plaza bordeada de tabernas, posadas y casas de placer. No era una parte muy atractiva de la ciudad, pero sí concurrida. Se colocó bien la Espada de Leah que llevaba en la espalda, ajustándose las tiras, sintiéndose triste y cansado y, al mismo tiempo, animado; era una extraña mezcla, pero de alguna manera se adecuaba a la situación. La enfermedad y la pérdida de Despertar lo habían consumido, pero sobrevivir a ambas había fortalecido su determinación. No había muchas cosas que no fuera capaz de superar. Necesitaba tener esa convicción. Durante semanas había visto a amigos y compañeros abandonados a su suerte o a las maquinaciones de otros. Había visto sus propios planes repetidamente cambiados o desviados, siempre al servicio de un propósito más elevado... o al menos diferente. Había hecho lo que había considerado correcto en cada caso, y no tenía motivos para cuestionarse nada a posteriori. Pero estaba cansado de ver su vida constantemente reordenada, como muebles en una habitación donde cada vez que la miras todo ha cambiado de sitio. Había cumplido el último deseo de Steff y vuelto a Culhaven para rescatar a la abuela Elisa y a la tía Jilt. A continuación se había dedicado a Despertar y al viaje de ésta a Eldwist. Ahora era el momento de hacer lo que se había propuesto desde su huida de Tyrsis y el Pozo. Era el momento de encontrar a Par y a Coltar, protegerlos como fuera, tratar de quedarse con ellos hasta...

Se encogió mentalmente de hombros. Bueno, hasta que ya no lo necesitaran, cuando quiera que eso ocurriera.

¿Dónde estarían ahora?, se preguntó por enésima vez. ¿Qué había sido de ellos desde su huida?

Pensar en los dos hermanos lo inquietó. Siempre le había ocurrido. Hacía demasiado tiempo que se había separado de ellos. El peligro de los Espectros era demasiado grande para haber dejado solos allí a los jóvenes del valle. Confió en que Padishar ya los hubiera encontrado. Que hubieran tenido las cosas más fáciles que él.

Pero no se habría molestado en apostar.

Llegó a la plaza y vio el Whistledown a la izquierda, en la otra esquina. Un rótulo de madera envejecido por la intemperie, con una flauta y una jarra llena de espuma dibujados sobre el nombre, lo anunciaba. Era un edificio de madera de tres pisos, como los demás que se apiñaban alrededor, con cortinas en las ventanas del segundo y tercer pisos, donde

estaban o bien las habitaciones ocupadas por los propietarios y sus familias, o bien habitaciones para alquilar. La plaza estaba llena de gente que iba y venía de un lugar a otro, además de unos cuantos haciendo eses entre taberna y taberna, algunos tan borrachos que apenas podían mantenerse en pie. Morgan los esquivó, echándose a un lado para dejarlos pasar, sintiendo el olor a sudor y a polvo que desprendían sus cuerpos y el hedor de las calles. Wyvern Split era una cloaca, pensó.

Llegó a las puertas abiertas del Whistledown, las cruzó y se sorprendió al descubrir que el interior de la taberna tenía un aspecto totalmente diferente. Aunque sencilla y escasamente amueblada, el suelo estaba bien limpio, las tablas del mostrador tan pulidas que brillaban, y las mesas, sillas y taburetes bien ordenados, y olía a cedro y a laca en todos los rincones. Los barriles de cerveza brillaban contra la pared detrás de la barra, y el armario de las jarras tenía puertas de cristal y apliques dorados. En un extremo de la barra un par de pesadas puertas de vaivén estaban cerradas. Una enorme chimenea de piedra dominaba la pared de la izquierda de la barra, y una estrecha escalera que conducía a los pisos de arriba ocupaba la mayor parte de la pared de la derecha. En la misma barra había cuencos y trapos de cocina apilados.

Pero había algo más que llamó y retuvo la atención de Morgan, algo tan fuera de lugar que tuvo que mirarlo por segunda vez para asegurarse de que sus ojos no le engañaban.

Había grandes ramos de flores silvestres colocados en grandes jarros sobre los estantes que soportaban los barriles de cerveza y el armario de las jarras.

¡Flores... allí precisamente! Hizo un gesto de incredulidad.

Las puertas de vaivén se abrieron y un chico con una escoba las cruzó. Era alto y delgado, con el pelo negro y muy corto, y las facciones finas, casi delicadas. Se movía con gracilidad mientras barría junto a la barra, casi bailando, moviendo la escoba delante de él absorto en sus pensamientos. Silbaba débilmente, sin haber reparado en la presencia de Morgan.

El joven de las tierras altas cambió de postura lo suficiente para anunciar su presencia, y el chico levantó enseguida la mirada.

–Está cerrado –dijo. Clavó sus ojos color cobalto en el joven de las tierras altas con una mirada franca, casi desafiante–. Abrimos al atardecer.

Morgan sostuvo su mirada. La cara del chico era tersa e imberbe, y tenía las manos largas y delgadas. Vestía ropa holgada y sin forma, que le colgaba como sostenida sobre palos, con un cinturón que le ceñía la estrecha cintura y sujeta por los tobillos. En lugar de botas llevaba zapatos, un modelo de cuero, abierto y cosido que se amoldaba a su pie.

–¿Es el Whistledown? –preguntó Morgan, pensando que era mejor asegurarse.

–Vuelva más tarde –respondió el chico, haciendo un gesto de asentimiento–. Vaya a tomar un baño antes.

Morgan parpadeó. ¿Tomar un baño?

–Busco a alguien –dijo, empezando a sentirse incómodo bajo la mirada fija del chico.

–No puedo ayudarle –respondió el chico, haciendo un gesto de indiferencia–. Estoy yo solo. Pruebe enfrente.

–Gracias, pero no busco a cualquiera... –prosiguió Morgan.

Pero el chico ya le había dado la espalda y volvía a barrer junto a la barra.

–Está cerrado –repitió, dando por zanjado el asunto.

–Un momento –dijo Morgan, dando un paso adelante y sujetando al chico por el hombro–. Espera. ¿Has dicho que eras el único...?

Al sentir la mano de Morgan, el chico se volvió con suavidad, levantó la escoba y lo golpeó con fuerza justo debajo de las costillas. El joven de las tierras altas se dobló en dos paralizado, luego cayó sobre una sola rodilla, sin poder respirar.

–Está cerrado, ya se lo he dicho –insistió el chico acercándose a él y agachándose–. Debería prestar más atención. –Ayudó a Morgan a levantarse con una fuerza sorprendente para ser tan delgado, y lo condujo hasta la puerta–. Vuelva más tarde, cuando esté abierto.

Y Morgan se encontró en la calle, apoyado contra la pared de madera, sujetándose el cuerpo como si corriera el riesgo de descomponerse, lo que no estaba demasiado lejos de la realidad a juzgar por lo que sentía. Respiró profundamente varias veces y esperó a que remitiera el dolor del pecho.

Era ridículo, pensó furioso. ¡Un muchacho!

Cuando por fin logró erguirse, se frotó el pecho, se colocó bien las tiras de la espada que habían empezado a molestarlo, y volvió a cruzar las puertas del Whistledown.

–¿Qué problema tiene? –le preguntó de forma muy significativa el chico, que ahora barría detrás de la barra, dando muestras de no alegrarse de volver a verlo.

–¿Problema? –inquirió el joven de las tierras altas acercándose a la barra y fulminándolo con la mirada–. No tenía ninguno hasta que he venido aquí. ¿No crees que has sido un poco rápido con esa escoba?

–Le he pedido que se marchara y no lo ha hecho –respondió el chico, haciendo un gesto de indiferencia–. ¿Qué quiere?

–¿Qué tal un poco de ayuda? Te he dicho que busco a alguien.

–Todo el mundo busca a alguien... sobre todo la gente que entra aquí –respondió el chico con una voz baja y suave, una extraña mezcla, dando un suspiro–. Vienen aquí para beber y sentirse mejor. Vienen en busca de compañía. De acuerdo. Pero tienen que hacerlo cuando está abierto. Y ahora no lo está. ¿Está suficientemente claro?

–Te diré lo que está claro para mí –repuso Morgan sintiendo que empezaba a perder los estribos y haciendo un gesto negativo–. Está claro que no tienes educación. Y que alguien debería darte un sopapo.

–Pues no será usted quien lo haga –respondió el chico dejando la escoba y apoyando sus delgadas manos en la barra–. Y ahora dé media vuelta y salga por esa puerta. Y retiro lo dicho. No venga más tarde. No venga nunca más.

Por un instante Morgan pensó en acercarse a la barra, coger al chico por el cuello y tirar de él. Pero el recuerdo del palo de la escoba estaba demasiado reciente para precipitarse a actuar y, además, el chico no parecía asustado.

Conteniendo su furia, cruzó los brazos sobre el pecho y se mantuvo en sus trece.

–¿Hay alguien más aquí con quien pueda hablar aparte de ti? –preguntó.

El chico se limitó a hacer un gesto negativo.

–¿La dueña, tal vez?

El chico volvió a responder con un gesto negativo.

–¿No? –Morgan decidió probar suerte–. ¿Se llama Matty Roh la dueña?

En los ojos color cobalto hubo un parpadeo de reconocimiento, que duró un instante y luego desapareció.

–No.

–Pero sabes quién es Matty Roh, ¿no? –insistió Morgan.

–Estoy cansado de hablar con usted –respondió el chico sin dejar de mirarlo.

–Matty Roh –prosiguió Morgan, haciendo caso omiso de sus palabras–. Ésa es la persona que he venido a buscar. Y vengo de muy lejos. Por eso necesito un baño, como tan groseramente has señalado. Matty Roh. Y no la compañía de alguien sin nombre y para algún propósito innombrable, aunque gracias de todos modos. –Su voz iba adquiriendo un tono de mayor dureza–. Matty Roh. La conoces; sabes quién es. Así que si quieres librarte de mí, dime dónde puedo encontrarla y me iré.

Esperó con los brazos cruzados y los pies bien plantados en el suelo. La expresión del chico no cambió; su mirada no se apartó de Morgan. Pero bajó las manos detrás de la

barra y las levantó de nuevo empuñando una espada de hoja fina. El modo en que la sostenía sugería que estaba bastante familiarizado con ella.

–¿Qué es esto? –preguntó Morgan en voz baja–. ¿Tan mal recibido soy?

–¿Quién es usted? ¿Qué quiere de Matty Roh? –preguntó el chico, permaneciendo inmóvil como una roca.

–Eso queda entre ella y yo –respondió Morgan, haciendo un gesto negativo–. Sólo te diré que no estoy aquí para crear problemas. Sólo necesito hablar con ella.

El chico lo escudriñó largo rato, inmóvil. Permaneció detrás de la barra como una estatua, y Morgan tuvo la sensación de no saber si abalanzarse sobre él o salir huyendo. Observó los ojos y las manos del chico en busca de un indicio sobre el camino que iba a tomar, pero no hizo movimiento alguno. Los ruidos de la calle se filtraban por las puertas abiertas y flotaban estridentes e intrusos en el silencio.

–Yo soy Matty Roh –dijo el chico.

Morgan Leah lo miró fijamente. Casi rió con ganas, y estuvo a punto de decir algo acerca de lo absurdo que era eso. Pero algo en la voz del chico lo detuvo. Lo examinó con atención, los rasgos finos, delicados, las manos delgadas, el cuerpo esbelto escondido bajo la ropa holgada, su manera de estar. Recordó cómo se había movido. Nada de todo eso parecía propio de un chico. Sino de una chica...

–Matty Roh –dijo el joven de las tierras altas, haciendo un gesto de asentimiento; su sorpresa todavía visible–. Pensé que eras... que eras...

–Eso es lo que tenía que creer –respondió la chica, haciendo un gesto de asentimiento. Su mano no se movió de la espada–. ¿Qué quieres de mí?

Por un instante Morgan no respondió, intentando hacerse a la idea de que había confundido a una chica con un chico. Peor, que había permitido que una chica le hubiera puesto en ridículo. Pero cuando vives en un lugar como Wyvern Split, tienes que utilizar todas las defensas a tu alcance. La chica era lista. Había que reconocer que el disfraz era bueno.

Se metió una mano en el bolsillo de su túnica, retiró el anillo con el emblema del halcón y se lo ofreció.

–¿Reconoces esto?

–¿Quién eres? –preguntó la chica, echando un vistazo al anillo y apretando con más fuerza la espada.

–Morgan Leah –dijo–. Los dos conocemos a quien me dio el anillo. Me dijo que acudiera a ti cuando necesitara encontrarlo.

–Sé quién eres –respondió la muchacha, estudiándolo con la mirada–. ¿Todavía llevas una espada rota, Morgan Leah?

–No –respondió en voz baja. La imagen de Despertar agonizante, cruzó su mente–. Se arregló sola. –Apartó el doloroso recuerdo y se obligó a alargar la mano por encima de su hombro y tocar la empuñadura de su espada–. ¿Quieres echar un vistazo?

–Lamento el mal rato que te hecho pasar, pero es difícil saber en quién confiar –repuso la muchacha haciendo un gesto negativo–. La Federación tiene espías en todas partes... Investigadores sobre todo.

Levantó su espada y volvió a guardarla detrás de la barra. Por un instante pareció no saber qué hacer a continuación.

–¿Quieres comer algo? –preguntó por fin.

El joven de las tierras altas respondió afirmativamente y la muchacha lo condujo por las puertas de vaivén hasta una cocina, donde lo hizo sentar a una pequeña mesa, sirvió un poco de cocido en un plato de un puchero que colgaba sobre un fuego en el hogar, cortó varias rebanadas de pan, sirvió cerveza en una jarra y lo llevó todo a donde la esperaba Morgan. El joven comió y bebió con avidez, más hambriento de lo que se había sentido en

muchos días. Sobre la mesa había flores silvestres en un jarro y las tocó. Ella lo observó en silencio con la misma expresión seria en el rostro, estudiándolo con una mirada franca e intrigada. La cocina estaba sorprendentemente fresca, y el aire entraba por la puerta trasera abierta y se colaba por el tiro de la chimenea. Seguían llegando ruidos de la calle, pero el joven de las tierras altas y la chica no les prestaron atención.

–Has tardado en llegar aquí –dijo ella cuando terminó de comer. Llevó los platos a un fregadero y empezó a lavarlos–. Él te esperaba antes.

–¿Dónde está ahora? –preguntó Morgan. Se esforzaban para evitar pronunciar el nombre de Padishar Cesta... como si su mención pudiera alertar a los espías de la Federación que los vigilaban.

–¿Dónde te dijo que estaría? –replicó ella.

–En la Cuenca de los Aros de Fuego. Dime algo. Todavía recelas de mí. ¿Cómo sé yo que puedo confiar en ti? ¿Cómo puedo estar seguro de que eres realmente Matty Roh?

–No lo sabes –respondió la chica, terminando con los platos y volviéndose hacia él–. Pero tú eres el que ha venido a buscarme, yo no, así que tienes que correr algunos riesgos.

–No es muy tranquilizador –dijo el joven de las tierras altas, levantándose.

–No pretendía que lo fuera –respondió la chica, encogiéndose de hombros–. No me corresponde a mí tranquilizarte, sino asegurarme de que eres quien dices ser.

–¿Y estás segura?

–Más o menos –respondió la chica, mirándolo fijamente con una mirada impenetrable.

–¿Cuándo crees que lo sabrás? –inquirió Morgan, haciendo un gesto de resignación.

–Pronto.

–¿Qué ocurrirá si decides que estoy mintiendo, que soy otra persona?

Ella se acercó hasta el otro lado de la mesa; el azul de sus ojos era tan brillante que parecía absorber toda la luz.

–Confiemos en que no tengas que averiguar la respuesta a esa pregunta –dijo. Y mantuvo desafiante su mirada–. El Whistledown está abierto hasta medianoche. Cuando cierre, hablaremos de lo que ocurrirá a continuación.

El joven de las tierras altas hubiera jurado que la muchacha había esbozado una sonrisa mientras se daba la vuelta.

9

Morgan se pasó el resto del día en la cocina con una anciana que se pasó la mayor parte del tiempo sorbiendo cerveza de una jarra metálica y probando la comida de las cazuelas. La anciana apenas lo miró y luego sólo el tiempo suficiente para murmurar algo indescifrable sobre los forasteros, dejando a Morgan a su aire. Se bañó en una vieja bañera en una de las habitaciones traseras (porque le apetecía y no porque Matty Roh se lo hubiera sugerido, se dijo), después de llevar agua humeante en cubos calentados al fuego hasta que hubo suficiente para sumergirse en ella. Permaneció largo rato en la bañera dejando que el agua se llevara algo más que la mugre y el polvo, y no salió hasta mucho después de que se hubo enfriado.

En cuanto el Whistledown abrió el negocio, salió de la cocina y entró en la sala principal para echar un vistazo. Permaneció de pie en la barra y observó el ir y venir de los habitantes de Varfleet. La clientela iba bien vestida, tanto los hombres como las mujeres, y saltaba a la vista que el Whistledown no era una taberna de gente obrera. Varias mesas estaban ocupadas por oficiales de la Federación, acompañados de sus mujeres o compañeras. La conversación y las risas eran comedidas, y nadie era particularmente bullicioso. Una o dos veces unos soldados de las patrullas de la Federación se detuvieron lo justo para echar una rápida mirada dentro, pero siguieron su camino. Un individuo robusto y de pelo oscuro y rizado servía cerveza de los barriles y una camarera llevaba a las mesas bandejas del brebaje espumoso.

Matty Roh también trabajaba, pero Morgan enseguida comprendió en qué consistía su trabajo. A veces barría el suelo, otras quitaba las mesas y de vez en cuando se limitaba a dar vueltas arreglando esto y aquello. Estuvo observándola un rato antes de llegar a la conclusión de que lo que realmente hacía era escuchar las conversaciones de los clientes. Siempre estaba ocupada y nunca parecía quedarse sin hacer nada o pararse en un lugar más de un instante, comportándose con mucha discreción. Morgan no podía decir si sabían o no que era una chica, pero en cualquier caso casi no le prestaban atención.

Al cabo de un rato se acercó a la barra con una bandeja llena de vasos vacíos y permaneció de pie a su lado.

–Llamas la atención aquí de pie –le dijo, mientras alargaba la mano para coger un trapo limpio–. Vuelve a la cocina. –Y volvió con la gente.

Al joven no le gustó la orden, pero obedeció de todos modos.

A medianoche el Whistledown cerró sus puertas. Morgan ayudó a limpiar, luego la anciana y el hombre de la barra se despidieron y salieron por la puerta trasera. Matty Roh apagó las luces de la habitación delantera, comprobó los cerrojos de la puerta y volvió a la cocina. Morgan la esperaba sentado a la pequeña mesa, y ella se acercó y se sentó frente a él.

–¿Y bien? ¿De qué te has enterado hoy? –preguntó Morgan medio en broma–. ¿Algo útil?

–He decidido confiar en ti –dijo la muchacha, dirigiéndole una fría mirada.

–Gracias –respondió Morgan, borrando su sonrisa.

–Porque si no eres quien dices ser, entonces eres el peor espía de la Federación que jamás he visto.

–Retiro las gracias –repuso Morgan, cruzando los brazos.

–Corre el rumor –continuó ella– de que la Federación ha capturado a Padishar en Tyrsis. –Morgan se quedó inmóvil. Los ojos color cobalto no se apartaron de él–. Algo que ver con la huida de una prisión. Oí hablar de ello a un comandante de la Federación. Dicen

que lo tienen prisionero.

–Cuesta atrapar a Padishar. Tal vez sea sólo un rumor –repuso Morgan, tras reflexionar un breve instante.

–Tal vez –dijo la muchacha, haciendo un gesto de asentimiento–. No hace mucho afirmaban que lo habían matado en el Saliente. Decían que el Movimiento estaba acabado. –Hizo una pausa–. En cualquier caso, averiguaremos la verdad en la Cuenca de los Aros de Fuego.

–¿Vamos a ir? –preguntó Morgan rápidamente.

–Sí –respondió la muchacha, levantándose–. Ayúdame a empaquetar algo de comida mientras voy a buscar unas mantas. Saldremos a escondidas antes de que se haga de día. Es mejor que no nos vean marchar.

–¿Qué pasará con la taberna? –preguntó Morgan, levantándose al mismo tiempo que ella y acercándose a la despensa–. ¿No tiene que quedarse alguien a su cuidado?

–Permanecerá cerrada hasta que yo vuelva.

–Me mentiste, ¿verdad? –preguntó el joven de las tierras altas, levantando la mirada de la barra de pan que se disponía a meter en un saco–. Tú eres la propietaria.

–Procura no ser tan necio, joven de las tierras altas –repuso la muchacha, manteniendo su mirada–. No te he mentido. La llevo yo, pero no es mía. El propietario es Padishar Cesta.

Terminaron de reunir las provisiones y las mantas, lo cargaron a sus espaldas y salieron a la oscuridad de la noche por la puerta trasera.

El aire era cálido y estaba impregnado de los olores de la ciudad mientras recorrían apresuradamente las calles y callejas desiertas sin perder de vista a las patrullas de la Federación. La joven era sigilosa como un fantasma, una figura delgada como un cuchillo cruzando las sombras de los edificios. Morgan advirtió que llevaba la espada debajo de los demás pertrechos atados a la espalda. Se preguntó con cierta mala intención si no llevaría también la escoba. Al menos sus extraños zapatos habían desaparecido, sustituidos por unas botas más resistentes.

Pasaron de la ciudad al campo abierto, y se dirigieron al norte, hacia el río Mermidón, que cruzaron por un bajío, para a continuación dirigirse al este. Bordearon los Dientes del Dragón, y al amanecer avanzaban de nuevo en dirección norte, cruzando el río Rabb. Caminaron hasta el anochecer, deteniéndose a mediodía lo imprescindible para comer y esperar a que pasara lo peor del calor de la tarde. Los llanos estaban polvorientos, secos y sin vida, y no hubo incidentes. La joven habló poco, y Morgan se alegró de dejar las cosas como estaban.

Al atardecer acamparon junto a los Dientes del Dragón, cerca de un afluente del Rabb, en un bosquecillo de fresnos que ascendían por las rocas como soldados en plena marcha. Cenaron mientras el Sol desaparecía detrás de las montañas, con la brumosa mezcla de rojo y dorado fundiéndose entre los llanos y el cielo. Cuando terminaron, permanecieron sentados observando cómo la oscuridad se hacía más densa, y las aguas del río se volvían plateadas a la luz de la Luna y las estrellas.

–Padishar me dijo que le habías salvado la vida –dijo la joven, rompiendo el silencio.

No había pronunciado ni una palabra durante toda la cena. Morgan la miró, sorprendido por su repentina declaración. Ella lo observaba con sus extraños ojos azules insondables.

–Y de paso salvé la mía –repuso–, de modo que no fue una acción completamente altruista.

–Me pidió que velara por ti y te cuidara muy bien –dijo la muchacha, cruzando los brazos–. Dijo que te reconocería en cuanto te viera –concluyó, sin modificar ni un ápice su expresión.

–Está visto que se equivoca como todos –repuso Morgan, esbozando una sonrisa. Esperó una respuesta, pero no se produjo–. Puede que no lo creas, pero sé cuidar muy bien de mí mismo –concluyó, dejando traslucir su enojo.

–¿Cómo es la tierra de donde vienes? –preguntó la muchacha, desviando su mirada al tiempo que se ponía cómoda. Sus ojos brillaban a la luz de las estrellas.

–¿A qué te refieres? –preguntó, confuso, el joven de las tierras altas.

–Las tierras altas, ¿cómo son?

Morgan creyó por un momento que le tomaba el pelo, pero enseguida pensó que no.

–Es el país más hermoso de las Cuatro Tierras –respondió, respirando profundamente y extendiendo los brazos–. Las colinas con sus alfombras de hierbas y flores azules, lavanda y amarillas, los arroyos que se hielan al amanecer y se vuelven del color de la sangre al caer la noche, la niebla que va y viene con las estaciones cambiantes, los bosques y los prados, la sensación de paz y de atemporalidad... –Era un apasionado de las tierras altas, sobre todo desde que las había abandonado hacía unas semanas. Recordó hasta qué punto sentía que eran su hogar, aun cuando habían dejado de serlo ahora que la Federación las había ocupado... aunque en realidad, pensó, seguían siendo más suyas que de ellos, porque él tenía muy vívida en su mente la sensación y llevaba su historia en la sangre, y eso jamás les ocurriría a ellos.

Cuando terminó, ella guardó silencio.

–Me gusta cómo describes tu hogar –dijo, por fin, la muchacha–. Me gusta lo que sientes por él. Si yo viviera allí, creo que sentiría lo mismo.

–Seguro –respondió Morgan, estudiando el perfil de su cara mientras miraba absorta el río Rabb–. Pero supongo que todo el mundo siente lo mismo por su hogar.

–Yo no –dijo ella.

–¿Por qué no? –preguntó él, irguiéndose.

La muchacha arrugó la frente, estropeando sólo un poco sus facciones lisas, pero cambiando por completo su expresión por otra introspectiva y distante a la vez.

–Supongo que porque no tengo buenos recuerdos de mi hogar. Nací en una pequeña granja al sur de Varfleet, en una de las pocas familias que vivían en el valle. Vivía allí con mis padres, mis hermanos y mi hermana. Yo era más pequeña. Criábamos vacas y cultivábamos cereales. En verano, los campos se volvían dorados como el sol, y en otoño la tierra se quedaba toda negra después de ararla. –Hizo un gesto de resignación–. No recuerdo mucho más. Sólo la enfermedad. Me parece que fue hace mucho tiempo, pero supongo que no ha pasado tanto. Al principio fue mal la tierra, luego las reses y finalmente mi familia. Todo empezó a morir. Todos. Primero mi hermana, luego mi madre, mis hermanos y mi padre. Le ocurrió lo mismo a la gente que vivía en las granjas de alrededor. Ocurrió de repente. Todos murieron en pocos meses. Una de las mujeres de las otras granjas me encontró y me llevó a Varfleet a vivir con ella. Éramos las últimas. Yo tenía seis años.

Lo explicó como si no tuviera nada de extraordinario. No había emoción en su voz.

–Creo que va a llover –concluyó la muchacha desviando la mirada.

Durmieron hasta el amanecer, desayunaron pan, fruta y queso, y reemprendieron la marcha hacia el norte. El cielo estaba nublado cuando se despertaron y poco después de que cruzaran el río Rabb empezó a llover. Retumbaron los truenos y los relámpagos cruzaron la negrura. Empezó a caer una lluvia torrencial, y se pusieron a cubierto al abrigo de un viejo arce que se alzaba junto a una cuesta rocosa. Sacudiéndose el agua de la cara y de la ropa, se sentaron a esperar que cesara la tormenta. El aire se enfrío ligeramente, y los llanos brillaban mojados.

Permanecieron sentados hombro con hombro y la espalda apoyada contra el arce, mirando a la bruma, escuchando el ruido producido por la lluvia.

–¿Cómo conociste a Padishar? –preguntó Morgan rompiendo el silencio.

La muchacha dobló las rodillas y las rodeó con los brazos. Las gotas de la lluvia le cubrían la barbilla y brillaban en su pelo negro.

–Fui aprendiz de Hirehone cuando tuve edad para trabajar. Él me enseñó a forjar el hierro y a luchar. Al cabo de un tiempo era mejor que él en ambas cosas. Así que me trajo al Movimiento, y así es como conocí a Padishar.

Recuerdos de Hirehone acudieron en tropel a la mente de Morgan. Dejó que permanecieran allí un instante, luego los ahuyentó.

–¿Cuánto hace que diriges el Whistledown?

–Un par de años. Me permite enterarme de cosas que pueden ayudar a los nacidos libres. De momento me sirve.

–Pero dejará de hacerlo cuando quieras terminar, ¿te refieres a eso? –preguntó Morgan, mirándola de reojo.

–No es lo mío –respondió la muchacha, esbozando una sonrisa.

–¿Qué es lo tuyo?

–No lo sé. ¿Lo sabes tú?

–Supongo que no –respondió Morgan, tras reflexionar un breve instante–. No me he permitido pensar en otra cosa que en lo que ha ocurrido estas últimas semanas. He corrido tanto que no he tenido tiempo de pararme a pensar.

–Yo no he corrido –dijo ella, echándose hacia atrás–. Al contrario, he permanecido parada, esperando que ocurriera algo.

–Yo hacía lo mismo antes de venir al norte –dijo Morgan, volviéndose hacia la muchacha–. Me pasaba todo el tiempo discurriendo formas para hacer la vida imposible a los ocupantes de la Federación... a todos esos oficiales y soldados que vivían en la casa que había pertenecido a mi familia, como si fuera suya. Creía que estaba haciendo algo, pero en realidad no hacía nada.

–Así que ahora corres. ¿Y es mejor? –preguntó la muchacha, dirigiéndole una inquisitiva mirada.

–Al menos hago turismo –respondió el joven de las tierras altas esbozando una sonrisa y encogiéndose de hombros.

La lluvia amainó y el cielo empezó a despejarse, de modo que reanudaron el viaje. Morgan se sorprendió mirando de reojo a Matty Roh, estudiando la expresión de su cara, las líneas de su cuerpo y su forma de moverse. Pensó que era mucho más intrigante, que sugería mucho más de lo que se permitía revelar. Aparentemente era fría y resuelta, una máscara cuidadosamente fija para ocultar las emociones más fuertes y profundas. Por razones que no podía explicar, le parecía que era capaz de casi todo.

Era casi mediodía cuando la muchacha se adentró entre las rocas y empezaron a seguir un sendero que subía hacia las colinas orientadas a los Dientes del Dragón. Cruzaron una hilera de árboles que no dejaba ver las montañas que se alzaban más adelante ni los llanos de detrás, y cuando salieron estaban al pie de los picos. El sendero desapareció junto con los árboles, y no tardaron en estar escalando cuestas más escarpadas, abriéndose paso como podían por las rocas. Morgan se sorprendió preguntándose con cierta mala intención si Matty Roh sabía adónde iba. Al cabo de un rato llegaron a un paso y lo siguieron a través de una escisión en las rocas hasta un profundo desfiladero. Las paredes del acantilado los cercaron hasta que por encima de sus cabezas sólo veían una estrecha franja de cielo azul. Los pájaros emprendían el vuelo desde los escarpados salientes donde se habían posado y desaparecían en dirección al Sol. El viento silbaba a lo largo del cañón en repentinas ráfagas produciendo un ruido estridente y hueco.

Cuando se detuvieron a beber agua del odre, Morgan miró a la joven para ver cómo aguantaba. Tenía su terso rostro brillante de sudor, pero respiraba con normalidad. Ella lo

sorprendió y él desvió rápidamente su mirada.

Matty Roh se adentró en lo profundo de la escisión en la roca y se coló entre un grupo de peñas enormes que parecían resultado de un antiguo desprendimiento. Debajo de las rocas encubridoras había un pasadizo que iba a dar a la pared del acantilado. Entraron en él y empezaron a ascender un corredor en espiral, que a medio camino formaba un saliente. Morgan se asomó con cuidado. El acantilado caía a pico. Un estrecho sendero ascendía formando un ángulo, de modo que la escisión no se veía desde abajo, y siguieron el sendero hasta lo alto del acantilado bordeando otra escisión, ésta apenas una grieta en la roca y tan estrecha que sólo podían recorrerla de uno en uno.

–Enseguida los tendremos aquí –dijo Matty Roh, deteniéndose a la entrada. Descolgó del hombro el odre de agua y se lo pasó para que bebiera.

–¿Cómo sabrán que estamos aquí? –preguntó, declinando su invitación. Si ella no necesitaba beber, él tampoco.

–Hace una hora que nos vigilan. ¿No los has visto? –respondió la muchacha, esbozando una sonrisa y alejándose.

Él no los había visto, por supuesto, y ella lo sabía, de modo que se limitó a hacer un gesto de indiferencia y a dejar las cosas como estaban.

Poco después salieron de las sombras de la grieta un par de figuras, hombres barbudos y de rasgos duros, armados con arcos y cuchillos. Saludaron mecánicamente a Matty Roh y a Morgan, y les indicaron por señas que los siguieran. En fila india entraron en la escisión y recorrieron un sendero que ascendía serpenteante hasta un montón de rocas que impedían ver lo que había delante. Morgan escaló diligente y no pudo evitar advertir de nuevo que Matty Roh daba la impresión de que estaba dando un paseo.

Por fin llegaron a una meseta que se extendía hacia el norte, sur y oeste, y desde donde se tenían las más impresionantes vistas de los Dientes del Dragón y de las tierras que había al otro lado, que Morgan jamás había visto. Pronto se haría de noche y el cielo iba adquiriendo un color rojo brillante a través de la cortina de niebla que envolvía los picos de las montañas. De ahí el nombre de Cuenca de los Aros de Fuego, pensó Morgan. Hacia el este, la meseta se prolongaba hasta una cresta cubierta de abetos y cedros. Allí era donde los proscritos habían instalado su campamento, sus refugios con tejado apiñados entre los árboles y las hogueras ardiendo sin llama en hoyos rodeados de piedras. No había fortificaciones amuralladas como en el Saliente, porque la meseta acababa abruptamente en una masa de fisuras irregulares y cañones profundos, y sus muros empinados no podían ser escalados por ningún hombre ni por una fuerza de proporciones considerables. Al menos ésa era la impresión que daba desde donde se hallaba Morgan, y supuso que ocurría lo mismo en todos los lados de ese medio kilómetro de llanura. Aparentemente, la única entrada era el camino por el que habían llegado. Sin embargo, el joven de las tierras altas conocía a Padishar Cesta lo suficiente para apostar que al menos había otra.

Se volvió cuando salió a recibirles, moviéndose pesadamente, una conocida figura corpulenta de barba negra y aspecto feroz, a la que le faltaban un ojo y una oreja, y tenía la cara llena de cicatrices. Chandos abrazó efusivo a Matty Roh, casi engulléndola en sus brazos, y luego tendió la mano a Morgan.

–Joven de las tierras altas –lo saludó, estrechándole la mano hasta estrujársela–. Me alegro de que estés de nuevo entre nosotros.

–Y yo me alegro de estar de vuelta –respondió Morgan, retirando la dolorida mano–. ¿Cómo estás, Chandos?

–Bastante bien, teniendo en cuenta lo ocurrido –respondió el hombre corpulento. En sus ojos había un brillo de cólera y frustración. Apretó la mandíbula–. Venid conmigo a donde podamos hablar.

Se llevó a Morgan y a Matty Roh del borde del acantilado al otro lado del risco. Los

guardias que los habían llevado hasta allí desaparecieron por donde habían venido. Chandos se apartó deliberadamente del campamento y de los demás proscritos. Morgan dirigió una inquisitiva mirada a Matty Roh, pero la cara de la joven era inescrutable.

–Lo han cogido, ¿no? –preguntó la muchacha en cuanto estuvieron lo bastante lejos para que nadie pudiera oírlos.

–¿A Padishar? –Chandos hizo un gesto de asentimiento–. El joven del valle estaba con él, el más pequeño, el que le gustaba tanto a Padishar... Par Ohmsford. Al parecer, los dos entraron en las prisiones de la Federación para rescatar a Damson Rhee. La sacaron de allí, pero Padishar fue capturado en el intento. Damson está aquí ahora. Llegó ayer con la noticia.

–¿Qué ha sido de Par? –preguntó Morgan, pensando al mismo tiempo por qué no habría mencionado a Coltar.

–Damson dice que se ha ido en busca de su hermano... algo relacionado con los Espectros –prosiguió Chandos haciendo caso omiso de su pregunta–. Lo importante en este momento es Padishar. –Frunció su cara llena de cicatrices–. Aún no se lo he dicho a los demás. No sé si debo hacerlo o no. Se supone que vamos a reunirnos con Axhind y los trolls en el desfiladero de Jannison a finales de semana. En cinco días. Si no está Padishar, no creo que se unan a nosotros. Al contrario, se darán media vuelta y volverán por donde han venido. ¡Y son cinco mil! –Se exaltó, y respiró profundamente–. Los necesitamos si queremos tener alguna posibilidad frente a la Federación. Sobre todo después de perder el Saliente.

–Nunca he sido muy bueno haciendo planes. Si tenéis alguna idea... –concluyó Chandos, dirigiéndoles una mirada esperanzada.

–Si la Federación tiene a Padishar, no le quedará mucho tiempo de vida –dijo Matty Roh, haciendo un gesto negativo.

–Tal vez más de lo que le gustaría a él, si los investigadores le ponen las manos encima –respondió Chandos, frunciendo el entrecejo.

Morgan recordó durante un breve instante el Pozo y sus habitantes, y se apresuró a apartar de su mente el pensamiento. Había algo que no tenía sentido. Padishar había salido en busca de Par y Coltar hacía semanas. ¿Por qué había tardado tanto en encontrarlos? ¿Por qué los hermanos Ohmsford habían permanecido en Tyrsis todo ese tiempo? Y cuando Padishar y Par entraron en las prisiones para rescatar a Damson Rhee, ¿dónde estaba Coltar? ¿Lo habían capturado también los Espectros?

–Quiero hablar con Damson Rhee –dijo Morgan bruscamente. Tenía la impresión de que quedaba mucho por explicar. Se había preguntado al principio qué había sido de ella, y de pronto volvía a hacerlo.

–Está durmiendo –respondió Chandos, haciendo un gesto de indiferencia–. Caminó toda la noche para llegar aquí.

A la mente de Morgan acudieron imágenes de Teel, susurrando insidiosas.

–Pues que la despierten.

–Está bien, joven de las tierras altas, si crees que es importante –repuso Chandos, dirigiéndole una severa mirada–. Pero serás tú quien lo haga, no yo.

Cruzaron el campamento pasando por entre las hogueras y los proscritos que trabajaban alrededor de ellas. El Sol había descendido aun más por el oeste y era casi la hora de cenar. En las cazuelas había comida y el olor flotaba en el aire estival. Morgan apenas lo notó, absorto en sus pensamientos. De los árboles salían sigilosas sombras que se alargaban a medida que se acercaba la noche. Morgan pensaba en Par y Coltar, todavía en Tyrsis después de todo ese tiempo. Hacía dos semanas que habían escapado del Pozo. ¿Por qué se habían quedado allí?, seguía preguntándose. ¿Por qué tanto tiempo?

Mientras las preguntas lo asaltaban, seguía viendo la cara de Teel... y de los

Espectros que se habían escondido debajo.

Llegaron a una pequeña cabaña situada entre los árboles y Chandos se detuvo.

–Está ahí dentro. Despiértala si quieres. Cuando terminéis, venid a cenar conmigo.

Morgan respondió con un gesto de asentimiento.

–¿Quieres venir conmigo? –preguntó a Matty Roh, volviéndose hacia ella.

–No, creo que debes hacerlo solo –respondió la muchacha, estudiándolo con la mirada.

Durante un breve instante pareció que iba a decir algo más, pero dio media vuelta y se internó en el bosque detrás de Chandos. Ella le ocultaba algo, pensó Morgan. Observó cómo se alejaba, pensando una vez más que esa joven era mucho más compleja de lo que parecía.

Volvió a mirar la cabaña, indeciso sobre la manera de actuar para preparar a Damson Rhee. No debía consentir que los recelos y los temores se interpusieran en el camino del sentido común. Pero no podía apartar de sí la imagen de Teel convertida en Espectro. Podía ocurrir lo mismo con ella. La clave estaba en averiguarlo.

Se llevó la mano al hombro para asegurarse de que podía desenvainar con facilidad la espada, luego respiró profundamente, se acercó a la puerta y llamó con los nudillos. La abrió casi inmediatamente y una joven de pelo pelirrojo y ojos esmeralda se levantó y lo taladró con la mirada. Estaba colorada, como si acabara de despertarse, y sus ropas oscuras estaban arrugadas. Era alta, aunque no tanto como Matty, y muy atractiva.

–Me llamo Morgan Leah –dijo él.

–El amigo de Par, el joven de las tierras altas –respondió ella parpadeando y haciendo un gesto de asentimiento–. Hola, yo soy Damson Rhee. Lo siento, pero estaba durmiendo: ¿Qué hora es? –Miró el cielo a través de los árboles–. Casi es de noche, ¿no? He dormido demasiado.

Retrocedió un paso como si se dispusiera a entrar de nuevo, luego se detuvo y se volvió de nuevo hacia él.

–Supongo que ya sabes lo de Padishar. ¿Acabas de llegar?

–Quería oír de tu boca lo que ocurrió –respondió Morgan, haciendo un gesto de asentimiento y escudriñándola con su mirada.

–De acuerdo. –No parecía sorprendida. Miró por encima del hombro, y luego salió a la luz–. Hablemos aquí. Estoy cansada de estar encerrada. De estar en lugares donde no hay luz. ¿Qué te ha dicho Chandos?

Se alejó de la cabaña y se internó en el bosque con paso decidido, y él se vio obligado a seguirla.

–Me ha dicho que Padishar fue capturado por la Federación cuando te rescataba de sus prisiones en compañía de Par, y que el joven del valle te había dejado para ir a buscar a Coltar; que era algo relacionado con los Espectros.

–Todo tiene que ver con los Espectros, ¿no? –respondió Damson, bajando cansinamente la cabeza.

Se acercó al extremo de un tronco caído y se sentó. Morgan vaciló, todavía cauteloso, y luego se sentó junto a ella. La joven se volvió ligeramente hacia él.

–La historia que voy a contarte es larga, Morgan Leah –le previno.

Comenzó con su encuentro con Par y Coltar después de que éstos hubieran huido del Pozo en Tyrsis. Le contó cómo habían decidido volver a bajar una vez más al semillero de los Espectros, cómo habían enrolado al Topo para que les ayudara y se habían abierto camino por los túneles, abiertos bajo la ciudad hasta el viejo palacio. A partir de allí, los hermanos habían ido juntos en busca de la Espada de Shannara. Par había vuelto solo, llevando consigo lo que creía que era el talismán, medio loco de dolor y horror por haber matado a su hermano. Ella lo había cuidado durante semanas en la casa subterránea del

Topo hasta que poco a poco volvió en sí, sacándolo con cuidado de su oscura pesadilla. De allí habían ido de un escondite a otro con la Espada de Shannara a remolque, huyendo de los investigadores y de la Federación, buscando el modo de salir de la ciudad. Por fin Padishar los había encontrado, pero al huir de nuevo de la Federación, la capturaron a ella. Padishar y Par habían vuelto a rescatarla, y eso había conducido a su vez a la captura de Padishar. Tras huir definitivamente de la ciudad, porque al fin había una forma de hacerlo y no podían hacer nada por Padishar sin refuerzos, se habían dirigido al norte a través del desfiladero de Kennon.

–Y desde lo alto del desfiladero, más allá de los fuegos de vigilancia de la Federación, pero tan claro como te veo a ti, vimos Paranor –prosiguió, tocándole el brazo impulsivamente–. Ha regresado del pasado, joven de las tierras altas. Par estaba seguro de ello. Dijo que eso significaba que Walker Boh había tenido éxito.

Entonces, apagándose de nuevo, procedió a describir cómo habían cruzado el paso y su desafortunado encuentro con Coltar..., o la criatura en que Coltar se había convertido, envuelto en el sudario-espejo, encorvado y deforme como si le hubieran cambiado de sitio los huesos. En la lucha subsiguiente, había sido conjurado de algún modo el poder de la Espada de Shannara, revelando lo que Par tomó por la verdad acerca del hermano que creía muerto.

–Y fue tras Coltar –concluyó la joven–. ¿Qué otra cosa podía hacer? Yo no quería que fuera, no sin mí... pero no tenía derecho a retenerlo. –Buscó la mirada de Morgan–. Yo no estoy tan segura de que es a Coltar a quien sigue, pero comprendo que debe averiguarlo de un modo u otro si quiere volver a sentirse en paz consigo mismo.

Morgan hizo un gesto de asentimiento. Pensó que Damson Rhee había renunciado a muchas cosas para ayudar a Par Ohmsford, que se había expuesto más de lo que él habría esperado de alguien aparte de Coltar y de él. Se dijo también que la historia que acababa de contarle daba la impresión de ser cierta, porque encajaba con todo en general. Las dudas que tenía al entrar, empezaron a disiparse. Sin duda, era un rasgo típico de Par la persistencia en salir tras la Espada de Shannara, al igual que en buscar ahora a su hermano. El problema esta vez era que Par estaba más solo que nunca, y Morgan recordó una vez más cómo había fracasado en la misión de velar por su amigo.

Se dio cuenta de que Damson lo estudiaba con una mirada severa, inquisitiva, y sin previo aviso sus recelos volvieron a aflorar. ¿Era Damson Rhee la amiga en la que Par creía o el enemigo del que trataba desesperado de escapar? Sin duda, ella podía haber sido la razón de que se hubiera salvado tantas veces por tan poco, la razón de que los Espectros hubieran estado tantas veces a punto de capturarlo. Pero ¿no era también la razón de que él escapara?

–No confías en mí, ¿verdad? –preguntó la muchacha en voz baja.

–No –admitió Morgan–. No confío.

–No sé qué puedo hacer para convencerte, Morgan –respondió Damson Rhee haciendo un gesto de asentimiento–. Ni siquiera sé si quiero intentarlo. Tengo que emplear la poca energía que me queda para encontrar la manera de liberar a Padishar. Luego iré en busca de Par.

Él se volvió hacia los árboles, pensando en las oscuras sospechas que los Espectros suscitaban en todos ellos, deseando que fuera de otro modo.

–Cuando estuve en el Saliente con Padishar –dijo–, me vi obligado a matar a una joven que era en realidad un Espectro. –Volvió a mirarla–. Se llamaba Teel. Mi amigo Steff estaba enamorado de ella y le costó la vida.

Le contó entonces las traiciones de Teel y el último enfrentamiento en los túneles de las montañas de detrás del Saliente, donde había matado al Espectro que había sido Teel y salvado la vida de Padishar Cesta.

–Lo que me asusta –dijo– es que puedas ser otra Teel y que Par termine como Steff.

Ella no respondió, permaneciendo con la mirada perdida. Podría haber estado mirando a través de él. Tenía lágrimas en los ojos.

Él estiró la mano hacia atrás para desenvainar la Espada de Leah. Damson lo observó sin moverse y clavó sus ojos verdes en la brillante hoja, mientras él la sostenía con ambas manos y la dejaba en el suelo entre ambos.

–Pon tus manos en la hoja, Damson –dijo en voz baja.

Ella lo miró sin responder y permaneció largo rato inmóvil. Él esperó escuchando los lejanos ruidos de los nacidos libres al reunirse para cenar, escuchando el silencio más próximo. La luz era cada vez más tenue y estaban rodeados de sombras. Se sentía extrañamente alejado de todo cuanto había a su alrededor, como si se hubiera detenido en el tiempo con Damson Rhee.

Ella no, se sorprendió rezando. Otra vez no.

Por fin Damson alargó la mano hacia la Espada de Leah y apoyó la palma de la mano en el metal. A continuación cerró despacio los dedos alrededor de la hoja. Morgan observó horrorizado cómo la hoja le hacía un profundo corte en la carne y la sangre empezaba a deslizarse por la hoja.

–Un Espectro no podría hacer esto, ¿no? –dijo la muchacha.

Él se apresuró a bajar la espada, apartándole los dedos.

–No –respondió el joven de las tierras altas, bajando la espada y retirándole los dedos–. No sin conjurar la magia. –Dejó a un lado el talismán, arrancó un trozo de su capa y empezó a vendarle la mano–. No tenías por qué hacerlo –le reprochó.

–¿No? ¿Te habrías fiado de mí si no, Morgan Leah? –inquirió la muchacha, esbozando una débil y nostálgica sonrisa–. No lo creo. Y si no confías en mí, ¿cómo podremos ayudarnos el uno al otro? Tiene que haber confianza entre nosotros. –Clavó sus ojos bondadosos en él–. ¿La hay ahora?

–Sí –respondió Morgan, haciendo un gesto de asentimiento–. Lo siento, Damson.

Ella alargó sus manos vendadas y le cogió las suyas. Volvía a tener los ojos llorosos.

–¿Has dicho que tu amigo Steff estaba enamorado de Teel? Pues yo lo estoy de Par Ohmsford, joven de las tierras altas –le confesó Damson, alargando sus manos vendadas y cogiéndole las suyas, con ojos llorosos.

Entonces comprendió por qué la joven había permanecido al lado de Par, se había entregado totalmente a él, siguiéndolo incluso hasta dentro del Pozo, velando por él, protegiéndolo. Es lo que hubiera hecho él, lo que hubiera intentado hacer por Despertar. Damson Rhee había adquirido un compromiso que sólo la muerte podía deshacer.

–Lo siento –repitió, pensando esta vez en lo poco apropiadas que parecían esas palabras.

Damson apretó sus manos y no las soltó. Se miraron durante largo rato en silencio en la oscuridad. Mientras sostenía las manos de Damson, Morgan recordó a Despertar, qué había sentido ella y los sentimientos que había despertado en él. Se dio cuenta de que la echaba desesperadamente de menos y que hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa por recuperarla.

–Basta de pruebas –dijo Damson–. Hablemos. Te diré todo lo que me ha ocurrido y tú harás lo mismo. Par y Padishar nos necesitan. Tal vez entre los dos podamos encontrar la forma de ayudarlos.

Le apretó de nuevo las manos, como si no sintiera dolor en ellas, y le ofreció una sonrisa de aliento. Morgan se inclinó para recoger del suelo la Espada de Leah y regresó con la joven al resplandor de las hogueras. Su mente funcionaba a toda velocidad, asimilando todo lo que Damson le había dicho, extrayendo conclusiones de los hechos, intentando sacar algo útil. Damson tenía razón. Morgan estaba decidido a no fallar a

ninguno de los dos.

Pero ¿qué podía hacer él?

Le llegó de las hogueras el apetitoso olor a comida y por primera vez desde que había llegado sintió hambre.

Par y Padishar.

Padishar primero, pensó.

Chandos había dicho cinco días. Si los investigadores no lo cogían antes...

De pronto lo vio con tanta claridad que casi gritó. Rodeó con un brazo los hombros de Damson impulsivamente.

–Creo que sé cómo rescatar a Padishar –dijo.

10

Cinco días hacía que los cuatro jinetes daban vueltas alrededor de las murallas de Paranor, y cinco días que Walker Boh permanecía en las almenas del alcázar, observándolos. Cada día al amanecer se reunían ante las puertas del oeste, como sombras saliendo de la oscuridad de la noche que se retiraba. Y cada vez se acercaba uno diferente a las puertas y las aporreaba, desafiante, una sola vez. Al no aparecer Walker, reanudaban la sombría espera, desplegándose de tal forma que siempre había uno apostado en cada punto cardinal, uno en cada una de las murallas principales, dando vueltas a ritmo lento pero ininterrumpido, describiendo círculos como aves de rapiña. Día y noche cabalgaban, Espectros de bruma gris y oscuras visiones, silenciosos como el pensamiento e inmutables como el tiempo.

–Encarnaciones de los peores enemigos del hombre –dijo Cogline cuando los vio por primera vez–. Manifestaciones de nuestros peores temores y asesinos de tantos, creados y enviados para destruirnos. –Hizo un gesto de resignación–. ¿Es posible que Rimmer Dall tenga sentido del humor?

Walker no lo creía. No encontraba nada divertido en ello. Los Espectros parecían dotados de un poder natural e ilimitado, la clase de poder que les permitía convertirse en cualquier cosa. No era ni sutil ni intrincado, sino directo e implacable como una avalancha. Parecía capaz de construirse sobre sí mismo y llevarse consigo todo lo que encontrara por el camino. Walker no sabía hasta dónde llegaba el poder de los jinetes, pero estaba dispuesto a apostar que eran superiores a él. Rimmer Dall no habría enviado menos para hacer frente al druida, aun tratándose de uno recién llegado a esa posición, no muy seguro de su propia fuerza, del alcance de su magia y de las formas en que podía utilizarla. Al menos uno de los encargos que Allanon había dado a los Ohmsford había sido cumplido y significaba una amenaza que los Espectros no podían pasar por alto.

Sin embargo, el propósito de tales encargos seguía siendo un misterio para Walker. De pie en las murallas de Paranor, observando cómo los cuatro jinetes daban vueltas, reflexionaba sin cesar sobre cuál era el propósito de tales encargos. ¿Qué era lo que la Espada de Shannara tenía que llevar a cabo? ¿De qué iba a servir tener a los elfos de nuevo en el mundo de los hombres? ¿A qué se debía el regreso de Paranor y los druidas? ¿O de un druida por lo menos?, pensó sombrío. Un druida hecho de los fragmentos de otros. Él era una amalgama de los que habían ido y venido, de sus recuerdos, fuerza y debilidades, de sus conocimientos e historia, de los secretos de su magia. Era un niño en su vida de druida y aún no sabía cómo debía actuar. Cada día abría las nuevas puertas a los conocimientos que otros habían tenido y transmitido antes que él, conocimientos que se revelaban ellos mismos en visiones inesperadas, una luz procedente de los oscuros rincones de su mente, como si entrara por ventanas cerradas que han sido abiertas de par en par. No comprendía todo, a veces le asaltaban dudas, a menudo se preguntaba si merecía la pena. Pero el flujo era incesante, y se veía obligado a medir y pesar cada revelación nueva, sabiendo que debió de tener su valor en otro tiempo, aceptando que podía volver a tenerlo.

Pero ¿qué papel debía desempeñar él en la lucha para poner fin a los Espectros? Se había convertido en el druida que Allanon había querido, y proclamado dueño de Paranor. Sin embargo, ¿qué tenía que hacer con él? Sin duda contaba ahora con una magia que podía ser utilizada contra los Espectros... del mismo modo que los druidas habían utilizado antes la magia para ayudar a las Razas. También poseía conocimientos, tal vez más que ningún ser humano vivo, y los druidas los habían utilizado también como arma. Pero tenía la impresión de que ese poder recién descubierto carecía de un objetivo claro, necesitaba

comprender primero la naturaleza de su enemigo antes de elegir la forma de combatirlo.

Entretanto estaba allí, atrapado en su fortaleza, donde no podía ayudar a nadie.

–No intentan entrar –dijo Cogline después de tres días de vigilar desde lo alto de los muros del castillo–. ¿A qué crees que se debe?

–Tal vez no necesitan hacerlo –respondió Walker, haciendo un gesto negativo–. Mientras permanezcamos encerrados dentro, cumplen su objetivo.

El anciano se frotó la barbilla cubierta de barba rala. Había envejecido desde su liberación de la media vida a la que la magia de la *Historia de los druidas* le había condenado. Volvía a estar arrugado, se encorvaba más que antes, era más lento en sus movimientos y en el hablar, y frágil más allá de lo que permitían sus años. A Walker no le gustaba lo que veía, pero no dijo nada. El anciano había hecho mucho por él, y eso le había afectado visiblemente. Pero no se quejaba ni hablaba de ello, por lo que no había motivo para que Walker hiciera ninguna de las dos cosas.

–Puede que les asuste la magia del druida –continuó Walker al cabo de un momento, levantando su mano buena para apoyarse en la piedra de la almena–. Paranor siempre ha estado protegido contra los que entran sin ser invitados. Es posible que los Espectros lo sepan y prefieran permanecer fuera por ese motivo.

–O tal vez esperan a conocer la naturaleza y alcance de esa magia –dijo Cogline en voz baja–. Esperan a descubrir lo peligroso que puedas ser. –Miró a Walker sin verlo, con los ojos clavados en un lugar más lejano–. O, sencillamente, hasta que se cansen de esperar –concluyó.

Walker consideró diversas formas con las que podía derrotar a esos Espectros, dándoles vueltas y más vueltas en la cabeza como artefactos que esconden claves del pasado. La piedra élfica negra era una elección obvia, encerrada ahora en una cripta en las catacumbas del Alcázar. Pero la piedra negra cobraría su precio si conjuraba su magia, y no era un precio que Walker estuviera dispuesto a pagar. No había motivos para creer que la piedra élfica no iba a funcionar contra los cuatro jinetes, absorbiéndoles la magia hasta dejarlos reducidos a cenizas. Pero la naturaleza de la piedra élfica requería que la magia robada se transfiriera al que la poseía y Walker no quería que la magia de los Espectros formara parte de él.

También estaba la Stiehl, la extraña daga asesina arrebatada al asesino Pe Eltar en Eldwist, el arma capaz de matar todo lo que se encontraba delante. Pero a Walker no le atraía la perspectiva de utilizar el arma de un asesino, y menos con la historia de la Stiehl, y pensó que si se necesitaban armas, tenía otras muchas a su disposición que podían utilizarse contra los Espectros.

Lo que necesitaba ante todo era un plan, lo sabía. Tenía tres opciones: permanecer a salvo dentro de los muros de Paranor, esperando que los Espectros se dieran por vencidos; salir y enfrentarse a ellos; o intentar escabullirse sin que lo vieran. La primera sólo ofrecía una remota posibilidad de éxito y, además, el tiempo no era algo que le sobrara. La segunda era indiscutiblemente imprudente.

Quedaba la tercera.

Cinco días después de que los cuatro jinetes hubieran sitiado Paranor, Walker Boh tomó la decisión de salir a escondidas.

Por una salida subterránea.

Esa noche expuso a Cogline su plan durante la cena, una cena que consistió en las pocas provisiones de hacía tres siglos que habían quedado congeladas en el tiempo del castillo, y cuya escasez subrayaba la importancia de poner fin al sitio. En el subterráneo del castillo había túneles que daban a los bosques circundantes, escondites sólo conocidos por los druidas del pasado y ahora por él. Esa noche entraría sigiloso en un túnel y saldría

detrás de donde los jinetes patrullaban las murallas. Se habría deshecho de ellos antes de que supieran que había salido.

Cogline frunció el entrecejo, dubitativo. Le parecía demasiado sencillo. Sin duda, los Espectros habían considerado esa posibilidad.

Pero Walker había tomado una decisión. Cinco días con los brazos cruzados eran suficientes. Tenía que intentar algo y eso era lo mejor que se le ocurría. Cogline y Rumor permanecerían en el Alcázar. Si los jinetes intentaban un asalto antes de que Walker regresara, seguirían el mismo camino que había tomado él. Cogline accedió de mala gana, inquieto por algo de lo que no quería hablar y tan agitado que Walker estuvo a punto de exigirle una explicación. Pero el comportamiento enigmático del anciano no era nada nuevo, así que al final Walker prefirió dejar las cosas como estaban.

Esperó hasta medianoche, vigilando desde las murallas para asegurarse de que los Espectros no modificaban su recorrido. Y lo mantenían, formas espectrales en la oscuridad que se extendía a sus pies, dando vueltas sin cesar. La niebla que había cubierto el valle durante la mayor parte de los cuatro días se había levantado aquel amanecer, y ahora, con la llegada de la noche, Walker Boh vio algo nuevo en el valle. A lo lejos, hacia el oeste, donde los Dientes del Dragón giraban hacia el norte convirtiéndose en los llanos de Streleheim, había fuegos de vigilancia en la boca del desfiladero de Kennon. Un ejército había acampado allí, y bloqueaba el paso. La Federación, pensó Walker, mirando más allá del bosque de abajo, al otro lado de las colinas, hacia la luz. Tal vez su presencia en el paso no estuviera relacionada con la de los Espectros en Paranor, pero Walker lo dudaba. Conscientemente o no, la Federación servía a la causa de los Espectros –era un instrumento en manos de Rimmer Dall y de los demás miembros de la jerarquía del Consejo de Coalición– y era prudente asumir que los soldados acampados en el desfiladero de Kennon tenían algo que ver con los cuatro jinetes.

Claro que lo mismo daba. A Walker Boh no le preocupó lo más mínimo que los soldados de la Federación pudieran constituir un estorbo para él.

Cuando llegó la medianoche, dejó los muros del castillo y bajó a las profundidades del Alcázar. Vestía ropas tan oscuras como la noche, holgadas y resistentes, y no iba armado. Dejó a Cogline y Rumor mirándolo cuando entró en el foso de fuego. Sus recuerdos eran los de Allanon y los druidas que lo habían precedido, y descubrió que conocía el camino tan bien como si el Alcázar siempre hubiera sido su hogar. Las puertas escondidas en la piedra del alcázar se abrían sólo con tocarlas, y conocía tan bien los pasadizos como los lugares de encuentro de la Chimenea de Piedra en los tiempos anteriores a los sueños de Allanon. Encontró los túneles que se extendían por debajo de la roca sobre la que descansaba Paranor y se internó en ellos. A su alrededor oía el constante chisporroteo del fuego en los hornos encendidos debajo del Alcázar, que ardían sin cesar dentro de su núcleo de roca muy por debajo de las murallas del castillo, el único ruido en medio de la oscuridad y el silencio.

Tardó cerca de una hora en abrirse paso. Debajo del castillo había numerosos pasadizos, y todos se entrecruzaban y partían de una misma puerta que sólo él podía abrir. Eligió la única que conducía al oeste, con la intención de salir y guarecerse bajo los árboles del bosque que se extendía entre los jinetes y el desfiladero de Kennon, convencido de que una vez se deshiciera de los Espectros podría despistar fácilmente a los soldados de la Federación. Cuando llegó al final del túnel, se detuvo a escuchar. No se oía nada por encima de él. Nada se movía. Sin embargo, se sintió intranquilo, como si percibiera que a pesar de las apariencias no todo iba bien.

Salió del túnel a la oscuridad del bosque, alzándose de la tierra como una sombra envuelta en una capa de maleza y roca. A través de las ramas entrelazadas que formaban un dosel vio las estrellas y un atisbo de la luna decreciente. Todo era silencio en el bosque,

como si no hubiera vida en él. Buscó algún indicio de la presencia de los lobos grises, pero no halló ninguno. Prestó atención a los débiles ruidos de los insectos y los pájaros, pero habían desaparecido. Olió el aire y percibió un extraño olor a moho.

Respiró profundamente y salió al aire libre.

Oyó, antes que vio, el silbido de la guadaña trazando un arco hacia él, pero la esquivó justo a tiempo. La forma negra y envuelta en una capa de Muerte gruñó con el esfuerzo de la embestida y se arrojó a un lado. Walker se levantó al ver cómo otra forma se materializaba a su derecha. Guerra, cubierto de armaduras, hojas de espadas y púas brillando siniestras, golpeó con su maza contra el árbol que se alzaba a su lado y partió el tronco en dos. Walker se apartó, pasando a toda velocidad junto a los esqueléticos brazos de Hambre extendidos, tratando de aferrar algo. Estaban todos allí, todos, se dio cuenta desesperado. Lo habían descubierto.

Se alejó a todo correr, oyendo el zumbido y el siseo de Peste, sintiendo el calor seco y oliendo a enfermedad en su proximidad. Saltó un pequeño barranco; su miedo le infundía inesperadas fuerzas, mientras en su interior tomaba cuerpo una feroz determinación. Los jinetes salieron tras él, desmontados, en un esfuerzo por atraparlo, fragmentos de la noche semejantes a los filos de una espada hecha trizas. Oía sus movimientos como si oyera el susurro del viento al rozar con las hojas. No se oía ningún otro sonido, ni ruido de pasos, ni jadeos, ni el choque de armas o de huesos.

Walker corrió entre los árboles sin saber en qué dirección lo hacía, concentrado únicamente en zafarse de sus perseguidores. De pronto se encontró perdido en la oscuridad de los pasillos del bosque, corriendo sin otro propósito que huir, tras perder la ventaja del factor sorpresa. Los Espectros eran rápidos y certeros en su persecución y él veía con el rabillo del ojo sus movimientos. Lo habían dejado sin aliento, persiguiéndolo como perros a un zorro.

¡No!

De pronto se volvió y, concentrándose en su magia, levantó entre sus perseguidores y él un muro de fuego, arrojándoles las llamas a la cara como púas candentes. Guerra y Peste retrocedieron, pero Hambre y Muerte siguieron avanzando impasibles. Por supuesto, pensó Walker echando a correr de nuevo. Hambre y Muerte. El fuego no podía hacerles daño.

Cruzó un arroyo y giró a la derecha, hacia la colina de Paranor, cuyas torres y muros se recortaban afilados en la noche. Había estado corriendo en esa dirección sin saberlo, y comprendió que era su única oportunidad para escapar. Si pudiera llegar al castillo antes de que lo alcanzaran...

¡Cogline! ¿Estaría vigilando el anciano?

Algo surgió de la noche, serpenteante y brillante de humedad. Unas garras se alargaron hacia él y unos dientes destellaron. Era una de las monturas de los Espectros, apostada allí para bloquearle el paso. Se escabulló bajo sus garras como un fragmento de noche imposible de aferrar gracias a la magia que lo hacía ligero y efímero como el viento. La criatura serpenteante siseaba y repartía golpes con frenesí, arrojando tierra al aire. Pero Walker Boh ya estaba detrás de ella y se alejaba con la velocidad del pensamiento. Ante él se alzaba el Alcázar de los Druidas, su refugio, el lugar donde podría ampararse de esas criaturas...

Un movimiento oscuro a su izquierda le hizo dar un patinazo cuando Hambre arremetió contra él con una espada tallada en hueso de un brillante blanco roto, rasgándole los bordes de la ropa. Walker perdió el equilibrio y cayó rodando entre los matorrales y la hierba alta hasta caer en un charco de agua estancada. Algo pasó corriendo por su lado, pero cerró las mandíbulas sin alcanzarlo. Otra de las horribles monturas. Walker se levantó arrojando fuego y ruido en todas direcciones en un desesperado esfuerzo por protegerse. Tuvo la satisfacción de oír un gemido de dolor, seguido de un gruñido de algo al ser

golpeado, y entonces se movió de nuevo. Había árboles a un lado del camino y desapareció entre ellos buscando el cobijo de las profundas sombras. Jadeaba y le dolía el cuerpo. Descubrió con horror que volvía a alejarse del castillo, desviándose del lugar donde había esperado ponerse a cubierto.

A su izquierda pasó fugazmente una sombra, rápida y silenciosa, un manto negro y el destello de un filo de hierro. Muerte. Walker se estaba cansando, exhausto de su huida, de verse obligado a cambiar tantas veces de dirección. Los Espectros lo habían rodeado y se acercaban. No creía que pudiera llegar al castillo antes de que lo alcanzaran. Intentó cambiar de nuevo de dirección, pero entre él y el Alcázar vio un movimiento, y oyó un silbido de anticipación y el repentino susurro de escamas a través de la hierba y los arbustos. Walker a duras penas consiguió contener el pánico, que le había formado un nudo en la garganta. Había presupuesto demasiadas cosas, confiando excesivamente en sí mismo. Debió imaginar que no iba a ser tan fácil. Debió preverlo.

Las ramas le azotaban la cara y los brazos mientras se abría paso por el espeso bosque. Detrás, la criatura serpenteante se aproximaba. Parecía que sentía su aliento en la nuca, el contacto de sus garras y de sus dientes en el cuerpo. Aceleró el paso y salió de la maleza a un claro, y encontró a Muerte esperándolo con la capucha del manto bajada, empuñando la guadaña. El Espectro arremetió, pero falló el golpe cuando Walker se echó a un lado; atacó por segunda vez, y Walker logró aferrar la guadaña y desviarla. Al instante tenía la mano y el brazo insensibles a causa de un frío tan intenso que helaba los huesos, y dio un brinco de dolor, apartando de un empujón la guadaña y a quien la empuñaba. Algo más entró en escena por la derecha, pero él ya había empezado a correr de nuevo hacia el bosque, pasando por entre las hileras de troncos oscuros como si hubieran dejado de tener sustancia, sintiendo en todo momento cómo se apoderaba de él la sensación de entumecimiento.

¡Tan fría!

Empezaban a fallarle las fuerzas y no estaba más cerca que antes del castillo. Piensa, se dijo furioso. *¡Piensa!* A su alrededor se movían sombras, la forma cadavérica de Hambre, el odioso zumbido de Peste, el fragor de Guerra en su armadura inquebrantable, las silenciosas prisas de Muerte y las monstruosas monturas a sus órdenes.

De pronto recordó algo y se aferró a ello porque parecía su única esperanza. Más adelante había una trampilla escondida en el suelo y debajo de ella un túnel que conducía a Paranor. La trampilla era un recuerdo de Allanon que había acudido a su mente en el terror y la angustia del momento, justo a tiempo. *¡Allí a la izquierda!* Walker se volvió y se precipitó hacia delante, sintiendo la mano y el brazo tan muertos como el que había perdido. *¡No pienses en ello!* Corrió hasta la maleza para ponerse a cubierto, dejó atrás las barreras de hojas, bajó por un barranco y cruzó un estrecho.

¡Allí estaba!

Escarbó el suelo con dedos sin nervios en busca de la puerta oculta. Estaba allí, en esa extensión de tierra, pensó. Oía ruidos a su espalda, cada vez más cerca. Encontró una anilla de hierro y, aferrándola, tiró con fuerza de ella. La puerta cedió con un ruido sordo y cayó hacia atrás. Walker la cruzó, bajó rodando las escaleras que había al otro lado y se puso de pie con dificultad. Había sombras en la entrada, cruzándola. Levantó la mano y el brazo heridos, venciendo el entumecimiento y el frío a fin de conjurar la magia. La parte superior de las escaleras estalló en llamas, bloqueando la entrada, y las sombras desaparecieron en una esfera de luz. La tierra y la piedra se resquebrajaron y toda la entrada se derrumbó.

Walker se alejó a todo correr, metiéndose en el túnel, ahogándose y tosiendo por el polvo y el humo. Miró atrás dos veces para asegurarse de que nada lo seguía.

Estaba solo.

Al regresar al Alcázar por los túneles le asaltaron las dudas y los temores, lo acosaron demonios que tenían las caras de sus enemigos. Le parecía oír a los Espectros que lo perseguían aun allí dentro; habían bajado para terminar lo que habían comenzado. Muerte, Guerra, Peste y Hambre... ¿Qué eran para ellos la roca y la tierra? ¿Acaso no podían entrar en cualquier parte? ¿Qué los retenía afuera?

Pero no venían porque, a pesar de las formas y las identidades que habían asumido, no eran invencibles ni eran auténticas encarnaciones de lo que pretendían ser. Los había oído gemir de dolor; había percibido su sustancia. El entumecimiento que se había apoderado de su mano y brazo empezaba a remitir, y recibió agradecido el hormigueo, lamentando de nuevo la pérdida de su otro miembro, deseando vivir de nuevo esa parte de su vida.

Se preguntó cuánto más de sí mismo iba a tener que sacrificar antes de que terminara esa lucha. ¿Acaso no debía considerarse afortunado por seguir con vida? ¡Por qué poco había escapado esta vez de los Espectros!

De pronto pensó que tal vez no hubiera escapado, que tal vez le habían permitido escapar. Quizá los jinetes estuvieran jugando con él. ¿Acaso no habían tenido suficientes oportunidades para matarlo si hubieran querido? Pensándolo bien, podían haber intentado asustarlo en lugar de matarlo, de infundirle suficiente miedo para que fuera incapaz de funcionar cuando volviera a estar dentro del Alcázar de los Druidas.

Pero descartó la idea casi de inmediato. Era ridículo pensar que no le habrían matado si hubieran podido. Sencillamente, lo habían intentado, pero habían fracasado. Su habilidad y la magia le habían permitido salvarse aun en medio de la confusión de una emboscada, e iba a sacar todo el aliento posible de ese pensamiento.

Dolorido y exhausto, volvió a entrar en las murallas de Paranor y regresó al Alcázar. Cogline estaría esperándolo. Tendría que confesar al anciano su fracaso. El pensamiento lo angustió, y se dio cuenta de que la idea preconcebida que tenía de la invencibilidad de los druidas obstruía el camino de la aceptación. Pero no podía permitirse ser orgulloso. Seguía siendo un novato. Apenas había empezado a aprender.

Sus dudas y temores se retiraron despacio, y los demonios desaparecieron. Habría otro día, otro momento y otro lugar para enfrentarse a los jinetes.

Cuando ese día llegara, estaría preparado.

11

Morgan Leah explicó a Damson Rhee y a Chandos su plan para rescatar a Padishar Cesta durante la cena. Los llevó al risco donde nadie pudiera oírles, y se apiñaron en torno a la comida y la bebida, atentos a los ruidos de la noche, contemplando las estrellas que brillaban en el cielo cada vez más oscuro mientras hablaban. Antes pidió a Damson que contara de nuevo con detalle su huida de la ciudad, dejándola explayarse a su gusto, mirando alternativamente a la joven y a los nacidos libres de aspecto feroz. Cuando la joven hubo terminado, Morgan dejó a un lado su plato vacío –había comido todo mientras ella hablaba– y se echó hacia delante mirándolos fijamente.

–Esperarán que intentemos rescatarlo –dijo con voz suave, mirándolos uno por uno–. Saben que no vamos a abandonarlo. Saben cuánto significa para nosotros. Pero no esperarán que lo hagamos de la misma manera. Esta vez esperarán otra estrategia..., un esfuerzo mayor que implique tal vez a un número superior de hombres o alguna clase de divertimiento estratégico que dé lugar a un asalto total. Esperarán que intentemos cogerlos desprevenidos. Por tanto, tenemos que hacer algo distinto de lo que esperan, antes de que comprendan lo que están viendo.

–¿Tiene sentido lo que dices, joven de las tierras altas? –inquirió Chandos, resoplando.

–Lo esencial es entrar y salir deprisa –prosiguió Morgan esbozando una leve sonrisa–. Cuanto más dure la operación, más peligrosa será. Ten paciencia conmigo, Chandos. Sólo quiero que comprendas el razonamiento que hay detrás de lo que voy a proponer. Tenemos que adivinar qué pueden hacer ellos para atraparnos si queremos adelantarnos a su plan y hallar el modo de eludirlo.

–Entonces, ¿estás seguro de que habrá una trampa? –preguntó el hombre corpulento, frotándose la barbilla cubierta de barba–. ¿Por qué no liquidan a Padishar y terminan de una vez? ¿O por qué no hacen con él lo que hicieron con Hirehone? –Dirigió una mirada rápida a Damson, que permanecía impasible.

–No estoy seguro de nada –respondió Morgan, apoyando una mano en el ancho hombro de Chandos–. Pero piensa en ello un momento. Si liquidaran a Padishar, perderían la oportunidad de capturarnos a todos los demás. Y nos quieren a todos, Chandos. Quieren acabar con los nacidos libres. –Se volvió hacia Damson–. Terminarán utilizando a Padishar como utilizaron a Hirehone, pero no lo harán enseguida. Primero, saben que eso es lo que esperamos que hagan. Si Padishar vuelve, ¿qué es lo primero que nos preguntaremos? Si es realmente Padishar... u otro de los Espectros. Segundo, saben que descubrimos el modo de averiguar la verdad acerca de Teel, y que podríamos hacer lo mismo con Padishar. Y tercero y más importante, poseemos la magia y ellos la quieren. Rimmer Dall ha perseguido a Par Ohmsford desde el principio y debe de tener algo que ver con su magia. Lo mismo ha hecho con Walker Boh y conmigo. –Se echó hacia delante–. Intentarán utilizar a Padishar para atraernos porque saben que no nos arriesgaremos a rescatarlo sin traer con nosotros la magia, que no nos enfrentaremos a la de ellos sin conjurar la nuestra. Ellos quieren esa magia... como quieren toda clase de magia, y ésta es su mejor oportunidad para obtenerla.

–Entonces ¿crees que es con Espectros con quienes vamos a enfrentarnos? –preguntó Chandos, frunciendo el entrecejo.

–Han sido los Espectros desde el principio –respondió Morgan, haciendo un gesto de asentimiento–. Teel, Hirehone, los Escaladores, Rimmer Dall, el Gnawl, la niña que Par encontró en la cresta de Toffer... allí adonde hemos ido, los Espectros nos estaban

esperando. Controlan la Federación así como el Consejo de Coalición; tienen que hacerlo. Por supuesto que tendremos que enfrentarnos con los Espectros.

–Expón tu plan –lo apremió Damson en voz baja.

–Se trata de volver a Tyrsis por los túneles, por el mismo camino que salió Damson –dijo Morgan, volviendo a recostarse cómodamente y cruzando los brazos–. Nos vestimos con uniformes de la Federación, como hizo Padishar en el Pozo. Entramos en la ciudad hasta la torre de defensa o las prisiones o dondequiera que tengan a Padishar. Entramos a plena luz del día y lo liberamos. Entramos por un lado y salimos por el otro, y lo hacemos todo en unos pocos minutos.

Chandos y Damson se quedaron mirándolo.

–¿Eso es todo? ¿Ése es todo el plan? –preguntó Chandos.

–Un momento –lo interrumpió Damson–. ¿Cómo vamos a volver a la ciudad por los túneles? No recuerdo el camino.

–Tú no –accedió Morgan–. Pero el Topo sí. –Respiró profundamente–. Este plan depende en gran medida de él. Y de que tú lo convenzas de que nos ayude. –Hizo una pausa, escudriñando los ojos verdes de la joven–. Tendrás que volver a entrar en la ciudad y encontrarlo, y luego volver a recorrer los túneles para mostrarnos el camino. Tendrás que averiguar dónde tienen encerrado a Padishar para que podamos ir directos hasta él. El Topo conoce todos los pasadizos secretos, todos los túneles que hay debajo de la ciudad de Tyrsis. Encontrará un camino para nosotros. Es la única posibilidad que tenemos... hacer lo que esperan que hagamos, pero no de la manera que han previsto.

–No sé, joven de las tierras altas –dijo Chandos, haciendo un gesto negativo–. Conocen a Damson y la estarán buscando.

–Pero el Topo sólo confía en ella –repuso Morgan, haciendo un gesto de asentimiento–. Ella tiene que ir delante. Yo iré con ella. –La miró–. ¿Qué dices tú, Damson Rhee?

–Creo que puedo hacerlo –dijo en voz baja–. Y que el Topo nos ayudará... si no lo han cogido ya. –Frunció el entrecejo, llena de dudas–. Deben de estar buscándolo por los mismos túneles por los que pasamos.

–Pero él los conoce mejor que los soldados –replicó Morgan–. Llevan semanas intentando capturarlo y no lo han conseguido. Sólo necesitamos unos días más. –Miró a la joven y luego al hombre corpulento–. No se nos va a presentar una oportunidad mejor. Tenemos que aprovecharla.

–¿Cuántos hombres vamos a necesitar? –preguntó Chandos, haciendo un gesto dubitativo.

–Dos docenas, no más.

–¡Dos docenas! –exclamó Chandos, mirándolo con los ojos muy abiertos–. Hay cinco mil soldados de la Federación acuartelados en Tyrsis, y quién sabe cuántos Espectros, joven de las tierras altas. ¡Dos docenas de hombres no tendrán nada que hacer!

–Más que doscientos... o dos mil, si pudiéramos reunir a tantos, lo cual no es el caso, ¿no? –El hombre corpulento apretó la mandíbula, poniéndose a la defensiva–. Chandos, cuantos menos hombres seamos, más posibilidades tendremos de escondernos. Buscarán algo más grande; lo estarán esperando. Pero ¿dos docenas de hombres? Podremos caer sobre ellos antes de que se den cuenta de quiénes somos. Podremos ocultar a dos docenas entre cinco mil mucho más fácilmente que a doscientos. Dos docenas es todo lo que necesitamos si llegamos lo bastante cerca.

–Tiene razón –dijo Damson de pronto–. Muchos hombres se oirán por los túneles, y no tendrán dónde esconderse en la ciudad. En cambio, podemos meter con sigilo a dos docenas y ocultarlos hasta el momento del asalto. –Miró a Morgan a los ojos–. Lo que no sé es si dos docenas bastarán para liberar a Padishar cuando llegue el momento.

–¿Por los Espectros? –inquirió Morgan, manteniendo la mirada.

–Exacto. Esta vez no tenemos a Par para ahuyentarlos.

–No –admitió Morgan–, pero me tienes a mí en su lugar. –Llevó la mano por encima del hombro y desenvainó la Espada de Leah, la sostuvo ante sí y la clavó en el suelo con un gesto teatral. Y allí se quedó, oscilando ligeramente, con su pulida superficie lisa y plateada reflejando destellos a la luz de las estrellas–. Y la tengo a ella –concluyó, señalando a la espada y mirándolos.

–Tu talismán –dijo Chandos sorprendido–. Creía que estaba rota.

–Se arregló en cuanto me dirigí al norte –repuso Morgan en voz baja, viendo el rostro de Despertar aparecer en su mente, para a continuación desvanecerse–. He recuperado la magia. Bastará para contener a los Espectros.

Damson los miró a uno y otro, confundida. Tal vez Par no le había hablado de la Espada de Leah. Tal vez no había tenido tiempo en su lucha por escapar de Tyrsis y alcanzar a los nacidos libres. Y nadie conocía a Despertar, salvo Walker Boh.

Morgan no tenía ningún interés en hablar de ello, y no lo intentó.

–¿Puedes reunir a los hombres? –preguntó a Chandos.

–Sí puedo, joven de las tierras altas –respondió el proscrito, clavando en él sus ojos negros–. Y veinte veces eso por Padishar Cesta. –Hizo una pausa–. Pero les estás pidiendo que confíen ciegamente en ti.

Morgan arrancó la espada del suelo y la envainó. A lo lejos, bordeando el risco, algunos proscritos patrullaban en la oscuridad. Detrás, junto a los árboles, ardían débilmente unas hogueras y el ruido metálico de los utensilios de cocina se oía cada vez más débil a medida que terminaban de cenar y se retiraban a acostar. Se encendieron pipas, puntos de luz sobre un fondo negro, como luciérnagas revoloteando al resguardo de los árboles. Las voces eran bajas y serenas.

–Si hubiera otra salida mejor, Chandos, la aceptaría de buen grado –dijo Morgan, mirando al proscrito y manteniendo su oscura mirada–. ¿Qué dices, sí o no?

–¿Qué dices tú? –preguntó Chandos a Damson, volviéndose hacia ella, y su pendiente de oro desprendió un destello al girar la cabeza.

La joven se echó hacia atrás el pelo con una expresión de determinación y los ojos brillantes de cólera y esperanza.

–Digo que tenemos que intentar algo o Padishar está perdido. –Su rostro se puso tenso–. Si fuéramos nosotros en vez de él, ¿no crees que iría?

–En tu caso ya lo hizo, ¿no? –respondió Chandos, frotándose los restos de su oreja llenos de cicatrices–. Somos unos necios rematados –murmuró sin dirigirse a nadie en particular–. Todos y cada uno de nosotros –Volvió a mirar a Morgan–. Está bien, joven de las tierras altas. Dos docenas de hombres, incluido yo. Los elegiré esta noche. –Se levantó con brusquedad–. Querrás partir enseguida, espero. A primera hora o en cuanto hayamos reunido las provisiones para el viaje. –Miró a Morgan con sorna–. ¿O pretendes que vivamos de la tierra, joven de las tierras altas?

Morgan y Damson se levantaron al mismo tiempo.

–Gracias, Chandos –dijo Morgan, tendiéndole la mano.

–¿Por qué? ¿Por aceptar el plan de un loco? –inquirió el hombre corpulento echándose a reír y estrechando la mano de Morgan–. ¿Sabes? Si esto funciona, seré yo quien te dé las gracias mil veces.

Hablando entre dientes se dirigió a las hogueras, llevando consigo su plato vacío y con la cabeza hundida en su pecho fornido. Morgan vio cómo se alejaba, pensando durante un breve instante en los momentos pasados y en los lugares y compañeros que había dejado atrás. Los recuerdos lo inundaron de pesar por lo que podría haber sido, e hicieron que se sintiera vacío y solo.

Sintió el hombro de Damson rozándole el brazo y se volvió hacia ella. Sus ojos esmeralda estaban pensativos.

–Puede que tenga razón –dijo la muchacha en voz baja–. Puede que seas un loco.

–Me has apoyado –respondió el joven de las tierras altas, haciendo un gesto de indiferencia.

–Quiero liberar a Padishar. Y tú eres el único que tiene un plan. –Arqueó una ceja–. Dime la verdad... ¿hay algo más en este plan de lo que nos has revelado?

–No mucho –respondió Morgan, esbozando una sonrisa–. Confío en ser capaz de improvisar sobre la marcha.

Ella no dijo nada; se limitó a estudiarlo un instante, y luego le cogió del brazo y lo condujo de vuelta bordeando el risco. Caminaron en silencio largo rato, yendo del borde del bosque al acantilado una y otra vez, respirando la fragancia de las flores silvestres y de la hierba que traía el viento procedente de los picos del otro lado. El viento era cálido y sedante. Levantó la cara hacia él, y le entraron deseos de cerrar los ojos y dejarse llevar por él.

–Háblame de tu espada –dijo la muchacha de pronto en voz muy baja. Él la miró fijamente, pero enseguida desvió la mirada–. Dime cómo se arregló... y por qué te duele tanto, Morgan. Porque te duele en cierto sentido, ¿verdad? Puedo verlo en tu mirada. Dime, quiero saberlo.

Él la creyó, y de pronto se dio cuenta de que necesitaba hablar de ello. Se dejó llevar hasta una roca de superficie lisa y, sentándose junto a ella en la oscuridad, los dos de cara al acantilado, empezó a hablar.

–Había una chica llamada Despertar –dijo pronunciando las palabras con voz gruesa y tensa. Hizo una pausa y respiró profundamente–. La quería mucho.

Confió en que ella no viera las lágrimas que acudieron a sus ojos.

Pasó la noche al borde del bosque envuelto en una manta, con el cuerpo pegado a las raíces de un viejo olmo y la cabeza apoyada en su capa de viaje enrollada. La cama improvisada resultó poco satisfactoria, y se despertó con el cuerpo entumecido y dolorido. Al sacudir las hojas y el polvo de la capa, se dio cuenta de que no había visto a Matty Roh desde la noche anterior, que no la había visto en realidad desde la cena, claro que había estado muy preocupado con su plan por rescatar a Padishar, su gran y maravilloso plan que, pensándolo bien a la tenue luz del amanecer, parecía bastante improvisado y decididamente insensato. Lo que la noche anterior le había parecido tan bien, esa mañana le parecía una locura.

Pero ya se había comprometido. Chandos habría empezado los preparativos para el viaje de vuelta a Tyrsis. No iba a ganar nada cuestionándolo.

Se estiró y se dirigió al pequeño arroyo que brotaba de las rocas que tenía a sus espaldas, adentrándose de nuevo en el bosque. El agua fría le ayudaría a despejarse y ahuyentar el sueño de sus ojos. Había hablado con Damson Rhee hasta mucho después de la medianoche. Le había contado todo sobre Despertar y el viaje al norte, a Eldwist. Ella le había escuchado en silencio y de alguna manera eso los había unido. Descubrió que ella le gustaba más, que confiaba en ella. Sus sospechas se habían desvanecido. Empezaba a comprender por qué Par Ohmsford y Padishar Cesta habían ido a rescatarla cuando la Federación la hizo prisionera, y se dijo que él habría hecho lo mismo.

Sin embargo, ella no le había contado todo sobre su relación con el joven del valle y el jefe de los proscritos. No tuvo reparos en admitir que estaba enamorada de Par, pero había algo más, algo que era anterior a sus sentimientos por el joven del valle, y que era la clave de lo que la había llevado a implicarse en el rescate de la Espada de Shannara. Morgan no estaba seguro de qué era, pero estaba allí en la trama de su historia, en la forma

en que hablaba de los dos hombres, en su firme convicción de que debía ayudarlos. Una o dos veces Morgan había estado a punto de descubrir lo que ocultaba, pero en cada ocasión la verdad se había escabullido.

En cualquier caso, se sentía mejor después de haber hablado con alguien de Despertar, de haber liberado parte de los sentimientos que había mantenido ocultos desde su regreso. Después de eso había dormido plácidamente junto a ese viejo árbol, tras dejar salir un poco del dolor que lo había atormentado durante tantas semanas.

Oyó el ruido del arroyo un poco más adelante, un leve murmullo en el silencio. Cruzó un claro y se abrió paso entre los matorrales hasta encontrarse de frente con Matty Roh.

Estaba sentada ante él en el borde del arroyo, con los pantalones enrollados y los pies desnudos y metidos en el agua. En cuanto apareció, la muchacha se volvió y cogió las botas. Los pies salieron del agua en un flash de piel blanca y desaparecieron casi inmediatamente en la sombra de su cuerpo. Pero por un instante él los vio con toda claridad, cubiertos de terribles cicatrices y con algunos dedos de menos o tan deformes que casi no se reconocían. El pelo negro le tembló con la rapidez de sus movimientos al darle la espalda.

–No me mires –dijo con voz áspera.

–Lo siento –se disculpó Morgan, dándose la vuelta–. No sabía que estabas aquí.

Tras un instante de vacilación, empezó a alejarse siguiendo el arroyo en dirección a las rocas, incapaz de apartar de su mente la imagen de aquellos pies.

–No tienes por qué irte –dijo la muchacha a sus espaldas, y Morgan se detuvo–. Sólo necesito un minuto.

Él esperó, mirando en dirección a los árboles, oyendo voces de vez en cuando al otro lado, una carcajada allí, un murmuro allá.

–Ya está –dijo Matty, y él se volvió de nuevo.

Estaba de pie junto al arroyo con los pantalones bajados y las botas puestas.

–Siento haberte hablado de ese modo.

–No era mi intención darte un susto –respondió Morgan, encogiéndose de hombros y acercándose a la muchacha–. Todavía estoy un poco dormido, supongo.

–No ha sido culpa tuya –respondió la muchacha, que parecía también incómoda.

Morgan se arrodilló junto al arroyo, y se lavó la cara y las manos con jabón, y se las secó con un trapo suave. No le habría venido mal tomar un baño, pero no había tiempo que perder. Era consciente de que la joven lo observaba, una sombra silenciosa a su lado.

Cuando terminó se volvió, inspirando el aire de la mañana. Advirtió el olor de las flores silvestres y de la hierba.

–Vas a ir a Tyrsis a rescatar a Padishar –dijo la muchacha de pronto–. Quiero ir contigo.

–¿Cómo te has enterado? –preguntó Morgan, sorprendido.

–Haciendo lo que me han enseñado a hacer: mantener los ojos y los oídos abiertos –respondió la muchacha, encogiéndose de hombros–. ¿Puedo ir?

Morgan se levantó y la miró de frente. Tenía los ojos a la misma altura que los suyos, y se sorprendió de lo alta que era.

–¿Por qué quieres hacerlo?

–Porque estoy cansada de esperar, de no hacer otra cosa que escuchar las conversaciones de los demás. –Su mirada reflejaba una firme resolución–. ¿Recuerdas nuestra conversación en el camino? ¿Recuerdas que te dije que esperaba que sucediera algo? Bueno, pues ha sucedido. Quiero ir contigo.

Él no estaba seguro de haber comprendido y, en cualquier caso, no sabía qué decir. Ya era bastante malo que Damson Rhee tuviera que ir con ellos. ¿Y ahora Matty Roh? ¿En

un viaje, tan peligroso como sin duda iba a ser ése?

–Me niego a creer que eres tan estúpido para preocuparte por mí –dijo la muchacha sin rodeos retrocediendo un paso y midiéndolo con la mirada–. El caso es que sé cuidar de mí misma mucho mejor de lo que lo harías tú. Llevo haciéndolo durante mucho más tiempo. Tal vez debas recordar cómo fueron las cosas en el Whistledown cuando intentaste cogerme.

–¡Eso no cuenta! –replicó Morgan, a la defensiva–. No estaba preparado...

–No lo estabas –lo interrumpió la joven–. Y eso es lo que nos diferencia, joven de las tierras altas. Tú no estás entrenado para estar preparado y yo sí. –Se acercó a él de nuevo–. Te diré algo más. Manejo la espada mejor que cualquiera de la banda de Padishar Cesta... y tal vez tan bien como él. Si no me crees, pregúntaselo a Chandos.

Morgan se fijó en sus penetrantes ojos color cobalto, en la fina línea de sus labios, en sus esbeltos hombros cuadrados y firmes echados hacia delante en actitud combativa, desafiante.

–Te creo –dijo el joven de las tierras altas, y lo dijo en serio.

–Además, me necesitas para que funcione tu plan –añadió ella sin modificar un ápice su actitud.

–¿Cómo conoces...?

–No eres tú quien debería ir a Tyrsis con Damson –lo interrumpió ella, haciendo caso omiso de su pregunta inacabada–, sino yo.

–¿... el plan? –terminó él, y su voz se fue apagando. Puso los brazos en jarra, frustrado–. ¿Por qué tú?

–Porque en mí no se fijarán y en ti sí. Se te ve demasiado, joven de las tierras altas. ¡Tienes todo el aspecto de ser lo que eres! Por otra parte, los de la Federación conocen tu cara y la mía no. Y si algo no saliera bien, no sabrías moverte por Tyrsis, y yo sí. He estado allí muchas veces. Y lo más importante, no buscarán a dos mujeres. Pasaremos por delante de ellos sin que nos vuelvan a mirar por segunda vez. –Le hizo frente de nuevo–. Dime si me equivoco –insistió desafiante.

–Supongo que no puedo –respondió Morgan, esbozando una sonrisa. Volvió su mirada hacia los árboles, esperando encontrar allí la respuesta que la joven le pedía. No fue así. Volvió a mirarla–. ¿Por qué no le preguntas a Chandos? Él es quien está al mando, no yo.

–No lo creo –respondió la joven, sin modificar su expresión–. Al menos no en este caso. –Hizo una pausa, esperando una respuesta–. ¿Y bien? ¿Puedo ir?

El joven de las tierras altas dio un suspiro, sintiéndose repentinamente cansado. Tal vez ella tuviera razón. Tal vez fuera una buena idea llevarla consigo. Su argumentación era convincente. Además, ¿no acababa de reconocer que el plan cojeaba? Tal vez Matty Roh era la pieza que faltaba.

–De acuerdo –accedió–. Puedes venir.

–Gracias. –La joven se dio media vuelta y se dirigió al campamento con la capa sobre un hombro.

–¡Pero ha de aprobarlo Chandos! –gritó a su espalda, todavía buscando una salida.

–¡Ya lo ha hecho! –respondió a gritos la joven–. Me dijo que te lo preguntara –concluyó Matty Roh, dedicándole una breve sonrisa por encima del hombro mientras desaparecía entre los árboles.

Chandos se mostró tenso y retraído durante el desayuno, y Morgan lo dejó tranquilo, sentándose junto a Damson Rhee. La larga mesa que ocupaban, estaba atestada de hombres bulliciosos, por lo que el joven de las tierras altas y la muchacha no intercambiaron muchas palabras, concentrándose en la comida y en la conversación que los rodeaba. Matty Roh

apareció brevemente y pasó junto a Morgan sin mirarlo, en dirección a otro lugar. Se detuvo el tiempo justo para decir algo a Chandos, que frunció el entrecejo. Morgan no oyó lo que le dijo, pero le fue fácil imaginar de qué se trataba.

Cuando terminó el desayuno, Chandos se puso de pie, ordenó a gritos a todos los que seguían sentados que se pusieran a trabajar e hizo un aparte con Damson y Morgan. Los llevó fuera del bosque, hasta el risco una vez más, y esperó a que no pudiera oírles nadie para hablar. Con expresión ceñuda les informó de que durante la noche había llegado a través de la red de los nacidos libres la noticia de que los elfos habían vuelto a las Tierras Occidentales. Esa noticia tenía varios días y no era del todo fiable, y quería saber qué pensaban Morgan y la joven.

–Creo que es posible –dijo Morgan enseguida–. Uno de los encargos recibidos por los Ohmsford era que los elfos regresaran a las Tierras Occidentales.

–Si ha regresado Paranor, también pueden haber vuelto los elfos –admitió Damson.

–Y eso significaría que todas las misiones han sido llevadas a cabo con éxito –añadió Morgan cada vez más excitado–. Chandos, tenemos que averiguar si es verdad.

–Supongo que querrás otra expedición... ¡como si no bastara con una! –respondió el hombre corpulento, frunciendo el entrecejo y dando un suspiro–. Está bien, enviaré a alguien para que lo verifique, un mensajero que les haga saber que tienen amigos en Callahorn. Si están allí, los encontraremos.

Añadió que había elegido a los hombres para el viaje a Tyrsis y que mientras hablaban, estaban reuniendo las provisiones y las armas. Todo estaría listo a media mañana y tan pronto como lo estuviera, partirían.

Al volverse para marcharse, Morgan le preguntó impulsivamente:

–Chandos, ¿qué piensas de Matty Roh?

–¿Qué pienso? –El hombre corpulento soltó una carcajada–. Creo que siempre consigue lo que se propone. Y también creo que más vale que te andes con cuidado con ella, joven de las tierras altas –concluyó Chandos mientras se alejaba.

Siguió andando hasta desaparecer entre los árboles, gritando órdenes a su paso.

–¿A qué venía eso? –preguntó Damson al joven de las tierras altas.

Morgan le contó su encuentro con Matty en Varfleet y su viaje hasta la Cuenca de los Aros de Fuego. Le explicó la insistencia de la joven en ser incluida en la partida para rescatar a Padishar. Preguntó a Damson si sabía algo de Matty Roh. Damson no sabía nada. Nunca había oído hablar de ella.

–Pero Matty tiene razón al decir que dos mujeres llamarían menos la atención –afirmó–. Si ha sido capaz de convenceros a los dos de que debe hacer este viaje, diría que será mejor que los dos os andéis con cuidado.

Morgan se fue a preparar lo que iba a necesitar para el viaje hacia el sur, se ciñó las armas y volvió al risco. Al cabo de una hora la compañía que había elegido Chandos estaba reunida y lista para partir. Era un grupo de hombres duros y competentes, y algunos de ellos habían luchado junto a Padishar contra los Escaladores en el Saliente. Varios reconocieron a Morgan y lo saludaron amistosamente con un gesto. Tras enviar a un hombre por delante para reconocer el terreno, Chandos se puso al frente del grupo, junto a Morgan, Damson y Matty Roh, y dejó la Cuenca de los Aros de Fuego en dirección a los llanos que se extendían al otro lado.

Caminaron durante todo el día; primero descendieron de los Dientes del Dragón hasta el río Rabb, y luego se dirigieron al sur a fin de cruzar el río y seguir hacia Varfleet. Avanzaban deprisa, sin detenerse en medio del calor y bajo el cielo claro y despejado; el Sol brillaba implacable, haciendo que el aire por encima de las polvorientas praderas brillara como el agua. Hicieron un alto a mediodía para comer, y otro a media tarde, y al anochecer habían llegado a los llanos que conducían al Valle de Pizarra. Dejando a unos

cuantos hombres de guardia, cenaron y después se retiraron a descansar. Morgan había caminado al lado de Damson durante el día, y se acostó cerca de ella por la noche. Aunque ella probablemente no necesitaba ni quería nada, él había adoptado una actitud protectora, diciéndose que si no podía hacer nada por Par o Coltar en ese momento, al menos podía cuidar de ella.

Matty Roh había permanecido callada la mayor parte del día, caminando lejos de todos, comiendo sola cuando se detenían a descansar, prefiriendo permanecer al margen. Nadie pareció sorprenderse de que los acompañara; nadie pareció cuestionar su presencia en el grupo. Varias veces Morgan pensó en hablar con ella, pero al ver la expresión de su cara y la deliberada distancia que había creado entre ella y los demás, cambió de opinión.

A medianoche, agitado por los sueños y por la expectativa de lo que los aguardaba, se despertó y salió del grupo de árboles bajo los cuales se habían cobijado para contemplar el cielo y los llanos a lo lejos. Matty Roh apareció de pronto junto a él. Silenciosa como un fantasma, permaneció de pie a su lado como si llevara todo el camino esperando hacerlo. Juntos contemplaron el cauce vacío del Rabb, estudiaron el contorno de la tierra a la pálida luz de las estrellas y respiraron el calor bochornoso del día, que todavía perduraba en la noche cada vez más fresca.

–El país donde nací se parecía a éste –dijo la muchacha al cabo de un rato con una voz remota–. Praderas llanas y vacías. Poca agua y mucho calor. Estaciones que podían ser duras y hermosas al mismo tiempo. –Sacudió la cabeza–. No como las tierras altas, supongo.

Morgan no dijo nada, limitándose a hacer un gesto de asentimiento. Una ráfaga de viento extraviada agitó el pelo negro de la joven. En algún lugar a lo lejos aulló un lobo y su aullido se perdió sin respuesta en el silencio.

–No sabes qué pensar de mí, ¿verdad?

–Supongo que no –respondió el joven de las tierras altas, encogiéndose de hombros–. Eres una persona poco transparente.

La sonrisa esbozada en respuesta apareció y desapareció en un instante. Los delicados rasgos de su rostro quedaban en la sombra, dándole una expresión descarnada a la tenue luz. Parecía tramar algo.

–Cuando tenía cinco años –dijo al cabo de un momento–, justo antes de cumplir seis, no mucho después de que muriera mi hermana, estaba jugando con mi hermano mayor en un campo cerca de la casa. Era un pastizal, y lo habían dejado sin cultivar ese año. En él había vacas pastando. Recuerdo que vi una de las vacas tendida de costado en un hoyo. Tenía un aspecto extraño, y me acerqué a ver qué le pasaba. La vaca me miró con los ojos muy abiertos y fijos, muy asustada. Parecía incapaz de emitir un mugido. Se estaba muriendo, con medio cuerpo fuera de una especie de pozo negro que yo no había visto nunca. Su cuerpo estaba siendo devorado.

»No sé por qué, pero quise verlo más de cerca –prosiguió, cruzando los brazos sobre su pecho, como si tuviera frío–. Me acerqué sin titubear y no me detuve hasta que estuve a unos metros de distancia. Debería de haber llamado a mi hermano, pero era pequeña y no se me ocurrió. Miré a la vaca, preguntándome qué le había ocurrido. Y de pronto sentí un ardor en la planta de los pies. Bajé la vista y vi que estaba de pie en el mismo barro en que la vaca había caído. El barro tenía vetas verdes y borboteaba, y me había devorado los zapatos. Me volví y eché a correr, llorando y pidiendo ayuda. Corrí con todas mis fuerzas, pero el dolor era más rápido. Me recorrió todos los pies. Recuerdo que bajé la vista y vi que me faltaban algunos dedos.

»Mi madre me lavó lo mejor que pudo, pero era demasiado tarde –continuó, estremeciéndose con el recuerdo–. La mitad de los dedos se me habían caído, y tenía los pies llenos de cicatrices y quemaduras, como si les hubiera prendido fuego. Tenía fiebre, y

estuve en cama dos semanas. Pensé que iba a morir, pero no fue así; conseguí sobrevivir. Ellos murieron en mi lugar. Todos.

»Pensé que después de lo de esta mañana debías saberlo –prosiguió, esbozando una amarga e irónica sonrisa–. No me gusta que la gente vea lo que me ocurrió. –Lo miró brevemente, y luego se volvió de nuevo–. Pero quería que lo comprendieras.

Permaneció con él un rato más, después le deseó buenas noches y desapareció entre los árboles. Morgan se quedó mirando largo rato hacia donde había desaparecido, pensando en lo que le había contado. Luego regresó al campamento y se envolvió en la manta, pero no pudo dormir. No podía dejar de pensar en Matty Roh.

Al amanecer reemprendieron la marcha como sombras a la tenue luz gris que salía por el este. Era un día nublado y hacia mediodía empezó a llover. El grupo avanzaba con dificultad por la colina boscosa situada al norte de Varfleet y el río Mermidón, siguiendo los Dientes del Dragón hacia el oeste. El rastreador regresó dos veces para comunicarles que se acercaban patrullas de la Federación, y se vieron obligados a ocultarse hasta que pasaron. La tierra estaba gris y brillaba bajo la lluvia, y no se cruzaron con nadie. Morgan caminaba al lado de Matty Roh, y no se separó de su lado durante todo el día. La muchacha no trató de desalentarlo ni se alejó de él. Hablaba poco, pero parecía sentirse cómoda en su compañía. Cuando hicieron un alto para almorzar, compartió con él la poca fruta que llevaba.

Al anochecer ya habían cruzado el río Mermidón y Tyrsis apareció ante su vista. La ciudad brillaba sombría desde lo alto del acantilado donde la contemplaban, al otro lado de los llanos. No había dejado de llover, y la tierra polvorienta se convirtió en barro. Damson y Matty Roh no intentaron entrar en la ciudad hasta la mañana siguiente, para poder mezclarse con los comerciantes que solían llegar durante el día de los pueblos de los alrededores. Chandos envió al rastreador para ver si podía enterarse de algo útil de los viajeros que entraban en la ciudad. El resto del grupo se ocultó en un bosquecillo de viejos arces, y descubrieron con disgusto que los trozos secos de suelo eran escasos y distantes entre sí.

Era casi medianoche cuando regresó el rastreador. Morgan seguía despierto, sentado con Chandos y Matty Roh escuchando a Damson su descripción de los túneles abiertos por debajo de Tyrsis y las prisiones de la Federación. El rastreador se inclinó y susurró algo a Chandos al oído. Éste se puso lívido. Lo despidió y se volvió hacia el joven de las tierras altas y las muchachas.

La Federación había anunciado su intención de ejecutar a Padishar Cesta. La ejecución sería pública y tendría lugar al mediodía del día siguiente.

Chandos se levantó y se alejó, haciendo un gesto de impotencia. Morgan permaneció sentado con Damson y Matty Roh en un silencio atónito. Se había equivocado en sus suposiciones. La Federación había decidido deshacerse de Padishar de una vez por todas. Al jefe de los proscritos le quedaban menos de dos días de vida.

Los ojos de Morgan se encontraron con los de Damson, y luego con los de Matty. Todos pensaban lo mismo. Fuera cual fuese el plan, tenía que funcionar a la primera.

12

El viento soplaba en la cara de Wren Elessedil, refrescándola en el calor del mediodía. Le agitaba el pelo cortado muy corto, y susurraba a su oído ahogando los demás ruidos. Soplaba con una cadencia que arrullaba y sosegaba a pesar de su ímpetu, que envolvía como una abrigada capa en una noche fría. Esbozando una sonrisa, cerró los ojos y se entregó a su abrazo.

Wren estaba sentada a horcajadas sobre *Espíritu,* el ruc gigante, y sobrevolaba los bosques de las Tierras Occidentales al sur y este de Arborlon, acercándose al río Mermidón por donde éste cruzaba el vasto pantano llamado La Mortaja y se adentraba en los llanos de Tirfíng. Tiger Ty iba sentado delante de ella, también a horcajadas sobre *Espíritu* donde el cuello se une a los hombros, justo delante de las grandes alas. Tanto el jinete alado como la reina elfa estaban firmemente sujetos al ave para no caer. El cielo estaba despejado y la luz del Sol bañaba en oro derretido todo el horizonte. Abajo, donde la tierra se extendía en un mosaico verde y marrón, hacía calor y humedad en los largos y lentos días de finales de verano, y todo parecía inmóvil. Pero allí, muy por encima del calor, donde soplaba sin cesar un viento helado, Wren volaba libremente por el espacio y el tiempo, sintiendo la sensación de huida que el vuelo inevitablemente suscitaba.

Abrió los ojos y esbozó una amarga sonrisa. Sin duda había pasado suficiente tiempo negándose a reconocer de una forma u otra esa sensación, pensó.

Hacía diez días que había regresado a las Cuatro Tierras. La pesadilla de Morrowindl había quedado atrás y empezaba a perderse en los recovecos de su memoria. Seguían atormentando sus sueños los monstruos que habían perseguido al pequeño grupo por las laderas de las abruptas montañas del Killeshan hacia las playas, los rostros de los que habían muerto en el intento, el miedo y la angustia que había sentido, la terrible sensación de pérdida que creía que nunca la abandonaría. Seguía despertándose de esos sueños temblorosa y fría a pesar del calor del verano, levantándose de la cama para caminar sola por los pasillos del palacio como un espíritu. Incluso ahora que había regresado al océano en esa terrible conflagración, Morrowindl le susurraba desde el pasado, desde su sepultura en el agua, y su voz no cesaba de recordarle cómo había llegado a donde estaba y a qué precio.

Pero no había tiempo para pensar en lo que había sido, porque las exigencias del presente lo eclipsaban todo. Ella era la reina de los elfos y se le había confiado la seguridad y bienestar de su pueblo. Ésa era la misión que Ellenroh le había encomendado y que ella había aceptado. Pero no todos los que estaban bajo su tutela confiaban en ella. No era fácil convencer a los elfos de que era ella quien debía guiarlos. Tras la primera oleada de euforia por haberse librado de Morrowindl y regresado a las Tierras Occidentales, empezaron a hacerse preguntas. ¿Quién era esa joven que se había proclamado reina... esa joven que ni siquiera era una elfa de pura sangre, sino un cruce de elfo y hombre? ¿Quién había decidido que ella debía conducirlos, gobernarlos y tomar decisiones que afectaran sus vidas? Se decía que era la nieta de Ellenroh, la hija de Alleyne, una descendiente de los Elessedil y la última que quedaba de ellos para gobernar. Pero también era una extraña, salida de la nada, desconocida y que no había sido puesta a prueba. ¿Quién era ella para ser reina?

Eton Shart y Barsimmon Oridio se encontraban entre los que seguían dudando: su primer ministro y el general de sus ejércitos, hombres que ella no podía permitirse perder. No se lo decían a la cara ni en público, pero su actitud distante era evidente. Habían servido largo tiempo y fielmente a Ellenroh, y no habían esperado perderla. Peor aún, no

habían esperado encontrar a alguien a quien apenas conocían ocupando su lugar. Sin duda una forastera y, para colmo, una niña. Wren comprendía su reticencia; también comprendía que debía encontrar una solución.

Los únicos que la apoyaban eran Triss y la Guardia Especial. Triss había huido con ella de Morrowindl, la había visto luchar con el poder de las piedras élficas negras contra los demonios que los perseguían y enfrentarse a la responsabilidad que había recaído sobre ella. Él la aceptaba como reina porque había estado presente cuando Ellenroh la había nombrado y le había exigido su juramento de lealtad. Triss la había declarado reina ante el Consejo Supremo, el ejército y, sobre todo, la Guardia Especial, a la que encomendó su protección. Dicha guardia, a diferencia de otros organismos del gobierno elfo, la había aceptado al instante y sin reservas. Después de perder a Ellenroh, estaban ahora totalmente entregados a su causa. Nada malo podía ocurrir a su reina, se habían prometido. Esa reina contaría con su protección. Ésa era la clase de apoyo que ella necesitaba desesperadamente, y Triss, como capitán de la Guardia Especial, se aseguró de que así fuera.

Sin embargo, el apoyo de la Guardia Especial no sería suficiente a la larga. Necesitaba ganarse al Consejo Supremo y al ejército si quería ser aceptada como reina. Eso significaba que necesitaba ganarse a Eton Shart y a Barsimmon Oridio, y no sabía cómo hacerlo. A pesar de los esfuerzos de Wren para convencerlos de las ventajas de aceptarla, ellos permanecían distantes e indiferentes, educados pero totalmente fríos. El tiempo se acababa. Hacía diez días que los elfos habían vuelto a las Tierras Occidentales y a esas alturas la Federación y los Espectros lo sabían. Durante más de un siglo la Federación había afirmado que los elfos eran la causa de la enfermedad que se había extendido por la tierra, y allí estaba por fin la oportunidad de enderezar las cosas. No importaba que se tratara de otro grupo de elfos, pensó Wren; la Federación difícilmente iba a preocuparse en hacer alguna distinción entre los buenos y los malos. Los eliminarían a todos, y listo.

De ahí que ella volara hacia el sur con Tiger Ty. El intento de eliminarlos ya había comenzado.

Tiger Ty tocó ligeramente el cuello de *Espíritu;* y el ruc reaccionó descendiendo hacia un risco frente al río. El ave descendió sin prisas, grácilmente, y en un momento estaban en una orilla cubierta de hierba junto a un bosque de árboles de hojas amplias. Wren se desató y bajó del ave, estirando los músculos entumecidos. Todavía no se había acostumbrado a montar los gigantes rucs, aunque ya lo había hecho varias veces desde su regreso. Los jinetes alados también habían empezado a regresar a las Tierras Occidentales, instalándose de nuevo en la vieja Ala Desplegada, al sur de las montañas Irrybis. Wren había ido a hablar con ellos para pedirles su apoyo, para advertirles del peligro que todos corrían si no detenían a los Espectros. Tiger Ty, un miembro respetado de la comunidad, había hablado en su defensa, añadiendo su propia opinión del carácter de la joven. Una joven con más coraje que doce de nosotros juntos, dijo. Una joven mordaz, pero astuta y con una mente rápida. Una chica que utilizaba la magia, pero lo hacía con precaución y respeto. Los elfos terrestres –y los jinetes alados– harían bien en apoyarla.

Wren esbozó una sonrisa al recordarlo. Los jinetes alados habían accedido a ayudarla. Casi treinta de ellos ya se habían instalado en Arborlon, y se habían convertido en parte de su ejército personal.

–¿Quieres comer algo? –preguntó Tiger Ty, acercándose a ella con su andar bamboleante, patizambo y larguirucho. Estaba tan canoso y moreno como siempre, pero había desaparecido su expresión ceñuda. Cuando hablaba con ella, había algo en su voz, algo que casi indicaba deferencia.

Wren hizo un gesto de asentimiento, y se sentó delante de él en la hierba. Aceptó un trozo de queso, una manzana y una jarra de cerveza que le sirvió de un odre. Cruzó las piernas y se disponía a dar un bocado al queso, cuando sintió un movimiento en el pecho.

Una cara peluda asomó entre su túnica y apareció *Fauno* olfateando con poca convicción el aire.

–¡Ja! Al jacarino no se le escapa nada, ¿eh? –bromeó Tiger Ty. Partió un trozo de queso y se lo dio a la pequeña criatura. *Fauno* lo cogió con cuidado, salió de la túnica de Wren y bajó a la hierba para comerlo.

–Le gustas –dijo Wren.

–¡Lo que demuestra que el jacarino es muy sensible! –respondió Tiger Ty, resoplando.

Comieron en silencio, y cuando terminaron se recostaron satisfechos, contemplando desde el risco el otro lado del río, donde los llanos de Tirfing se extendían en un ininterrumpido mar de hierba polvorienta.

–¿Cuánto falta? –preguntó Wren.

Tiger Ty se encogió de hombros.

–Otra hora como mucho –respondió–. Avanzaban muy deprisa cuando los vi.

El jinete alado en uno de sus vuelos de reconocimiento, había visto a un ejército de la Federación y eso había hecho salir a Wren de Arborlon a pesar de las protestas de Triss y de la Guardia Especial. A Wren le pareció que debía echar un vistazo al enemigo antes de presentar su plan al Consejo Supremo y sus escépticos miembros.

Bebió el último sorbo de su jarra apurando la cerveza. Si las cosas habían sido difíciles hasta ahora, tenía la impresión de que aún iban a ser mucho peor.

Volvieron a subir a lomos de *Espíritu,* se sujetaron bien los arreos y se elevaron adentrándose en el deslumbrante azul. *Fauno* iba dentro de la túnica de Wren, acurrucado cómodamente contra su cuerpo. *Espíritu* ganó altura, y a continuación empezó a planear a lo largo del serpenteante río Mermidón donde éste rodea La Mortaja. Una vez allí, abandonaron el curso del río y empezaron a sobrevolar las montañas Irrybis por donde bordean los llanos de Tirfing hacia el este. El tiempo pasaba deprisa, y al cabo de lo que pareció un momento Tiger Ty levantó el brazo y señaló hacia el sur.

Una enorme columna de polvo se elevaba en el sofocante calor estival sobre los llanos. Tiger Ty se volvió hacia Wren y la joven reina respondió haciendo un gesto de asentimiento.

El ejército de la Federación.

Continuaron hacia el sur, avanzando en paralelo al ejército, manteniéndose a la sombra de los acantilados. Tiger Ty dio media vuelta y sobrevoló el ejército con el Sol a su espalda. De esta forma no los verían. Hasta ahora nadie sabía nada de los jinetes alados. Wren había decidido que las cosas siguieran así.

Se dirigieron rápidamente hacia el sur, y cuando la columna de polvo quedó muy atrás, giraron hacia la izquierda a través de los llanos. Continuaron dando vueltas hasta que el Sol quedó justo detrás de ellos, y entonces giraron de nuevo hacia la columna de polvo. Se elevaron más que antes, tratando de permanecer a contraluz por si alguien miraba al cielo.

Unos minutos más tarde apareció ante sus ojos el ejército de la Federación.

Una mancha enorme y oscura que se extendía descontrolada sobre las praderas chamuscadas por el sol: tres compañías de fondo, una columna tras otra de soldados y jinetes vestidos de negro y rojo, enormes máquinas bélicas de hierro y madera, máquinas de sitio, carros y provisiones. El ejército parecía extenderse hasta el infinito, y el polvo que levantaba a su paso oscurecía todo a lo largo de varios kilómetros. A Wren se le cayó el alma a los pies al comprobar el gran número del ejército enemigo. Los elfos difícilmente podrían reunir una décima parte de los hombres que integraban el ejército de la Federación, y al parecer otros cinco mil soldados estaban acuartelados en Tyrsis. Si se veían obligados más adelante a hacer frente a ese ejército, los elfos serían aniquilados.

De eso se trataba, por supuesto, pensó Wren desolada.

Contó cuidadosamente las hileras, columnas y compañías mientras Tiger Ty conducía a *Espíritu* hacia las últimas filas del ejército, para a continuación alejarse con brusquedad en dirección sur una vez más, todavía a contraluz para protegerse. No hubo gritos ni brazos alzados abajo. Al parecer no los habían visto.

Les llevó casi el resto del día regresar, y Wren empleó ese tiempo para reflexionar sobre lo que se proponía decir esa noche ante el Consejo Supremo. Se sorprendió pensando en lo agradable que sería seguir volando hasta un lugar muy lejano donde no pudiera encontrarla la Federación. Pero no existía ese lugar, por supuesto. Porque aun en el caso de que la Federación no pudiera alcanzarla, los Espectros sí podían. Lo habían demostrado en Morrowindl. La enfermedad propagada por los Espectros estaba en todas partes, y nadie volvería a estar a salvo hasta que descubrieran el remedio.

Era casi de noche cuando volvió a aparecer ante sus ojos Arborlon, la ciudad natal de los elfos, todas las tonalidades del bosque, los puntales metálicos y las manchas de colores vivos de la ropa en medio del verdor. *Espíritu* sobrevoló el Arroyo Cantarín, con sus aguas azules convertidas en diamantes a la luz cada vez más tenue, y se posó delicadamente en los riscos cubiertos de hierba del Carolan. Wren apenas se había desatado y bajado de él, cuando la Guardia Especial, liderada por Triss, salió a su encuentro para comprobar que estaba a salvo. Ella hizo un ademán tranquilizador y los recibió esbozando una sonrisa.

–Ni una palabra de lo que hemos visto –susurró al oído de Tiger Ty–. Aún no.

–¿Hasta que te reúnas con el Consejo Supremo? –preguntó el jinete alado, clavando sus feroces ojos negros en los de la joven reina.

–Hasta entonces –respondió Wren, haciendo un gesto de asentimiento.

–No les va a gustar lo que tienes que decirles... claro que eso no es nada nuevo. ¡Son tozudos como mulas!

–Ya me conoces. Seguiré machacando –respondió la joven reina, esbozando una sonrisa breve y furtiva.

–¿Te reunirás con ellos esta noche? –preguntó Tiger Ty, haciendo una mueca.

–Seguramente dentro de una hora.

–¿Te importa que asista para ayudarte a machacar? No se me da mal.

–Gracias, Tiger Ty –respondió la joven reina, dirigiéndole una mirada llena de gratitud–. Los jinetes alados también deben estar representados. Desde luego que puedes asistir.

Se dio media vuelta, mientras Triss y el resto de la Guardia Especial se acercaban a ella, con una expresión de alivio reflejada en sus duros y curtidos rostros.

–¿Está bien, señora? –preguntó Triss en voz baja, con el saludo de costumbre. Todavía tenía costras y cardenales de la batalla con el Wisteron en Morrowindl, y llevaba el brazo izquierdo entablillado y en cabestrillo. Pero en su rostro delgado volvía a haber fuerza, y en sus ojos se reflejaban la confianza y la determinación. Había conseguido superar mejor que ella la experiencia de Morrowindl.

–Bien –respondió la reina, utilizando también su fórmula habitual–. Quiero que convoques a los miembros del Consejo Supremo, Triss. A todos, dentro de una hora.

–Sí, señora –respondió él, se volvió y desapareció por el otro lado del risco.

Wren dirigió un breve ademán a Tiger Ty y, a continuación, empezó a andar detrás de Triss en dirección a los Jardines de la Vida y el palacio de los Elessedil. En las calles bordeadas de árboles de la ciudad se encendían las luces a medida que las sombras se volvían más profundas y el aire se llenaba del apetitoso olor a comida. Buscó dentro de su túnica a *Fauno* y lo puso sobre el hombro mientras andaba. Respiró el aire del bosque, buscando más allá del olor a comida la fragancia de los árboles y la hierba. Del río llegó una brisa, fría y relajante, en el calor agonizante del día.

La Guardia Especial se desplegó a su alrededor. La acompañarían allá donde fuera, desapareciendo por completo con la oscuridad, protectores invisibles contra cualquier amenaza. Ella esbozó una sonrisa. Se preocupaban tanto por su seguridad cuando ella sabía cuidar de sí misma mucho mejor que ellos, estaba mejor entrenada y mejor equipada. Se creían necesarios, y ella no hacía nada por desmentirlo. Pero siempre sabía dónde estaban, podía sentir su presencia allí afuera velando por ella, aun en la noche más cerrada. Había sido entrenada desde niña para percibir tales cosas. Había tenido el mejor profesor.

Garth. Los recuerdos la asaltaron y se obligó a rechazarlos. Garth ya no estaba.

Llegó a la entrada de los Jardines de la Vida. Al verla acercarse, la Guardia Negra, encargada de proteger a Ellcrys, el árbol de la Prohibición, se puso en posición de firme. La siguieron con la mirada cuando pasó por su lado, pero ella no dio muestras de verlos. Entró en los jardines escuchando los chirridos de los insectos al despertarse en la oscuridad creciente, oliendo la fragancia de las flores y la hierba, más intensa allí, el fuerte olor de la tierra negra. Subió la colina hasta donde estaba Ellcrys y se detuvo delante. Lo hacía cada noche, como si se tratara de un ritual. A veces se limitaba a permanecer allí de pie, contemplándolo y reflexionando. A veces alargaba la mano y tocaba el árbol, como para hacerle saber que estaba allí. Estas visitas parecían renovar sus fuerzas, infundirle una nueva determinación para seguir adelante en la vida. La relación que tenía con el árbol, con la mujer que había sido, con la fuerza del compromiso incorporado a la historia de cómo había llegado a esa existencia, la sostenía. De carne y hueso a hojas y ramas, de mujer a árbol, de vida mortal a vida eterna.

En su hombro, *Fauno* se restregaba contra su cuello como para asegurarle que todo iba bien.

Un remedio para las Razas, se dijo cambiando de tema, aunque no de estado de ánimo, pensando de nuevo en el ejército que se aproximaba, en la amenaza de los Espectros a la que debía poner fin como fuera. Para conseguirlo no bastaban los elfos, lo sabía. Allanon se lo había dicho a los Ohmsford cuando los había enviado por separado para que llevaran a cabo sus cometidos: Par a encontrar la Espada de Shannara, Walker Boh, a los druidas y Paranor, y Wren a los elfos. ¿Habían triunfado Par y Walker como lo había hecho ella? ¿Se habían realizado ya todos los cometidos? Sabía que tenía que averiguarlo. Tenía que ponerse como fuera en contacto con los que se habían reunido en el Cuerno del Infierno. Por un lado debía averiguar qué había sido de ellos, y por otro informarles de lo que le había ocurrido a ella. Debía revelarles la verdad acerca de los Espectros, que eran elfos que habían recuperado la vieja magia de las hadas y habían sido corrompidos unos quinientos años atrás, como también lo habían sido el Señor de los Hechiceros y los Portadores de la Calavera. Cómo habían recuperado esa magia y cómo ésta los sostenía, seguía siendo un misterio. Pero esa información debían conocerla otros. Lo presentía. Hasta que no lo hiciera, el remedio de la enfermedad de los Espectros estaría fuera de su alcance.

¿Qué podían hacer? Algunos elfos ya habían salido de Arborlon hacia los remotos confines de las Tierras Occidentales para levantar nuevos asentamientos. Los granjeros habían empezado a asentarse en Sarandanon, el fértil valle que durante siglos había sido el granero de la nación elfa. Los tramperos y cazadores habían empezado a desplazarse hacia la Frontera Quebrada al norte, y hacia las montañas Espolón de Roca al sur. Los artesanos estaban impacientes por abrir nuevos mercados para sus mercancías. En todas partes se alzaban voces reclamando viejas haciendas y ciudades. Y lo más importante, los sanadores y sus acólitos habían recorrido las Tierras Occidentales en busca de los lugares en que la enfermedad era peor, en un intento de poner freno a su expansión, llevando consigo una tradición élfica que se remontaba al comienzo de los tiempos. Porque los elfos siempre habían sido sanadores, gente que creía formar una unidad con la tierra en la que habían

nacido, defensores de la teoría de que había que devolver algo al mundo que los sostenía. Si los sanadores gnomos de Storlock cuidaban a la gente que habitaba la tierra, los sanadores elfos se preocupaban, en cambio, de la tierra que alimentaba a la gente.

Pero ellos, junto con los granjeros, tramperos, cazadores, comerciantes y demás, estaban en peligro en las Tierras Occidentales, a menos que el ejército elfo los protegiera contra la amenaza exterior. Si la reina de los elfos no conseguía encontrar el modo de mantener a raya a la Federación el tiempo suficiente para poner fin a los Espectros...

Dejó suspendido el pensamiento, apartándose de Ellcrys, disgustada. Se requería tanto, y por mucho que lo intentara, no podía conseguirlo ella sola.

El cielo estaba veteado de escarlata por encima de los árboles que crecían al oeste, una mancha de color vivo que parecía sangre sobre el montañoso horizonte. O al menos ésa era la imagen que acudió a la mente de Wren Elessedil.

Tus recuerdos nunca te abandonan, ni siquiera los que querrías que lo hicieran, los que desearías que nunca hubieran existido, pensó.

Bajó de los jardines sin levantar los ojos del suelo que tenía ante sí. Se preguntó qué habría sido de *Stresa.* Hacía días que no veía al gatoespino. A diferencia de *Fauno, Stresa* se sentía más a gusto suelto y prefería los bosques a la ciudad. Se había instalado en alguna parte cerca de Arborlon y aparecía cuando menos lo esperabas, pero se negaba rotundamente a considerar la posibilidad de vivir con ella en la casa familiar de los Elessedil. *Stresa* estaba contento con su nuevo país, feliz con su vida solitaria, y le había prometido más de una vez que estaría allí cuando ella lo necesitara. El problema era que ella lo necesitaba más de lo que quería reconocer. Pero *Stresa* ya había hecho mucho por ella y ahora era feliz; no tenía derecho a exigirle nada más sólo para aliviar su propia inseguridad.

Sin embargo, la joven reina elfa lo echaba mucho de menos. *Stresa,* esa extraña e imprevisible criatura procedente del mundo que tanto había costado a los elfos, siempre sería su amigo.

Ya era de noche, el Sol había desaparecido por el oeste del horizonte, las estrellas eran puntitos de luz diseminados, la Luna, un arco cada vez más tenue sobre las copas de los árboles al este, y los ruidos de la noche eran débiles y sosegantes, impregnados con la promesa del sueño. Ojalá fuera ése su caso, pensó ella. Pero le iba a costar conciliar el sueño esta noche, más que nunca, porque debía reunirse con el Consejo Supremo y decidir el destino de los elfos. Y tal vez también el suyo.

Salió de los jardines, pasando una vez más por delante de la Guardia Negra, escuchando los ruidos claramente perceptibles de la Guardia Especial siguiéndola de cerca. A veces sentía deseos de volver a ser una niña vagabunda y nada más, empezar una nueva vida, lejos de todas las restricciones de su reinado, y recuperar la libertad. Renunciaría a ser reina. Renunciaría a las piedras élficas, esos tres talismanes azules que llevaba en la bolsa que colgaba de su cuello, símbolo de la magia que su madre le había legado, del poder que le habían hecho ejercer. Mudaría de vida como si se tratara de una piel vieja, y se convertiría en...

¿En qué? ¿En qué se convertiría?, se preguntó.

La verdad es que ya no lo sabía... tal vez porque ya no importaba.

Cuando apenas un cuarto de hora más tarde entró en las salas del Consejo Supremo, le esperaban aquellos a los que había convocado, sentados en torno a la mesa del Consejo que ella presidía. Entró seguida de Tiger Ty (había permanecido fuera hasta entonces, sin saber cómo iba a ser recibido si ella no estaba presente) y se dirigió directamente a su asiento en la cabecera de la mesa. Todos se levantaron en señal de respeto, pero ella les indicó de forma mecánica que se sentaran.

La estancia era grande y tenebrosa. Unas paredes altas de piedra y madera soportaban un techo en forma de estrella que consistía en enormes vigas de roble. El Consejo Supremo estaba dominado en el otro extremo por un estrado que soportaba el trono de los reyes y reinas elfos, y flanqueado por los estandartes de las casas elfas gobernantes y en el centro por la antigua mesa redonda de veintiuna sillas. A lo largo de cada pared había bancos que servían de asientos al público cuando se reunía el pleno del Consejo.

Esa noche estaban presentes seis miembros aparte de ella, el círculo interno del Consejo Supremo al completo. Triss estaba allí en calidad de capitán de la Guardia Especial; Eton Shart como primer ministro; Barsimmon Oridio como general de los ejércitos elfos; Perek Arundel como ministro de Comercio; Jalen Ruhl como ministro de Defensa Interior; y Fruaren Laurel como ministro de Sanidad. El único nuevo era Laurel, que había sido nombrada por recomendación del Consejo cuando Wren les dijo que quería un ministro que se ocupara exclusivamente de supervisar los esfuerzos de sanar las Tierras Occidentales elfas. Laurel se mostraba dispuesta a cooperar y era emprendedora, una mujer de mediana edad equilibrada y agradable; pero al igual que Wren, no había sido puesta a prueba. Ocupaba un lugar secundario a los ojos de los miembros del Consejo. A Wren le gustaba, pero no estaba segura de si podía contar con ella en caso de enfrentamiento.

Lo averiguaría esa noche.

Se levantó de su silla y permaneció frente al Consejo Supremo.

–He pedido al jinete alado Tiger Ty que esté presente en esta reunión del Consejo porque el tema concierne directamente a su pueblo. –Lo afirmó sin pedir aprobación. A continuación hizo señas al nudoso jinete alado, que permanecía de pie junto a la puerta, para que se acercara–. Siéntate aquí, por favor –dijo, ofreciéndole un asiento vacío junto a Fruaren Laurel.

Tiger Ty se sentó. La sala permaneció silenciosa mientras los reunidos esperaban a que Wren tomara la palabra. Las puertas estaban cerradas, vigiladas por la Guardia Especial por orden de Wren, y así debían permanecer hasta nueva orden. Ardían antorchas en soportes clavados en las paredes de piedra y en los puntales de las partes delantera y trasera de la sala. El humo se elevaba hacia el techo y se dispersaba en volutas en lo alto, dejando un débil gusto a cobre en el ambiente.

Wren se irguió. No se había molestado en cambiarse de ropa, decidiendo que no iba a hacer tal concesión a las normas de la etiqueta. Tendrían que aceptarla como era. Había dejado a *Fauno* en sus aposentos. Le habría gustado contar con la presencia de Cogline, o de Walker Boh o de alguno de los que habían permanecido a su lado en otro tiempo y que ahora estaban muertos o desperdigados, pero esperar ayuda de nadie era inútil. Si esa noche quería tener éxito en lo que se proponía, tendría que conseguirlo ella sola.

–Ministros, miembros del Consejo, amigos míos –empezó con voz mesurada y serena, mirándolos uno por uno a la cara–. Hemos recorrido un largo camino en las últimas semanas. Hemos visto operarse muchos cambios importantes en la vida del pueblo elfo. Ninguno de nosotros podría haber previsto lo que iba a ocurrir; tal vez a alguno nos habría gustado que las cosas hubieran tomado otro curso. Pero aquí estamos, y no hay vuelta atrás. Morrowindl ha quedado atrás para siempre, y las Cuatro Tierras se extienden ante nosotros. Hemos accedido a volver, y sabemos lo que nos espera: un enfrentamiento con la Federación, con los Espectros, con la magia terriblemente trastocada de los elfos, con nuestro pasado adelantado para convertirse en nuestro futuro. Sabíamos lo que nos esperaba y ahora tenemos que afrontarlo.

Hizo una pausa con la mirada fija.

–Ayer los jinetes alados vieron al ejército de la Federación que llegaba de lo más profundo de las Tierras Meridionales. Hoy he volado con Tiger Ty hasta el sur para verlo con mis propios ojos, y hemos encontrado al ejército en los llanos de Tirfing, a un día de

marcha por el Lago Myriam. El ejército es diez veces más numeroso que el nuestro y avanza con máquinas de guerra y de asedio y suministros suficientes para mantenerse otro mes. Avanza hacia el noroeste. Viene contra nosotros. Si tuviera que hacer un cálculo, diría que nos alcanzarán en unos diez días.

Se detuvo, esperando una reacción. Recorrió los rostros con la mirada.

–¿Diez veces más numeroso que el nuestro? –repitió Barsimmon Oridio con incredulidad–. ¿Hasta qué punto es exacto su cálculo, señora?

Wren ya lo había previsto. Contó en alto columna tras columna, compañía tras compañía, máquinas y carros, soldados a pie y jinetes, sin olvidar nada. Cuando terminó, el general de sus ejércitos estaba pálido.

–Un ejército de ese tamaño nos aniquilará –dijo Eton Shart en voz baja. Estaba tan sereno como siempre, con las manos entrelazadas ante él en la mesa y una expresión inescrutable.

–Si entablamos combate –corrigió Jalen Ruhl. El ministro de Defensa era menudo y encorvado, y su voz resonó como un trueno profundo en su estrecho pecho–. Las Tierras Occidentales son vastas.

–¿Está insinuando que nos escondamos? –preguntó Barsimmon Oridio, incrédulo.

–Escondernos no servirá de nada –intervino Eton Shart, cortante–. No podemos dejar la ciudad o entregar Ellcrys. Si Ellcrys es destruido, la Prohibición se vendrá abajo. Es preferible que muramos todos a que eso ocurra.

Hubo una larga pausa mientras los ministros se miraban unos a otros con recelo.

–Tal vez podamos hacer alguna clase de concesión –sugirió Perek Arundel, siempre dispuesto a llegar a un compromiso. Era atractivo en un sentido delicado y casi vanidoso, sin embargo era astuto y poseía una mente rápida–. Debe de haber algún modo de hacer las paces con el Consejo de Coalición.

–Ya se ha intentado antes –respondió Eton Shart, haciendo un gesto negativo–. El Consejo de Coalición está en manos de los Espectros. Cualquier compromiso pasará por la ocupación de las Tierras Occidentales y un pacto de servir a la Federación. Dudo que hayamos recorrido tanto camino desde Morrowindl para acabar así.

»¿Qué piensa usted, señora? –preguntó a continuación, mirando a Wren–. Estoy seguro de que ha sopesado por su cuenta la situación.

De nuevo estaba preparada.

–Creo que sólo tenemos dos opciones: o fortificamos Arborlon y esperamos a la llegada del ejército de la Federación o salimos a su encuentro con nuestro ejército.

–¿Salir a su encuentro? –Barsimmon Oridio estaba horrorizado. Cambió de postura en actitud hostil, arrugando su rostro envejecido–. Ha dicho que nos superaban diez veces en número. ¿Qué sentido tendría entablar batalla?

–Nos daría la ventaja de no dejar que sean ellos los que elijan la hora, el lugar y las circunstancias –replicó la reina. Seguía de pie en su lugar estratégico, que le permitía mirarlos desde arriba, y los obligaba a levantar la vista hacia ella–. Y no he dicho nada de entablar batalla.

De nuevo se produjo un opresivo silencio.

–Pero ha dicho... –dijo en tono de disculpa Barsimmon Oridio, ruborizándose.

–Ha hablado de salir a su encuentro, no de luchar contra ellos –lo interrumpió Eton Shart, echándose hacia delante ahora, interesado. Clavó su mirada en Wren–. Pero ¿qué haríamos una vez allí, señora?

–Acosarlos, confundirlos, atacarlos y salir corriendo. Lo que sea con tal de entretenerlos. Luchar contra ellos si tenemos posibilidad de causarles serias bajas, pero evitar cualquier confrontación directa que vayamos a perder.

–Entretenerlos –repitió el primer ministro, pensativo–. Pero tarde o temprano nos

alcanzarán... llegarán a Arborlon. Entonces, ¿qué?

–Sería mejor que nos dedicáramos a poner trampas, fortificar la ciudad y reunir provisiones –dijo Perek Arundel–. Si logramos contener a los demonios cuando Ellcrys fracasó hace dos siglos, también podemos contener a la Federación.

–Repasa la historia, Perek –respondió Barsimmon Oridio, profiriendo un gruñido y haciendo un gesto negativo–. Tomaron las puertas de la ciudad y nos invadieron. Si la joven Elegida no se hubiera transformado de nuevo en Ellcrys, habría sido nuestro fin. –Balanceó su cabeza con brusquedad–. Además, entonces teníamos aliados... no muchos, pero sí algunos, varios enanos y las Tropas Libres de la Legión.

–Tal vez volvamos a tenerlos –dijo Wren, atrayendo hacia sí todas las miradas–. Hay nacidos libres en las montañas del norte de Callahorn, un número considerable, los enanos oponen resistencia en las Tierras Orientales y las naciones trolls en el norte. Podríamos convencer a alguno de ellos para que nos ayudaran.

–Poco probable –repuso con semblante sombrío el general de sus ejércitos zanjando el asunto–. ¿Por qué iban a hacerlo?

Wren había llevado la discusión a donde ella quería: tenía al Consejo escuchándola y buscando una respuesta a lo que parecía un dilema sin solución.

–Porque les daremos un motivo, Bar –respondió la joven reina, irguiéndose. Utilizaba su apodo con familiaridad, como lo había hecho Ellenroh–. Porque les daremos algo que nunca les hemos dado antes. Unidad. Las Razas unidas contra sus enemigos en una causa común. Una oportunidad para destruir a los Espectros.

–Palabras, señora. ¿Qué significan? –dijo Eton Shart, esbozando una sonrisa.

Wren se enfrentó con su primer ministro. Era su mayor oponente en ese asunto. Tenía que ganarse su apoyo.

–Te diré lo que significan, Eton. Significan que por primera vez en varios siglos tenemos la oportunidad de vencer. –Hizo una pausa para subrayar sus palabras–. ¿Recuerdas lo que me movió a buscar a los elfos, primer ministro? Deja que te cuente una vez más la historia.

Y así lo hizo, toda entera, desde el viaje al Cuerno del Infierno y el fantasma de Allanon hasta la búsqueda de Morrowindl y Arborlon. Repitió los encargos que Allanon había hecho a los Ohmsford. No había enseñado a nadie las piedras élficas salvo a Triss, pero esta vez, al terminar el relato, las sacó a colación, luego las cogió y alargó la mano para mostrarlas.

–Éste es mi legado –dijo, moviendo la mano de cara en cara–. Yo no lo quería, no lo pedí, y más de una vez he deseado que desapareciera. Pero prometí a mi abuela que las utilizaría en defensa de los elfos y así lo haré. Magia contra magia. Los Espectros deben enfrentarse a mí y a cuantos convocó el fantasma de Allanon (algunos de ellos parientes míos), a todo aquel que está destinado a esgrimir la Espada de Shannara y el poder del druida. Creo que hemos recuperado todos los talismanes, no sólo las piedras élficas, sino todas las magias que temen los Espectros. Si podemos combinar el poder de todas y unir a los hombres y mujeres nacidos libres, a la Resistencia y tal vez a los trolls de las Tierras Septentrionales, tendremos la oportunidad que necesitamos para ganar esta batalla.

–Las condiciones que se requieren son muchas, señora –respondió Eton Shart, haciendo un gesto negativo.

–La vida está llena de condiciones, primer ministro –replicó la joven reina–. No hay nada garantizado ni asegurado, y menos para nosotros. Pero no olvides que los Espectros proceden de nosotros y que su magia es la nuestra. Nosotros los creamos. Nosotros les dimos vida a través de nuestros insensatos esfuerzos para recuperar algo que más valía dejar sepultado en el pasado. Nos guste o no, somos responsables. Ellenroh lo sabía cuando decidió que debíamos regresar a las Cuatro Tierras. Estamos aquí, primer ministro, para

enderezar las cosas. Estamos aquí para terminar lo que empezamos.

–¿Y usted va a guiarnos, por supuesto? –Puso suficiente énfasis en la pregunta para dejar claras sus dudas acerca de que ella tuviera la fuerza y la habilidad necesarias para hacerlo.

–Soy la reina –repuso en voz baja Wren, conteniendo su cólera.

–Pero es muy joven, señora –insistió Eton Shart, haciendo un gesto de asentimiento–. Y no hace mucho que gobierna. Debe esperar ciertas dudas de quienes llevamos más tiempo ayudando a gobernar.

–Lo que espero es tu apoyo, primer ministro.

–Sería necio brindar apoyo incondicional a cualquiera.

–Igual de necio que resistirse a reconocer que puede haber sabiduría en la juventud. Vayamos al grano.

El rostro insulso de Eton Shart se puso tenso. Hubo un cambio de postura generalizado alrededor de la mesa. Nadie lo miró. Estaba tan solo en esto como Wren.

–No estoy poniendo en duda su... –empezó.

–Sí lo haces, primer ministro –replicó Wren.

–Debe recordar que yo no estuve presente cuando la proclamaron reina, señora, y que...

–¡Basta! –gritó con furia Wren, sin molestarse en disimular su indignación–. Tienes razón, Eton Shart. No estabas allí. No estuviste allí para ver morir a Ellenroh Elessedil ni a Gavilán ni a Ow ni a Eowen Cerise. No estuviste allí para ver cómo Garth daba su vida por nosotros cuando nos enfrentamos al Wisteron. ¡No tuviste que ayudarle a morir como yo, porque si lo hubiera dejado vivir le habría condenado a convertirse en uno de los Espectros!

»Renuncié a todo para salvar a los elfos... mi pasado, mi libertad, mis amigos, todo –prosiguió Wren, tras realizar un gran esfuerzo para calmarse–. No me duele. Lo hice porque mi abuela me lo pidió, y yo la quería. Lo hice porque los elfos son mi pueblo, y aunque he permanecido lejos mucho tiempo, sigo siendo uno de ellos. Uno de vosotros, primer ministro. Y se acabó el justificarme. No tengo nada que explicar ni a ti ni a nadie, sea reina o no. Ellenroh me creyó, y con eso me basta; y eso debe bastaros a vosotros. No se hable más.

»Debemos ser amigos y aliados, primer ministro, si queremos tener alguna posibilidad contra la Federación y los Espectros –continuó, dejando caer pesadamente su mirada sobre Eton Shart–. Entre nosotros debe haber confianza, no recelo. No siempre será fácil, pero debemos intentar comprendernos. Debemos apoyarnos y darnos ánimos, no denigrarnos ni ridiculizarnos. En nuestras vidas no hay sitio para nada menos. Aunque tal vez no lo queramos, debemos aceptar que el destino ha decidido por nosotros.

Respiró hondo y miró a los demás.

–Como Ellenroh hizo en una ocasión –prosiguió, respirando profundamente y mirando a todos los miembros del Consejo–, os pido vuestro apoyo. Creo que debemos salir al encuentro del ejército de la Federación y hacerle frente como creamos oportuno. Creo que descubriremos que hay otros dispuestos a ayudarnos. Escondiéndonos no vamos a ganar nada. Lo que espera de nosotros la Federación es precisamente que nos aislemos. No debemos darles la satisfacción de encontrarnos asustados y solos. Somos el pueblo más antiguo de la Tierra y debemos hacer nuestro papel. Debemos liderar a las demás Razas, más jóvenes. Infundirles esperanza.

»¿Quién está conmigo? –preguntó, paseando su mirada por los asistentes.

Triss se levantó al instante. Tiger Ty lo imitó, visiblemente incómodo. A continuación Fruaren Laurel, que no había dicho una palabra en todo el tiempo, sorprendió gratamente a Wren levantándose también.

Wren esperó. Cuatro se habían levantado y otros cuatro permanecían sentados. De los cuatro de pie, sólo tres eran miembros del Consejo Supremo, porque Tiger Ty era un simple emisario de su pueblo. Si no cambiaba algo, Wren no contaría con el apoyo necesario.

Se volvió hacia Eton Shart y le tendió la mano en un gesto conciliador y desafiante al mismo tiempo. Él la miró sorprendido y con una mirada interrogante. Vaciló un instante sin saber qué hacer, luego aceptó su mano y se levantó.

–Señora –dijo con una reverencia–. Como bien dice, debemos permanecer unidos.

–Más vale un gallo de pelea que un pollo desplumado –gruñó, Barsimmon Oridio levantándose también. Hizo un gesto de resignación y luego miró a Wren con algo próximo a la admiración en sus ojos envejecidos–. Su abuela nos habría aconsejado lo mismo, señora.

Jalen Ruhl y Perek Arundel se levantaron de mala gana, intercambiando una mirada de impotencia. No estaban convencidos, pero no querían quedarse solos frente a ella. Wren hizo un gesto de asentimiento. Se conformaría con lo que consiguiera.

–Gracias –dijo en voz baja. Estrechó la mano de Eton Shart y la soltó–. Gracias a todos. Recordemos en el futuro el compromiso que hemos adquirido esta noche. No olvidemos que debemos permitir que la fe y la confianza mutua nos sostengan.

Miró alrededor de la mesa, con todas las caras, todos los ojos clavados en ella. Al menos en ese instante había conseguido imponer su criterio y era realmente su reina.

13

Walker Boh dedicó dos días a reflexionar antes de volver a intentar escapar de los Espectros que habían sitiado Paranor.

Tal vez no debería haberlo hecho entonces siquiera, pero se sorprendió sumido en un peligroso estado de ánimo. Cuanto más pensaba en las distintas formas de huir, más le parecía que necesitaba reflexionar. Cada plan tenía sus inconvenientes, y cada inconveniente era ampliado para ser examinado minuciosamente. Nada de lo que se le ocurría parecía idóneo, y cuanto más se esforzaba en descubrir un método infalible para escapar, más dudaba de sí mismo. Por fin comprendió que si continuaba así, perdería la confianza en sí mismo y terminaría siendo incapaz de actuar.

Temía que todo formara parte del juego que los Espectros le obligaban a seguir.

Su primer encuentro con los cuatro jinetes lo había dejado derrotado físicamente, pero no eran esas heridas las que le preocupaban, sino los daños psicológicos que se negaban a sanar, que permanecían dentro de él como una fiebre. Walker Boh siempre había controlado su vida, capaz de manipular cuanto ocurría a su alrededor y de mantener a raya cualquier intrusión. Lo había conseguido en gran medida aislándose en los confines conocidos de la Cuenca Tenebrosa, donde los peligros a los que debía enfrentarse y los problemas que debía resolver eran conocidos y entraban en el ámbito de sus grandes capacidades. Disponía de la magia, y de una inteligencia y perspicacia extraordinarias, además de otras habilidades que iban desde las intuitivas hasta las adquiridas, todas ellas muy superiores a las de aquellos contra los que había decidido dirigirlas.

Pero eso había cambiado. Había cruzado la Cuenca Tenebrosa y salido al mundo exterior. Ése era su hogar ahora que la casa de campo de la Chimenea de Piedra había sido reducida a cenizas y la vida que había conocido había quedado sepultada en otra época. Había recorrido un camino que había alterado tanto su existencia como la muerte. Había aceptado el encargo de Allanon y no había cejado hasta cumplirlo. Había recuperado la piedra élfica negra y Paranor, y se había convertido en el primero de los nuevos druidas. Era alguien muy diferente de la persona que había sido apenas unas semanas atrás. Y ese cambio lo había dotado de nueva perspicacia, fuerza, conocimientos y poder. Pero también lo había expuesto a nuevas responsabilidades, expectativas, desafíos y enemigos. Y aún ignoraba si los primeros bastarían para derrotar a los segundos. De momento al menos, el asunto estaba sin resolver. Walker Boh podía caer y estar perdido para siempre... o encontrar la manera de recuperar la seguridad. Era un hombre suspendido en un precipicio.

Los Espectros lo sabían. Habían ido tras él tan pronto como se enteraron del regreso de Paranor. Walker todavía era un niño en su papel de druida y, por tanto, más vulnerable. Asediarlo, frustrarlo, desviar su desarrollo, acabar con su vida si era posible, pero incapacitarlo a toda costa... ése era el plan.

Y el plan estaba funcionando. Walker había vuelto a Paranor tras su primer intento fallido de huida, consciente de varias verdades muy desagradables. Primero, no tenía suficiente poder para vencer en una confrontación directa. Los cuatro jinetes estaban a su altura si no por encima, y su magia rivalizaba con la suya. Segundo, no podía pasar por su lado inadvertido. Tercero, y lo peor de todo, los Espectros tenían más experiencia que él... y no le temían. Habían ido a buscarlo. Lo habían hecho abiertamente, sin subterfugios. Lo habían desafiado, incitándolo a salir a luchar con ellos. Daban vueltas alrededor de Paranor, desdeñando abiertamente lo que él pudiera hacer. Estaba prisionero en su propio castillo, obligado a trazar un plan que le permitiera huir, y los cuatro jinetes parecían convencidos de que no lo conseguiría. Y tenía que admitir que quizá tuvieran razón.

–Estás dando demasiadas vueltas al asunto –dijo Cogline al encontrarlo de nuevo en las murallas contemplando cómo los Espectros describían un círculo. Estaba demacrado y pálido, harapiento y agotado–. Mírate, Walker. Apenas duermes, no prestas atención a tu aspecto... no te has bañado desde que volviste, no comes. –El anciano se frotó con una frágil mano la barbilla cubierta de pelos–. Piensa, Walker. Eso es justo lo que quieren. ¡Te temen! Si no fuera así, forzarían las puertas y listo. Pero no será necesario si consiguen que pierdas la confianza en ti mismo, que se apodere de ti el pánico y dejes a un lado la cautela y la resolución que tan lejos te han llevado. Si eso ocurre habrán ganado. Creen que tarde o temprano cometerás un error, y entonces te tendrán.

Eran las frases más largas que Cogline había pronunciado desde su vuelta. Walker lo miró y vio un rostro envejecido y curtido, un cuerpo enjuto, con los brazos y piernas sobresaliendo como postes de las ropas. Cogline lo había acogido con palabras de aliento, pero después se había mostrado distante y hermético..., como unos días antes del primer intento de huida de Walker. Algo le ocurría, un problema personal, pero entonces, como ahora, Walker había estado demasiado absorto en sus problemas para perder el tiempo en averiguar de qué se trataba.

Sin embargo, permitió que el anciano lo llevara de los parapetos al Alcázar, donde le esperaba una comida caliente. Comió sin entusiasmo, bebió un poco de cerveza y decidió que tomar un baño era, después de todo, una buena idea. Se sumergió en el agua humeante y dejó que lo lavara por dentro y por fuera, sintiendo cómo el calor sosegaba y relajaba su cuerpo y su mente. Rumor le hizo compañía, acurrucado contra el lado de la bañera como si quisiera compartir el calor. Mientras se secaba y vestía, reflexionó sobre la extraordinaria calma del gato del páramo, la actitud que todos los gatos adoptaban al contemplar el mundo que los rodeaba, considerándolo a su manera particular e impenetrable. No le vendría mal un poco de esa calma, se dijo.

Luego sus pensamientos cambiaron bruscamente.

¿Qué le ocurría a Cogline?

Dejó atrás sus problemas con el agua caliente y salió en busca del anciano. Lo encontró en la biblioteca, leyendo una vez más la *Historia de los druidas.* Cogline levantó la vista al verlo entrar, y quedó sorprendido no sabiendo si por su aspecto o por lo que éste daba a entender.

–¿Qué te preocupa, anciano? –le preguntó Walker en voz baja, sentándose a su lado en un banco labrado, apoyando una mano en su delgado hombro en un gesto tranquilizador–. Veo la preocupación en tus ojos. Dime.

–Estoy preocupado por ti, Walker –respondió Cogline, encogiéndose de hombros de forma exagerada–. Sé lo extraño que todo te parece desde que... bueno, desde que empezó todo esto. No es fácil. Sigo pensando en que debe haber algo que yo pueda hacer para ayudar.

Walker desvió la mirada. *Desde la piedra élfica negra,* pensó. *Desde que Allanon se ha convertido en parte de mí mismo, desde que entró en mí con lo que quedaba de magia para mantener a salvo Paranor hasta el regreso de los druidas. Extraño difícilmente lo describe.*

–No tienes por qué preocuparte por mí –respondió Walker, esbozando una sonrisa irónica. *Al menos no por eso.* La lucha entre el pasado y el presente había cesado al asimilarse ambas, y las vidas y la sabiduría de los druidas le pertenecían. Pensó en cómo la magia lo había removido por dentro quemando defensas hasta no poder hacer nada salvo reconocerla como suya.

–Walker. –Cogline lo miraba fijamente–. Dudo que Allanon te hubiera hecho pasar por esto si no hubiese estado convencido de que ibas a contar con el suficiente poder para enfrentarte a los Espectros.

–Tienes más fe que yo.

–Siempre la he tenido, Walker –respondió Cogline, haciendo un solemne gesto de asentimiento–. ¿No lo sabías? Pero mi fe será la tuya algún día. Sólo es cuestión de tiempo. A mí se me ha dado ese tiempo y lo he utilizado para aprender. Hace mucho tiempo que estoy en este mundo, Walker. Mucho. La fe es parte de lo que me da fuerzas para continuar.

–Yo creía en mí –dijo Walker, retirando la mano–. Creía en mí cuando sabía quién era y qué era. Pero eso ha cambiado, anciano. Soy otro completamente distinto, y se me está pidiendo que crea en un extraño. Es duro.

–Sí –respondió Cogline, haciendo un gesto de asentimiento–. Pero ocurrirá... si le das tiempo.

–Si tengo tiempo que dar –concluyó Walker Boh.

Salió de nuevo. Rumor lo seguía, una sombra negra deslizándose de un cono de luz a otro en la penumbra, balanceando de forma rítmica la cabeza, moviendo la cola. Walker advirtió su presencia al tiempo que sus pensamientos se concentraban de nuevo en los Espectros que estaban afuera.

Tenía que haber una forma...

La fuerza sola no bastaba. El poder de la magia del druida era asombroso, pero nunca había bastado por sí mismo, ni siquiera a los druidas que habían ido y venido. También se necesitaban conocimientos, astucia, resolución, ser imprevisible. Esto último sobre todo, quizás... algo imponderable que distinguía a los supervivientes. ¿Tenía todo eso él?, se preguntó. ¿Qué tenía, aparte de lo que le había dado la magia del druida, que pudiera invocar ahora? Había partido del hecho de que nada de lo que pudieran hacerle los druidas cambiaría lo que él era. Pero ¿era así? Y si lo era, ¿a qué parte de sí mismo podía invocar ahora que le permitiera creer una vez más en sí mismo?

¿Acaso no era ésa la clave de todo? ¿Que creyera lo bastante en sí mismo para no desesperar?

Volvió a las almenas seguido de Rumor. Era una noche despejada y llena de estrellas, y el aire olía a limpio y a fresco. Respiró profundamente mientras caminaba por las murallas, sin mirar hacia lo que le esperaba abajo, dando rienda suelta a sus pensamientos. Se sorprendió pensando en Despertar, la hija del Rey del Río Plateado, la elemental que había dado todo para restaurar la vida en una tierra de piedra, para dar a la tierra la oportunidad de sanar. Visualizó su rostro y escuchó su voz. Recordó lo poco que pesaba la última vez que la había llevado en brazos hasta el borde de Eldwist, la sensación de firmeza, de poder, que había emanado de ella. Muriendo estaba cumpliendo su promesa. Era lo que había elegido. Pero antes de morir, le había legado parte de su vida, una sensación de determinación y de necesidad, la decisión de hacer en vida lo que ella sólo podría hacer en la muerte.

Se detuvo y miró a la noche. Cuánto camino había recorrido, pensó realmente sorprendido. Y qué largo había sido el viaje. Todo para llegar a ese punto, para llegar a ese lugar y a ese momento.

Hizo una pausa en sus divagaciones y miró hacia las agujas, muros y torres del Alcázar que se alzaba ante él, elevándose oscuro en la oscuridad. ¿Era así como se suponía que su vida debía terminar?, se preguntó. ¿Era allí donde el viaje terminaba por fin?

Si así era, había sido una lucha sin sentido.

Se volvió y miró por encima del muro. Uno de los jinetes pasaba justo por debajo, una débil luminiscencia contra la oscuridad. Muerte, pensó, pero no podía asegurarlo. En cualquier caso, lo mismo daba. Nombres aparte, y sin tener en cuenta las identidades, todos eran la Muerte de una forma u otra. Espectros asesinos sin otra finalidad y propósito que su capacidad de destruir. ¿Por qué habían consentido en convertirse en eso? ¿Qué habían

logrado con ello?

Observó al jinete desaparecer y esperó al siguiente. Patrullarían toda la noche y al amanecer se reunirían una vez más ante las puertas para desafiarlo de nuevo...

Se contuvo. Todos juntos, ante las puertas.

De pronto se animó. ¿Y si respondía a ese desafío?

Se volvió con una expresión grave y bajó de las almenas en busca de Cogline.

Llegó el amanecer y el cielo adquirió por el este un color plateado que anunciaba niebla y calor. No corría el aire y hacía calor incluso a esas tempranas horas, un recordatorio del bochorno del día anterior, una promesa de que el verano no iba a ceder fácilmente paso al otoño. Los pájaros lanzaban sus llamadas con tonos abruptos y cansinos, como si no quisieran anunciar el comienzo de la mañana.

Los cuatro jinetes estaban reunidos frente a las puertas, colocados en fila sobre sus horribles monturas. Éstas, distraídas, clavaban sus garras en el suelo, mientras los jinetes permanecían en silencio ante los altos muros de Paranor, Espectros sin voz, vidas sin equilibrio. Al asomar la luz por las puntas de los Dientes del Dragón, Guerra acució su monstruosa montura hacia delante, levantó su mano armada y golpeó la puerta con un ruido sordo. El sonido reverberó en el silencio que siguió, un eco que se perdió entre los árboles y la media luz. La puerta se estremeció y se quedó quieta.

Guerra se dispuso a dar media vuelta.

Walker Boh esperaba fuera de los muros. Había salido por una puerta oculta en una torre a apenas quince metros de distancia. Su magia lo había cubierto con un manto de invisibilidad al encerrarle en el tacto, aspecto y olor de una roca antigua, de modo que parecía una parte más de Paranor. No lo habían buscado. Aunque lo hubieran hecho, no lo habrían descubierto.

Levantó su brazo sano, conjurada ya la magia y reunida en su interior hasta estar candente, y la arrojó por el aire contra los Espectros.

La magia estalló al estrellarse con Guerra y cortó en dos al Espectro desprevenido. Su montura se desbocó, con las piernas y la parte inferior del torso de Guerra todavía aferrados a ella, y desapareció.

Walker volvió al ataque, y la magia se precipitó contra los tres restantes y los sorprendió amontonados y completamente desprevenidos. Estalló el fuego en todas partes, engulléndolos. Las monstruosas monturas retrocedieron y dieron zarpazos, girando sobre sí mismas en un intento por escapar. Walker lanzó el fuego a los ojos para cegarlos, a las fosas nasales para que no pudieran oler, de modo que tuvieran los sentidos obstruidos y enloquecieran. Los Espectros chocaron unos con otros, ciegos y confusos.

¡Los tengo!, pensó Walker eufórico.

Las fuerzas lo abandonaban a toda prisa, pero no se detuvo. Dejó caer el manto de la invisibilidad, conservando todo lo que pudo de sí mismo, y volvió al ataque, transformando la magia en fuego y haciendo que el fuego aniquilara. Uno de los jinetes se liberó, echando vaho y escupiendo como ascuas sacudidas por una bota. Era Peste, su extraño cuerpo dividido en un zumbante enjambre de oscuridad, toda su forma y definición perdidas. Hambre había sido derribado, y tanto la montura como el jinete se retorcían en el suelo en un esfuerzo desesperado por apagar las llamas que los devoraban. Muerte empezó a girar sobre sí misma sin control, de forma frenética.

Luego ocurrió lo imposible. Guerra regresó a través del humo y las llamas de donde había sido arrojado, magullado y hecho una ruina, y reapareció encima de su horrible montura.

Pero Guerra volvía a estar entera.

Walker lo miró con incredulidad. Había cortado al jinete por la mitad y había visto

desprenderse de él la parte superior del cuerpo, y ahora Guerra volvía a estar entera, como si no hubiera ocurrido nada.

Embistió a Walker salvando la distancia que los separaba, con el cuerpo bajo la armadura echado ansioso hacia delante y el metal brillando a la trémula luz del amanecer. Walker oyó el estruendo de las patas garras, la respiración jadeante, el chirrido de la armadura y el silbido del aire precediéndola.

¡No podía ser!

Walker desplazó instintivamente la magia para hacer frente al ataque, reuniéndola en un último estallido. Alcanzó al jinete y su montura en un torbellino de fuego, y los arrojó al otro lado del sendero que bordeaba el castillo y por entre los árboles, donde desaparecieron con estrépito.

Pero no había tiempo para continuar el ataque. Los demás jinetes se habían recobrado y Muerte se precipitó sobre él, con la capa gris y la capucha baja, y la reluciente guadaña bajada. La seguía Peste, silbando como un saco lleno de serpientes mientras su cuerpo iba tomando forma. Walker cortó las patas de la montura de Muerte por abajo y se desplomaron. Pero Peste estaba casi encima de él. Se apartó de un salto, rápido como un felino, pero los dedos alargados del jinete lo rozaron al pasar.

Al instante, una oleada de náuseas recorrió a Walker. Cayó de rodillas, debilitado y aturdido. ¡Había bastado un roce! Se volvió para seguir los pasos de Peste y envió una nueva lluvia de fuego a la oscura espalda del Espectro. Peste se desintegró en un enjambre de moscas negras.

Todo parecía detenerse para Walker Boh. Observó a Hambre acercarse corriendo con torpeza, tambaleante. Trató de reaccionar, pero sintió que las fuerzas le habían abandonado. Era consciente de que el día comenzaba, de la nueva luz del día que brillaba cada vez más por el este del horizonte, difuminándose en gruesas y almibaradas franjas entre los ropajes colgantes de la noche que se retiraba despacio. Sentía el aire, podía saborearlo y olerlo; percibía los aromas de las nuevas hojas y de la hierba mezclados con el polvo y el calor. Paranor era una monstruosa sombra de piedra a su lado, lo bastante próxima para tocarla y, sin embargo, increíblemente lejana.

No debió dejar caer su manto de invisibilidad. Había perdido toda la ventaja.

Arrojó a Hambre lanzas de fuego y desplazó el ataque a un lado, y el cuerpo esquelético del jinete se encorvó y se desintegró de golpe.

Muerto, pero no de verdad, pensó Walker, sintiéndose febril y ardiendo.

Los jinetes volvieron en tropel de todas partes, y sus monturas se levantaron y se reunieron con ellos. ¿Por qué no morían? ¿Cómo podían continuar? Las preguntas rodaban espesas por su lengua, y de pronto se dio cuenta de que las estaba pronunciando en alto, sumido en una especie de delirio. Se sentía muy débil mientras retrocedía tambaleante hacia el muro, haciendo acopio de fuerzas para enfrentarse a la nueva acometida. Su plan estaba fracasando. Había calculado mal. Pero ¿qué podía hacer?

Levantó el brazo y arrojó fuego en todas direcciones, esparciéndolo entre los asaltantes en un esfuerzo desesperado por ahuyentarlos. Pero en su asalto inicial había agotado las fuerzas, robadas por Peste. La magia a duras penas lograba contener a los Espectros, que la atravesaron y siguieron adelante. Guerra le arrojó un mazo de bordes irregulares y él observó, incapaz de moverse, cómo se precipitaba hacia él. En el último momento invocó la magia suficiente para desviarlo, pero así y todo el hierro le asestó de refilón un golpe que le hizo echarse con fuerza hacia atrás, contra el muro de Paranor, y lo dejó sin aliento.

El golpe le salvó la vida.

Aferrado a la piedra del muro de Paranor para no caer, encontró el reborde de la puerta oculta. Por un instante se le despejó la mente, y recordó que se había dejado una

salida por si las cosas no iban bien. Lo había olvidado en el furor de la lucha, presa de la fiebre y del delirio. Era su última esperanza. Los cuatro jinetes lo cercaban a una velocidad increíble. Atontado y cubierto de sangre, recorrió con los dedos el borde de la puerta oculta. ¡Si tuviera dos manos y dos brazos! ¡Si estuviera entero! La idea permaneció allí un instante y se fue, y la desesperación que la provocó desapareció con su furia.

Oyó a sus espaldas un ruido de metal y garras.

Cerró la mano alrededor del picaporte.

La puerta se abrió hacia dentro arrastrándolo consigo, un montón informe de ropa. Mientras lo hacía, arrojó hacia el espacio que dejaba tras de sí lanzas de fuego tan afiladas como cuchillas. Las oyó clavarse en sus perseguidores y le pareció oír gritar a los Espectros en alguna parte de su mente.

De pronto se encontró en una mohosa y fría oscuridad y el ruido y la cólera se quedaron fuera al cerrarse la puerta, concluida la batalla.

Cogline lo encontró acurrucado en el pasadizo situado debajo de los muros del castillo, tan exhausto que no era capaz de moverse. Con un esfuerzo considerable, el anciano lo llevó a su cama y lo tendió en ella. Lo desvistió, lo lavó con agua limpia y fresca, le dio medicinas y lo envolvió en mantas para que durmiera. Le dijo unas palabras, pero Walker no pareció que supiera descifrarlas. Consiguió responder, pero lo que dijo era poco claro. Sabía que estaba vivo, que había sobrevivido para luchar otro día, y eso era lo único que importaba.

Temblando, dolorido, exhausto por la lucha, dejó que lo acostaran y lo dejaran a oscuras para que descansara. Sintió a Rumor acurrucado a su lado, vigilando cualquier posible amenaza, listo para llamar a Cogline en caso necesario. Tragó saliva para aliviar la garganta seca, pensando en que la enfermedad pasaría, que volvería a estar bien cuando despertara. Decidido a que así fuera.

Cerró los ojos, pero al hacerlo un último pensamiento curativo quedó atrapado en su mente.

Había perdido la batalla. Los cuatro jinetes habían vuelto a vencerlo. Pero había aprendido algo de la derrota: algo que a la larga sería la perdición de los Espectros.

Inspiró profundamente y despacio, y expulsó el aire. El sueño se apoderaba de él en agradables oleadas.

La próxima vez que se enfrentara a los Espectros, acabaría con ellos, se prometió a sí mismo, y envolvió la promesa en capas de decisión férrea.

14

Mientras Walker Boh luchaba por huir de los cuatro jinetes en Paranor, Wren Elessedil convencía al Consejo Supremo de los elfos de que debían enfrentarse al ejército de la Federación que se dirigía hacia el norte con la intención de destruirlos, Morgan Leah conducía a Damson y a un pequeño grupo de nacidos libres a Tyrsis para rescatar a Padishar Cesta, y Par Ohmsford seguía las huellas de su hermano Coltar.

Era una empresa ardua y laboriosa. En cuanto se separó de Damson, emprendió la búsqueda, consciente de que Coltar sólo le llevaba unos minutos de ventaja y convencido de que si era lo bastante rápido, lo alcanzaría. Había salido el Sol, y la oscuridad que podría haber entorpecido sus esfuerzos se disipó en las sombras desperdigadas y en los fragmentos de bruma que perduraban en los árboles. Coltar huía de forma mecánica, sin otro pensamiento que la visión que le había mostrado de la Espada de Shannara. Estaba confuso y aterrorizado; su dolor había sido palpable. En tal estado, ¿cómo iba a preocuparse de borrar las huellas? ¿Cuánto tardaría en caer agotado?

La respuesta no fue la que Par había previsto. Aunque era capaz de seguir las huellas de su hermano con bastante facilidad, el sendero que éste había abierto entre los matorrales y la hierba, descubrió que era imposible ganar terreno. A pesar de todo –o tal vez por ello–, Coltar parecía que hubiera encontrado en su interior una fuerza inesperada. Huía de Par a todo correr y sin detenerse a descansar. Y no corría en línea recta. Cargaba contra todo lo que se encontraba en su camino, tomando una dirección y cambiando al cabo de un momento, sin ningún motivo. Era como si se hubiera vuelto loco, como si le persiguieran demonios encerrados dentro de su cabeza, de forma que no podía saber de dónde venían.

En efecto, eso debían parecerle a Coltar, pensó Par mientras lo seguía.

Al anochecer estaba exhausto. Tenía la cara y los brazos cubiertos de polvo y sudor, el pelo enmarañado y la ropa mugrienta. Sólo llevaba consigo la Espada de Shannara, una manta y un odre lleno de agua, tras haberse deshecho de todo lo demás para ir ligero y avanzar más deprisa. Pero apenas podía dar un paso. Se preguntó cómo había logrado Coltar mantener la ventaja que le llevaba. Sus miedos deberían haberlo extenuado hacía horas. El espejo-sudario y su magia debían de empujar a su hermano como un látigo a un animal. Ese pensamiento le hizo desesperar. Si Coltar no aminoraba el paso, si no recuperaba aunque fuera un poco de juicio, el agotamiento lo mataría. Y si no era el agotamiento, lo haría algún desliz que cometiera por no prestar la debida atención a su seguridad personal. En ese país había peligros que podían matar a un hombre aun cuando empleara una considerable cantidad de cautela y sentido común. En ese momento Coltar Ohmsford no parecía que tuviera ninguno de los dos.

Cuando Par se detuvo, estaba justo al oeste del lugar donde el río Mermidón se bifurcaba, un brazo extendiéndose hacia el Rabb al este, y otro hacia Varfleet y el Runne al sur. Si se seguía el segundo brazo, se llegaba al Lago del Arco Iris, y también a la Atalaya Meridional. Ésa era la dirección que Coltar había tomado cuando ya era demasiado de noche para seguir sus huellas. Cuanto más reflexionaba Par sobre el asunto, más le parecía que su hermano había avanzado todo el tiempo en esa dirección, aunque haciendo eses. De regreso a la Atalaya Meridional y a los Espectros. Tenía sentido si la magia del sudario-espejo le estaba trastornando.

Par se envolvió en su manta y se apoyó contra la áspera corteza de un viejo nogal para pensar. Tenía la Espada de Shannara a su lado, en el suelo, y recorría con los dedos el contorno de la mano alzada y la antorcha ardiendo labradas en la empuñadura. Si la magia de los Espectros controlaba a Coltar, era probable que no fuera consciente de lo que estaba

haciendo. Podía haber salido a buscar a Par sin saber por qué, y huir ahora en el mismo estado, con la salvedad de que la Espada había mostrado a Coltar la misma visión que a Par, y eso significaba que Coltar conocía la verdad sobre sí mismo. Par se había sentido en esos momentos unido emocionalmente a él; Coltar se había unido a él el tiempo suficiente para que ambos vieran la visión. ¿Había cambiado eso las cosas? ¿Tras haber visto la verdad sobre sí mismo, intentaba deshacerse de la magia de los Espectros?

Par cerró los ojos con fuerza para liberarse de la tensión que le causaba el cansancio. Necesitaba dormir, pero no quería hacerlo hasta haber esclarecido lo que ocurría. Damson le había advertido que la persecución era probablemente una trampa. No se habían encontrado a Coltar por casualidad, sino que lo habían enviado los Espectros. ¿Por qué? ¿Para hacerle daño o matarlo? Par no estaba seguro. ¿Cómo se las había ingeniado Coltar para encontrarlo? ¿Cuánto tiempo llevaba buscándolo? Las preguntas zumbaban en su mente como avispones furiosos y exigentes, con los aguijones listos. ¡Piensa! Tal vez la magia del sudario-espejo había hecho que Coltar lo encontrara, lo había conducido hasta él. La magia había infectado a su hermano, lo había convertido en una criatura Espectro, y mientras él creía que el sudario le ayudaba a huir de sus perseguidores, la magia lo había engatusado para que se la pusiera de forma que pudiera empezar a trabajar...

Par respiró profundamente. Apenas podía respirar al imaginar a Coltar como uno de ellos, una de las criaturas del Pozo, las criaturas que seguían viviendo incluso estando muertas.

Bebió un poco de agua, porque agua era todo lo que tenía. ¿Cuánto hacía que había comido?, se preguntó. Al día siguiente tendría que cazar o buscar algo para comer. Necesitaba recuperar las fuerzas. No comer ni dormir acabarían con él. No podía permitirse hacer tonterías si quería servir de algo a su hermano.

Dirigió sus pensamientos de nuevo hacia Coltar, envolviéndose en la manta en la noche cada vez más cerrada. Hacía frío en el bosque junto al río, el calor del verano había huido a otros dominios. Si Coltar no había ido a matarlo, ¿por qué había ido? Sus intenciones no podían ser buenas. Coltar ya no era Coltar.

Par parpadeó, confuso. ¿Tal vez para robarle la Espada de Shannara?

La idea era interesante, pero no tenía sentido. ¿Por qué iba a darle Rimmer Dall la Espada si a continuación iba a enviar a Coltar a recuperarla? A menos que Coltar fuera el instrumento de alguien más. Sin embargo, eso tenía todavía menos sentido. Allí había un solo enemigo, a pesar de todas las protestas del primer investigador. Rimmer Dall se había tomado demasiadas molestias para hacerle creer que había matado a su hermano. Los Espectros habían enviado a Coltar por alguna razón, y ésta no era recuperar la Espada de Shannara.

Par se permitió considerar por un instante lo extraño que era que la Espada hubiera mostrado por fin su magia. Había hecho todo lo posible para conjurar la magia y hasta entonces no lo había conseguido. Siempre había creído que era el verdadero talismán, que no era una imitación, aun cuando Rimmer Dall se la hubiera entregado de buen grado. Había percibido su poder, aun cuando éste no le respondía. Pero las dudas habían persistido y en más de una ocasión había desesperado. De pronto, cuando menos lo esperaba, la magia había vuelto a la vida, y todo gracias al forcejeo con Coltar.

Y Par no tenía ni idea de por qué.

Deslizó la espalda por el tronco del árbol hasta quedar tendido boca arriba, contemplando a través de las ramas del nogal llenas de hojas el cielo despejado y cuajado de estrellas. Sólo necesitaba ponerse cómodo y aliviar un poco el dolor del cuerpo, se dijo. Entonces pensaría con más claridad. Sabía que podía.

Se quedó dormido repitiéndoselo.

Cuando se despertó estaba amaneciendo y Coltar lo miraba fijamente. Su hermano estaba en cuclillas sobre un montón de rocas a poco más de seis metros, deforme y encorvado como un animal carroñero. Iba envuelto en el sudario-espejo, y los pliegues brillaban a la tenue luz plateada como si hubiera gotas de rocío entretejidas en la tela. Tenía la cara demacrada y ojerosa, y los ojos, siempre tan serenos, se movían impregnados de odio y temor.

Par estaba tan sorprendido que no podía moverse. No se le había ocurrido que su hermano diera la vuelta... o tuviera el aplomo siquiera de hacerlo. ¿Por qué lo había hecho? ¿Para atacarlo de nuevo e intentar matarlo? Miró a Coltar: tenía el rostro devastado y los ojos hundidos. No. Coltar estaba allí por otra razón. Parecía como si quisiera acercarse y hablar, como si quisiera algo de Par. Y tal vez sea así, pensó Par de pronto. La Espada de Shannara había permitido a Coltar vislumbrar la verdad por primera vez desde que se había cubierto con el sudario-espejo. Tal vez quería repetir la experiencia.

Se levantó despacio y le tendió la mano.

Coltar desapareció al instante, saltando de la roca a las sombras del otro lado e internándose entre los árboles.

–¡Coltar! –gritó Par detrás de él. El eco dejó poco a poco de oírse. El ruido de Coltar corriendo se perdió en el silencio a medida que la distancia entre ambos aumentaba de nuevo.

Par buscó bayas y raíces, y se dijo mientras comía su liviano desayuno que si al anochecer no había encontrado verdadera comida, se vería en un gran apuro. Comió deprisa, sin dejar de pensar en Coltar. Había visto tanto terror en sus ojos... y tanta cólera. ¿Contra Par, contra sí mismo, contra la verdad? No había forma de saberlo. Pero Coltar seguía atento a él, lo buscaba de forma activa y seguía sin haber manera de alcanzarlo.

Pero ¿qué haría cuando lo consiguiera? Par no había pensado en ello. Utilizar la Espada de Shannara de nuevo, se dijo casi sin pensar. La Espada era la única esperanza que Coltar tenía de liberarse del sudario-espejo. Si lograba que Coltar viera la naturaleza de la magia que lo poseía, tal vez encontrara el modo de deshacerse del sudario y de su magia. Tal vez Par consiguiera arrancárselo por lo menos. Pero la clave estaba en la Espada. Coltar no había reconocido nada hasta que la magia de la Espada lo había atraído, pero entonces la verdad se había revelado en sus ojos. Par volvería a utilizar el talismán, se dijo. Y esta vez no cesaría hasta que Coltar estuviera libre.

Recogió la manta y se puso de nuevo en camino. Era un día bochornoso, y el calor cada vez más pegajoso y sofocante dejó la ropa de Par húmeda de sudor. Localizó las huellas de Coltar y las siguió hacia el río Mermidón, lo cruzó y se dirigió al norte y luego de nuevo al sur. Hacía varias horas que su hermano avanzaba en línea recta, recorriendo la margen oriental del río hacia las montañas de Runne. Cruzó Varfleet por el río, viendo cómo los barcos pesqueros y los transbordadores maniobraban perezosamente en sus aguas, pensando en que estaría bien tener un bote, pensando un segundo más tarde en que un bote no le permitiría seguir huellas en tierra firme. Recordó cómo Coltar y él habían huido de Varfleet unas semanas antes y bajado hacia el sur por el río Mermidón, el comienzo de todo. Recordó lo unidos que habían estado entonces, a pesar de sus discusiones sobre el rumbo que habían tomado sus vidas y la finalidad de la magia de Par. Parecía que todo hubiera ocurrido mucho tiempo atrás.

A media tarde llegó a un pequeño embarcadero con una pequeña plataforma para pescar y una tienda, a varios kilómetros río abajo de Varfleet. La tienda estaba destartalada y atestada, y la clientela era un grupo taciturno y recalcitrante, con las manos llenas de cicatrices y callos y la cara curtida. Consiguió canjear su anillo por un hilo de pescar y anzuelos, pedernal, pan, queso y pescado ahumado. Lo llevó todo un poco más allá del embarcadero, se sentó en el suelo y comió la mitad de las viandas sin pararse a respirar.

Cuando terminó, continuó hacia el sur, sintiéndose mucho mejor consigo mismo. El hilo y los anzuelos le permitirían pescar, y con el pedernal haría fuego. Empezaba a darse cuenta de que alcanzar a Coltar le iba a llevar más tiempo del previsto.

Se sorprendió pensando de nuevo en por qué Coltar había salido en su busca... o, más exactamente, por qué lo habían enviado. Si no era para matarlo o robarle la Espada, ¿para qué? Tal vez, la llegada de Coltar pretendía provocar en él una reacción concreta. Volvió a oír la advertencia de Damson, que la persecución era, lo más probable, una trampa. Pero ¿cómo iban a saber los Espectros que su encuentro iba a despertar la magia de la Espada de Shannara y revelar la verdad de quién era Coltar, de forma que Par no pudiera verlo más que como Espectro? Tal vez Coltar había sido enviado para atraer a Par y hacer que lo siguiera –eso sin duda parecía muy propio de Rimmer Dall–, pero entonces, ¿cómo podían saber los Espectros que Par iba a descubrir la identidad de su hermano?

A menos que no contaran con que la descubriera...

Par se detuvo en seco. Estaba pasando por debajo de un enorme roble y hacía fresco en su sombra. Le llegó una brisa del río Mermidón, el murmullo de la lenta corriente, el olor del agua y del bosque.

... hasta que fuera demasiado tarde.

Sintió un nudo en la garganta. ¿Y si daba marcha atrás? ¿Y si Coltar no tenía que matarlo? ¿Y si esperaban que él matara a Coltar?

¿Por qué?

Porque...

Forcejeó con la respuesta. Estaba allí, en la punta de su razonamiento. Unas palabras susurradas, luchando por ser reconocidas, comprendidas.

Pero no pudo alcanzarlas.

Empezó a andar de nuevo, frustrado. Iba bien encaminado, a pesar de no haber esclarecido todos los detalles. Allí afuera estaba Coltar haciendo que lo siguiera, huyendo sin saber por qué, volviendo de noche para cerciorarse de que lo seguía. Era la Espada de Shannara que Par llevaba la que le había revelado la verdad. Y los Espectros eran quienes habían orquestado todo el asunto, quienes estaban jugando con ellos como si fueran niños, quienes los hacían actuar para su entretenimiento.

Estaba relacionado con el cantar, pensó Par de pronto. No le cabía ninguna duda.

Acudiría a él, lo sabía. Sólo era preciso que siguiera dando vueltas al pensamiento. Que siguiera razonando.

Al atardecer del segundo día aún no había encontrado a Coltar, y acampó en una oquedad abierta en la roca que le protegía las espaldas al tiempo que le permitía ver lo que se acercara por delante. No hizo fuego. Las llamas oscurecerían su visión nocturna cuando anocheciera. Comió algo más de sus provisiones, se envolvió en su manta y se apoyó contra la roca dispuesto a esperar.

La noche se hizo más profunda y salieron las estrellas. Par observaba cómo las sombras se definían y tomaban forma a la pálida luz. Escuchó el lento fluir del río contra las rocas y los gritos de las aves nocturnas volando en círculos sobre el agua. Respiró el aire cada vez más fresco y húmedo, y se permitió preguntarse por primera vez en dos días qué habría sido de Damson Rhee. Era extraño estar sin ella después del tiempo que habían permanecido escondidos en Tyrsis, luchando por conservar la libertad. Estaba preocupado por ella, pero se tranquilizó al pensar que seguramente estaría mejor que él. A esas alturas ya se habría reunido con los nacidos libres y estaría ocupada en rescatar a Padishar. A esas alturas estaría a salvo.

O todo lo a salvo que podían estar hasta que terminara ese asunto.

Le asaltaron imágenes de Damson, Padishar, Morgan Leah, Wren y Walker Boh, fragmentos de recuerdos de los que se habían quedado por el camino. A veces le parecía

que estaba destinado a perderlos a todos. Tanto esfuerzo y tan pocos resultados... el peso de todo ello lo oprimía.

Dobló las rodillas y, juntándolas con el pecho, ocultó entre ellas la cabeza. Notó la Espada de Shannara en la espalda; había olvidado quitársela. La Espada, el cometido que Allanon le había encomendado, su posibilidad de salir con vida, su única esperanza de librarse de los Espectros... Había renunciado a muchas cosas por ella. Se preguntó de nuevo cuál sería la finalidad del talismán. Sin duda algo asombroso, porque una magia así no era creada para nada menos. Pero ¿cómo iba a descubrir para qué servía... y menos allí, perdido en algún lugar de las montañas de Runne, persiguiendo a Coltar? Debería estar buscando a Walker Boh, a Wren y a los que habían recibido encargos de Allanon.

Pero eso no estaba bien, por supuesto. Debía hacer exactamente lo que estaba haciendo: buscar a su hermano para ayudarlo. Si perdía a Coltar, que había compartido tantas cosas con él, que había renunciado a todo, si lo perdía después de haberlo perdido ya una vez, después de haberlo encontrado de nuevo...

Hizo un gesto negativo. No iba a perder a Coltar. No lo permitiría.

Los minutos se escabullían, y Par Ohmsford siguió esperando. Coltar volvería. Estaba seguro de ello. Volvería como lo había hecho la noche anterior. Tal vez se limitaría a sentarse y a mirarlo fijamente, pero al menos estaría allí, cerca.

Buscó en su túnica y sacó la mitad rota del *skree* que Damson le había dado. Lo había rodeado firmemente con un cordel de cuero y se lo había colgado al cuello. Se suponía que el *skree* debía brillar si Damson estaba cerca. Lo examinó pensativo. El metal reflejaba débilmente la luz pálida de las estrellas, pero no brillaba. Damson estaba muy lejos.

Miró el *skree* un instante más, y volvió a guardarlo en la túnica. *Otro talismán para protegerlo,* pensó compungido. El cantar, la Espada de Shannara y el *skree.* Estaba bien provisto de talismanes. Repleto de ellos.

Pero la amargura no servía de nada, así que intentó alejarla de sí. Sacó la Espada y la dejó en el suelo, a su lado. En el río Mermidón, un pez dio un salto. En los árboles a sus espaldas, oyó ulular una lechuza de forma repentina y urgente.

Todo un patrimonio de magia, y para lo único que sirve es para que me pregunte si Rimmer Dall tiene razón y soy realmente un Espectro, no pudo evitar pensar desde la inexorable oscuridad de su estado de ánimo.

El pensamiento persistió mientras miraba fijamente a la noche.

La criatura que era una mezcla de Espectro y de Coltar Ohmsford observaba desde su escondite entre los árboles a unos cincuenta pasos de donde su perseguidor esperaba verlo aparecer.

Pero no lo haré, se dijo. *Me quedaré aquí a salvo en la oscuridad a la que pertenezco, donde las sombras me protegen de...*

¿Qué? No lo recordaba. ¿De esa otra criatura? ¿De la extraña arma que llevaba? No, de algo más. ¿De la capa que lo cubría? Tocó el material indeciso, sintiendo algo desagradable en la punta de los dedos al hacerlo, reviviendo la visión que había presenciado al forcejear con el otro, el que era... era... No lograba recordarlo. Alguien a quien había conocido. Hacía mucho. La confusión lo perseguía; la confusión no parecía abandonarlo nunca.

El Espectro-Coltar cambió de postura sin hacer ruido, sin apartar los ojos de la figura acurrucada junto a las rocas.

Cree que puede verme desde allí, pero no es así. No puede ver nada que yo no quiera que vea... no mientras lleve la capa, mientras tenga la magia. Recurro a ella cuando quiero y la abandono a mi antojo. No puede verme. No puede alcanzarme. Me persigue, pero lo

llevo a donde yo quiero. Lo llevaré al sur, al sur, hacia...

Pero no estaba seguro, la confusión volvía a ofuscar su mente, distrayéndolo. A veces tenía la impresión de que pensaría con más claridad si se quitara la capa. Pero no, sería una tontería. La capa lo protegía, el sudario-espejo, que le había dado... no, que había robado, o mejor, birlado alguien... peligroso...

Los pensamientos iban y venían, fragmentados y fugaces. Daban vueltas como remolinos en un río, tocando el cieno y la roca antes de seguir avanzando.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de frustración, y levantó una mano manchada para secarlas. A veces recordaba cosas de antes, de cuando no llevaba la capa, de cuando era otro ser. Los recuerdos le entristecían, y le parecía que algo malo le había ocurrido para que los recuerdos le hicieran sentir así.

Vi por un instante a la luz de mi mente, en esa fugaz visión, algo de mí mismo, de quién era, soy y podría ser. ¡Quiero volverlo a ver!

Huía ahora de la criatura que había perseguido antes, temiéndola sin saber por qué. La capa lo tranquilizaba, pero no parecía que pudiera protegerlo de ella. Y la huida siempre parecía llevarlo de vuelta a donde el perseguidor lo esperaba, un circuito cerrado que no comprendía. Si huía de su perseguidor, ¿por qué le llevaba de vuelta a él? A veces la capa lo serenaba y protegía contra el perseguidor y los recuerdos, pero a veces la sentía como fuego sobre su piel, quemando su identidad, convirtiéndola en algo horrible.

¡Quítate la capa!

¡No, estúpido! ¡La capa te protege!

Y así continuaba la encarnizada batalla dentro de la atormentada criatura que era Coltar y Espectro al mismo tiempo, llevándola de aquí para allá, derribándola y levantándola de nuevo, empujando y tirando de ella hasta no dejar ni rastro de razón ni de paz en su interior.

Socorro, gritó en silencio. *Por favor, ayúdame.*

Pero no sabía a quién pedía ayuda o qué forma adoptaría esa ayuda. Miró fijamente a través de la oscuridad a su perseguidor, pensando que no tardaría en quedarse dormido. ¿Qué debía hacer entonces? ¿Acercarse a él a hurtadillas; sigiloso como las nubes, y tocarla... tocar...?

El pensamiento quedó suspendido. La capa pareció envolverle con más fuerza, distrayéndolo. Sí, debía acercarse a él con sigilo, demostrarle que no le tenía miedo (¡aunque sí lo tenía!), que podía hacer lo que se le antojara en la oscuridad, dentro de su capa, protegido por la magia...

Ayúdame.

Las palabras se le atragantaron al tratar de pronunciarlas, incapaz de hacerlo. Cerró los ojos conteniendo el dolor y se obligó a pensar.

Quítale algo, algo que necesite, que atesore. Llévate algo que le duela... como a mí me duele. Un recuerdo conocido se desprendió con una sacudida de su razón*. Lo conozco, lo conozco de cuando, de cuando éramos... ¡hermanos! Él puede ayudarme, puede encontrar el modo...*

Pero el Espectro-Coltar no estaba seguro de ello y el pensamiento se desvaneció con el resto, perdido en los numerosos fragmentos que luchaban por ser considerados en la mente confusa. Sentía al mismo tiempo atracción y repulsión hacia el que vigilaba, y el conflicto no se resolvería por sí solo por mucho que se esforzara.

Las lágrimas volvieron a aflorar, espontáneamente, sin desearlas. Las manos manchadas y llenas de arañazos se cerraron en puños. El rostro devastado luchó por adquirir una forma reconocible, y durante un instante Coltar regresó, salió de la red de magia oscura que lo tenía prisionero.

¡Necesito hacer algo, lo que sea, para advertirlo! ¡Necesito llevarme algo! ¡Debo

hacerlo!

Par dormía cuando sintió el tirón en el cuello. Se sacudió y retorció frenético tratando de detenerlo, sin saber qué o quién lo causaba. Algo lo asfixiaba, cerrándole la garganta de forma que no podía respirar. Sentía algo pesado encima de él, subiendo por él, envolviéndolo.

¡Un Espectro!

Sin embargo, el cantar no le había avisado, de modo que no podía serlo. Conjuró la magia, desesperado por salvarse. La sintió despertar con agonizante lentitud. Algo respiraba en su cara y en su cuello. Vio el brillo de un diente y sintió el roce de pelo áspero. Alargó un brazo para protegerse y empujar al mismo tiempo a su asaltante. Rozó con la mano la empuñadura de la Espada de Shannara y el metal le quemó como fuego.

De pronto, la presión en la garganta cesó, el peso que sentía sobre el cuerpo se levantó y a través de una bruma de luz coloreada vio una forma encorvada y deforme desaparecer rápidamente en la noche.

¡Coltar! ¡Había sido Coltar!

Se levantó desconcertado y asustado, luchando por respirar y por mantener el equilibrio. ¿Qué ocurría? ¿Habían enviado a Coltar para matarlo después de todo? ¿Había intentado estrangularlo? Observó cómo la forma oscura desaparecía en las sombras, fundiéndose casi al instante con las rocas y los árboles. No le cabía ninguna duda. Había sido Coltar, estaba seguro.

Pero ¿qué había pretendido hacer su hermano?

Recordó de pronto la Espada y bajó rápidamente la vista, pero estaba intacta a su lado. Si no era la Espada, ¿entonces qué?

Se llevó la mano al cuello sintiendo un repentino dolor, y la apartó manchada de sangre. Volvió a llevársela al cuello y descubrió un círculo de carne magullada y colgando. Lo tocó con cuidado, intrigado.

Y de pronto cayó en la cuenta de que el *skree* había desaparecido.

Su hermano se lo había robado. Debía de haber visto a Par sostenerlo mientras permanecía escondido en la oscuridad. Y en cuanto Par se quedó dormido, se acercó con sigilo a él, lo sujetó contra el suelo, tiró del cordel de cuero que le rodeaba el cuello asfixiándolo, lo cortó con los dientes al ver que nada más funcionaba y se llevó el talismán de Damson.

¿Por qué?

Para que Par lo siguiera, por supuesto. Para que fuera tras él.

El joven del valle permaneció de pie mirando perplejo los árboles por donde había desaparecido su hermano, la criatura en que se había convertido. En el silencio de su mente le pareció oírle gritar.

Ayúdame, decía Coltar.

Ayúdame.

15

En cuanto hubo suficiente luz para ver, Par salió tras su hermano. Acababa de amanecer, era un día despejado y luminoso, y una vez más era fácil seguir las huellas de Coltar. Par redobló sus esfuerzos, forzándose más que antes, decidido a no dejar escapar esta vez a Coltar. A esas alturas estaban en el corazón de las montañas de Runne, rodeados por las paredes del cañón mientras seguían el curso del río Mermidón hacia el sur, y no era posible desviarse. Sin embargo, Coltar no cesaba de alejarse de la margen del río como si buscara una salida. A veces ya había recorrido casi un kilómetro antes de que las montañas le bloquearan el paso. En una ocasión escaló una pequeña cresta, pero se encontró ante otro acantilado y tuvo que desandar el camino. Cada vez Par se veía obligado a seguirlo, temiendo que si se limitaba a seguir la margen del río, Coltar volviera sobre sus pasos. El esfuerzo de la persecución le había dejado sin fuerzas, y el aire húmedo y viciado le producía mareo. El día pasó, llegó la noche, y todavía seguía sin haber encontrado a Coltar.

Aquella noche pescó, utilizando el anzuelo y el hilo de la tienda del embarcadero, cocinó y comió lo que había pescado, y dejó los restos –más de una porción generosa– en una roca plana a unos pasos de donde se disponía a pasar la noche. Permaneció despierto la mayor parte de la noche, oyendo y viendo cosas que no estaban allí, dando de vez en cuando una cabezada. No vio a Coltar ni una sola vez. Cuando se despertó, descubrió que el pescado había desaparecido, pero podían haberlo comido los animales salvajes. No lo creía, pero no había forma de saberlo.

Continuó la búsqueda los siguientes tres días, abriéndose paso río abajo, acercándose cada vez más al Lago del Arco Iris y a la Atalaya Meridional. Empezaba a preocuparle que no consiguiera alcanzar a Coltar hasta que fuera demasiado tarde. Su hermano estaba logrando permanecer fuera de su alcance, aun con su menguada capacidad para razonar y en su estado de medio Espectro. Coltar no tenía la mente clara, no elegía los senderos más fáciles o más rápidos, no se molestaba en borrar sus huellas, no hacía nada salvo permanecer fuera de su alcance. Era frustrante y penoso al mismo tiempo. A ese paso alcanzaría a Coltar cuando fuera demasiado tarde para ayudarle... o incluso para ayudarse a sí mismo, si los Espectros los descubrían. Si Rimmer Dall encontraba primero a Coltar, ¿qué podía hacer entonces él? ¿Utilizar la Espada de Shannara? Ya lo había intentado una vez sin éxito. ¿Recurrir al hechizo del cantar? También lo había intentado y descubierto que era peligrosamente imprevisible. Pero tal vez no tuviera otra elección. Tendría que recurrir al cantar si era el único modo de liberar a su hermano. El precio que tuviera que pagar era lo de menos.

Ahora pensaba con frecuencia en la evolución que había sufrido el cantar y en el efecto que producía en él cuando lo conjuraba. Trató de pensar en lo que podía hacer para protegerse de la magia, para mantenerla bajo control e impedir que le abandonara del todo. El poder se desarrollaba de un modo que escapaba a su comprensión, evolucionaba tal como lo había hecho hacía años con Wil Ohmsford, se manifestaba en nuevas y espeluznantes formas que indicaban que algo fundamental estaba cambiando también en el interior de Par. Al reflexionar sobre el alcance de tal evolución, se quedó aterrorizado. En cierto momento había sido la magia de Jair Ohmsford, un cantar que podía crear imágenes del aire, imágenes que parecían reales, pero que no eran sino visiones grabadas en las mentes de los que lo escuchaban. Ahora parecía más bien la magia de la hermana de Jair, Brin, una magia que cambiaba las cosas de verdad, que las alteraba de forma irrevocable. Pero la magia de Par podía crearlas también. Podía crear cosas de la nada, como la espada de fuego en el Pozo, o los pedazos de metal y viento en la atalaya de Tyrsis. ¿De dónde

procedía semejante poder? ¿Qué podía haber hecho cambiar de forma tan drástica la magia?

Por supuesto, lo que más le asustaba, era que la respuesta a las preguntas sobre el origen de su magia siempre era la misma: un débil e insidioso susurro en su mente, las palabras que Rimmer Dall le había dirigido al enfrentarse con él en la cripta que había albergado la Espada de Shannara.

Eres un Espectro, Par Ohmsford. Eres de los nuestros.

Hacía seis días que había emprendido la persecución, cuatro desde el robo del *skree,* el calor de la tarde era tan intenso que parecía colorear el aire y abrasar los pulmones, y las huellas de Coltar se habían adentrado de improviso en el río hasta desaparecer.

Par se detuvo a la orilla y examinó la tierra con incredulidad, retrocedió para asegurarse de que no había engaño y luego se sentó en un sendero a la sombra de un chopo para poner en orden sus pensamientos.

Coltar se había metido en el río.

Miró por encima de la ancha y lenta extensión de agua la otra orilla bordeada de árboles. El Mermidón salía de las montañas de Runne en las que se hallaban ahora e iba a parar al Lago del Arco Iris. Las montañas seguían hacia el sur a lo largo de la orilla oriental, pero por el oeste la tierra se allanaba, convirtiéndose en praderas accidentadas y grupos desperdigados de árboles de hojas caducas. Si Coltar hubiera pensado con claridad, habría decidido cruzar por donde resultaba más fácil. Pero Coltar estaba trastornado por el sudario-espejo. Par llegó a la conclusión de que no podía estar seguro de nada. En cualquier caso, si Coltar había cruzado el río, también él tenía que cruzarlo.

Se quitó la ropa, utilizó el hilo de pescar y algunas ramas secas para construir una balsa improvisada, sujetó bien la ropa, la manta, la bolsa y la Espada de Shannara, y se metió en el río. El agua estaba fría. Se adentró en la corriente y la cruzó en ángulo. Se lo tomó con calma y llegó a la otra orilla cerca de un kilómetro más abajo. Una vez en tierra, se secó, se vistió y, echándose a la espalda la Espada y la bolsa, se dispuso a encontrar de nuevo el rastro de Coltar.

Pero no había huellas.

Buscó río arriba y río abajo hasta que se hizo de noche, pero no consiguió encontrar nada. Coltar había desaparecido. Par se sentó en la oscuridad contemplando la superficie plana y brillante del río y se preguntó si su hermano se había ahogado. Coltar era un buen nadador, pero tal vez las fuerzas lo habían abandonado. Par se obligó a comer algo, bebió del odre de agua, se envolvió en su manta e intentó dormir. Pero el sueño no llegó. Acudían sin cesar a su mente pensamientos de Coltar, recuerdos del pasado, todo lo que había ocurrido desde el comienzo de los sueños. Estaba dividido por emociones contradictorias. ¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Y si Coltar había desaparecido realmente?

El amanecer era un profundo resplandor rojo que asomaba por el este, oscurecido por un grupo de nubes procedente del oeste. Las nubes cruzaron el horizonte y se instalaron sobre Callahorn como un muro. La luz de la mañana era pálida y no corría el aire. Par se levantó y empezó a andar de nuevo siguiendo el río en dirección al sur, buscando todavía a su hermano. Estaba cansado y desanimado, y a punto de rendirse. Seguía preguntándose qué hacía persiguiendo a un fantasma, a una criatura Espectro, dejándose llevar como un animal estúpido. ¿Cómo sabía que era realmente Coltar? Tal vez Damson tenía razón. ¿No podían haberlo engañado los Espectros? ¿No podía haber manipulado la Espada o alterado su magia Rimmer Dall de forma que lo engañara? ¿No podía ser alguna trampa sofisticada? ¿Había alguna forma de saberlo?

Al cabo de un rato dejó de pensar porque había examinado todas las posibilidades y estaba consumiendo fuerzas inútilmente. Se limitó a seguir bordeando el río, que serpenteaba hacia el sur a través de campos escarpados, reconociendo de forma mecánica

el terreno mientras en su interior todo empezaba a apagarse en un silencio negro.

Al oeste las nubes empezaban a oscurecerse a medida que se acercaban, y una repentina ráfaga de viento sopló delante de ellas en advertencia. Los pájaros volaban chillando hacia las montañas del este, como destellos blancos que desaparecían en las sombras.

Más adelante, a unos pocos kilómetros río abajo, apareció la Atalaya Meridional, con su negro obelisco recortado contra el horizonte. Par observó cómo aumentaba de tamaño a medida que se aproximaba, una fortaleza manteniéndose firme frente a la tormenta que se avecinaba. Par recorrió con la vista sus muros y torres mientras caminaba pegado a los grupos de árboles y rocas para guarecerse. No veía nada. Nada se movía.

De pronto, cuando menos lo esperaba, volvió a encontrar las huellas de Coltar. Las encontró en la orilla por la que había salido del río después de haber seguido hacia el sur durante por lo menos doce kilómetros. Estuvo seguro de que se trataba de Coltar aun antes de localizar la huella de la bota que lo confirmara. Las huellas se dirigían al oeste en dirección a las colinas y a la tormenta que se avecinaba.

Pero las huellas tenían horas de vida. Coltar había salido del río el día anterior y reemprendido la marcha. Par llevaba al menos un día de retraso.

Con todo, empezó a seguirlas, agradecido de haber encontrado algún rastro y aliviado al saber que su hermano seguía con vida. Caminó tierra adentro alejándose del río, con el cielo cada vez más oscuro según se acercaba la tormenta, el aire cada vez más húmedo y la hierba azotándole las piernas. Las nubes se arremolinaban encima de su cabeza desbordando el cielo. Par se volvió hacia donde había visto por última vez la Atalaya Meridional, pero la torre de los Espectros había desaparecido en la penumbra.

Empezaron a caer gotas, al principio frías, y luego punzantes, cuando el viento empezó a soplar con más fuerza arrojándoselas a la cara.

Un momento más tarde subió una cuesta y vio a Coltar.

Estaba tendido inmóvil en una extensión de hierba polvorienta, boca abajo al pie de un roble sin hojas y asolado por la tormenta que estaba justo en el centro de un valle poco profundo. A primera vista le pareció que estaba muerto. Par se precipitó hacia delante, sintiendo el alma en los pies. *No,* era todo lo que podía pensar. *No.* Luego lo vio moverse, vio cómo uno de sus brazos se movía ligeramente cambiando de postura. Lo siguió una pierna, levantándose para relajarse de nuevo. Coltar no estaba muerto, sólo exhausto. Por fin había sido vencido por el cansancio.

Par bajó la cuesta con un viento en contra que aullaba y oponía resistencia al salir de la negrura que lo rodeaba. El ruido de sus pasos se perdía en el estruendo. Inclinó la cabeza y siguió adelante. Coltar se había quedado de nuevo inmóvil. No lo oía. Estaría a su lado antes de que Coltar supiera que estaba allí.

Y cuando llegara, ¿qué podía hacer?, se preguntó. ¿Qué haría entonces?

Pasó el brazo despacio por encima del hombro y cogió la Espada de Shannara. De una u otra forma, hallaría el modo de conjurar una vez más la magia del talismán, y sujetaría rápidamente a su hermano mientras ésta lo recorría obligándolo a ver la verdad y cortaría en tiras la capa liberándolo para siempre.

Al menos eso era lo que esperaba que ocurriera. Percibió el olor y el sabor de la tormenta. Bueno, tendría una oportunidad. Coltar ya no sería tan fuerte como antes. Y él no sería cogido por sorpresa.

Al acercarse a Coltar pasando por debajo de las ramas esqueléticas del roble destrozado, un trueno –el primero de la tormenta– retumbó en la oscuridad. Coltar se sobresaltó, se dio media vuelta y se quedó mirando a su hermano, a unos tres metros de distancia.

Par se detuvo indeciso. Coltar lo miró con los ojos en blanco y sin comprender desde

el interior de la capucha negra y aterciopelada del sudario-espejo. Levantó débilmente una mano para envolver bien su cuerpo encorvado en la capa. A continuación, dobló las rodillas con un gemido.

Par contuvo el aliento y avanzó de nuevo, un paso, otro, el viento azotándolo, hinchando sus ropas y agitándole el pelo de un lado a otro. Mantuvo la Espada de Shannara tan inmóvil como pudo contra el cuerpo, incapaz de ocultarla ahora, confiando en que Coltar no reparara en ella.

Un rayo cruzó rápidamente el cielo seguido de un ensordecedor trueno que retumbó de un extremo a otro del horizonte.

Coltar se puso de rodillas con los ojos muy abiertos y asustados. Durante un instante las manos soltaron la capa, dejándola caer y su cara recuperó parte de su antiguo aspecto. Coltar Ohmsford estaba allí de nuevo, mirando a su hermano como si nunca se hubiera ido. En su rostro había muestras de reconocimiento, un alivio perplejo y agradecido que reemplazó el dolor y la desesperación. Par sintió una oleada de esperanza. Quería llamar a su hermano a gritos, asegurarle que todo iba a salir bien, decirle que ahora estaba a salvo.

Pero un instante después Coltar había desaparecido. Su rostro volvió a desaparecer en la criatura Espectro que había creado el sudario-espejo, y un semblante desfigurado y taimado ocupó su lugar. Enseñando los dientes en un gruñido, su hermano se puso en cuclillas.

¡Va a escapar de nuevo!, pensó Par angustiado.

Pero en lugar de huir, Coltar se abalanzó sobre él, levantándose de un salto y salvando la distancia que los separaba antes de que Par pudiera levantar la Espada de Shannara para defenderse. Las manos de Coltar se cerraron sobre las de Par intentando agarrar la empuñadura del talismán, torciéndola para liberarla. Par aguantó, tambaleándose hacia delante y hacia atrás al forcejear con su hermano por la Espada. La lluvia caía sobre ambos con tal fuerza que casi cegó a Par. Coltar volvió a la carga y se pegó tanto a él que sentía los latidos de su corazón. Levantaron las manos entrelazadas sobre sus cabezas tratando de arrebatarse mutuamente la Espada, con el brillante metal mojado balanceándose de un lado a otro.

Al norte, un relámpago iluminó el cielo, una ráfaga de luz intensa seguida de un trueno ensordecedor, y la tierra se estremeció.

Par intentó conjurar la magia de la Espada, pero no lo consiguió. Si había acudido sin dificultad antes, ¿por qué no lo hacía ahora? Intentó luchar más allá de la locura de su hermano, de la furia de su ataque. Trató de apartar de su mente el temor de que todo era inútil, de que por alguna razón el poder había vuelto a abandonarle. Al otro lado de la hierba resbaladiza y azotada por el viento los hermanos Ohmsford luchaban por hacerse con la Espada de Shannara, y sus gruñidos y gritos se perdían en el estruendo de la tormenta. Par trató una y otra vez de conjurar la magia, sin éxito. La desesperación se apoderó de él. Estaba perdiendo también esa batalla. Coltar era más corpulento que él, lo superaba en tamaño y peso. Peor aun, su hermano parecía más fuerte a medida que sus fuerzas se agotaban. Coltar estaba sobre él dando patadas y zarpazos, luchando como si se hubiera vuelto loco.

Pero Par no pensaba rendirse. Aferraba desesperado la Espada, decidido a no soltarla. Dejó que su hermano lo empujara hacia atrás, que lo aplastara con sus músculos, que lo arrojara de aquí para allá, esperando que tales esfuerzos lo agotaran, lo volvieran más lento, lo debilitaran lo suficiente para permitirle dejarlo inconsciente de un golpe. Si lo lograba, tal vez tuviera alguna posibilidad.

Un relámpago veloz y sobrecogedor volvió a cruzar el cielo. En el momentáneo resplandor, Par vislumbró en la cuesta que dominaba el valle unas formas oscuras, docenas de ellas, deformes, nudosas y encorvadas, con los ojos rojos brillantes.

Y de pronto habían desaparecido de nuevo engullidas en la negra noche de tormenta. Par parpadeó a causa de la lluvia, procurando ver más allá de la forma de Coltar luchando. ¿Qué acababa de ver allí? Hubo otro relámpago en el preciso instante en que Coltar se abalanzaba frenético sobre él y lo arrojaba sobre la hierba mojada. Esta vez no vio nada, se limitó a concentrarse en contener el aire en los pulmones al aterrizar en el suelo. Coltar se lanzó sobre él gritando, pero Par utilizó el impulso en contra de él, haciéndole dar una voltereta por encima de su cabeza y retorciéndose hasta soltarse.

Se levantó aturdido y buscando. La oscuridad era tal que apenas distinguía el roble destrozado. La cuesta no se veía.

Coltar arremetió de nuevo contra él, pero esta vez Par estaba preparado y, cogiéndolo por sorpresa, lo golpeó en la cabeza con la empuñadura de la Espada. Coltar cayó de rodillas aturdido. Aferró algo que tenía ante sí, algo que sólo él veía. El golpe le había rasgado la piel y una gota roja se deslizaba por su cara, difuminándose al mezclarse con la lluvia. Sus facciones empezaron a cambiar, abandonando el aspecto de Espectro y volviéndose de nuevo humanas. Par empezó a golpearlo, temblando de desesperación y agotamiento, pero se detuvo al ver sus ojos clavados en él llenos de asombro.

Era su hermano quien lo miraba. Era Coltar.

Par cayó de rodillas en la hierba y el barro resbaladizos, vuelto hacia Coltar. Éste movía los labios y las palabras que articulaba se perdían en el rugido del viento y la lluvia. Temblaba de frío y algo más. Empezó a sacudir la cabeza despacio debajo de la brillante capucha del sudario-espejo, a retorcerse dentro de sus oscuros pliegues como si fuera la cosa más difícil que jamás había tenido que hacer. *Coltar.* Par dibujó su nombre con los labios. Entonces Coltar levantó las manos para aferrar los pliegues de la capa de los Espectros, la sacudió con violencia y la dejó caer. *Coltar.*

Desesperado por aprovechar esa oportunidad de ayudar a su hermano, Par clavó impulsivamente la Espada de Shannara en el suelo ante él y cogió rápidamente las manos de Coltar. Éste no opuso resistencia, con la mirada perdida e inexpresiva. Par llevó las manos de Coltar hasta el pomo de la Espada y las mantuvo en él. *Por favor, Coltar. Por favor, quédate conmigo.* Coltar lo miraba fijamente, viéndolo y viendo al mismo tiempo a través de él. La Espada de Shannara los mantenía unidos, con las manos entrelazadas y apretadas contra la antorcha levantada que había labrada en la empuñadura.

Par vio el reflejo distorsionado de su rostro en la hoja mojada de la Espada.

–¡Coltar! –gritó.

Los ojos de su hermano se abrieron de golpe. *Deja que venga la magia,* rogó Par. *¡Por favor!*

Coltar tenía los ojos clavados en él, escudriñándolo.

–¡Coltar, escúchame! ¡Soy Par! ¡Soy tu hermano!

Coltar parpadeó. Hubo un indicio de reconocimiento en ese gesto. Un destello. Par sintió debajo de sus manos cómo Coltar aferraba con más fuerza la empuñadura de la Espada.

¡Coltar!

La luz se deslizó veloz y cegadora a lo largo de la lisa hoja de la Espada, un furor blanco que engulló todo en un instante. Le siguió el fuego, frío y brillante, ardiendo hacia fuera, saliendo de la Espada y metiéndose en el cuerpo de Par. Sintió cómo se extendía en su interior, lo sacaba de sí mismo y lo introducía en el talismán, para encontrar a Coltar esperándolo allí, para unirse a él como si fueran uno solo. Sintió que se retorcía a través del metal y que salía de nuevo en algún lugar más lejano. El mundo del que había sido arrancado desapareció: la humedad y el barro, la oscuridad y el ruido. Había blancura y silencio. Nada más.

Sólo Coltar y él. Los dos.

De pronto reparó en la tela brillante y negra del sudario-espejo que cubría la cabeza y el cuerpo de su hermano, retorciéndose como una serpiente. La capa tenía vida propia, se movía sola de aquí para allá, se retorcía con violencia contra la atracción de algo invisible, algo que amenazaba con hacerla jirones.

Par oyó a ese algo sisear.

La Espada de Shannara. La magia de la Espada.

Dejó que sus pensamientos afluyeran a la mente de su hermano, a la oscuridad que se había instalado en ella y luchaba por permanecer allí. *Escucha, Coltar. Escucha la verdad.* Obligó a su hermano a abrir la mente y arrojó a un lado la magia que lo esperaba allí, sin preocuparse por su seguridad, sin otro pensamiento que liberarlo. Armado y sostenido por la magia de la Espada. *Escucha.* Su voz restalló como un látigo en la mente de su hermano. Éste reunió las palabras y las moldeó y dio forma, las convirtió en imágenes que rivalizaban con la intensidad del cantar, al narrar las historias que tenían trescientos años de antigüedad. La verdad de quién y en qué se había convertido Coltar, lanzada en una oleada que no podía ser contenida o desviada, que fluía hacia dentro. Coltar vio cómo lo habían trastornado. Vio en qué lo había convertido la capa. Vio cómo se había vuelto contra su hermano, enviado a llevar cabo un oscuro cometido del que ninguno de los dos era consciente. Vio todo lo que había sido ocultado por la magia de los Espectros.

También vio lo que debía hacer para liberarse de ella.

El dolor de tales revelaciones era agudo y penetrante. Par lo sentía reverberar a través de su hermano en oleadas que rebotaban sobre él. Ante sí tenía la vida de su hermano, una sucesión constante y triste de verdades reducidas a lo esencial. Par combatió el pánico y el dolor, y se enfrentó a ellos sin parpadear y con firmeza, porque eso esperaba su hermano de él. Oía el grito silencioso de angustia de su hermano ante lo que le era revelado. Veía la profunda angustia reflejada en sus ojos. Pero no se apartó ni se compadeció. La verdad era el fuego blanco de la Espada de Shannara que ardía purificándose, y era su única esperanza.

Coltar se irguió y gritó, y el grito los arrancó del silencio blanco y los introdujo de nuevo en la negra y estruendosa furia de la tormenta, ambos arrodillados en el barro y en la hierba mojada junto al viejo roble, bajo las nubes oscuras y agitadas. A su alrededor se arremolinaba una oscuridad brumosa, como si los últimos rayos de luz del día hubieran sido arrancados. La lluvia les azotaba la cara, cegándolos de tal modo que sólo veían la brillante superficie de la Espada que aferraban a la vez. Hubo un relámpago brillante y abrasador, seguido de un terrible trueno.

Las manos de Coltar Ohmsford soltaron la Espada, soltando al mismo tiempo las manos de Par. Coltar se levantó con una expresión afligida. Pero el rostro que veía Par era el de su hermano, y no el del horrible Espectro que había intentado hacerse pasar por él. Coltar alargó el brazo y tiró del sudario-espejo, se lo arrancó y lo arrojó al suelo. El sudario-espejo cayó en la hierba mojada y el barro, y al instante empezó a salir humo de ella. Se estremeció y retorció, y empezó a burbujear. De sus pliegues salieron llamas negras ardiendo con frenesí. El fuego se extendió inexorable, y en unos segundos el sudario-espejo quedó reducido a cenizas.

Par se levantó cansado y, al volverse hacia su hermano, encontró en sus ojos lo que había estado buscando: Coltar volvía a ser él. La Espada de Shannara le había revelado la verdad sobre el sudario-espejo: que era obra de los Espectros, que éstos lo habían creado para subyugarlo, y que la única manera de liberarse era quitárselo y arrojarlo lejos de él. Y Coltar lo hizo. La Espada le había dado las fuerzas.

Pero incluso en ese momento de extrema euforia por haber ganado la batalla y haber recuperado a Coltar, Par sintió cierto desasosiego. *Debería haber habido algo más,* le susurraba una voz. En efecto, la magia debería haber hecho algo más. ¿Acaso no recordaba

las historias de hacía quinientos años? ¿O al primer Ohmsford? ¿O a Shea? La magia había actuado de otra forma en Shea cuando éste la había conjurado. Le había revelado la verdad sobre sí mismo, mostrándole todo lo que él había tratado de ocultar, disfrazar, olvidar o fingir que no existía. Había revelado a Shea Ohmsford la verdad más dura de todas, para hacerlo capaz de soportar después cualquier otra verdad que se requiriera de él.

¿Por qué no le había sido revelada a él ninguna verdad? ¿Por qué todo había sido para Coltar?

Hubo otro relámpago, y los pensamientos de Par se desintegraron en el movimiento de las formas oscuras agrupadas en la cuesta que los rodeaba, unas formas reveladas esta vez con tanta claridad que eran inconfundibles. Par se volvió al verlas agazapadas, esperando en todas partes, torcidas y oscuras, con los ojos rojos brillantes. Sintió cómo Coltar se acercaba y adoptaba una postura protectora a sus espaldas. Coltar también los veía ahora.

Una extraña mezcla de desesperación y cólera invadió a Par Ohmsford. Los Espectros habían dado con ellos.

De pronto Rimmer Dall bajaba por la cuesta, con sus rasgos toscos vueltos hacia la lluvia, los ojos duros como una roca e inyectados en sangre. Se detuvo a unos pasos de ellos. Sin decir una palabra, levantó una mano enguantada y les hizo señas. Con ese gesto lo dijo todo. Debían de acompañarlo. Le pertenecían. Ahora eran suyos.

Par oyó en su mente la voz del primer investigador con tanta claridad como si hubiera hablado. Hizo un gesto negativo. No iban a acompañarlo. Ni él ni Coltar. Nunca más.

–Par –oyó cómo su hermano lo llamaba en voz baja–. Estoy contigo.

Oyó el ruido de la hoja de la Espada de Shannara resistiéndose a la gravedad cuando Coltar la arrancó despacio del suelo. Par se volvió ligeramente. Coltar sostenía con ambas manos el talismán ante sí, vuelto hacia los Espectros.

Decidido firmemente a que nada pudiera volver a separarlos, Par Ohmsford conjuró el hechizo del cantar. Éste respondió al instante, ansioso por salir, impaciente por actuar. Siempre había algo espeluznante en la voracidad de su llegada, y Par se estremeció ante las emociones que le invadieron, ante la avidez que desató en su interior. Sabía que debía controlarlo, pero había perdido las esperanzas de conseguirlo.

Al otro lado de la oscuridad que los separaba, Par vio que Rimmer Dall esbozaba una sonrisa. En lo alto de la cuesta vio que los Espectros empezaban a bajar, oyó el roce de sus zarpas y dientes deslizándose en medio del rugido del viento y vio el brillo de sus ojos rojos convirtiendo en vapor la lluvia. ¿Cuántos había?, se preguntó Par. Demasiados. Demasiados incluso para el hechizo imprevisible del cantar. Buscó desesperado a su alrededor un lugar para emprender la huida. Tendrían que echar a correr en algún momento. Tendrían que intentar llegar al río o al bosque, a algún lugar que les permitiera esconderse.

Como si ese lugar existiera. Como si tuvieran alguna posibilidad.

La magia acudió a la punta de sus dedos en forma de un resplandor blanco que ardía con furia. Par sintió a Coltar pegado a él y permanecieron espalda con espalda frente al círculo que los cercaba.

Hubo un relámpago y un trueno estalló en la oscuridad, haciéndose eco en la ráfaga de viento. A lo lejos, los árboles se mecían y las hojas de las ramas caían y se desperdigaban. Corre, pensó Par. Corre ahora que puedes.

De pronto, al pie del viejo roble brilló una luz con un brillo tan firme que parecía salir del aire. La luz avanzó y se adentró en la oscuridad temblando ligeramente, apenas algo más que una vela al cruzar una cortina de lluvia. Los Espectros se quedaron paralizados. El viento amainó dando paso a una suave brisa. Par vio la sonrisa de Rimmer

Dall desaparecer de su rostro. Sus ojos fríos se desplazaron hacia donde la luz se aproximaba, disipando las tinieblas para revelar la forma pequeña y esbelta que la guiaba.

Era un niño con una lámpara.

El niño se dirigió a Par y a Coltar sin detenerse, sosteniendo la lámpara ante sí para iluminar el camino, con los ojos oscuros e intensos, el pelo mojado sobre la frente y los rasgos de la cara relajados y serenos. Par sintió que el hechizo del cantar empezaba a abandonarlo. No se sintió amenazado ni asustado por ese niño. Miró rápidamente a Coltar y vio la sorpresa reflejada en sus ojos oscuros.

El niño llegó hasta ellos y se detuvo. No miró ni una sola vez a los monstruos que gruñían en la oscuridad más allá de la luz proyectada por su lámpara. Mantuvo los ojos clavados en los hermanos.

–Tenéis que venir conmigo ahora si queréis poneros a salvo –dijo en voz baja.

Rimmer Dall se levantó como un espíritu oscuro, librándose de la protección de sus ropas de forma que sus brazos quedaran libres, con la mano enguantada extendida como si pretendiera arrancarle la lámpara.

–¡No eres de aquí! –dijo con voz sombría, susurrante–. ¡No tienes poder aquí!

–Tengo poder allí donde lo desee –respondió el niño, volviéndose ligeramente–. Soy el portador de la luz de la Palabra, ahora y siempre.

–¡Tu magia es tan vieja que se ha agotado! –exclamó Rimmer Dall, echando fuego por los ojos–. ¡Vete mientras puedas!

Par miró a uno y otro. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién era ese niño?

–¡Par! –oyó exclamar a Coltar.

Entonces vio que el niño empezaba a transformarse en un anciano frágil y encorvado, sosteniendo la lámpara lejos de él como si se quemara al tenerla cerca.

–Y la tuya –respondió el anciano a Rimmer Dall– es robada, y al final te traicionará. –Se volvió de nuevo hacia Par y Coltar–. Salgamos de aquí. No os asustéis. Todavía hay algunas cosas que puedo hacer por vosotros, y ésta es una. –La cara marcada los contempló–. No estaréis asustados, ¿verdad? ¿De un anciano? ¿De un viejo amigo de tantos miembros de vuestra familia? ¿Me conocéis, verdad? Por supuesto que sí. –Extendió una mano y los rozó. Tenía el tacto del papel viejo o de las hojas secas. Algo se encendió en su interior al hacerlo–. Decidme quién soy.

De pronto lo supieron.

–Eres el Rey del Río Plateado –respondieron los dos hermanos al unísono, y el círculo de luz de la lámpara se amplió abarcándolos.

Los Espectros atacaron al instante. Bajaron la cuesta en una marea negra, haciendo añicos con sus chillidos y aullidos la extraña calma que el Rey del Río Plateado había traído consigo. Llegaron con un rechinar de dientes y un movimiento de zarpas rasgando el aire y la tierra con furia. Rimmer Dall iba delante, transformado en algo indescifrable, una sombra tan veloz que recorría el espacio que la separaba de los hermanos Ohmsford en apenas un instante. Unas tenazas de hierro rodearon el cuello de Par y el pecho de Coltar ahogándolos, y tuvieron la sensación de ser engullidos en la negrura que causaba, de caer en un pozo demasiado profundo. Durante un instante se sintieron perdidos, pero enseguida la voz del Rey del Río Plateado los recogió y acunó como los brazos de una madre acunando a su hijo, liberándolos de las tenazas de hierro y sacándolos de la oscuridad.

La voz de Rimmer Dall sonó como el chirrido del hierro sobre la piedra, y la voz del Rey del Río Plateado se desvaneció. La oscuridad volvió a cercarlos y las tenazas se cerraron. Par intentó liberarse con desesperación. Sentía la terrible oscilación de las magias que esgrimían los combatientes, las fuerzas del primer investigador y el anciano espíritu al forcejear por hacerse con el control de su vida y la de Coltar. Éste se había separado por alguna razón de él; ya no lo sentía cerca. Por un instante lo vio, distinguió sus rasgos

conocidos, y luego desapareció.

–Par, tengo que decirte... –oyó que decía su hermano.

En su interior empezó a despertarse el hechizo del cantar, y las palabras de su hermano se alejaron llevadas por la corriente.

La lámpara del Rey del Río Plateado brilló en medio de la oscuridad de los Espectros, obligándola a desaparecer. Par alargó un brazo con la mano extendida hacia la luz. Pero la oscuridad volvió a emerger con un grito de desesperación y cólera, y aisló a la luz dejando a Par fuera.

Aterrorizado, Par liberó su magia. Ésta salió de él rugiendo como una crecida en una tormenta de primavera, un torrente imposible de contener. Sintió cómo la magia estallaba candente y feroz por todas partes, quemándolo todo. Se extendía con furia a su alrededor y Par no podía hacer nada por detenerla.

Sintió que algo cambiaba en él, sintió que se separaba de su cuerpo y volvía la cabeza para enmascarar lo que era y quién era. El cambio era terrorífico y real; como si mudara de piel.

Vio desaparecer la lámpara del Rey del Río Plateado. Vio cómo la oscuridad lo cercaba.

De pronto las fuerzas lo abandonaron, perdió el conocimiento y no vio absolutamente nada.

16

Cuando Barsimmon Oridio comunicó a Wren que, de acuerdo con la decisión del Consejo Supremo de enfrentarse al ejército de la Federación en lugar de esperarlo en Arborlon, iban a tardar al menos una semana en reunir y abastecer a todo su ejército, la joven reina decidió salir al cabo de dos días con tantos hombres como él pudiera tener listos para hacer de avanzada. Como era de esperar, el viejo soldado se negó, aduciendo que no tenía sentido enfrentar un ejército tan reducido a otro tan grande, y preguntándose qué ocurriría si los acorralaban y se veían obligados a luchar. La reina lo escuchó con paciencia, luego le explicó que el objeto de la avanzada no era tanto entablar combate con el enemigo como observarlo y tal vez entretenerlo al permitirle descubrir la presencia de otro ejército. No había motivos para preocuparse, le aseguró. Bar nombraría al comandante de la avanzadilla, y ella se sometería a sus decisiones. Bar protestó y se resistió, pero al final cedió, contentándose con la promesa de Wren de que esperaría hasta que él llegara con el grueso del ejército para intentar cualquier ofensiva.

A los elfos acampados en los campos de los alrededores se les informó del acercamiento del ejército de la Federación y del peligro que éste entrañaba. Los que quisieran podían ir a Arborlon, que se convertiría en el bastión del pueblo elfo. Los que prefiriesen permanecer donde estaban, debían estar preparados para huir en cuanto llegase la Federación. Se enviaron jinetes alados a los puntos más remotos, incluida el Ala Desplegada. Y se mandaron mensajeros a los demás lugares. Casi inmediatamente empezaron a llegar familias de los asentamientos más próximos a la ciudad. Wren las instaló en campamentos desperdigados por el risco y lejos de las fortificaciones que se estaban levantando. En esta ocasión la ciudad no quedaría aislada detrás de sus muros. El Elfitch había sido destruido en el ataque de los demonios en tiempos de Eventine Elessedil, y la Quilla había quedado atrás en Morrowindl. Se construirían baluartes, pero no serían ni altos ni impenetrables. Los acantilados del Carolan y las aguas del Arroyo Cantarín ofrecían cierta protección natural contra un asalto procedente del oeste, y al norte y al sur había altas montañas, pero lo más probable era que la Federación los atacara por el este a través del Valle de Rhenn. Las defensas habían de levantarse allí.

Wren habló largamente con sus ministros y los comandantes de su ejército sobre cómo debían hacerse tales defensas. Había densos bosques que se extendían de la ciudad a los llanos, y muchos de ellos eran impenetrables para un ejército tan numeroso como el que se acercaba. Se acordó que el ejército de la Federación intentaría utilizar su número para aplastar a los elfos y que a sus comandantes no les parecería una alternativa aconsejable desplegarse por el bosque. Así pues, llegaría por el Valle de Rhenn y seguiría la carretera principal que conducía a la ciudad por el oeste para allí desplegarse. Pero ni siquiera eso sería fácil. Hacía muchos años que esa vía había sido utilizada con regularidad, y apenas se había vuelto a utilizar desde que los elfos desaparecieron de las Tierras Occidentales. Una parte considerable había sido engullida por el bosque. Hoy día era más un sendero que una carretera. Era estrecho y serpenteante, lleno de rincones donde un pequeño ejército podría resistir durante un tiempo a otro más numeroso. Levantarían fortificaciones en tantos lugares como fuera posible, y utilizarían escollos y trampas para contener cualquier avance. Entretanto, el ejército elfo principal trataría de entretener a las tropas de la Federación en las praderas del este confiando en su caballería, arqueros y jinetes alados para compensar el número superior de la infantería de las Tierras Meridionales. Si eso fallaba, lanzarían un último ataque en el Valle de Rhenn.

Un grupo de obreros empezó a construir las defensas para el posible avance por el

este, mientras otro comenzaba a fortificar el Carolan. Era poco probable un asalto por el oeste, pero no tenía sentido correr riesgos.

Mientras tanto comenzó la vasta tarea de equipar y abastecer al ejército elfo bajo la dirección de Barsimmon Oridio. Wren dejó hacer al viejo soldado, contenta de tenerlo ocupado en algo que no fuera ponerla en tela de juicio. Anunció en privado a Triss que quería que un gran contingente de la Guardia Especial la acompañara en su expedición, y a Tiger Ty que necesitaba a una docena de jinetes alados. Ambas fuerzas estarían a sus órdenes. Estaba bien dejar las tácticas de combate en manos de hombres como Bar, pero lo último que deseaba era una gran confrontación. Había considerado el asunto con mucho detenimiento. Acosar, apresurar, entretener, había dicho ante el Consejo... eso era lo que los elfos podían conseguir. Garth le había enseñado todo lo que necesitaba saber sobre esta clase de lucha. No había dicho nada ante el Consejo, pero la semana que iban a necesitar para reunir al ejército elfo podía retrasarlos demasiado. La avanzadilla era, en realidad, una pantalla que le permitiría actuar más deprisa. El ejército de la Federación debía ser frenado ya. Necesitaban tácticas no convencionales, y la Guardia Especial y los jinetes alados eran idóneos para esa tarea.

A la mañana del tercer día Wren partió con un ejército de poco más de mil hombres: ochocientos de infantería, sobre todo arqueros, trescientos de caballería, un centenar de miembros de la Guardia Especial bajo el mando de Triss, y la docena de jinetes alados que había pedido a Tiger Ty. Los jinetes alados eran dirigidos por el veterano y aguerrido Erring Rift, pero Tiger Ty también estaba entre ellos, insistiendo en que nadie más que él llevaría a la reina por el cielo en caso de que ésta deseara seguir reconociendo el terreno. Barsimmon Oridio había puesto a un veterano enjuto y severo, llamado Desidio, al mando de la expedición. Sin embargo, Wren sabía que era astuto y que podía confiar en él. Era una buena elección. Desidio tenía suficiente experiencia para hacer lo necesario y nada más. Wren lo aprobó. La Guardia Especial estaba a sus órdenes, y los jinetes alados eran independientes y podían seguir a quien quisieran. Estarían equilibrados.

El hecho de que la reina partiera con el pequeño ejército fue objeto de cierto debate entre los ministros, pero ella había dejado claro desde la primera noche que la reina de los elfos debía liderarlos siempre si quería que alguien la siguiera. Había expresado desde el principio su intención de ir con el ejército, les recordó, y no tenía sentido esperar para hacerlo. Se había pasado la vida entera aprendiendo a sobrevivir, y contaba con la fuerza de las piedras élficas para defenderse. Tenía menos motivos que la mayoría para preocuparse. No tenía intención de buscar ningún pretexto.

Al final se salió con la suya porque nadie estaba dispuesto a llevarle la contraria en este asunto. Algunos, pensó ella poco caritativa al ver la expresión sombría de Jalen Ruhl y Perek Arundel, tal vez confiaban en que su temeraria obstinación se volviera contra ella.

Dejó a Eton Shart a cargo del Consejo y la ciudad. Los ministros no se opondrían a él y los elfos le conocían y respetaban. Sabría guiarlos como fuera necesario y ella confiaba en que sabría cómo actuar. El primer ministro tal vez no estaba aún convencido de que ella era la reina que necesitaba su pueblo, pero había dado su palabra de apoyarla y ella creía que no la rompería. De los demás no estaba tan segura, aunque Fruaren Laurel parecía entregada a su causa. Pero todos acatarían las órdenes de Eton Shart.

Barsimmon Oridio salió a despedirla, comprometiéndose a seguirla al cabo de unos días, recordándole su promesa de esperarlo. Wren sonrió y le guiñó un ojo, y eso le hizo sentir tan incómodo que se alejó con paso airado. Wren era consciente de tener a un lado a Triss con expresión impertérrita, y al otro a Desidio observándola de soslayo. Tiger Ty había partido al amanecer con *Espíritu* para conocer los avances de la Federación. Los demás jinetes alados saldrían al anochecer y se reunirían con ellos en el campamento que levantaran junto al valle de Rhenn. Los cazadores elfos salieron en medio de manos que se

agitaban en un gesto de despedida y ovaciones de los habitantes de la ciudad, jóvenes y viejos, que habían bajado a despedirlos ondeando estandartes y deseándoles éxito. Wren miró a su alrededor sin saber qué pensar. Todo era tan extraño. La partida era festiva y alegre, y no vaticinaba para nada las heridas y muerte que con toda seguridad la seguirían.

Avanzaron deprisa el primer día, desplegándose a todo lo largo del estrecho camino para evitar atascos, y los rastreadores se dispersaban por entre los árboles a intervalos regulares para prevenirlos de cualquier peligro. Estaban en su propio país, de modo que prestaban menos atención a las precauciones que la habitual. Wren cabalgaba junto a Triss y su Guardia Especial, cubierta por delante y por detrás por los cazadores, cuidadosamente protegida contra cualquier amenaza. Sonrió al pensar en cuánto habían cambiado las cosas desde que era una simple joven bohemia. Una y otra vez tenía que contener sus deseos de desmontar de un salto y huir en la fresca y verde inmovilidad de los árboles para volver a la vida de la que había salido, a su paz.

Había dejado a *Fauno* encerrado en sus aposentos del segundo piso de la casa de los Elessedil. Los llanos de Streleheim no eran lugar para una criatura del bosque. Pero el jacarino era muy testarudo y no siempre aceptaba de buena gana lo que Wren proponía. Por ello, antes de que la avanzada hiciera un alto a mediodía para descansar y dar de beber a los caballos, *Fauno* salía como una mancha oscura del follaje para arrojarse sobre su sorprendida ama. En unos segundos, la pequeña criatura había excavado en los pliegues de la capa de montar de Wren una madriguera y estaba cómodamente instalada. Wren hizo un gesto de resignación y aceptó lo inevitable.

El calor de finales de verano era pegajoso y húmedo, y al final del día tanto los hombres como los caballos sudaban profusamente. Acamparon bajo las ramas entrelazadas de un roble y un nogal a varios kilómetros del valle de Rhenn, junto a un arroyo y un estanque, por lo que pudieron lavarse y beber resguardados y ocultos en el bosque. Desidio envió por delante a una patrulla de jinetes al paso para asegurarse de que todo iba bien, y después se sentó con Wren y Triss para discutir sus próximas acciones. Tiger Ty traería noticias de la ubicación del ejército de la Federación cuando volviera, y suponiendo que éste continuara avanzando hacia el norte por Tirfing, los elfos viajarían entonces hacia el sur por los llanos, confiando en que los rastreadores les impidieran caer en una emboscada, o se mantendrían dentro del bosque, donde no serían descubiertos tan fácilmente. Wren escuchó paciente, luego miró a Triss y dijo que prefería viajar por campo abierto para ganar tiempo. Una vez hubieran establecido contacto visual con la Federación, podrían utilizar el bosque para esconderse mientras decidían qué debían hacer a continuación. Desidio le dirigió una mirada severa al oírle estas palabras, pero acabó dando su conformidad, se levantó y se retiró.

Acababan de comer cuando Tiger Ty bajó volando por entre los árboles lleno de polvo, acalorado y cansado. Dejó a *Espíritu* a poca distancia del camino, donde era menos probable que molestara a los caballos, luego caminó con paso resuelto hacia el campamento. Wren y Triss salieron a su encuentro, y Desidio se sumó a ellos. El jinete alado fue breve y al grano. El ejército de la Federación había llegado al río Mermidón y estaba empezando a cruzarlo. En algún momento del día siguiente habrían terminado de hacerlo y se dirigirían hacia el norte. Iban muy bien de tiempo.

Wren escuchó la noticia con el entrecejo fruncido. Había contado con alcanzarlos en el otro extremo del río y retenerlos allí. Pero al parecer había sido una ilusión. Los acontecimientos se sucedían más deprisa de lo que ella quería.

Dio las gracias a Tiger Ty por el informe y ordenó que comiera algo.

–Está pensando que el ejército elfo está demasiado lejos –dijo Desidio en voz baja, con expresión reflexiva.

–Todavía están a más de una semana de aquí –respondió la joven reina, haciendo un

gesto de asentimiento y clavando sus ojos en él–. Creo que no debemos permitir que la Federación se acerque tanto a Arbolon antes de intentar detenerlos.

Intercambiaron una mirada.

–Ya oyó al general –repuso Desidio–. Debemos esperar al ejército principal. –Su rostro permaneció inescrutable.

–Así es –dijo Wren, haciendo un gesto de resignación–. Pero el general Oridio no está aquí, y tú sí.

–¿Tiene algo en mente, señora? –preguntó Desidio, arqueando sus oscuras cejas.

–Tal vez –respondió Wren, sosteniendo su mirada–. ¿Querrás oírlo cuando llegue el momento?

–Usted es la reina –respondió Desidio, levantándose–. Siempre debo escucharla.

–Sabe lo que me propongo, ¿no crees? –preguntó Wren a Triss, esbozando una sonrisa, cuando Desidio se marchó.

Triss levantó su brazo entablillado y volvió a bajarlo. Dentro de un día le quitarían la tablilla y estaba impaciente por que llegara el momento. Consideró la pregunta e hizo un gesto negativo.

–No creo que nadie pueda adivinar lo que te propones –dijo en voz baja–. Por eso te temen.

Ella aceptó la observación sin hacer ningún comentario. Triss podía decirle lo que quisiera. Lo que habían pasado juntos en Morrowindl se lo permitía. Wren miró hacia el bosque. La oscuridad prolongaba las sombras en oscuros charcos que engullían la luz. A veces, desde la muerte de Garth, se sorprendía preguntándose si también trataban de engullirla a ella.

Poco después, unos cascos de caballo volvieron a desplazar su atención al campamento. Habían regresado los rastreadores enviados al Valle de Rhenn y traían a alguien con ellos. Se detuvieron con gran estruendo tirando de las riendas de sus monturas, que resoplaban cubiertas de espuma. Los caballos habían cabalgado duro. Triss se apresuró a levantarse y Wren lo imitó. Los jinetes y su acompañante –un hombre– habían desmontado y se abrían paso por entre un grupo de cazadores elfos hasta donde los esperaba Desidio, una sombra descarnada recortada contra la luz del fuego. Se cruzaron unas palabras, luego Desidio y el hombre no identificado se volvieron y se encaminaron hacia ella.

Wren los vio mejor cuando se acercaron y advirtió que Desidio no iba con un hombre, sino con un muchacho.

–Señora –dijo el comandante al detenerse a su lado–. Aquí tiene a un mensajero de los nacidos libres.

El chico se detuvo bajo la luz. Era rubio y de ojos azules, y tenía la tez muy clara bajo el bronceado del sol y del viento. Era menudo y de mirada despierta, y estaba fornido sin ser muy musculoso. Esbozó una sonrisa e hizo una torpe reverencia.

–Me llamo Tib Arne –dijo–. Padishar Cesta y los nacidos libres me envían para saludar al pueblo elfo y ofrecer su apoyo en la lucha contra la Federación. –Su discurso había sido muy ensayado.

–Yo soy Wren Elessedil –respondió la joven reina, ofreciéndole la mano. Él la aceptó, la sostuvo un instante indeciso y la soltó–. ¿Cómo nos has encontrado, Tib?

–Ustedes son los que me han encontrado –respondió el muchacho, echándose a reír–. Salí de Callahorn en dirección oeste en busca de los elfos, pero me han facilitado las cosas. Sus rastreadores esperaban en la boca del valle cuando entré. –Miró alrededor–. Parece que he llegado justo a tiempo.

–¿Qué clase de ayuda nos ofrecen los nacidos libres? –preguntó Wren, pasando por alto la observación. El muchacho se pasaba de rápido.

–A mí, para empezar. Voy a ser su presto y solícito servidor, su enlace con los demás hasta que lleguen. Hasta que los nacidos libres se reúnan en los Dientes del Dragón para marchar hacia el oeste. Estarán aquí esta semana, cinco mil o más con sus aliados, majestad.

–¿Cinco mil hombres? –repitió Wren, observando cómo Triss arqueaba las cejas.

–Eso me han dicho –respondió Tib, haciendo un gesto de indiferencia–. Yo sólo soy un mensajero.

–Y bastante joven por cierto –observó Wren.

–¡Oh, no tanto como parezco! –respondió el muchacho, sonriendo ligeramente–. Y no viajo solo. Tengo a *Gloon* para protegerme.

–*Gloon* –repitió Wren, devolviéndole la sonrisa.

El muchacho hizo un gesto de asentimiento, se llevó los dedos a la boca y silbó tan fuerte que enmudeció todo lo que le rodeaba. Levantó el brazo derecho, y Wren vio que llevaba un grueso guante de cuero que le cubría hasta el codo.

Entonces de la oscuridad salió una sombra aun más oscura, emitiendo un encolerizado pitido que hendió el aire como un rayo negro. Aterrizó en el guante del muchacho con un ruido sordo bien audible, las alas extendidas y levantadas, y las plumas erizadas como púas. Wren no pudo evitar apartarse. Era un pájaro, pero no se parecía a ninguno de los que había visto. Era grande, más grande que un halcón o una lechuza, con las plumas gris pizarra y con las cejas rojas, y una cresta que se erizaba en actitud amenazadora. Tenía el pico amarillo y con una forma muy marcada de gancho. Las garras eran dos veces más grandes que el resto de su cuerpo, que era fornido y cuadrado, todo nervios y músculos debajo de las plumas. Tenía la cabeza hundida entre los hombros como un luchador, y dirigió a Wren una mirada intensa y maliciosa.

–¿Qué es? –preguntó al muchacho, preguntándose de pronto dónde se había escondido *Fauno* y esperando que estuviera bien.

–*¿Gloon?* Es un alcaudón de guerra, una clase de ave cazadora procedente del país de los trolls. Lo encontré cuando era pequeño y lo crié y enseñé a cazar. –Tib parecía muy orgulloso–. Se encarga de que no me pase nada.

Wren le creyó. No le gustaba ni un ápice la mirada de ese pájaro. Se obligó a apartar los ojos de él y ponerlos en el muchacho.

–Debes comer y pasar aquí la noche, Tib –le dijo–. Pero ¿no deberías volver por la mañana para informar a los nacidos libres de dónde estamos? Necesitamos que lleguen lo antes posible.

–Vienen hacia aquí y nada de lo que yo pueda hacer los hará avanzar más deprisa –respondió el muchacho, haciendo un gesto negativo–. Cuando estén más cerca enviarán un mensajero... otra ave. Entonces enviaré a *Gloon.* –Esbozó una nueva sonrisa–. Nos encontrarán, no se preocupe. Pero yo me quedaré con usted, majestad. Le serviré aquí.

–La servirías mejor volviendo –dijo Desidio implacable.

Tib parpadeó y pareció confuso.

–Pero... ¡yo no quiero volver! –respondió impulsivamente, tras vacilar un instante. De pronto aparentaba los años que tenía–. Quiero quedarme aquí. –Miró rápidamente a Wren–. Ustedes son elfos, majestad, ¡y nadie ha visto elfos antes! Yo... yo no fui el primero que eligieron para hacer este viaje. Tuve que pelear mucho para conseguir este cometido. No me haga partir enseguida. Puedo serles útil, lo sé. Por favor, majestad. He recorrido un largo camino para encontrarles. Déjeme quedarme un tiempo.

–Y *Gloon* también, supongo –dijo Wren, esbozando una sonrisa.

–¡Oh, *Gloon* estará escondido hasta que lo llame! –respondió el joven devolviéndole la sonrisa. Levantó el brazo, y el alcaudón de guerra emprendió el vuelo y desapareció–. Cuida de sí mismo la mayor parte del tiempo –concluyó Tib, mientras observaba cómo se

alejaba.

Wren miró a Desidio, que respondió con un gesto de recelo. Tib, con los ojos todavía clavados en el cielo, no pareció verlo.

–Tib, ¿por qué no comes algo y luego te acuestas? –dijo Wren–. Continuaremos hablando por la mañana.

El muchacho la miró sin parpadear y, conteniendo un bostezo, hizo un gesto de asentimiento y se marchó diligente detrás de Desidio. Tiger Ty pasó por su lado con un plato de comida y, al llegar junto a Wren, se volvió para mirar al muchacho con atención.

–¿Era un alcaudón de guerra lo que he visto? –preguntó–. Un pájaro repugnante. Me cuesta creer que ese muchacho haya conseguido entrenarlo. La mayoría te arrancarían la cabeza con sólo mirarte.

–¿Tan peligrosos son? –preguntó Wren interesada.

–Asesinos –respondió el jinete alado–. Cazan todo, incluso gatos salvajes. Y no sabes cómo detenerlos una vez que empiezan algo. Dicen que en los viejos tiempos eran utilizados para cazar hombres, enviados como asesinos. Astutos y crueles. –Hizo un gesto negativo–. Repugnantes, como he dicho.

–Es posible que no lo queramos aquí –dijo Wren, mirando a Triss.

–Yo no –respondió Tiger Ty, desperezándose y empezando a alejarse–. Es hora de dormir. Los demás han llegado hace ya más de una hora, por si no los ha visto. Volveremos a reconocer el terreno mañana por la mañana. Buenas noches.

Se adentró en la oscuridad, nudoso y patizambo, balanceándose de un lado a otro como un viejo mueble empujado al pasar. Wren y Triss observaron su retirada en silencio y después intercambiaron una mirada.

–Enviaré a Tib de vuelta –dijo.

Triss hizo un gesto de asentimiento. Después de esto, los dos permanecieron en silencio.

Wren dormía, acurrucada dentro de su ligera manta de lana a la luz de una hoguera, soñando con cosas que eran olvidadas tan pronto como se marchaban. Se despertó dos veces por los ruidos de la noche, pequeños chirridos y zumbidos, leves movimientos en la maleza y el susurro de criaturas que no veía por encima de su cabeza, en las ramas de los árboles. Hacía calor y no corría el aire, y esa combinación no le permitió dormir de un tirón. Los miembros de la Guardia Especial dormían a su alrededor, y Triss estaba a unos tres metros de distancia. En los extremos de su campo visual había otros patrullando, sombras difusas que destacaban en la oscuridad. Acurrucado en la parte interior del codo de Wren, *Fauno* se sacudía a intervalos. La noche se retiraba con sigilo y ella daba vueltas entre dormida y despierta.

Se disponía a intentarlo de nuevo, muy entrada la noche, cuando una cara llena de espinas apareció justo delante de ella. Dio un respingo asustada.

–¡Hssss! ¡Tranquila, Wren Elessedil! –dijo una voz conocida.

–¡Stresa! –exclamó Wren, incorporándose sobre un codo.

Fauno gritó al reconocerlo y el gatoespino lo hizo callar. Acercándose pesadamente a Wren, se sentó sobre sus cuartos traseros y la contempló con sus extraños ojos azules.

–No me pareció, pfff, una buena idea dejarte ir sola.

–¡Casi me matas del susto! –dijo Wren, esbozando una sonrisa– ¿Cómo has pasado por delante de los guardias?

El gatoespino se relamió y ella habría jurado que sonreía.

–La verdad, joven elfa. Sólo son hombres. Hssss. Si quieres ponerme a prueba, pfffff, llévame otra vez a Morrowindl. –Sus ojos parpadearon luminosos–. Pensándolo bien, no lo hagas. Me gusta estar aquí, en tu mundo.

–Me alegro de que estés aquí –dijo Wren a *Stresa,* abrazando a *Fauno* cuando éste trató de escabullirse–. A veces me preocupo por ti.

–¿Por mí? ¡Baahhh! ¿Para qué? Después de Morrowindl ya no me asusta casi nada. Vives en un mundo agradable, Wren de los elfos.

–Pues no lo es tanto el lugar adonde vamos. ¿Lo sabes?

–Hssss. He oído algo. Más criaturas oscuras, iguales a las de Morrowindl. Pero ¿hasta qué punto son malas éstas, joven elfa? ¿Son como, brrrrr, el Wisteron?

El gatoespino tenía la nariz húmeda y le brillaba a la luz de las estrellas.

–No –respondió Wren–. Al menos de momento. Son hombres, pero muchos más que nosotros y están decididos a destruirnos.

–Mejor que los monstruos –dijo *Stresa,* tras reflexionar un instante.

–Sí, mejor. –Inspiró el aire caliente de la noche al suspirar–. Pero muchos de esos hombres también hacen monstruos.

–Entonces no cambia nada, ¿no? –El gatoespino se erizó y se levantó–. Estaré cerca de ti, hssss, aunque no me veas. Pero si me necesitas, pfffff, estaré allí.

–Puedes quedarte –propuso ella.

–Soy más feliz en el bosque –respondió *Stresa,* resoplando–. Y estoy más seguro. Rrrrrr. Tú también lo estarías, pero no irás. Tendré que ser tus ojos. Hssss. Serás la primera en enterarte de lo que veo. –Se relamió–. Cuídate, Wren Elessedil. No olvides la lección de Morrowindl.

–No lo haré –respondió la joven reina, haciendo un gesto de asentimiento.

Stresa se volvió y empezó a alejarse.

–Envía al jacarino a buscarme si me necesitas –dijo *Stresa,* que había empezado a alejarse, volviéndose, y luego desapareció.

Ella observó cómo se perdía en la oscuridad, y después acunó en sus brazos al pequeño y caliente *Fauno.* Finalmente, se tendió de nuevo y cerró los ojos esbozando una sonrisa. Se sentía mejor sabiendo que el gatoespino estaba allí por ella.

En unos segundos se durmió una vez más, y no volvió a despertarse hasta la mañana siguiente.

17

Al amanecer, la avanzadilla del ejército elfo se dispuso a partir de nuevo. Wren llamó a Tib Arne y le explicó que lo enviaba de vuelta con los nacidos libres para que se cerciorara de que sabían que los había encontrado y les pidiera que vinieran lo más deprisa posible. Le aseguró que era importante que fuera y que le había honrado con su petición de quedarse. Añadió que era libre de volver una vez transmitido el mensaje. Tib hizo un mohín para expresar su decepción, pero al final le dio la razón y prometió hacer lo posible para dar prisa a los nacidos libres. Desidio le asignó un par de cazadores elfos para que lo escoltaran y protegieran –a pesar de las repetidas protestas del joven de que no los necesitaba–, y el trío partió a través del valle hacia los llanos de Streleheim. *Gloon* no dio señales de vida y Wren se alegró.

Los elfos tardaron casi todo el día en salvar la distancia que los separaba de la Federación. Avanzaban deprisa y sin detenerse, aprovechando las praderas abiertas para acelerar la marcha, confiando en que los jinetes alados y los rastreadores de la caballería evitarían que los descubrieran. Los jinetes alados traían con regularidad partes sobre el avance del ejército de las Tierras Meridionales, que se había vuelto más lento. Habían empleado un día en cruzar el río Mermidón y otro en reparar los daños causados por el agua en el equipo. La Federación no había ido más allá de la orilla norte del Mermidón cuando, a media tarde del segundo día, los elfos se encontraron a una distancia adecuada para atacar.

Dos de los jinetes alados llegaron con la noticia de su proximidad, apartándose a toda velocidad del Sol que colgaba suspendido en un calor abrasador en el cielo. Los elfos estaban desplegados por los bordes de los bosques de las Tierras Occidentales, no muy lejos de donde el río Mermidón se doblaba sobre sí mismo saliendo del Pykon. Cuando Wren fue informada de que el ejército que se acercaba estaba a menos de ocho kilómetros de distancia y los cercaban, hizo que Desidio ordenara a los elfos que se cobijaran de nuevo en el bosque a esperar la noche. Allí, en el frescor de la sombra, reunió a los comandantes de la expedición.

–Debemos tomar una decisión –les dijo.

Eran cinco en total, Triss, Desidio, Tiger Ty, Erring Rift y ella. Rift era un elfo alto y de hombros caídos con una barba negra y greñuda, pelo ralo y unos ojos que parecían trocitos de obsidiana. En calidad de líder de los jinetes alados, su presencia era indispensable. Tiger Ty estaba allí por gentileza y porque Wren confiaba en su buen juicio. Estaban reunidos en un impreciso círculo bajo un nogal viejo y aplastaban cáscaras de nueces y ramitas con las botas mientras la joven reina hablaba.

–Los hemos encontrado –continuó ella–, pero no basta con eso. Ahora tenemos que decidir cómo debemos proceder. Creo que todos estamos al corriente de las características de su avance. Es un ejército enorme, pero se mueve a un ritmo muy aceptable, más deprisa de lo que habíamos previsto. Cinco días, y habrán cruzado el río Mermidón y llegado aquí. Nuestro ejército está a menos de una semana de donde acampamos. La Federación no va a esperarnos. Por no hablar de que dentro de una semana estarán en el Valle de Rhenn y lanzaremos nuestro primer ataque en el lugar donde habíamos previsto lanzar el último.

–Puede que el calor los frene en estos campos abiertos –dijo Desidio.

–Un fuego los frenaría más –propuso Rift. Se frotó la barba–. Si lo hiciéramos debidamente, el viento lo llevaría hasta ellos.

–Y también hasta los bosques de las Tierras Occidentales –terció Triss.

–O el viento podría cambiar y traérnoslo a nosotros –respondió Wren haciendo un

gesto negativo–. Demasiado arriesgado, salvo como último recurso. No, creo que hay otro plan mejor.

–Una confrontación –declaró Desidio en voz baja–. Lo que hace tanto que ha planeado, señora. Lo que tengo prohibido por orden del general.

Wren sonrió y se volvió hacia él.

–Te dije que llegaría el momento en que tendrías que escucharme –dijo Wren esbozando una sonrisa y volviéndose hacia él–. Pues ese momento ha llegado, comandante. Sé cuáles son tus órdenes. Sé lo que he prometido al general Oridio. También sé lo que no le he prometido. –Cambió de pierna el peso del cuerpo y se echó hacia delante–. Si esperamos aquí con los brazos cruzados, la Federación llegará al Valle de Rhenn antes que nosotros y nos detendrá. Será el fin de Arborlon. No habrá tiempo para recibir ayuda, ni de los nacidos libres ni de nadie. Necesitamos entretener a ese ejército, darnos tiempo para avanzar hasta donde el ataque sea efectivo. Las órdenes son las órdenes, comandante, pero en el campo de batalla son los acontecimientos los que determinan cuán fielmente deben cumplirse tales órdenes.

Desidio permaneció en silencio.

–Ambos prometimos que la avanzada no entablaría combate con la Federación hasta que el general Oridio llegara. Y hemos cumplido la promesa. Pero nada impide actuar a la Guardia Especial, que está bajo mis órdenes, ni a los jinetes alados, que son libres de actuar por su cuenta. Creo que deberíamos considerar cómo utilizarlos contra el enemigo.

–¿Una docena de jinetes alados y un centenar de la Guardia Especial? –inquirió Desidio arqueando las cejas.

–Más que suficiente para lo que ella tiene en mente –intervino Tiger Ty a la defensiva–. Oigamos lo que tiene que decir.

Desidio hizo un gesto de asentimiento. Erring Rift se frotó con más ahínco la barbilla, mirando con atención. Triss tenía todo el aspecto de estar hablando del tiempo.

–Somos muy pocos para enfrentarnos abiertamente al ejército de la Federación –dijo ella, recorriendo sus caras con la mirada–. Pero tenemos de nuestra parte la iniciativa, la rapidez y la sorpresa, y éstas pueden ser armas muy valiosas en un ataque nocturno concebido para desorganizar y confundir. Los jinetes alados pueden atacar desde cualquier parte, y la Guardia Especial está entrenada para estar presente sin ser vista. ¿Y si los atacamos de noche, cuando menos lo esperan? ¿Y si los atacamos en donde son más vulnerables?

–Sus carros y provisiones –dijo Triss, haciendo un gesto de asentimiento.

–¡Las máquinas de asedio! –exclamó Erring Rift, batiendo palmas.

–Podemos prenderles fuego –susurró Tiger Ty con entusiasmo–. ¡Quedarán reducidas a cenizas mientras ellos duermen!

–Más que eso –se apresuró a añadir Wren atrayendo de nuevo su atención–. Confundámoslos, asustémoslos. De noche no ven. Nos aprovecharemos de eso. Haced todo lo que habéis sugerido, pero hacerles creer que es un ejército entero el que lo hace. Atacadlos todos a la vez y desde todas partes, y desapareced antes de que se den cuenta de lo que ha ocurrido. Dejadlos con la impresión de que han sido sitiados. No avanzarán tan deprisa después de eso. Aun después de reparar los daños, se esforzarán más en buscarnos y eso frenará su marcha.

–¡Ha hablado una auténtica joven bohemia! –exclamó Erring Rift entusiasmado, echándose a reír–. Señora –añadió apresuradamente.

–¿Y qué pinto yo en todo esto? –preguntó Desidio en voz baja–. ¿Qué hay de la avanzadilla?

Wren podía estar equivocada, pero le pareció percibir en su voz expectación, como si esperara que ella tuviera algo en mente, y no quiso decepcionarlo.

–Las provisiones y las máquinas de asedio deben de ir en la retaguardia, de modo que los jinetes alados y la Guardia Especial entrarán por detrás. Si ves con claridad el camino, comandante, un ataque de frente y de flanco por parte de los arqueros y la caballería añadiría una importante confusión.

–Puede que estén más despiertos de lo que usted cree –repuso Desidio, tras un breve instante de reflexión–. Y mejor preparados.

–¿Dentro de las fronteras de su propio protectorado? ¿Y sin haber visto a un solo elfo durante todo el trayecto de su marcha al norte? –Hizo un gesto negativo–. A estas alturas se están preguntando si van a encontrar siquiera uno.

–Podría haber Espectros –dijo Triss en voz baja.

–Pero los Espectros se disfrazarán como hombres y no querrán dejarse ver por el ejército –respondió Wren, haciendo un gesto de asentimiento–. No olvides, Triss, que actúan siempre que permanecen escondidos. Si se dejaran ver, perderían el anonimato y asustarían a su propio ejército. No creo que corran ese riesgo. Ni que tengan tiempo siquiera de pararse a pensarlo si los cogemos desprevenidos.

–Sólo tendremos una oportunidad.

–Así que será mejor que le saquemos todo el partido posible, ¿no? –respondió Wren esbozando una débil sonrisa–. ¿Nos ayudarás? –preguntó a Desidio, volviéndose hacia él.

–Me está pidiendo que desoiga las órdenes del general Oridio –respondió Desidio, dando un suspiro, arrepentido–. Son explícitas, pero a un comandante le está permitido pensar hasta cierto punto de forma independiente en el campo de batalla. Además, tiene razón en su descripción de cómo estarán las cosas si no hacemos nada. –Miró a los demás–. ¿Todos os declaráis a favor?

Todos respondieron con un gesto de asentimiento.

–Entonces haré lo que pueda por salvaros de vosotros mismos, aunque eso signifique tomar el campo –respondió el comandante, volviendo a mirar a Wren–. El general no lo aprobará, pero espero que al menos acepte la lógica. Sabe que no tengo autoridad sobre los jinetes alados o la Guardia Especial, y menos sobre usted, señora. –Hizo una breve pausa–. Confieso que me sorprende la facilidad con que me ha convencido –concluyó con arrepentimiento.

–Le ha convencido la razón, comandante –le corrigió Wren–. No es lo mismo.

La reina y el comandante intercambiaron una mirada.

–¿Damos por zanjado el asunto? –preguntó Tiger Ty.

–Menos la estrategia, que os la dejo a vosotros –respondió Wren–. Pero comprended que voy a ir con vosotros. No, Tiger Ty, no quiero objeciones. Mira a Triss... ya no se molesta en intentarlo siquiera.

El jinete alado la miró con expresión ceñuda, pero contuvo sus protestas.

–¿Cuándo será, señora? –preguntó Erring Rift. Sus ojos negros centelleaban.

–Esta noche, por supuesto –respondió Wren, levantándose–. Tan pronto como duerman. –Los rodeó y empezó a alejarse–. Voy a lavarme y a comer algo. Avisadme cuando hayáis elaborado el plan.

Sonrió satisfecha por el silencio que la siguió y no volvió la vista atrás.

El día tocaba a su fin con el horizonte teñido de rojo y púrpura por el oeste, y las nubes formándose y volviéndose a formar en un paisaje que cambiaba despacio. El calor persistía mientras el Sol se ocultaba y los colores se apagaban, y en la inmovilidad del aire flotaba una fétida humedad que hacía que la ropa se pegara al cuerpo y picara. Los elfos cenaron temprano e intentaron dormir, pero ni a la sombra de los árboles corría el aire. Al acercarse la medianoche, los cazadores elfos de Desidio fueron despertados, recibieron órdenes de vestirse y coger sus armas, y fueron llevados del bosque hasta las praderas,

deslizándose sigilosos hacia la cuesta situada al norte que dominaba al ejército en pleno sueño de la Federación.

Wren fue con ellos, impaciente por echar un vistazo a ras de suelo antes de volar con los jinetes alados. Salió con un destacamento de la Guardia Especial liderada por Triss y Desidio, todos ellos camuflados con los colores del bosque, verde y marrón, y con botas altas, cinturones y guantes para protegerse de la maleza y los arbustos. Ella llevaba en una mochila a la espalda a *Fauno* (al que no podía dejar atrás) y se había colgado del cuello una bolsa de cuero para tener cerca las piedras élficas. Llevaba un par de cuchillos largos en la cintura, y una daga en la bota. Armada para todo, pensó. Recorrieron a caballo la corta distancia hasta los llanos, luego desmontaron y se abrieron paso hasta donde las primeras filas de los cazadores elfos estaban agazapados en la oscuridad.

Avanzó a gatas con Triss y Desidio hasta que logró echar un vistazo al campamento de la Federación.

Su ejército era enorme. Aunque lo había visto desde el aire con Tiger Ty, no estaba preparada para ver las dimensiones que parecía tener ahora. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista en un laberinto de centenares de hogueras, una explosión de luz que excluía con su brillo a las estrellas. De los llanos llegaban voces y risas tan claras como si estuvieran apenas a unos pasos. Recortadas contra el cielo al resplandor del fuego había unas máquinas enormes, grandes esqueletos con los huesos de madera y las articulaciones de hierro que se alzaban como gigantes contrahechos. Los carros estaban apiñados y llenos de montañas de provisiones y armas, y el viento trajo el olor a aceite y a brea. Aun cuando ya eran las doce dadas, muchos seguían despiertos, vagando de hoguera en hoguera atraídos por el tintineo de vasos y tazas de latón, por los gritos y llamadas y la promesa de alcohol y compañía.

Wren miró a Triss. La Federación estaba relajada, confiando en que su número y su fuerza los protegería de cualquier peligro. Preguntó a Triss si habrían montado guardias. Éste se encogió de hombros, y señaló a la izquierda y luego a la derecha, contando a los centinelas apostados por los comandantes de la Federación. Eran pocos y estaban muy desperdigados. Ella había acertado en sus cálculos; los habitantes de las Tierras Meridionales no esperaban problemas.

Descendieron la cuesta a gatas hasta que el campo dejó de verse, entonces se levantaron y volvieron sobre sus pasos pasando por entre las filas de arqueros y soldados de caballería. Cuando estuvieron a una distancia prudente, Wren llevó aparte a Triss y Desidio.

–Acercaos todo lo que podáis, comandante –susurró al segundo–. Y esperad a que los jinetes alados ataquen por detrás. Cuando veáis fuego, atacad. Los arqueros y a continuación la caballería, como hemos planeado. Y os marcháis rápidamente. No corráis riesgos. No os dejéis ver más de lo necesario. Queremos que utilicen la imaginación para intentar averiguar cuántos somos.

Desidio hizo un gesto de asentimiento. Conocía mejor que ella su trabajo, pero era la reina y no iba a decírselo. Ella esbozó una débil sonrisa, le cogió la mano para expresarle su confianza, luego se dio la vuelta y se marchó con Triss con sigilo. Su escolta los esperaba, y volvieron a montar y a adentrarse en el bosque.

Los jinetes alados y el cuerpo principal de la Guardia Especial los esperaban en un claro. Una docena de cestas habían sido tejidas con ramas y sujetas con cuerdas de cuero, cada una lo bastante grande para contener a una docena de hombres. Los jinetes alados subieron a bordo armados con arcos y espadas cortas, formas oscuras y silenciosas en la noche. Cada cesta iba a ser transportada por un ruc hasta los llanos que se extendían detrás del ejército de la Federación. Wren corrió hacia Tiger Ty, que ya estaba sentado sobre *Espíritu,* y se acomodó detrás de él sujetándose bien con las cuerdas. Triss se subió a la

cesta colocada delante. Erring Rift silbó débilmente, y uno por uno los rucs emprendieron el vuelo, con las cestas sujetas con cuerdas a sus garras por las cuatro esquinas, levantándolas ligeramente del suelo a una distancia prudente, transportándolas por encima de los árboles hacia el cielo oscuro.

El viento soplaba en frías ráfagas que azotaban la cara de Wren Elessedil a medida que *Espíritu* dejaba atrás el bosque y se dirigía hacia los llanos abiertos al este. Los fuegos del ejército de la Federación aparecieron casi de inmediato ante ellos, y a esa altura parecían aun más desperdigados. Erring Rift tomó las riendas de su ruc *Grayl* e hizo girar a la formación hacia el sur bordeando los bosques y manteniéndose lo más lejos posible de la luz. Descendieron sin hacer ruido hasta la hilera de árboles, observando cómo los fuegos se hacían más grandes para a continuación encogerse al dejarlos atrás e internarse de nuevo en la oscuridad. Cuando estuvieron lo bastante lejos, Rift los condujo de nuevo hacia la luz y dio un amplio viraje hacia los llanos para acercarse por detrás.

Wren se agarraba a Tiger Ty con una mano para no perder el equilibrio y mantener el contacto. El jinete alado era robusto y permanecía firme en su asiento, echado hacia delante y con la cabeza ladeada mientras volaba. Ninguno de los dos habló.

Cuando se hubieron acercado todo lo posible sin que nadie los viera, los rucs se posaron en el suelo mirando al este. Se bajaron las cestas y se soltaron las cuerdas, y la Guardia Especial se dispersó y desapareció en la noche. Los rucs volvieron a elevarse con Wren todavía montada detrás de Tiger Ty, y, describiendo un amplio arco, se alejaron. Unos minutos para que Triss se deshiciera de los centinelas y sería el momento.

Los rucs volvieron a girar, enderezaron y se dirigieron derechos al campamento de la Federación ganando velocidad a medida que avanzaban. Ésa era la parte más peligrosa, tanto que Tiger Ty tenía prohibido hacer otra cosa que llevar a la reina de los elfos de observadora. Pasara lo que pasara, ella tenía que salir de allí ilesa. Volaron a toda velocidad hacia el campamento de la Federación, enderezando a unos quince metros de altura al pasar por encima de los primeros fuegos.

Una vez allí descendieron, oscuras flechas saliendo de la noche, todos los rucs menos *Espíritu.* Once en total, los rucs irrumpieron en el campamento de la Federación en dirección a los fuegos de vigilancia. En el último momento fueron vistos y se oyeron gritos de sorpresa. Pero la advertencia llegó demasiado tarde. Los rucs bordearon con las alas extendidas los fuegos de vigilancia, eligieron los que estaban a punto de apagarse y recogieron con sus endurecidas garras puñados de ascuas ardiendo. ¿Para qué traer fuego cuando lo tenían a mano?, había argumentado Erring Rift. Los rucs se alejaron, girando a derecha e izquierda hacia las máquinas de asedio. Los soldados de la Federación se levantaron en masa de la cama intentando descifrar la confusión de palabras que les gritaban los que ya estaban despiertos. A esas alturas los rucs ya habían llegado a las máquinas de asedio y los carros de provisiones, y sus garras dejaron caer las ascuas ardiendo sobre la madera seca y vieja. El viento avivó las ascuas al caer, y la madera estalló en llamas al instante. Algunas teas aterrizaron sobre las lonas polvorientas, otras sobre las cabinas de tejado de madera situadas sobre las gigantescas torres con escaleras y otras en las tinas de brea que servía para revestir los misiles de las catapultas.

El fuego rugía en todas direcciones, esparciéndose hambriento. Los gritos se convirtieron en aullidos de cólera y peticiones de agua, pero había llamas en todas partes. Los rucs descendían sobre los que trataban de apagar las llamas, ahuyentándolos.

De pronto, la Guardia Especial salió de la noche arrojando una lluvia de flechas sobre la masa de los soldados de la Federación, dejándolas caer sobre ellos mientras luchaban por arrebatarles las armas, matándolos antes de que comprendieran lo que ocurría. Los Espadachines hicieron su aparición, materializándose en toda la periferia del campamento, soltando los caballos de guerra y los animales de carga y ahuyentándolos,

vaciando los sacos de grano, volcando los barriles de agua y destruyendo todo lo que encontraban a su paso.

El ejército de la Federación estaba completamente desorganizado. Los hombres embestían frenéticos, golpeando a todo lo que se topaban, a menudo a sí mismos. Los oficiales trataron de restaurar el orden, pero nadie estaba seguro de quién era quién, y el esfuerzo se vio arrasado por una oleada de confusión.

Entonces los cazadores elfos de Desidio atacaron por el frente encabezados por los arqueros, que dejaron caer una lluvia de flechas sobre el campamento, una descarga tras otra. A continuación, la caballería salió en tropel de la noche con un alarido espeluznante. Desde el aire, Wren observó los caballos elfos abriéndose paso por entre las primeras filas de la Federación, adentrándose en el corazón del campamento para salir a continuación, dispersando los fuegos de vigilancia y a los hombres, arrojando a la oscuridad a los soldados y a sus servidores.

Pero el ejército de la Federación era enorme, y los ataques apenas arañaban los bordes. Ya habían formado filas en el centro, donde todavía reinaba la calma, y empezaban a marchar despacio pero con decisión hacia el lugar donde se habían originado los disturbios. Cientos de soldados de a pie armados con escudos y espadas cortas cruzaron en masa el tumulto, apartando a empujones o pisoteando a sus propios hombres en busca de los intrusos. En unos minutos estaban en la periferia del campamento, donde la luz de los carros y las máquinas de asedio en llamas se reflejaba como si fuera sangre en los cuerpos armados.

Wren buscó en la oscuridad, intentando averiguar la suerte de los elfos. Los rucs ya habían emprendido el vuelo de nuevo hacia el sur, y Tiger Ty había hecho dar media vuelta a *Espíritu* para seguirlos. Wren echó un vistazo al campamento por encima del hombro mientras se alejaban a toda velocidad internándose en la oscuridad, pero no consiguió ver a los cazadores de Desidio ni a la Guardia Especial. Los soldados de la Federación emergían del resplandor del fuego buscando en vano un enemigo que ya se había desvanecido. Detrás, todos los animales de carga y las máquinas de asedio ardían en llamas, pirámides de fuego que se elevaban centenares de metros hacia el cielo nocturno y emitían un calor tan intenso que Wren lo notaba aun desde donde se hallaba. Sentía el olor a ceniza y a humo en las fosas nasales, y los gritos de los heridos perforándole los oídos. Por todas partes había hombres tendidos en el suelo, cubiertos de sangre e inmóviles.

Hemos vencido, pensó ella, pero sintió cómo se desvanecía su euforia inicial.

Se alejaron por los aires, y *Espíritu* se quedó algo rezagado y se apresuró a alcanzarlos. Se desplegaron y descendieron donde los esperaban las cestas improvisadas, y encontraron a la Guardia Especial ya subida en ellas. Ataron las cestas a las garras de los rucs, éstos las elevaron del suelo y se dirigieron a toda velocidad hacia los bosques situados al oeste. En unos instantes sobrevolaban los árboles, lejos de la locura del campamento de la Federación, y regresaban al refugio de donde habían partido.

En cuanto aterrizaron en el interior del bosque, Wren llamó a los comandantes para conocer las pérdidas. Los rucs habían salido ilesos del ataque; todos los miembros de la Guardia Especial habían vuelto sanos y salvos excepto uno, y sólo tres de los cazadores elfos habían caído, derribados de sus monturas. Había varios heridos, pero sólo uno grave. El ataque había sido un éxito absoluto.

Wren dio las gracias a Triss, Desidio y Erring Rift, y dio órdenes de que la avanzadilla se preparara para partir. Se dirigirían hacia el norte antes de que la Federación empezara a buscarlos, y elegirían un nuevo lugar donde esconderse en los bosques de las Tierras Occidentales. Al amanecer, reconocerían los daños que habían causado al enemigo y decidirían lo que podían hacer a continuación. Esa noche había sido un buen comienzo, pero el final todavía estaba lejos.

Los elfos se prepararon rápidamente para partir. Se oían susurros de satisfacción y felicitaciones mientras lo hacían. Los elfos habían librado su primera batalla en su tierra natal desde hacía más de un centenar de años, y habían vencido. La larga noche en Morrowindl quedaba por fin atrás, tras haber liberado una pequeña parte de la rabia y la frustración con las que habían vivido toda su vida. Muchos experimentaban una renovada sensación de libertad.

Wren Elessedil lo comprendía. Reina de los elfos no sólo de nombre aquella noche, como su abuela había esperado y Garth había prometido que sería, algo dentro de ella también se había liberado. Sentía cómo la miraban los elfos. Sentía su respeto. Ahora pertenecía a ellos, era uno de ellos.

Una hora después todo estaba listo. Con sigilo y en silencio el pasado de los elfos en Morrowindl se había desvanecido en la noche.

18

Tras una hora de marchar, los elfos pasaron el resto de la noche en un bosque justo al norte del Pykon, que se extendía hasta la foresta más extensa de Drey, y se dirigieron al sur, hacia los llanos donde había levantado su campamento la Federación. A lo largo de toda la noche vieron en el horizonte el resplandor de las máquinas de asedio y los carros de provisiones en llamas, y en el silencio de su refugio en el bosque oyeron débiles gritos y alaridos.

Durmieron a rachas y se levantaron al amanecer para lavarse, comer y cumplir con sus obligaciones. Desidio envió jinetes a Arborlon con noticias del ataque y la petición personal de Wren a Barsimmon Oridio de que el resto del ejército continuara lo antes posible hacia el sur. Se enviaron patrullas de caballería en todas direcciones con órdenes de cerciorarse de que no había en el campamento ningún otro ejército de las Tierras Meridionales aparte del que conocían. Se prestó especial atención a las guarniciones dentro de las ciudades de Callahorn. Los jinetes alados volaron hacia el sur para calcular la gravedad de los daños causados en el ataque realizado la noche anterior, y determinar con qué prontitud la columna estaría en condiciones de ponerse de nuevo en movimiento. Era un día nuboso y gris, y los rucs volarían sin ser vistos sobre el oscuro telón de fondo de las montañas y bosques de las Tierras Occidentales. Al resto de los elfos, después de haber atendido y dado de comer a sus animales y limpiado y reparado las armas, se les permitió dormir hasta el mediodía.

Wren pasó la mañana con sus comandantes –Desidio, Triss y Erring Rift–. Tiger Ty había volado hacia el sur, decidido a verificar personalmente toda estimación que se efectuara sobre la condición del ejército de la Federación. Wren estaba cansada y excitada al mismo tiempo, rebosante de energía y tensa del cansancio, y sabía que necesitaba dormir unas horas si quería tener la cabeza de nuevo despejada. Pero quiso que sus comandantes –y sobre todo Desidio, ahora que lo había conquistado– empezaran a pensar en lo que podía hacer a continuación su pequeño ejército. Eso dependía en gran parte de lo que hiciera la Federación. No obstante, había tantas posibilidades que Wren quería dirigir sus posibles actuaciones en la dirección correcta. Con suerte, los habitantes de las Tierras Meridionales tardarían varios días en ponerse de nuevo en movimiento, y eso daría tiempo al cuerpo principal del ejército elfo para llegar al Valle de Rhenn. Pero si empezaban a moverse, dependería de Wren y de la avanzada el hallar la manera de contenerlos una vez más. Bajo ningún concepto iba a permanecer con los brazos cruzados. Actuar con rapidez era incuestionable. Habían obtenido una importante victoria sobre su enemigo más poderoso con el ataque de la noche anterior, y no tenía intención de perder la ventaja que esa victoria les había proporcionado. A partir de ahora la Federación permanecería vigilante; ella quería que así fuera durante el máximo tiempo posible. Era importante que sus comandantes pensaran como ella.

Satisfecha con los resultados de sus conversaciones, se retiró a descansar. Durmió hasta casi el mediodía y al despertarse se enteró de que Tiger Ty y la patrulla del jinete alado habían regresado. Traían buenas noticias. El ejército de la Federación no daba muestras de reemprender la marcha. Todo el equipo de asedio y la mayor parte de las provisiones habían quedado reducidas a cenizas. El campamento seguía estando donde lo habían dejado la noche anterior, y todos los esfuerzos del ejército parecían dirigirse a atender a los enfermos, enterrar a los muertos y rescatar lo que quedaba de los suministros. Había exploradores patrullando el perímetro y una partida de hombres hacían incursiones en los campos de los alrededores, pero el cuerpo principal del ejército seguía reponiéndose.

–Una cosa es que los veamos reagrupándose hoy –dijo Tiger, que no se sentía satisfecho, a Wren en un aparte–, y otra que se queden quietos después de un ataque como éste. Han sufrido verdaderos daños y necesitan lamer un poco sus heridas. Pero no nos engañemos. Estarán haciendo lo que nosotros... pensando en cómo responder al ataque. Si mañana siguen allí, será el momento de observarlos más de cerca. Porque para entonces habrán tramado algo, puedes contar con ello.

Wren hizo un gesto de asentimiento y dejó que se uniera a Triss para almorzar. Éste, al enterarse de la opinión de Tiger Ty, le dio la razón. Se enfrentaban a un ejército aguerrido y sus comandantes no pararían hasta hallar el modo de recuperar la ventaja momentánea que los elfos habían obtenido.

Acababan de comer cuando llegó una patrulla elfa seguida de un harapiento y destrozado Tib Arne. La patrulla había recorrido el extremo inferior de los llanos de Streleheim en dirección a Callahorn cuando se había topado con el muchacho vagando por los llanos en busca de los elfos. Al encontrarlo solo y herido, lo habían recogido y traído directamente.

Tib tenía cortes y contusiones por toda la cara, y estaba cubierto de los pies a la cabeza de polvo y mugre. Daba muestras de agitación y al principio apenas pudo hablar. Wren le hizo sentar cerca y le lavó la cara con un trapo húmedo. Triss y Tiger Ty permanecieron cerca para escuchar lo que tenía que decir.

–Dime qué ha ocurrido –lo apremió Wren después de haberle tranquilizado para que hablara.

–Lo siento, majestad –se disculpó él, avergonzado ante su pérdida de papeles–. Llevo un día y una noche allí fuera sin comer ni beber, y no he dormido.

–¿Qué te ha pasado? –repitió ella.

–Nos atacaron, a mí y a los hombres que envió conmigo, no muy lejos de los Dientes del Dragón. Era de noche cuando llegaron, más de una docena. Habíamos acampado, y cargaron sobre nosotros. Los hombres que envió lucharon con todas sus fuerzas. Pero los mataron. Me habrían matado a mí también si no hubiera sido por *Gloon.* Fue a rescatarme, lanzándose sobre mis asaltantes mientras yo huía refugiándome en la oscuridad. Oí los gritos de *Gloon,* los aullidos de los hombres luchando contra él y luego el silencio. Permanecí toda la noche escondido en la oscuridad y luego salí a buscarles a ustedes. Me asustaba seguir sin *Gloon,* y que hubiera otras patrullas buscándome.

–¿Ha muerto el alcaudón? –preguntó Tiger Ty con brusquedad.

–Creo que sí –respondió Tib, deshaciéndose en lágrimas–. No he vuelto a verlo. Le silbé cuando se hizo de día, pero no acudió a la llamada. –Miró a Wren, compungido–. Siento haberle fallado, señora. No comprendo cómo nos encontraron tan fácilmente. ¡Fue como si lo supieran!

–No importa, Tib –lo consoló Wren, poniendo una mano en su hombro–. Hiciste lo que pudiste. Siento lo de *Gloon.*

–Lo sé –murmuró él, serenándose una vez más.

–Te quedarás con nosotros –le dijo Wren–. Encontraremos la forma de avisar a los nacidos libres o si no esperaremos a que ellos nos encuentren.

Pidió algo de comer y de beber para el muchacho, y lo envolvió en una manta de lana; después llamó aparte a Tiger Ty y Triss. Estaban de pie bajo un alto roble del bosque y sobre un suelo cubierto de cáscaras de bellota mientras las nubes se alejaban por el cielo dejando atrás una tenue luz gris.

–¿Qué decís vosotros? –les preguntó.

–Los hombres que iban con el chico eran experimentados –respondió Triss, haciendo un gesto dubitativo–. Es extraño que los cogieran por sorpresa. Creo que o tuvieron muy mala suerte o el chico tiene razón y alguien los esperaba.

–Os diré lo que pienso –dijo Tiger Ty–. Creo que es muy difícil matar un alcaudón de guerra cuando consigues verlo, y no digamos cuando no lo consigues.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Wren.

–Quiero decir que hay algo en todo esto que me preocupa –respondió Tiger, frunciendo el entrecejo–. ¿No te parece extraño encomendar a un muchacho la tarea de traernos noticias de los nacidos libres?

–Es joven, es cierto –dijo Wren, tras mirarlo un instante en silencio, reflexionando–. Pero por eso mismo es menos probable que llame la atención. Y parece lo bastante seguro de sí mismo. –Hizo una pausa–. ¿No te fías de él, Tiger Ty?

–No he dicho eso. –Los demás fruncieron el entrecejo–. Sólo creo que tenemos que tener cuidado.

–¿Triss? –preguntó Wren, tras hacer un gesto de asentimiento, sabiendo lo suficiente para no descartar la sospecha de Tiger Ty.

El capitán de la Guardia Especial tiraba de las vendas de su brazo roto. El cabestrillo se había soltado el día anterior antes del ataque, y todo lo que quedaba era un par de tablillas estrechas atadas al antebrazo. No levantó la vista mientras apretaba un nudo que se había aflojado.

–Creo que Tiger Ty tiene razón. No está de más tener cuidado.

–De acuerdo –respondió Wren, cruzándose de brazos–. Nombrad a alguien para que lo vigile. –Se volvió hacia Tiger Ty–. Hay algo importante que quiero que hagas. Quiero que busques el lugar donde abandonaron a Tib. Coge a *Espíritu* y vuela hacia el este. Trata de encontrar a los nacidos libres y condúcelos hasta aquí en caso de que tengan problemas en alcanzarnos. Puede que tardes varios días, y tendrás que seguir su pista sin nuestra ayuda. No tengo ni idea de por dónde decirte que empieces, pero si son cinco mil no debe de ser difícil encontrarlos.

–No me gusta dejarte. Envía a otro –respondió Tiger Ty, frunciendo el entrecejo.

–No, tienes que ser tú –dijo Wren, haciendo un gesto negativo–. Puedo confiar en que tu búsqueda tendrá éxito. No te preocupes por mí. Triss y la Guardia Especial velarán por mí. Estaré bien.

–No me gusta, pero iré si tú me lo pides –respondió el jinete alado haciendo un gesto negativo.

Por si encontraba por el camino a Par o a Coltar Ohmsford, a Walker Boh o incluso a Morgan Leah, le hizo una breve descripción de cada uno de ellos y de cómo podía estar seguro de reconocerlos. Cuando hubo terminado, le estrechó la mano y le deseó suerte.

–Ten cuidado, Wren de los elfos –respondió Tiger Ty, sombrío, sosteniéndole la mano con firmeza un instante–. Los peligros de este mundo no son muy distintos de los de Morrowindl.

Wren respondió con un gesto de asentimiento y una sonrisa, y el jinete alado se marchó. Ella observó cómo empaquetaba las provisiones y unas mantas, lo ataba todo a lomos de *Espíritu,* montaba sobre él y se ponía en camino desapareciendo en la luz gris. Permaneció largo rato mirando al cielo después de perderlo de vista. Las nubes cada vez eran más oscuras. Llovería al anochecer.

Necesitaremos un refugio mejor, pensó Wren. Tenemos que movernos.

–Llama a Desidio –ordenó a Triss.

Si llovía bastante, las praderas en las que había acampado la Federación acabarían cubiertas de fango. Era pedir mucho, pero no pudo evitarlo.

Danos sólo una semana, suplicó con los ojos clavados en el cielo gris que se arremolinaba. Sólo una semana.

Sobre su cara cayó la primera gota de lluvia.

La avanzadilla elfa se reunió, empaquetó todo y se internó de nuevo en la densa foresta de Drey para esperar a que pasara la tormenta. La lluvia arreció a medida que el día avanzaba y hacia el anochecer diluviaba. Los jinetes alados habían atado a los rucs lejos de los caballos, y los hombres habían extendido entre los árboles telas de lona para resguardar las provisiones y ponerse ellos a cubierto. Las patrullas habían vuelto de todas partes, excepto de Arborlon, con noticias de que no se acercaba nadie en ninguna dirección y no había rastro de otro ejército de la Federación.

Comieron caliente, el humo oculto por el aguacero, y se retiraron a dormir. Wren estaba preocupada por las mil cosas que podían ocurrir a continuación y creyó que iba a permanecer horas despierta, pero se quedó dormida casi al instante, y lo último en que pensó fue en Triss y los dos guardias que permanecían cerca vigilando.

Cuando se despertó, seguía lloviendo torrencialmente. El cielo estaba encapotado y el suelo empapado se estaba convirtiendo en barro. Llovió durante todo ese día y parte del siguiente. Los rastreadores salieron a comprobar el avance del ejército de la Federación y a su vuelta informaron que no se había movido. Como Wren había esperado, las praderas estaban empapadas y resbaladizas, y el ejército de las Tierras Meridionales había tenido que levantarse el cuello y esperar a que cesara la tormenta. Recordó la advertencia de Tiger Ty de que no se engañara creyendo que la Federación no estaba haciendo nada sólo porque no se movía, pero hacía tan mal tiempo que los jinetes alados no quisieron volar y poco podían averiguar en tierra.

Llegó de Arborlon la noticia de que al cuerpo principal del ejército elfo le faltaban aún varios días de preparativos para emprender la marcha hacia el sur. Wren apretó la mandíbula en un gesto de frustración. El tiempo tampoco favorecía a los elfos.

Pasó un tiempo con Tib, decidida a averiguar más sobre él y preguntándose intrigada si las sospechas de Tiger Ty tenían alguna base. Tib se mostró abierto y alegre, salvo cuando ella mencionó a *Gloon.* Animado por la atención que la reina le prestaba, habló de buen grado de sí mismo. Le contó que había crecido en Varfleet, que había perdido a sus padres en las prisiones de la Federación, que había sido reclutado por los nacidos libres para colaborar en la Resistencia y desde entonces había vivido con los proscritos. Llevaba sobre todo mensajes; era capaz de meterse en cualquier parte porque no parecía un peligro para nadie. Se rió de eso y Wren también lo hizo. Dijo que había viajado unas dos veces hacia el norte, hasta los bastiones de los proscritos en los Dientes del Dragón, pero que no se había quedado a vivir allí porque resultaba útil en las ciudades. Habló exultante de la causa de los nacidos libres y de la necesidad de liberar a los habitantes de las tierras fronterizas del dominio de la Federación. No habló de los Espectros ni dio muestras de saber algo sobre ellos. Wren prestó atención a todas sus palabras y no oyó nada que sugiriera que Tib era algo más de lo que afirmaba ser.

Pidió a Triss que hablara con el chico también para tomar una decisión. Triss así lo hizo, y la opinión del capitán coincidió con la suya. Tib Arne parecía ser quien afirmaba ser. Wren quedó convencida de ello y decidió olvidarse del asunto.

La lluvia cesó a media mañana del tercer día, las nubes se dispersaron y el cielo se despejó cediendo paso a la luz brillante del Sol. El agua caía de las hojas y quedaba estancada en charcos, y el aire estaba húmedo y lleno de vapor. Desidio envió a jinetes de nuevo a los llanos, y Erring Rift despachó a un par de jinetes alados al sur. Los elfos salieron del corazón del bosque y se instalaron en los bordes de las praderas a esperar.

Los rastreadores y los jinetes alados volvieron al mediodía con una variedad de partes. Los cazadores elfos no habían averiguado nada, pero los jinetes alados informaron que el ejército de la Federación estaba levantando el campamento y que se disponía a partir. Como ya era mediodía, no estaban seguros de lo que eso significaba, ya que el ejército sólo podría avanzar unos pocos kilómetros antes de que se hiciera de noche. Wren

escuchó todos los partes, pidió que se los repitieran, reflexionó largamente sobre ellos y a continuación llamó a Erring Rift.

–Quiero ir a echar un vistazo –le ordenó–. ¿Puedes pedir a alguien que me lleve?

–¿Y tener que enfrentarme a Tiger Ty si pasa algo? –inquirió a su vez el hombre de barba negra, echándose a reír–. ¡Ni hablar! La llevaré yo mismo, majestad. Así, si pasa algo, no tendré que dar cuentas.

Wren informó a Triss de sus intenciones, declinó su ofrecimiento de acompañarla y se dirigió a donde Rift se estaba sujetando con cuerdas a *Grayl.* Tib se acercó a ella con los ojos muy abiertos y preocupados, y le preguntó si podía ir también. Ella se rió y le dijo que no, pero movida por una mezcla de impaciencia y decepción, le prometió que lo haría lo próxima vez.

Unos minutos más tarde se abría camino hacia el sur a lomos de *Grayl,* contemplando el húmedo dosel de ramas entrelazadas del bosque y la alfombra azotada por el viento de las praderas que se extendían hacia el este. La niebla se elevaba de la tierra en vaporosas oleadas y el aire relumbraba como una tela brillante. *Grayl* sobrevoló deprisa el bosque más allá del Pykon, hasta que el ejército de la Federación apareció ante ellos. Rift hizo que el ruc permaneciera a contraluz sobre el telón de fondo de árboles y montañas, manteniéndose entre los hombres de las Tierras Meridionales y el resplandor del Sol de media tarde.

Wren contempló el campamento diseminado. El parte era cierto. El ejército se estaba movilizando, empaquetando provisiones, formando columnas de hombres y preparándose para partir. Algunos soldados ya se habían puesto en camino, y se dirigían al norte. Por muchos daños que hubieran sufrido en el ataque de los elfos, no los había hecho desistir de su propósito original. Volvían a emprender la marcha hacia Arborlon.

Grayl pasó de largo, y cuando Rift estaba a punto de hacerle dar media vuelta, Wren le cogió el brazo y le indicó por señas que continuara. No estaba segura de lo que buscaba, sólo quería asegurarse de que no se le escapaba nada. ¿Llegaban jinetes de las ciudades de las Tierras Meridionales para intercambiar informes y enviar refuerzos? La advertencia de Tiger Ty resonó en su oído.

Siguieron volando, siguiendo la fangosa cinta del río Mermidón que corría hacia el sur al salir del Pykon a lo largo de los llanos, antes de girar por encima de La Mortaja hacia el este en dirección a Kern. Las praderas se extendían hacia el sur y el este, vacías y verdes, abrasadoras en el calor del verano. El viento soplaba en su cara, arrancándole lágrimas de los ojos. Erring Rift se echó hacia delante, apoyándose en el cuello de *Grayl,* guiándolo con las manos.

Más adelante el río Mermidón giraba bruscamente hacia el este y se estrechaba para, a continuación, ensancharse de nuevo hasta desaparecer en las praderas. El río corría lento y crecido por las lluvias, arrastrando consigo materiales de las montañas y los bosques, sus aguas revolviéndose por el erosionado cauce.

En la otra orilla, un rayo de Sol se reflejó en un objeto metálico cuando algo se movió. Wren parpadeó, luego tocó el hombro a Rift, que respondió con un gesto de asentimiento. También lo había visto. Aminoró la marcha e hizo que el ruc se acercara más a los árboles que crecían junto al borde septentrional de las montañas Irrybis.

Hubo otro destello, y Wren buscó más adelante con atención. Allá abajo había algo grande. No, varias cosas. Y todas se movían, avanzando pesadamente como hormigas gigantes...

Y de pronto los vio bien, encorvados junto a la orilla del río, preparándose para cruzarlo por un estrecho y salir de Tirfing en dirección al norte.

Escaladores. Ocho en total.

Contuvo la respiración al ver claramente esta vez los cuerpos armados con púas y

filos, las patas y las mandíbulas de insecto, la mezcla de carne y hierro creada por la magia de los Espectros.

Conocía bien a los Escaladores.

Rift obligó a *Grayl* a girar bruscamente y adentrarse en el bosque, fuera de la vista de las criaturas de la orilla, lejos de la reveladora luz del Sol. Volvió a mirar por encima del hombro para asegurarse de que no se había equivocado. Escaladores, salidos de las Tierras Meridionales y enviados para ayudar al ejército de la Federación que marchaba sobre Arborlon... Era la respuesta de los Espectros a los problemas que ella había causado a la marcha del ejército de la Federación. Recordó la historia que Garth le había contado de niña, una historia que los habitantes de las Cuatro Tierras se habían contado en susurros durante más de cincuenta años, sobre cómo los enanos habían resistido el avance de la Federación en las Tierras Orientales hasta que habían enviado a los Escaladores a destruirlos.

Escaladores. Pero esta vez los enviaban para destruir a los elfos.

En el centro de su estómago se abrió un foso frío y oscuro. Erring Rift la miraba esperando instrucciones. Wren señaló el camino por el que habían venido. Rift hizo un gesto de asentimiento y espoleó a *Grayl.* Wren echó una última mirada atrás, viendo cómo los Escaladores desaparecían en el calor.

Desaparecían por el momento, pensó frunciendo el entrecejo.

Pero ¿qué podían hacer los elfos cuando aparecieran de nuevo?